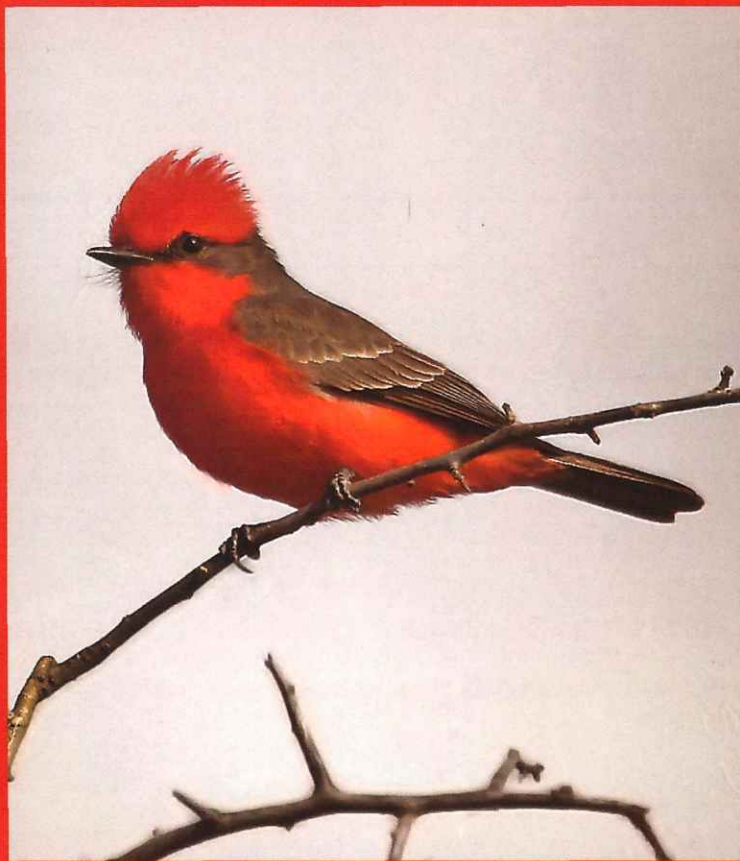


FÉLIX GUATTARI

LÍNEAS DE FUGA

POR OTRO MUNDO
DE POSIBLES



Cactus

OCCURSUS

Félix Guattari

LÍNEAS DE FUGA
Por otro mundo de posibles

Guattari, Félix

Líneas de fuga : por otro mundo de posibles . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Cactus, 2013.

320 p. ; 21x14 cm. - (Occursus; 6)

Traducido por: Pablo Ariel Ires

ISBN 978-987-29224-4-3

1. Filosofía. 2. Política. 3. Ensayo. I. Ires, Pablo Ariel, trad.

CDD 190

Cet ouvrage, publié dans le cadre du
Programme d'Aide à la Publication
Victoria Ocampo, bénéficie
du soutien de l'Institut Français.

Esta obra, publicada en el marco del
programa de Ayuda a la Publicación
Victoria Ocampo, cuenta con
el apoyo del Institut Français.

Título: Líneas de fuga. Por otro mundo de posibles.

Título original: Lignes de fuite. Pour un autre monde de possibles

Autor: Félix Guattari

© 2011 Éditions de l'Aube, 2011

© 2013 Editorial Cactus, 2013

Traducción: Pablo Ires

Diseño de interior y tapa: Manuel Adduci

Fotografía: Adrián Braidotti (<http://avesargentinas-adrian.blogspot.com.ar/>)

Impresión: Gráfica MPS

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN: 978-987-29224-4-3

1ra. edición en castellano – Buenos Aires, Octubre de 2013

🌐: www.editorialcactus.com.ar

✉: editorialcactus@yahoo.com.ar

Félix Guattari

LÍNEAS DE FUGA
Por otro mundo de posibles



Editorial Cactus

OCCURSUS

ÍNDICE

Prefacio — 7

Advertencia — 15

Primera parte

Sujeción semiótica y Equipamientos colectivos — 17

El inconsciente no está estructurado como un lenguaje — 19

Las máquinas del inconsciente (19) - La dictadura del significante (22)

Una pragmática analítica no reductora (27)

¿Dónde comienzan y dónde terminan los Equipamientos colectivos? — 29

Función general de Equipamiento colectivo (29) - El mito de una esencia humana (30)

La revolución capitalística — 33

Tras el «agujero negro» del siglo XI. Una máquina religiosa: «la Paz de Dios» (33)

Mística caballeresca y libre empresa (35) - Burguesía y feudalidad (38)

Burguesía y flujos capitalísticos — 43

La máquina burguesa (43) - La nueva «sensibilidad» burguesa (47) - Decadencia

de la aristocracia (49) - Las reterritorializaciones burguesas (54)

Una materia opcional semiótica — 59

Semiotización de los investimentos libidinales (59) - Una investigación semiótica en rizoma (62) - Ejemplo de una investigación en rizoma: la fabricación semiótica de la infancia (67)

Equipamientos de poder y fachadas políticas — 73

Los simulacros institucionales de la política instituida (73) - La mega-red de los equipamientos miniaturizados (76) - Las rostridades de poder (78) - Poderes molares y potencias moleculares (81) - Intervenciones «analíticas colectivas» sobre el inconsciente social (85)

Una revolución molecular — 89

La tercera revolución industrial (89) - Las máquinas abstractas (92) - El socialismo burocrático, estadio supremo del capitalismo (96) - Un nuevo tipo de lucha (100)

Un trabajo analítico-militante a todas las escalas (103)

El rizoma de los agenciamientos colectivos — 107

Los agenciamientos colectivos de deseo (107) - Una cartografía en rizoma (111)

El macro-agenciamiento de los medios audiovisuales (118)

Micro-fascismo — 121

Micro-luchas (121) - Políticas de equipamiento del fascismo y del stalinismo (126)

Los micro-fascismos de las sociedades capitalísticas (128) - Opciones liberadoras, opciones micro-fascistas al nivel molecular (132)

Autogestión y política del deseo — 135

Metodologías de ruptura (135) - Singularidades de deseo (138) - Los señuelos de la ideología (140) - Perspectivas autogestionarias (143)

Transversalidades sociales (147)

Segunda parte

El análisis pragmático del inconsciente social — 151

Introducción de los temas principales — 153

La pragmática hija pobre de la lingüística — 159

Las materias semióticamente formadas (162) - El orden de las cosas y el orden de los signos (164) - Máquina abstracta o abstracción significante (167)

El agenciamiento del contenido y de la expresión no cae del cielo (170)

Cuatro tipos de agenciamiento expresión-contenido (175) - La sujeción semiótica (180) La competencia como instrumento de poder (184)

¿Existen «universales pragmáticos»? (186)

La pragmática como micropolítica de las formaciones lingüísticas — 189

Estratificación, estadios y máquinas abstractas (192) - Una micropolítica del

deseo (196) - No hay lengua en sí (200) - El inconsciente como agenciamiento

individual o como agenciamiento colectivo (203) - El calco y los árboles, los mapas

y los rizomas (207) - Una pragmática analítico-militante (226)

Tercera parte

Un ejemplo de componente pragmática: los rasgos de rostridad — 233

De la rostridad — 235

La jerarquía de los comportamientos en el hombre y el animal — 257

La semiótica de la brizna de hierba — 271

La pequeña frase de la sonata de Vinteuil — 295

Prefacio

En *Mil mesetas*, Gilles Deleuze y Félix Guattari escriben: «La maestra de escuela no se informa cuando interroga a un alumno, así como no informa cuando enseña una regla de gramática o de cálculo. Ella “enseña”, da órdenes, manda¹.» Lejos de querer «incriminar» a los profesores de las escuelas, semejante conceptualización remite a la manera en la que se ejerce la dictadura del significante afirmada desde *El Anti-Edipo*². Cada lengua asocia a una cosa un conjunto sonoro seleccionado arbitrariamente en la gama de los posibles, y cada locutor de dicha lengua debe aprender lo arbitrario específico que caracteriza el orden social en el cual se despliega su ser en el mundo, al precio del rechazo de otros posibles explorados o no en la infancia, en otra cultura o incluso en una simple variedad de la cultura dominante.

En el texto presentado aquí por primera vez³, y redactado en el marco de las investigaciones llevadas a cabo en el CERFI, en paralelo con la

¹ Gilles Deleuze, Félix Guattari, *Mille plateaux*, Paris, Minuit, 1980, p. 95.

² Gilles Deleuze, Félix Guattari, *L'Anti-Cedipe*, Paris, Minuit, 1972.

³ Este texto, inicialmente intitulado *Equipamientos colectivos y sujeción semiótica*, data según toda probabilidad de fines del año 1979, incluso de comienzos de 1980 si uno se

redacción con Gilles Deleuze de *Mil mesetas*, Félix Guattari despliega un análisis micropolítico que busca explorar la manera en la que estas significaciones y estos controles dominantes «funcionan» en el nivel económico, social, cultural y en nosotros mismos, la mayoría de las veces a nuestra espalda. Es entonces para él una forma de interrogar y de llevar a la luz cómo «cierto tipo de lenguaje es completamente necesario para estabilizar el campo social capitalístico». La valoración del experto así como las formas dominantes de competencias constituyen, en su visión, la otra cara de dicho apuntalamiento.

Asociado desde muy temprano a la aventura ejemplar de la clínica de La Borde, creada por Jean Oury en 1953⁴, Félix Guattari, psicoanalista

remite a las referencias bibliográficas. Es en todo caso anterior a la publicación de *Mil mesetas*. Este inédito enteramente redactado por Félix Guattari constituye un informe de investigación enviado al ministerio del Equipamiento en nombre del centro de estudio, de investigación y de formación institucionales. El CERFI es una cooperativa autogestionada de investigación en ciencias sociales creada por Félix Guattari en 1967 y que ha editado la revista *Recherches*. Para una introducción de esta experiencia, ver François Fourquet, «L'accumulation du pouvoir ou le desir d'État. Synthèse des recherches du CERFI de 1970 à 1981», *Recherches*, n° 46, 1982.

⁴ El análisis institucional o psicoterapia institucional nació en un pueblo de Lozère, Saint-Alban, durante la guerra de España, gracias a un psiquiatra refugiado español, François Tosquelles, quien inventó una terapéutica (en una época en la que los neurolépticos no existían) que articula análisis del asilo como produciendo la «locura» y circulación de palabras y prácticas que reorganizan las situaciones y las posiciones subjetivas singulares. Trabajando con campesinos de Lozère a través de un habla compartida (entre cuidadores, pero también con los internos), a través de una materialidad común, a la vez organizada y libertaria. Coproducción con los internos que disponen de un club provisto de un presupuesto que ellos mismos gestionan. En el Loir-et-Cher, en la clínica de La Borde en Cou-Cheverny creada en 1953, Jean Oury afirma: «Es preciso que el picaporte sea terapéutico.» Es preciso en primer lugar curar la institución: para eso es instaurada una rotación cotidiana de las tareas (una «grilla» es fijada cada día), todos los instructores (en general campesinos de Loir-et-Cher), los médicos, los enfermeros, y los pasantes pasan por todos los sectores: enfermería, noches, gallinero, vajilla, limpieza, cocina, jardín, actividades culturales decididas en común, internos y personal. La central telefónica, la «calefacción» (las idas y vueltas a Blois), el bar son por ejemplo tomados a cargo por internos. Y cada día reuniones transversales a los sectores y a las funciones, que permiten seguir a la vez las dificultades en el seno del personal y las que encuentra tal o cual interno. Esta fluidez ha chocado con la creciente burocratización de la Seguridad social que pretende normalizar todos los actos que debe reembolsar, haciendo respetar evidentemente las jerarquías profesionales; hoy los médicos están más en sus despachos para hacer «actos» reembolsados que sumergidos en el agua. Pero en La Borde se permanece siempre vigilante a todos los

devenido luego esquizoanalista, militante político, pero, sobre todo, barquero ejemplar entre universos hasta allí separados, ha afirmado siempre, desde el inicio de los años 50, que los investimentos libidinales se despliegan en todos los campos económicos, sociales, culturales, materiales, animales, vegetales, cósmicos. François Fourquet dice de Félix que era un «parlante⁵», yo retomaría con gusto otro término distinto, Félix era también un «vidente⁶».

La pregunta central que plantea es: ¿cómo actuar en el capitalismo mundial integrado a fin de hacer advenir posibles? Pues en esta forma capitalística, presiente a la zaga de Foucault⁷, los poderes se miniaturizan. De ahora en adelante, estos ya no se conforman con investir las instituciones políticas, económicas, financieras, culturales y sociales, sino que van a contaminar propiamente hablando las subjetividades mismas a fin de imponer allí sus códigos, sus categorizaciones, sus clasificaciones, sus protocolos y sus programas. *El Anti-Edipo* denunció la «dictadura del signifiante», Guattari se consagrará a desvelar sus engranajes a través de la sujeción de todos los modos de semiotización al único registro del lenguaje. Al igual que las materias primas, ¿no habría que pensar entonces la materia semiótica como el producto de cierto estado del conocimiento fundado sobre un modelo de categorías trascendentes y universales⁸? Dicho de otro modo, la lengua dominante, fuertemente sintactizada, de ejes paradigmáticos sólidamente codificados «por su amarre a una máquina de escritura», ¿debería constituir «el marco *a priori*, el marco necesario

detalles donde aflora precisamente el deseo. Los reacomodamientos son constantes en las planificaciones, la constitución de los grupos, la organización del día a día (ver *Histoires de La Borde, Recherches*, n° 21, marzo-abril 1976). La lucha contra la rutinización, que se apodera de la mayoría de los lugares de cuidados, está siempre por reinventarse.

⁵ François Fourquet, «La subjectivité mondiale: une intuition de Félix Guattari», en *Gilles Deleuze et Félix Guattari. Territoires et devenirs*, édité par Liane Mozère, *Le Portique*, n° 20, 2007.

⁶ La clarividencia que era suya entre 1979 (el texto presentado aquí), 1989 (*Les Trois Ecologies*) y el último artículo aparecido en 1992 en *Le Monde diplomatique*, «Pour une refondation des pratiques sociales», anticipa ampliamente los últimos acontecimientos sobrevenidos en el mundo los cuales reafirman sus análisis.

⁷ Michel Foucault, *Surveiller et punir*, Paris, Gallimard, 1976.

⁸ Como por ejemplo la objetividad o la neutralidad requeridas generalmente en ciencias sociales, las cuales pierden de seguro las conexiones de deseo activas y desde entonces actualizables.

a todos los demás modos de expresión?» Si Guattari recusa el principio de una semiología general, es no solamente porque conduce a explotar medios colectivos de semiotización, sino sobre todo porque la preeminencia del lenguaje normalizado impide el acceso a todas las semióticas particulares (artísticas, miméticas, somáticas, biológicas, musicales, por ejemplo). Guattari vincula «el orden de las cosas» al «orden de los signos», signos de normalidad. El lenguaje es un Equipamiento colectivo, no tanto como edificio o institución, sino como un embridado, un almacén que me hace mantenerme derecho, que me asigna un lugar en sus redes y que me mantiene sobre rieles, sobre la buena vía, que ofrece un eje a mi pensamiento; es un tutor.

El método esquizoanalítico que propone Guattari consiste desde entonces en determinar de la forma más fina y más acerada posible cómo es producida está «sumisión generalizada a las semiologías del lenguaje y a los significantes de los poderes dominantes». Más precisamente, a establecerlo al nivel de «su trabajo sobre lo real y ya no solamente al nivel de *sus* representaciones subjetivas». Puesto que «otro mundo es posible». He aquí la buena nueva que vale todavía y quizá sobre todo hoy. Es aquí que se sitúa la actualidad de la conceptualización de Guattari, evidentemente nutrida y enriquecida por el trabajo común con Gilles Deleuze. Pero los equipamientos, las instituciones, los grupos más sujetos⁹ a una finalidad programática encerrada sobre sí misma están dotados de «aperturas pragmáticas» sobre una economía de deseo. Conviene, por esto, ser siempre modestamente acechador, centinela, vigía, explorador, visionario y sensible a los detalles, «al pequeño lado de la historia», a lo que se produce «a domicilio», es decir en lo más cercano a las situaciones, a aquello que escapa a los estereotipos con los cuales ellas son habladas. Para aprehender, inventar y reparar las

⁹ La distinción entre grupo sujetado y grupo sujeto es propuesta por Guattari desde los años '60. El grupo sujetado está encerrado sobre su propia finalidad: se abre poco al exterior y procede, para guardar su pureza doctrinal, por exclusiones repetidas. El grupo-sujeto, por el contrario, es un grupo *ad hoc*, que se constituye sobre un objetivo específico, pragmático, abierto sobre el afuera y temporario —una vez alcanzado el objetivo, el grupo puede disolverse, recomponerse o «expandirse» hacia otros grupos. No busca la finitud. Más tarde, Deleuze y Guattari reemplazarán este término por el de agenciamientos colectivos de enunciación ya presente en este texto. Ver sobre este punto Félix Guattari, *Psychanalyse et transversalité*, Introduction de Gilles Deleuze, Paris, Maspero, 1972.

herramientas apropiadas, los procesos a bosquejar, las metodologías a poner en marcha, Guattari propone pistas cuya eficacia no está garantizada, pues permanecen contingentes a la situación e indecibles *a priori*. A cada uno experimentar las suyas a fin de captar las que mejor convienen a lo que se juega ahí, *in situ*, en condiciones específicas y contextualizadas. Algo del *afuera* fuerza el pasaje, detona, hace intrusión y agranda a ojos vista hasta sumergir las otras componentes del cuadro existente. Uno recuerda, en *Mil mesetas*, la nariz del señor Klein, del film epónimo interpretado por Alain Delon, que, de repente, bajo una luz nueva, lo hace entrar en un «devenir-judío». Apropiarse y hacer uso de un método esquizoanalítico consiste, desde entonces, en captar el «virus micropolítico» en acto en tal máquina disciplinaria, en tal otro sistema de supervivencia y en huir, a campo traviesa, por vías indirectas, hacia tierras inexploradas que se encuentran no obstante muy cerca, justo al lado de nuestras manos pero que nuestra ceguera no nos permitía hasta entonces discernir. No develar algo que estaría oculto para interpretarlo, sino experimentar. *Mil mesetas* de nuevo.

Semejante metodología de ruptura subtiende agenciamientos colectivos de deseo que construyen balsas capaces de resistir a las componentes represivas y, sorteando su caos, crear efectos de travesías y de tomas de tierra, «un efecto bola de nieve». Estos agenciamientos colectivos de enunciación nos permiten desprendernos de nuestras identidades, de nuestras funciones, de nuestros roles y abrir un espacio-tiempo donde pueda desplegarse el deseo. En otros términos, imaginar nuevas máquinas, multiplicar los centros de decisión, favorecer la propagación, el contagio, la proliferación de las líneas de fuga portadoras de deseo. Recordemos cómo se desencadenaron las revueltas estudiantiles de 1968, veamos hoy la manera en la que rompen, en el mundo árabe, en China, en Israel, en Malasia, en España y en Grecia, las olas revolucionarias a partir del suicidio aislado de un joven tunecino. Por contagio, como por una contaminación que se difunde a partir de una multiplicidad de puntos distantes y subterráneos que salpican repentinamente para formar rizomas que se responden y que exigen de nosotros entrar en la danza o, más bien, estar a la altura de lo que ellos comprometen, nada menos que su vida. Es en tal *afuera* multipolar que nos es ofrecida gratuitamente una chance histórica por estos hombres y mujeres henchidos de libertad. El accidente de Fukushima, devastador, exige también él que tracemos otros ensamblajes y nos señala la necesidad

de inventar pragmática y temporalmente otro mundo. Nada está jamás dado por sentado, todo es todavía posible.

Como lo dice Gilles Deleuze en *El Abecedario*, en «R» como Revolución: «Todas las revoluciones fracasan. Todo el mundo lo sabe. Y fingimos redescubrirlo. Hay que ser un poco idiota. Entonces, después de eso, todo el mundo se precipita y es el actual revisionismo: está Furet que descubre que la Revolución francesa, no estaba tan bien. Muy bien, de acuerdo. Ella salió mal también. La Revolución francesa, ha dado a Napoleón (se hacen descubrimientos que no son muy conmovedores por su novedad). La revolución inglesa ha dado a Cromwell. La revolución americana, ¿qué ha dado?, ¿peor, no? Ha dado no sé, a Reagan. [...] Que las revoluciones encallen, que las revoluciones acaben mal, jamás impidió a las personas, ni hace que las personas no devengan revolucionarias. Se mezclan dos cosas absolutamente diferentes [...] Es la confusión entre el devenir y la historia [...] Los historiadores nos hablan del porvenir de la revolución, o del porvenir de las revoluciones. Pero esa no es la cuestión en absoluto. Pueden [...] siempre mostrar que si el porvenir ha sido malo, es porque lo malo ya estaba allí desde el comienzo, pero el problema concreto, es por qué y cómo las personas devienen revolucionarias [...] El asunto de los hombres en las situaciones de tiranía, de opresión, es efectivamente devenir revolucionarios. Porque no hay otra cosa que hacer. Cuando después de eso se nos dice «¡Ah!, pero todo eso acaba mal», no se habla de lo mismo. Es como si se hablara dos lenguas absolutamente diferentes. El porvenir de la historia y el devenir actual de las personas, no es lo mismo¹⁰.»

Tal posición es arriesgada, comprometedora, es sin embargo la única posible aun si engendra reacciones en cadena inesperadas, cruces, matrimonios de los más imprevistos, incluidos los más «contra-natura»¹¹. Solo ella, en efecto, permite establecer una cartografía de las «componentes mutacionales, de las asperezas semióticas, de los puntos-signos de desterritorialización», directamente, se podría decir a flor de piel, de las materias de expresión. Aquello que Guattari llama «componentes de pasaje», de un agenciamiento a otro, de un ritornelo a otro, de una lengua o de un dialecto a otro. Pues es la única cosa que hacer para parafrasear al Deleuze

¹⁰ Gilles Deleuze, *L'Abécédaire*, Paris, Éditions Montparnasse, 1988.

¹¹ Ver al respecto el célebre ejemplo de la avispa y la orquídea en *Mil mesetas*, *op. cit.* (aquí p. 263 de este libro).

citado más arriba. A saber: cartografiar de manera esquizoanalítica a fin de detectar los nudos «donde eso se atranca», los espacios-tiempos donde por el contrario «eso camina» y hacerlos trabajar, hacerlos huir. Un ejercicio de alta precisión, de minucia, en el encaje de la maraña de los detalles. Dios yace en los detalles¹². Los desfiles de las aves, la pequeña sonata de Vinteuil en Proust, las invenciones de Fauré, de Debussy, de Berg, de Stravinsky que escapan a las rompientes wagnerianas¹³, las invenciones fulgurantes de los niños, las «grandes decisiones que se toma en sueños y que cambian efectivamente la vida, las grandes invenciones de los visionarios que cambian el mundo», todo eso permite resistir a los condicionamientos que conducen a las personas «a aplaudir al compás, mediante el voto, los sondeos, las manifestaciones». Recordémoslo: tres millones de personas en la calle contra la reforma de las jubilaciones. Y el impasse. Nos corresponde inventar nuevas formas políticas. Una de las posibles sería que alguna vez la forma cooperativa lograra emerger en el movimiento ecologista. Mientras que las instancias represivas (como los tribunales invisibles: el superyó, la neurosis, las inhibiciones) nos tienen agarrados por todos los extremos, nos infantilizan y nos culpabilizan, será preciso hacer rizomas, esas formas en las que no importa qué punto puede conectarse a cualquiera de los otros puntos, de manera aleatoria, aquello que Guattari llama una «materia opcional». Los lirios son rizomas, su expansión es en apariencia anárquica mientras que es contingente, traza por el contrario senderos nuevos, abre pasajes cuyo mapa es huella, tanto como las conexiones que efectúa una micropolítica del deseo siempre singular.

Guattari había sentido lo que se produce hoy cuando en 1979 escribía: «Cuando una nueva forma de lucha o de organización se inventa, eso se propaga a la velocidad de lo audiovisual (como las radios y los transistores en 1968, en la actualidad los SMS y los tweets). Para no devenir «normópata», según la feliz formulación de Jean Oury, es vital perseverar en el ser y acrecentar la potencia de actuar como lo aconsejó Spinoza. Dicho de otro modo, hacer advenir «revoluciones sociales o estéticas que trabajarán los cuerpos, los metabolismos más subterráneos, la percepción del mundo, las fórmulas de inter-subjetivación y cierto presentimiento

¹² Marie Depussé, *Dieu git dans le détails, La Borde, un asile*, Paris, POL, 1993.

¹³ Claude Debussy compuso una parodia del *Vaisseau fantôme* de Richard Wagner.

del porvenir» No es el resultado lo que es interesante, escribe Guattari a propósito de Swann, «sino el maquinismo creador».

Los agenciamientos colectivos de deseo que constituyen la realidad del tejido social podrían oponerse a las instituciones sujetantes. Cuando algunos comportamientos son considerados como asociales, locos, infantiles, delincuentes, es decir no son «equipados» por leyes trascendentes y por representaciones de la ley, es ese, afirma Guattari, «el lugar donde se refugia todo lo que queda vivo en el socius y desde donde todo puede volver a partir para construir otro mundo posible». En nosotros está experimentarlo.

París, 10 de julio de 2011

Liane Mozère

Advertencia

Este estudio aborda tres series de cuestiones que conciernen:

1 – a los modos de semiotización puestos en juego por las formaciones de poder y en particular por los Equipamientos colectivos;

2 – a la crítica de ciertas concepciones semióticas actuales en tanto que frenan, según nosotros, el desarrollo de la investigación en este campo; y en anexo,

3 – a la exploración de una componente semiótica «infra-individual» llamada de rasgos de rostridad, a título de ejemplo de los parámetros «moleculares» que debería tomar en cuenta un análisis institucional para abordar el funcionamiento del inconsciente en el campo social.

El orden de presentación de estas tres partes es relativamente arbitrario. En efecto, la referencia a los desarrollos semióticos de la segunda es constante para situar las nociones adelantadas en la primera. Inversamente, las críticas de la semiótica que son formuladas en la segunda son inseparables de los impasses y de su puesta a prueba sobre el terreno, por ejemplo, de los Equipamientos colectivos tales como son descritos en la primera. En cuanto a la tercera parte que articula un conjunto de proposiciones teóricas sin preocuparse demasiado por su sostén sistemático, no tiene otra ambición

que indicar las diferentes direcciones de una investigación en curso y solo a partir de la cual los planteamientos expuestos en este trabajo pueden, según nuestra visión, hallar su verdadero fundamento.

Esta disposición de las partes en «rizoma» (para anunciar una expresión que opondremos en el curso de este trabajo a las estructuras arborescentes) se volverá a encontrar al interior del texto mismo. Hemos renunciado en efecto a artificios de exposición tendientes a dar crédito a la idea de que estaríamos en condiciones de suministrar a los lectores respuestas sistemáticas sobre objetos perfectamente delimitados y según una metodología debidamente codificada. Nuestra intención es menos transmitir a especialistas un corpus de proposiciones teóricas que inducir un procedimiento de análisis capaz de transferir su dinamismo propio a las personas y a los grupos que pudiera involucrar y catalizar así, en este ámbito de investigación, algunos de estos agenciamientos colectivos de enunciación de los que no cesaremos de hablar aquí y que constituyen el verdadero centro de nuestras preocupaciones.

Primera parte
**Sujeción semiótica y
Equipamientos colectivos**

El inconsciente no está estructurado como un lenguaje

Las máquinas del inconsciente

Las definiciones actuales del inconsciente –en particular la de los estructuralistas que pretenden reducirlo a articulaciones simbólicas del orden del lenguaje– no permiten captar las vías de pasaje entre el deseo individual y las producciones semióticas de toda naturaleza que intervienen en las estructuras semióticas, económicas, industriales, científicas, artísticas, etc. Nos esforzaremos en mostrar en qué medida un estudio de los procesos libidinales, en todos estos ámbitos, es realmente incompatible con el postulado estructuralista que consiste en afirmar que el inconsciente está «estructurado como *un* lenguaje». Si todavía se debiera hablar de estructura a propósito del inconsciente –lo cual no es evidente, volveremos a ello–, diríamos más bien que está estructurado como una *multiplicidad* de modos de semiotización, de los cuales la enunciación lingüística no es tal vez el más importante. Es bajo esta condición que se podrá hacer salir el inconsciente y el deseo del grillete de una individuación subjetiva, concienical y personológica, en el cual se pretendió encerrarlos –reduciéndose las consideraciones sobre el «inconsciente colectivo», la mayor parte del tiempo, solo a construcciones metafísicas sobre el «destino» analógico o sublimatorio de las pulsiones. El

inconsciente no es individual ni colectivo, existe en todas partes donde un trabajo sobre los signos se apoya sobre la realidad y constituye una «visión» del mundo, lo que Roger Chambon llama una «aparición» del mundo y que debería, según él, ser distinguida de una simple representación para ser entendida como una «percepción productiva»¹.

Partamos de un ejemplo simple, o más bien de un ejemplo que simplificaremos intencionalmente para hacernos comprender: el de la interpretación del dinero por los psicoanalistas. Está en boca de todos, por tanto es inútil exponer su detalle. Recordemos simplemente que en su versión más vulgarizada, esta interpretación considera que la relación de un individuo con el dinero es un equivalente simbólico de su relación infantil con las materias fecales. El método consiste, de hecho, en poner en correspondencia, en doblar la constelación particular de los objetos de deseo de un período de la vida y el modo de subjetivación que le corresponde sobre los de otro período. La perspectiva que proponemos aquí es completamente distinta: consideramos que no hay, en este asunto, «materia» para ninguna traslación de esta naturaleza, para ninguna interpretación, para ningún simbolismo. En efecto, una actividad monetaria, *en tanto que tal*, pone en juego componentes semióticas y una pragmática de desterritorialización que, desde el inicio, son muy diferentes de aquellos que pueden existir en otra parte sea en el registro del cuerpo, sea en el de la imagen, sea en el del lenguaje. No existe por tanto, para nosotros, pasaje necesario, por ejemplo, entre una «fijación» a las materias fecales y un apego al dinero. Los modos de semiotización que corresponden al supuesto «estadio anal» (el tacto, el olfato, cierto tipo de provocaciones lúdicas respecto del entorno, etc.) pueden, *en ciertas condiciones*, entrar en conexión con las componentes semióticas del intercambio monetario o con aquellas, «icónicas» y perceptivas, que son puestas en juego por el sueño, o también con aquellas implicadas por la interpretación psicoanalítica y su tipo particular de meta-lenguaje. Pero nos parece absurdo considerar que tales conexiones puedan estar programadas a partir de estadios psico-genéticos, de arquetipos, de cadenas significantes o de «matemas del inconsciente». Antes que considerar que se trata aquí con objetos, con «estadios» e instancias psíquicas que constituirían los *invariantes* de un inconsciente, estructurados a la manera de una sintaxis, proponemos, por el contrario, partir de los tipos particulares de *agencia-*

¹ Roger Chambon, *Le Monde comme perception et réalité*, Paris, Vrin, 1974.

mentos de componentes semióticas que manifiestan, *en un momento dado, en una situación dada*, las verdaderas estructuras del inconsciente, o, más bien, lo que preferimos llamar las máquinas del inconsciente. Estas máquinas vivientes tienen por característica la de tender constantemente a liberar de las codificaciones preformadas o de las fijaciones a los recuerdos infantiles. El inconsciente existe en acto, vuelto hacia el porvenir, al alcance de la mano de una pragmática que opera sobre las situaciones, reales –incluso cuando estas solo pueden desembocar, en apariencia, sobre reiteraciones o *impasses* neuróticos. Cuando un psicoanalista interprete, por ejemplo, un sueño aplicando su ecuación maestra *caca = dinero*², mezclará, como por placer, las componentes pragmáticas de los diversos agenciamientos de enunciación los cuales, en el ejemplo que evocábamos, podrían ya ser distinguidos según los tres conjuntos siguientes:

a – el agenciamiento de deseo que corresponde a la actividad de un niño que juega con su caca y que es inseparable de toda una estrategia familiar, de todo un mundo de objetos y de relaciones que lo rodean;

b – el agenciamiento que corresponde al hecho de que un paciente cuenta a su psicoanalista un sueño (donde se tratará de caca y/o de dinero) y que es inseparable de técnicas de traducción de los enunciados discursivos y de las representaciones icónicas dependiendo:

- 1) de las propias grillas interpretativas del paciente respecto a su sueño
- 2) de las que han sido elaboradas por la institución psicoanalítica;

c – el agenciamiento inconsciente correspondiente a un manejo real de dinero, que mantiene evidentemente relaciones específicas con los modos de sujeción económicos y sociales en una sociedad dada –de hecho, se trata probablemente aquí de una multiplicidad de agenciamientos, no siendo en absoluto el mismo el «vínculo monetario», por ejemplo, entre un psicoanalista y su paciente, entre una madre y su hijo, entre un almacenero y un niño, etc.

² Se nos objetará que nuestro ejemplo es demasiado simplificador y que hoy en día los analistas son ¡mucho más sutiles! Pero, mirando aquí de cerca, veríamos que recurren siempre a los mismos tipos de procedimientos universalizantes: solo que, en lugar de hablar de padre, de madre, de materia fecal y de complejos, hablan de función simbólica, de imaginario, de cinta de Moebius, etc.

La dictadura del significante

Su sincretismo conduce a los psicoanalistas a atravesar y a aplastar los diferentes tipos de agenciamientos de enunciación a los que se ven confrontados y a confundir las componentes semióticas que estos ponen en juego. Pretenden permanecer en el campo de lo «simbólico» y consideran que la realidad de las situaciones, todo lo que «hace la diferencia» desde el punto de vista de las estratificaciones sociales y de la materialidad de los modos de expresión y de producción no interfiere de manera esencial con su campo. En la práctica, dejan pura y simplemente de lado las apuestas políticas y micropolíticas implicadas por su «objeto», dan vuelta la cara a la complejidad real de los contextos, a las relaciones de fuerza, a las tecnologías específicas de poderes, ¡que ninguna interpretación universal, cierto es, les podría entregar! El deslizamiento que efectúa una interpretación psicoanalítica pasando del juego de un niño a un sueño o a una relación económica pierde las dimensiones semióticas inconscientes que están en el fundamento de cada una de esas situaciones. Toda micropolítica del deseo que se propusiera defender lo contrario de esta confusión de los planos, de este desmoronamiento semiótico generalizado, de esta «dictadura del significante», debería necesariamente romper, según nosotros, con las concepciones del inconsciente que le atribuyen *una* estructura, una consistencia estructural homogénea. No podríamos repetirlo lo suficiente: jamás se ha tratado del Inconsciente con una I mayúscula, sino siempre de *n* fórmulas de inconscientes, que varían en razón de la naturaleza de las componentes semióticas que conectan los individuos entre sí: las funciones somáticas y perceptivas, las instituciones, los espacios, los equipamientos, las máquinas, etc.

Sobre esta cuestión de la relación del inconsciente con el lenguaje, Freud había sido más prudente que la actual corriente estructuralista del psicoanálisis francés. Se había cuidado de distinguir, a un nivel tópico, las representaciones de cosa (*Sachvorstellung*) —de orden icónico, como se diría hoy—, de las representaciones de palabra (*Wortvorstellung*) —de orden lingüístico. Pero no afirmaba menos por ello la supremacía de la palabra sobre la imagen, no consiguiendo nunca el proceso primario inconsciente liberarse completamente de las representaciones de cosa (tratando por ejemplo las palabras como cosas en el sueño o en la esquizofrenia), y siendo el sistema preconsciente-consciente el único capaz de poner en conexión

esos dos tipos de representación³. Ciertamente, no hay duda de que pueda existir tal supremacía; pero únicamente en ciertos casos, únicamente en el marco de formaciones de poder particulares, las del mundo diurno, normal, civilizado, blanco, falocrático, escolarizado, jerarquizado, etc., mundo que calificaremos globalmente de capitalístico, designando de este modo el conjunto de los sistemas sociales que funcionan a partir de una descodificación generalizada de los flujos.

En efecto, una de las características de estas formaciones capitalísticas, es su recurso a un tipo particular de máquinas semióticas que sobrecodifican todas las otras componentes semióticas y les permiten manipular, orientar los flujos cualesquiera sean, tanto al nivel de la producción como al nivel del campo social o del individuo. Las cadenas desterritorializadas puestas en juego por estas máquinas no son, en tanto que tales, significantes (incluso las llamaremos a-significantes en el caso, por ejemplo, de las cadenas sintagmáticas de la lengua, de las máquinas de signos científicos, tecnológicos, económicos, etc.), pero mantienen relaciones particulares con los contenidos significantes. Los jerarquizan, los ordenan a partir de una grilla semiótica única que funciona fundamentalmente como máquina de sujeción al servicio de las formaciones de poder (por ejemplo, máquina escolar, militar, jurídica, etc.) y, secundariamente, como modelo de expresión significativo. La paradoja, es que son precisamente estas cadenas a-significantes, puestas en juego por estas formaciones capitalísticas, las que los estructuralistas califican de significantes. Pretenden hacer de ellas una especie de constituyente universal de las estructuras. En todas partes donde hay estructura, se debería, según ellos, encontrar este tipo de material signifiante: es así que se hablará de los mismos sistemas de articulaciones al nivel del lenguaje y del inconsciente, al nivel de las cadenas de codificaciones genéticas y al nivel de las relaciones elementales del parentesco en las sociedades primitivas, al nivel de la retórica, de la estilística y de la poética, al nivel del modo de funcionamiento de la sociedad de consumo y al nivel de la moda, del cine, incluso del discurso de las ciencias, etc. Por nuestra parte, nos parece completamente necesario y urgente desagregar este aglomerado que se nos presenta hoy bajo la categoría del signifiante o de lo simbólico y que, para numerosos investigadores, parece haberse vuelto una noción de base, un punto de partida evidente.

³ Sigmund Freud, *Métapsychologie*, Paris, Gallimard, 1952, p. 165 y 161.

Nosotros consideramos, en efecto, que cada tipo de agenciamiento procede a la concatenación de cadenas semióticas *en el fondo diferentes entre sí* y que funcionan desde el principio no como un discurso significativo, sino como otras tantas máquinas de signos a-significantes⁴. De lo que se trata, en el sentido de los procesos productivos y de los conjuntos sociales, es siempre de procedimientos semióticos, de regímenes de signos ante los cuales es absurdo querer proponer claves universales. Jamás se encuentra «significante» en general, siempre nos vemos confrontados, «sobre el terreno», con composiciones semióticas que mezclan los géneros, con mixtos, con constelaciones abiertas sobre un posible no calculable en términos de estructura, con aquello que llamaremos una creatividad maquínica. El imperialismo significativo, conduciendo a la pérdida de la polivocidad de las componentes de expresión en una suerte de desmoronamiento semiótico, rebaja todos los modos de producción y todas las formaciones sociales a las semióticas del poder. Así nuestro problema no es únicamente doctrinal, sino también práctico: el significativo, no es solamente un error de los lingüistas y de los psicoanalistas estructuralistas, es algo que se vive en la existencia cotidiana, que nos somete a la convicción de que existe en alguna parte un referente universal, que el mundo, la sociedad, el individuo y las leyes que los rigen están estructurados según un orden necesario, que tienen un sentido profundo. El significativo, de hecho, es un procedimiento fundamental de disimulación del modo de funcionamiento real de las formaciones de poder.

Siguiendo a los lingüistas y a los semiólogos, los iconos, los diagramas o cualquier medio de expresión llamado pre-verbal, gestual, mímico, corporal, etc., son considerados como debiendo caer bajo la dependencia de una lengua significativa. Les «falta» algo. Es como si estuvieran condenados a esperar que cadenas significantes lingüísticas lleguen a encargarse de ellos para controlar, interpretar, señalar los caminos autorizados, los sentidos prohibidos, las brechas toleradas. ¡Y sin embargo, la antropología y la historia nos proporcionan muchos testimonios sobre el funcionamiento de sociedades que se han ahorrado este tipo de sujeciones semióticas! Su sistema de expresión no era por ello menos rico: todo lo contrario, el modo de interacción que realizaban entre la palabra y los otros modos de

⁴ En el sentido en que Hjelmslev habla de «figura de la expresión». Cf. *Prolégomènes à une théorie du langage*, Paris, Minuit, 1971.

semiotización (rituales, gestuales, musicales, míticos, económicos, etc.) se correspondía, según parece, mucho mejor con una expresión colectiva de deseo y con cierto tipo de homeostasis social. ¿Se trata de etapas superadas o de una elección micropolítica siempre actual, como parecen pensarlos las diversas corrientes que se puede vincular a la «nueva cultura», a la ecología, a los movimientos de consumidores, etc.?

Para nosotros, esta «fijación» de las sociedades arcaicas a las semióticas pre-significantes es menos un asunto de fidelidad a los orígenes o de gusto innato por una expresión espontánea que la consecuencia de una *actitud defensiva* que participa de toda una serie de dispositivos contra la emergencia de cierto tipo de poder que, de la jefería al Estado, impone que todos los modos de división social del trabajo se efectúen en provecho de castas y de clases explotadoras. En esta perspectiva, la ausencia de escritura, en las «sociedades primitivas», debería ser relacionada menos a una falta, a una carencia, a un subdesarrollo, que a una resistencia colectiva inconsciente contra cierto tipo de maquinismo desterritorializado (es así como hoy, en los Estados africanos modernos, las lenguas vernáculos sirven en ocasiones de refugio para la expresión de un modo de vida literalmente «cercado» por el ascenso de los equipamientos del capitalismo)⁵. Pero la supervivencia de modos de semiotización que consiguen escapar, aunque solo fuera de manera parcial, a la «dictadura» del significante escriturario, se plantea de igual modo en nuestras sociedades, del lado de la niñez, de la locura, de la creación... E incluso dentro de los sectores más «refinados», un análisis de las formaciones colectivas de deseo sería llevado a iluminar con una nueva luz una multitud de prácticas y de espacios «compensatorios», la constitución de zonas secretas o vergonzosas así como de «islotes respirables» –según una expresión de Koestler– para «tomar impulso», aunque solo fuera por algunos instantes, respecto de las diferentes formas de neurosis social a las que se resumen por lo general los sistemas de la vida conyugal, de las relaciones jerárquicas, del burocratismo, de las distracciones organizadas... Los objetos privilegiados de tal análisis podrían ser

⁵ En el mismo orden de ideas, apuntamos que los argots –lengua especial de los mendigos y de los ladrones para protegerse del medio exterior– son de creación relativamente reciente. No se encuentra mención de ellos antes del siglo XV, es decir en el tiempo de la plena expansión de los poderes urbanos y capitalísticos modernos. Cf. Auguste Vitu, *Le Jargon du XV^e siècle*, Paris, Charpentier, 1884, et Lazare Saineau, *Les Sources de l'argot ancien*, Paris, Champion, 1912.

entonces tanto el funcionamiento de las bandas de jóvenes en los sótanos de los HLM⁶ como los «discretos encantos» de las orgías burguesas, de los ballets rosas⁷, o sencillamente la etnografía de las relaciones de cafetín y de las «tazas» homosexuales, etc. ¡Actividades marginales residuales, se dirá, precio a pagar de toda organización social! ¡Pero que de ningún modo podría justificar la necesidad de una domesticación de las pulsiones, de un cuadrículado signifiante de la sexualidad! De hecho la instauración de los diversos modos actuales de sujeción económicos y sociales se volvería rápidamente imposible si no estuviera superpuesta con esta «dictadura» de las significaciones y de los controles dominantes que impone sus normas en la raíz de toda semiotización, que arraiga el sentido de lo prohibido en el corazón del espíritu y del cuerpo, que desencadena máquinas de culpabilización tan potentes que terminan por movilizar lo esencial de la energía libidinal del individuo. Cierta tipo de lengua y ciertos modos de semiotización individuados y culpabilizantes aparecen entonces como completamente necesarios para estabilizar el campo social capitalístico. Implican, en particular, la toma de poder de una lengua nacional que vehicula las leyes y los valores del sistema dominante y reducen a un estatus marginal los dialectos, las lenguas especiales, los modos de expresión infantiles, «patológicos» o, simplemente, los aniquilan. Se trata ciertamente aquí de datos poco discutibles de hecho, pero de los cuales los estructuralistas tienden a hacer datos de derecho. Un análisis micropolítico de las componentes semióticas puestas en juego en situaciones concretas conduciría a mostrar que esta «estructuralización» de las diversas componentes semióticas, es decir el hecho de ser intimados de manera constante, el tener que rendir cuentas, el ser *traducidos* ante el tribunal de la sintaxis, de las semánticas y de las pragmáticas de las formaciones de poder dominantes, ellas mismas *traductibilizables* en una competencia lingüística nacional, no es un hecho de naturaleza, la consecuencia de universales lingüísticos o de una nece-

⁶ Una *habitation à loyer modéré* (habitación de alquiler módico), es un alojamiento administrado por un organismo público o privado de viviendas que goza de un financiamiento público parcial directo o indirecto. Típico de Francia, Suiza, Argelia o Senegal. (N. del T.)

⁷ El affaire llamado de los «ballets roses» es un suceso sobre comportamientos pedófilos que saltó a la fama en Francia en 1959. Esta expresión de «ballets roses» fue inventada por el periodista Georges Gherra de France-Soir en ocasión de la investigación. (N. del T.)

saría estructuración simbólica de las relaciones humanas⁸; puede también ser combatida y deshecha, y no solamente en las sociedades «sin Estado», para retomar la expresión de Pierre Clastres⁹, no solamente en situaciones arcaicas, patológicas o marginales...

Una pragmática analítica no reductora

Examinar aquello que, en las teorías lingüísticas y semióticas actuales, «autoriza» las interpretaciones reductoras significantes, sea que resulten de la lingüística, del psicoanálisis o de la vida cotidiana. La lingüística y la semiología han vivido largo tiempo sobre el modelo del *análisis fonológico*. Siguiendo a la corriente chomskiana, el acento fue puesto sobre modelos *sintácticos*, luego *semánticos* y, más recientemente, algunas tentativas de teorización de la *enunciación* han comenzado a ver la luz. Según nosotros, esta trayectoria solo tomará todo su alcance cuando pueda ser constituido un verdadero *análisis pragmático* que permita explorar la micropolítica del deseo en el campo social. Pero eso solo será posible en la medida en que hayan sido suficientemente despejados los prejuicios estructuralistas que, señálemoslo, en el campo de la lingüística se han vuelto en ocasiones muy próximos a los del psicoanálisis.

En la segunda parte de esta investigación, propondremos una clasificación de las componentes semióticas que se esforzará por respetar sus diferencias de naturaleza; intentaremos esbozar las grandes líneas de lo que podría ser la evolución de un análisis pragmático no reductor. Pensamos que los Equipamientos colectivos, en la medida en que ponen en juego una gama muy extensa de componentes de codificaciones y de componentes semióticas, podrán constituir un punto de aplicación privilegiado para este abordaje pragmático de la economía de los deseos en el campo social. El psicoanálisis, en sus comienzos, solo pudo desarrollarse a partir del estudio de monografías. Debería ser igual para este nuevo tipo de análisis del inconsciente, cuyos objetos deberían ser abordados bajo ángulos y según métodos, conceptos y agenciamientos de enunciación radicalmente diferentes, no solo de los del psicoanálisis de «consultorio», sino también

⁸ Cf. Claude Lévy-Strauss, *Les Structures élémentaires de la parenté*, Paris, PUF, 1949, o los matemas del inconsciente de Jacques Lacan.

⁹ Pierre Clastres, *La Société contre l'État*, Paris, Minuit, 1974.

de los de la sociología universitaria. Ya no se trata aquí, en efecto, de partir de «complejos», de nudos estructurales universales o de parámetros simples constitutivos de campos complejos, como los que proponía, por ejemplo, Kurt Lewin para constituir su psico-sociología o, más recientemente, el grupo llamado de Palo Alto, en torno de Gregory Bateson cuando intentó tratar las comunicaciones intra-familiares en términos de teoría de la información¹⁰. Una pragmática analítica, en la medida en que se aplica a objetos institucionales complejos como los Equipamientos colectivos (en el seno de los cuales interaccionan componentes semióticas de toda naturaleza, económicas, políticas, administrativas y jurídicas —que dependen del Estado—: económicas, urbanísticas, tecnológicas, científicas —que dependen de diversos niveles institucionales públicos y privados—; somáticas, perceptivas, afectivas, imaginarias —que dependen de niveles individuales e infra-individuales, órganos, funciones, comportamientos, etc.), sería llevada, por el contrario, a no cortarse nunca de los modos de enunciación colectivos específicos de cada una de las constelaciones realizadas por sus componentes, y tendería por sí misma a constituirse en «analizador», en grupo analítico-sujeto¹¹.

¹⁰ Paul Watzlawick, Janet Helmick-Beavin, Don Jackson, *Une logique de la communication*, Paris, Seuil, 1972.

¹¹ En el sentido en que hemos definido estos términos en *La Transversalité*, Paris, Maspero, 1972.

¿Dónde comienzan y dónde terminan los Equipamientos colectivos?

Función general de Equipamiento colectivo

Ningún grupo humano, por «primitivo» que pueda considerárselo, podría organizarse, en efecto, con independencia de una serie de «Equipamientos colectivos» el primero de los cuales debe buscarse del lado de su capacidad, particularizada al nivel de cada etnia o de su equivalente moderno, de localización y de expresión, a través de diversas «máquinas de signos», de su contorno cósmico y social, de la forma de sus relaciones internas, de su «política exterior», todas cosas que hemos situado aquí bajo la rúbrica de los modos colectivos de semiotización. La formación semiótica de la fuerza colectiva de trabajo, en el marco de los sistemas capitalísticos, no depende únicamente de un poder central que impone mediante la coacción relaciones de explotación. Implica de igual modo la existencia de una multitud de operadores intermediarios, de máquinas de iniciación y de facilitación semiótica que puedan captar la energía molecular de deseo de los individuos o de los grupos humanos. Estas máquinas, de toda naturaleza y tamaño, convergen en una misma función productiva-semiótica-libidinal que llamaremos: *función general de Equipamiento colectivo*. Antes de ser particularizada en instituciones y Equipamientos

colectivos, en el sentido habitual, esta función es implantada en el corazón de los modos de semiotización, de subjetivación y de praxis de los grupos humanos. Establece toda una red de conexiones entre:

- aquello que hemos descrito en otra parte bajo el nombre de máquinas deseantes moleculares;
- relaciones interpersonales molares (relaciones sexuales, de clase, de edad, etc.);
- relaciones económicas (división del trabajo en el nivel de los procesos de producción, estratificación de las relaciones de producción, etc.);
- formaciones de poder políticas y sociales.

Mucho más que como meros elementos de una «superestructura» ideológica y política¹, los Equipamientos colectivos deberían ser considerados como máquinas que producen las *condiciones de posibilidad de toda infraestructura económica capitalística*. Antes que sea instituida la pareja valor de cambio/valor de uso, la función de Equipamiento colectivo produce una pareja valor de deseo/valor de uso desterritorializando sucesivamente:

- 1) valores de deseo infra-individuales que transforma en valores de uso sexuales, familiares, amistosos, de vecindad, etc.;
- 2) valores de uso que transforma sea en valores de intercambio capitalístico, sea en valores de agenciamiento colectivo (capaces de conectarse nuevamente con valores de deseo).

El mito de una esencia humana

El individuo no constituye el objeto último de la «programación» de esta especie de equipamiento. En efecto, si es verdad que se lo encuentra al final de la cadena del conjunto de los equipamientos, como «producto» terminal, tanto como al comienzo de la cadena, como constituyente de base, es igualmente cierto que las cosas no se detienen ahí. La imagen de esta circularidad corre incluso el riesgo, según nosotros, de clausurar un poco rápido, y a demasiado buen precio, los procesos de alienación del capitalismo sobre entidades localizables, apelando a denuncias de «buen sentido» del tipo: «Hace falta reequilibrar las relaciones entre el hombre y la ciudad, entre el hombre y la máquina, etc.», y de mantener el mito de una esencia humana que, en todos los casos, escaparía a las tecnologías de

¹ La cual dependería, según Louis Althusser, de los «aparatos ideológicos de Estado».

modelado de los individuos. El individuo es enteramente fabricado por la sociedad, en particular por sus Equipamientos colectivos.

La idea de un sujeto trascendental irreducible a los procesos de contaminación y de sujeción semiótica es una ficción. Más vale renunciar a esperar lo que sea de un individuo pretendidamente libre, autónomo, consciente (más allá de una territorialidad residual –un yo opaco y reaccionario– que sirve de soporte a las empresas de aniquilación de todo proyecto colectivo), si nada del orden de lo que llamamos aquí agenciamiento colectivo de enunciación es emplazado, para resistir a esta sujeción y desviarla de sus fines. Pero el pensamiento erudito, así como el pensamiento «profano», preocupado por preservar los valores humanos –en realidad cierto tipo de valores, cierto tipo de sociedad–, no cesa de parapetarse detrás de la idea de que estamos en derecho de esperar del individuo humano, sean cuales fueran las manipulaciones de las que es objeto, un sobresalto, que tome en sus manos su destino. Se imputa a los «lados malos» del individuo –siempre el maniqueísmo de las buenas y las malas pulsiones– el desarreglo de la sociedad y los malos usos de las ciencias y de las técnicas, mientras que se espera de sus «lados buenos», de su «fondo bueno», una rectificación de la situación. Aunque caricaturesca, esta concepción del rol del individuo nos parece corresponder de manera aproximada no solamente a la *actitud práctica* de los defensores del pensamiento burgués, sino también a la de la mayoría de los militantes marxistas. Antes de discutir, por ejemplo, sobre la naturaleza y el alcance del «rol del individuo en la historia», ¿no convendría replantear el concepto mismo de individuo? En verdad, el funcionamiento o los disfuncionamientos de la sociedad nunca son el asunto de individuos como tales; dependen de agenciamientos complejos de ningún modo reducibles a colecciones de individuos, a ideologías humanas, a un cúmulo de responsabilidades y de voliciones individuales. El postulado humanista de una realidad última del individuo, de un fundamento autónomo, inalterable, cortado de la naturaleza e inaccesible a los imprevistos de la historia del orden humano –aunque haya servido de justificación a todos los regímenes sociales, comprendidos los fascismos más implacables, aunque haya sido denunciado como tal por los teóricos marxistas–, es retomado, de hecho, por el movimiento comunista contemporáneo cuando se considera como el depositario de un modelo humano universal, cuando desconoce las mutaciones, las revoluciones de deseo que trabajan el campo social, cuando pretende establecer –por la fuerza de la organización y mediante

la sugestión colectiva— prioridades, órdenes de urgencia entre niveles «serios» y niveles secundarios de la acción, que solo pueden intervenir como «fuerza de apoyo», o que conviene reservar «para más tarde», o bien de los que es preciso desviarse ya que no serían «comprendidos por la masas» y desembocarían en «distracciones» (por ejemplo, la liberación del deseo de la mujer, del deseo del niño, del deseo del homosexual, etc.). Pero la creciente eficacia de los sistemas técnicos y científicos, de los métodos de sujeción colectivos emplazados por las sociedades capitalísticas — estando el propio socialismo burocrático en camino de convertirse en el «estadio supremo del capitalismo»— nos conduce a pensar que nada podrá ser sustraído a las maquinaciones y a los equipamientos de la colectividad, ni siquiera las componentes más íntimas, más inaccesibles del individuo: su percepción, su deseo e incluso su conciencia están en camino de devenir «Equipamientos colectivos». Uno está equipado entonces de una conciencia situada socialmente, sexualmente, racialmente, etc. Está equipado de «modelos» de percepción, de motricidad, de intelección, de imaginación, de memoria, diferentes según cada «puesto» que nos es atribuido y en función de la pertenencia de casta, de clase y de entorno que nos fue fijado. Desde luego, hoy en día estos montajes son «personalizados», ¡como se dice para los automóviles! Se equipa con tipos de percepción diferentes a los trabajadores manuales y a los burócratas, se equipa con módulos de deseo diferentes a las amas de casa y a los directivos. Pero todos esos elementos de base provienen del mismo tipo de fabricación, de los mismos Equipamientos colectivos: es solamente a partir de su composición que se logrará establecer una diversidad (funcional y promocional) que corresponda a las necesidades de la organización social capitalística y al tipo de división del trabajo que le corresponde. (Volveremos posteriormente sobre el hecho de que la capacidad de adaptación de esta «fabricación de individuos» implica una miniaturización constante, lo que llamaremos una desterritorialización, de estos elementos de base.)

La revolución capitalística

Algunas apuestas políticas y micropolíticas son «negociadas» a través de esta función de Equipamientos colectivos en tanto que poseen un lugar preponderante en la formación de la fuerza colectiva de trabajo capitalística. Pero la transformación del deseo «polimorfo» en actividad útil, en trabajo y en intercambio desterritorializados que dicha función preside no va de suyo. El capitalismo solo ha podido realizarla, y poner así la libido a su servicio, en condiciones históricas particulares.

Tras el «agujero negro» del siglo XI. Una máquina religiosa: «la Paz de Dios»

El nacimiento de un trabajo explotable capitalísticamente ha sido sin duda contemporáneo de la aparición, a partir del siglo XI, de un nuevo tipo de máquina de guerra, de un nuevo tipo de máquina religiosa y de un nuevo sistema de segmentariedad social y lingüística. Georges Duby insiste de manera muy especial sobre el rol jugado por la máquina religiosa, tras el desplome político, económico y semiótico de las antiguas territorialidades y

de los antiguos poderes centrales heredados de los imperios romanos y del imperio carolingio, en el establecimiento de este nuevo orden segmentario, en esta «normalización» del derecho de pillaje por las bandas armadas. La fijación de un objetivo exterior —el rechazo de las invasiones bárbaras, luego la expansión de la cristiandad— contribuye así al nacimiento de una nueva casta guerrera¹. En lugar de dispersar y de exterminar al campesinado, se lo explotará salvajemente, ella construirá castillos y caminos, relanzará un proceso de acumulación que creará las condiciones de un reequipamiento artesanal, comercial y urbano. Logrando así fijar las nuevas reglas del juego, la máquina religiosa cristiana sustituyó, en cierta forma, a los antiguos poderes imperiales. Pero su poder, no por ser más «espiritual», más desterritorializado, es menos eficaz. ¡Todo lo contrario! Ahí reside sin duda el primer gran misterio de la toma de poder de los flujos capitalísticos. Una máquina abstracta, la «Paz de Dios», establece su ley y estabiliza la segmentariedad social.

En cada provincia, «se reúnen concilios convocados por prelados; las elites privilegiadas y sus guerreros participan en ellos. Estas asambleas se ponen de acuerdo en disciplinar la violencia y en imponer reglas de conducta a aquellos que portan las armas²». En la continuidad de esta «Paz de Dios», otros preceptos permitirán regentar el resto de la sociedad: «Ya no será lícito combatir, tampoco manejar dinero o entregarse a un acto sexual, sino en límites muy precisos. Fueron circunscritos algunos sectores donde la acción de las armas era denunciada como perversa o contraria al designio de Dios y al orden del mundo.» Con la progresiva reaparición de una economía monetaria, se llegará así a que los señores ya no extraigan la fuerza de trabajo de los campesinos mediante el sistema de las corveas, sino que se adapten a un sistema de desterritorialización de los intercambios: «Los señores no dejarán de apropiarse de la mayor parte de los bienes que creaba el campesino, los tomarán de otra manera con una facilidad que favorecía, y ciertamente de manera determinante, la vivacidad creciente de la circulación monetaria³.» El reino de la antigua esclavitud se borra entonces progresivamente frente al de la explotación económica moderna. Pero esta primera desterritorialización monetaria no

¹ Georges Duby, *Guerriers et paysans*, Paris, Gallimard, 1975.

² *Idem*, p. 185.

³ *Idem*, p. 239.

podrá hallar su «consumación» en el marco de un sistema social centrado sobre relaciones feudales aún demasiado territorializadas, sino solamente en el de un sistema económico controlado por la burguesía (la realeza burguesa). Expropiada por el dinero de su relación esclavista directa, la nobleza se hará desterritorializar a sí misma, se hará vaciar de su sustancia por formaciones sociales burguesas mejor adaptadas que ella a los modos de semiotización específicos del nuevo orden capitalístico. La emergencia, no del capitalismo, sino de la hegemonía de los flujos capitalísticos, es por tanto inseparable, según nos parece, no solamente de la tregua de las epidemias y de las grandes invasiones bárbaras –flujo y reflujo de las máquinas militares nómades–, de un empuje demográfico interno, de una relativa estabilización del orden feudal, de cierto «despegue» económico, comercial y monetario –flujo de mercancías, flujo de peregrinos–, sino también del «lanzamiento» por la Iglesia de grandes operaciones contra las herejías, contra los infieles, que permitieron canalizar la aristocracia militar hacia objetivos desterritorializados: la «Tierra santa», el santo sudario, etc. La proliferación de las iglesias, de las catedrales y de los monasterios en el siglo XII puede ser considerada ella misma como un primer peldaño de la desterritorialización capitalística. Constituye en cierto modo un primer «despegue» de Equipamientos colectivos de nuevo tipo, cuya misión principal podría ser descompuesta de la siguiente forma: tienen, por una parte, que «producir» uno de los dioses más desterritorializados de la historia, que, por otra parte, deben reterritorializar sobre un orden social segmentario, «regresivo» por relación al de la Antigüedad clásica por el hecho de que continúa apoyándose sobre sistemas de filiación y de organización étnicas «arcaicos». A diferencia de los dioses «razonables» de los ciudadanos griegos y romanos, el nuevo dios «asiático» enclava sus valores pasionales y universales –esa es la paradoja– en el *corazón* de las aristocracias bárbaras.

Mística caballeresca y libre empresa

Perdido definitivamente el sentimiento de pertenencia a una Ciudad y a un Imperio, un sentimiento nómade desterritorializado frecuenta la mística caballeresca y prepara indirectamente el camino –cuando el contexto de segmentariedad y de anarquía feudal se haya estabilizado alrededor de los poderes provinciales y reales– al espíritu de aventura y de «libre empresa»

de los navieros, de los comerciantes y de los capitalistas de la burguesía ascendente. En efecto, si es verdad que todo separa a los señores de los burgueses, desde su origen los grandes ideales religiosos del feudalismo aproximan sus intereses; por ejemplo, la conducta de las cruzadas es inseparable de innumerables «beneficios secundarios» que unos y otros pueden extraer de ella: guerra de pillaje, apertura de circuitos comerciales, etc. ¿Para quién «trabajan», a fin de cuenta, los Equipamientos colectivos de la Iglesia? Es difícil, sino imposible, responder a esta pregunta. Volveremos posteriormente sobre la ambigüedad de las relaciones entre la Iglesia, la aristocracia y la burguesía. Apuntemos simplemente que si es verdad que los Equipamientos colectivos no son simples «superestructuras», sino que producen las condiciones semióticas de las divisiones en castas y en clases, entonces la cuestión de su «pertenencia» ya no puede plantearse en los mismos términos.

No solamente la máquina religiosa «transporta» las divisiones que le son contemporáneas, sino que prepara, además, las diferenciaciones por venir —en el sentido en que la teoría newtoniana de la gravitación «prepara» la teoría einsteniana de la relatividad. Es así que la abadía de Saint-Denis, por ejemplo, fue concebida por Suger como el primer gran equipamiento religioso de la «realeza burguesa». Su función ya no es la de las iglesias monásticas romanas, «simple superestructura de un hipogeo, de una cripta, de un espacio cerrado, subterráneo, oscuro, donde los peregrinos, en fila india, se hundían, aterrorizados, en una penumbra chthoniana para entrever por fin los cuerpos santos entre la luz vacilante de los cirios»⁴. . . Ella agencia una semiotización colectiva, una encarnación (mediante su luz, su fasto, sus piedras preciosas, la iconografía de sus vitraux, su liturgia, etc.) de la relación de Dios con los hombres y con la realeza. La *encarnación* se opone aquí a las «seducciones dualistas» de la herejía, pero también a la anarquía aristocrática; el lugar del Dios de la burguesía está sobre la tierra; la «Paz de Dios» debe garantizar el trabajo, el comercio, la urbanización y la centralidad del poder. Los Equipamientos colectivos religiosos de la Edad Media «trabajarán» a su manera en el desarrollo del capitalismo en tanto que añadirán cierto número de quanta de desterritorialización a los modos de semiotización y de subjetivación de las capas dirigentes (la nueva sensibilidad de la aristocracia, su código de honor, sus ritos de iniciación,

⁴ Georges Duby, *L'Europe des cathédrales*, Genève, Skira, 1966.

etc.). Aunque menos racional que el de la Antigüedad, el modelo humano que ponen en circulación es, de hecho, más universal, más capitalístico; se presenta de entrada como mejor adaptado y transponible —en los límites fijados por los concilios— al conjunto de las componentes étnicas y nacionales, y las que imponen a sus nuevos adherentes son infinitamente menos exigentes que aquellas, por ejemplo, de la «concentración» en el Imperio romano; por el contrario, sus exigencias espirituales, sus mutaciones subjetivas, se revelarán en el curso del tiempo cada vez más tiránicas.

Es de la formación de este nuevo modelo que conviene, a nuestro parecer, «hacer arrancar» el espíritu del capitalismo moderno y no, como lo proponía Max Weber, de las reformas, más tardías, del luteranismo y del calvinismo⁵. La Reforma no ha hecho más que acentuar un movimiento de larga data; su originalidad, desde nuestro punto de vista, reside en el hecho de haber emplazado una nueva red de Equipamientos religiosos todavía más desterritorializada, cuya función ya no era abrir masivamente la vía de los flujos capitalísticos, sino adaptarse a las otras redes de Equipamientos económicos y sociales ya sólidamente implantados, tomar su lugar entre ellos de forma más modesta, menos cargosa, miniaturizando el aparato sacerdotal, y acentuar de este modo la interiorización y la individuación del sentimiento religioso. René Grousset consideraba que en los siglos XIV y XV, Flandes funcionaba ya como «una fábrica que aguarda que los exportadores lleguen a ella para que se le haga entrega de los productos manufacturados», la Hansa teutónica como «una empresa de transporte, una casa comercial en la cual las mercancías solo están en depósito y tránsito», Florencia como una manufactura, un banco y un sindicato patronal, mientras que Venecia y Génova experimentaban el capitalismo «hasta el final de su programa, hasta el imperialismo naval y territorial, hasta el colonialismo» y prefiguraban la Inglaterra del siglo XIX⁶.

Para crear las condiciones que permiten la formación de un nuevo tipo de trabajo y de intercambio compatible con el «despegue» de una economía fundada sobre el primado de los flujos capitalísticos, fue necesaria entonces la interacción de un número considerable de factores

⁵ Max Weber, *L'Éthique protestante et l'Esprit du capitalisme*, Paris, Plon, 1964.

⁶ René Grousset, prefacio a *Les Villes marchantes aux XIV^e et XV^e siècles*, Régine Pernoud, Paris, La Table Ronde, 1948.

de desterritorialización. Enumeremos algunos, sin pretender de ningún modo la exhaustividad:

1) el desmoronamiento de los sistemas estatales y urbanos heredados del Bajo Imperio;

2) la emergencia de una máquina religiosa de objetivos universales y desterritorializados, pero que dispone de una «dirección» central y de una lengua «internacional», de Equipamientos colectivos locales y regionales –iglesias, catedrales, máquinas monásticas, benedictinas, etc.–, de finanzas y de un importante peso político secular;

3) la determinación de una «política exterior» centrada sobre objetivos desterritorializados (las Cruzadas);

4) la reaparición de una circulación monetaria desterritorializada y el desarrollo de los flujos comerciales internacionales;

5) la diferenciación de nuevos órdenes sociales: fundamentalmente, la nobleza y la Iglesia (volveremos sobre el hecho de que el tercer estado, que es una noción mucho más tardía, no se debe colocar en el mismo plano, en la medida en que cubre realidades sociológicas y políticas mucho más heterogéneas);

6) la aparición de un nuevo estilo de vida aristocrático –relación de señorío, investidura del caballero, la hermandad, el amor cortés, etc.⁷;

7) la autonomización de las lenguas romanas, etc.

Burguesía y feudalidad

Parece establecido que la reconstitución de un tejido social relativamente «coherente», tras el desplome de los sistemas sociales heredados del Bajo Imperio y del Imperio carolingio, fue contemporáneo del reinicio de un proceso de urbanización y de un desarrollo de las técnicas en todos los dominios. La burguesía y sus Equipamientos colectivos (administrativos, fiscales, corporativos, religiosos, comerciales, etc.) habrían nacido en efecto completamente *al mismo tiempo* que la feudalidad⁸. Y esta contempora-

⁷ René Nelli, *L'Érotique des troubadors*, Toulouse, Privat, 1963, y «De l'amitié à l'amour o de l'affrèment par la sang à l'épreuve des corps», *Les Cahiers du Sud*, n° 347, 1958.

⁸ Cf. Jean Gimpel, *La Révolution industrielle du Moyen Âge*, Paris, Seuil, 1975, e Yves Barel, *Une approche systémique de la ville*, Grenoble, Institut de recherche économique et de planification, mayo 1974.

neidad podría incluso llevarnos a formular la hipótesis de una interacción estructural entre las tecnologías de base de la iniciación semiótica de la nobleza feudal y las de la nueva burguesía. Por lejos que se quiera situar el origen del fenómeno (por ejemplo desde el siglo XI, cuando la caballería se encerró sobre sí misma en una casta hereditaria y sacralizada), se deberá admitir que han aparecido como dos «razas» diferentes, pero interdependientes. Ya no estaríamos entonces en presencia de una oposición simple, como la que separaba en la Antigüedad la «raza» de los ciudadanos del resto de la población; aquí la ciudadanía se ha desterritorializado, ha absorbido algo del nomadismo y de las máquinas de guerra bárbaras de las tecnologías siervas, y se ha dividido en dos formaciones de poder: aquella, ostentosa y arrogante, de los señores, y esta, necesitada, pero a plazos triunfante, de la burguesía⁹. Esta disimetría y esta interdependencia entre las dos estratificaciones sociales desde el nacimiento de la feudalidad, es decir desde el nacimiento de los «tiempos modernos», sobrepasa el simple marco de la puesta en marcha de un nuevo tipo de dependencias de vasallaje y de la emergencia de una segmentariedad social que supere los antiguos órdenes políticos desfallecientes; es, ante todo, la expresión de la emergencia de un nuevo sistema de economía de los flujos, de un nuevo tipo de sociedad, de una nueva forma de vivir, de pensar y de sentir el mundo. A través del «agujero negro» del siglo X, en las mallas de una sociedad en descomposición —que, «normalmente», habría debido desaparecer bajo el golpe de las invasiones bárbaras—, máquinas segmentarias de todo tipo se han puesto, por el contrario, a proliferar y a trabajar por su propia cuenta.

Los equipamientos de la burguesía que salieron de esta tormenta —aunque siempre más o menos sometidos a los poderosos equipamientos de la nobleza y de la Iglesia— no cesarán de reconstituir su capital de semiotización y de producción. Como para la Alemania de la posguerra mundial, casi todo vuelve a partir de cero. La desterritorialización debe ser entendida en su exacto sentido. No hay que olvidar, en efecto, que el desmoronamiento

⁹ Este sistema de complementariedad entre un sistema de castas y una clase ascendente (la aristocracia y la burguesía) se «volverá a encontrar» en cierto modo invertida, con la dependencia en la cual se encuentran hoy los burgueses capitalistas respecto de las burocracias sindicales y de las burocracias estatales. El poder burgués, hoy, solo se sostiene gracias al cuadrículado de la clase obrera por castas burocráticas. En cuanto a la interdependencia entre las burocracias del capitalismo de estado de la URSS y del imperialismo americano, ¡está ahora casi completamente institucionalizada!

económico y urbano del Occidente había sido casi total (para tomar la medida de ello, Yves Barel nos recuerda que en el siglo X, Roma, que era sin duda la mayor ciudad occidental, apenas debía tener más de 25.000 habitantes, mientras que París giraba en torno de 5.000). El «milagro» consiste en que algunos equipamientos semióticos de base —capitalizados y trabajados en especial en las «usinas monásticas»— consiguieron pasar a través de las mallas del desastre. Se asiste a una miniaturización, una desterritorialización de las antiguas formas tecnológicas y semióticas: artesanos y escribas siguen a los ejércitos bárbaros, los comerciantes vagan sobre las rutas por su cuenta y riesgo, cubiertos únicamente por los salvoconductos que les otorgan los poderosos, algunos monjes protegen y vuelven a copiar algunos manuscritos como reliquias, algunas máquinas monásticas conservan como tesoros unos pocos instrumentos metálicos y comienzan a promover una mejora de las técnicas agrarias...

Por las buenas o por las malas, el campesinado será arrastrado, diagramatizado, a la zaga de la burguesía, por esta desterritorialización semiótica. Pero nos parece importante no ponerlo en el mismo plano que las demás «clases». Constituye la base del tejido social y productivo.

Es económicamente todo, y políticamente nada. Las mutaciones esenciales, en esta etapa, se deben localizar entonces en el nacimiento del nuevo tipo de poder que cristaliza alrededor de las *clases urbanas*, en torno de los agenciamientos humanos que se disponen en *adyacencia de Equipamientos colectivos* de un carácter nuevo. En particular, no se podría insistir lo suficiente sobre la posición bisagra de los Equipamientos eclesiásticos y las relaciones muy ambiguas de las personas de la Iglesia respecto de aquello que, mucho más tarde, se llamará el tercer estado. Las aristocracias religiosas y señoriales estaban ciertamente ligadas de manera indisoluble entre sí. Pero, desde el punto de vista de esta reactivación de los Equipamientos de base, desde el punto de vista del nacimiento de un nuevo proceso de urbanización, los monjes y la masa de personas de la Iglesia pueden ser considerados como participando del mismo conjunto social que la burguesía. En ocasiones es en torno de equipamientos monásticos que han conservado un mínimo de cohesión (organización colectiva del trabajo, uso de la escritura, continuidad de contactos internacionales, etc.) que ciertas ciudades fueron creadas o retomaron su desarrollo, y en ocasiones es en torno de focos de artesanado o de equipamientos jurídicos. La nobleza ha entrado así de manera progresiva bajo la dependencia de las capas sociales

que capitalizaban un saber, una tecnología. La construcción de sus castillos, la confección de sus equipamientos militares implicaban un mínimo de estabilización de las corporaciones profesionales urbanas. Las noblezas y las aristocracias de Iglesia cayeron ellas mismas bajo la dependencia de las burguesías comerciantes para mantener a un nivel conveniente el nivel de su «gasto» —en el sentido dado a ese término por Georges Bataille¹⁰. Es la constitución de una red de Equipamientos colectivos sostenida por los parlamentos, las corporaciones, sus jurados, las guildas, las cofradías, etc. —sea cual fuera el control y la explotación que la nobleza haya ejercido sobre ellos— la que catalizó los procesos de urbanización y la que comenzó a crear un nuevo tipo de formación de poder que se desmarca de los valores de «gastos» aristocráticos —lo cual no impedía que una parte de la burguesía dependiera de su poder o viviera indirectamente de su lujo. La iniciación burguesa, por su aptitud para producir modelos de «encuadre» y procesos de institucionalización relativamente flexibles y eficaces en ruptura con una concepción demasiado territorializada de las filiaciones de poder (mágicas, incluso sagradas o carismáticas) en provecho de un sistema de filiación que descansa, en lo esencial, sobre el poder mucho más abstracto del capital y sobre las posiciones reales de los individuos respecto de los flujos capitalísticos, y a pesar de estar marcada por el espíritu del corporativismo y su dependencia frente a las autoridades políticas y religiosas, se ha instaurado en conexión con el conjunto de las líneas de desterritorialización de la época (técnicas, científicas, artísticas, comerciales, etc.). Haciendo lo cual adquirió una vocación laica de universalidad potencialmente mayor que la de las Iglesias cristianas.

¹⁰ Georges Bataille, *La Part maudite, Oeuvres complètes*, Paris, NRF, 1972.

Burguesía y flujos capitalísticos

La máquina burguesa

Se debería distinguir aquí el *poder* aparente de la nobleza y la *potencia* real de la burguesía. Al nivel molecular, la potencia real de los procesos de desterritorialización tiende a escapar al poder molar. Los equilibrios tácitos, las redes de interdependencia, no han cesado de ser trabajados, cuestionados, por el brote semiótico desterritorializado de las burguesías urbanas. Desde este punto de vista, la teoría eclesiástica de los «tres órdenes» (la división, según un plan divino, de la sociedad en trabajadores, guerreros y personas de oración, es un señuelo: es la expresión de una tentativa de reterritorialización ideológica) se esforzó en negar el ascenso de otra fuerza desterritorializante que atravesaba el conjunto del cuerpo social y que no era de ningún modo captable en el marco de las categorizaciones religiosas existentes. De hecho, no se trata con órdenes o con clases homogéneas, comparables y oponibles unas a otras. Al encadenar sus recortes en la prolongación de los órdenes y los estados del Antiguo Régimen, transponiendo su *representación* de la sociedad sobre la del parlamentarismo burgués, los historiadores burgueses y, en cierta medida, los teóricos socialistas del siglo XIX, han eludido la existencia de agenciamientos sociales

de otra naturaleza y evitado una problemática política que renace hoy con las luchas de las minorías de todo tipo. Antes de haber cristalizado en conjuntos políticos y económicos «coherentes», captables a partir de modelos de categorización más o menos universales (sean o no de origen religioso), el *socius* se diferencia según una economía inconsciente sexual, étnica, social, micropolítica y microeconómica. Las máquinas militares, aristocráticas y religiosas de la Edad Media no podrían ser colocadas sobre el mismo plano que el campesinado que no era una clase ni un orden, sino la sociedad entera en tanto que máquina productiva de base. Y, en lo esencial, no se trataba, «desde el comienzo», de sistemas residuales que proseguían sus trayectorias locas y sus movimientos brownianos según su propia ley de inercia semiótica. La clave maquinica, el operador que efectuará la conjunción de todas las líneas de desterritorialización, no será ni una casta, ni una masa, ni siquiera una clase, sino una formación social de contornos difíciles de delimitar, que se engancha sobre el mismo rizoma urbano de las funciones de poder, de las competencias técnicas, de las instituciones, de los equipamientos, de los flujos monetarios, de los flujos de saber, de los flujos de mercancías... Es la burguesía la que hará que todo se sostenga, o más bien que comience a sostenerse nuevamente. Menor desde el punto de vista político, militar y religioso, fuerte solamente por su «maquinica» y sus semióticas desterritorializadas, es ella la que «contendrá» las mutaciones del inconsciente capitalístico, es a partir de sus agenciamientos colectivos y de sus equipamientos —que, en esa etapa, son todavía poco diferenciados— que serán semiotizadas y desplegadas las nuevas líneas de fuerza de la sociedad.

Antes de ser una clase, la burguesía es entonces cierto tipo de Equipamientos colectivos moleculares. Más adelante montará, a partir de ellos, gigantescos ciclotrones semióticos asociados a complejos industriales, a megalópolis, a un mercado mundial, etc. Pero sus etapas históricas «visibles» no cesan de estar redobladas por rupturas y profundizaciones de los sistemas de desterritorialización, seguidos de tomas de riendas, de reterritorializaciones que se esfuerzan por superar por algún tiempo el mismo desmoronamiento semiótico de origen, que no hará más que acentuarse de crisis en crisis, volviendo a cuestionar de manera constante las «adquisiciones» precedentes. La combinatoria capitalística se enriquecerá de este modo, a medida que sus módulos de base sean desterritorializados y miniaturizados, como con un juego de Lego o más bien, como con el pasaje, en el campo

de la química-física, de análisis y de síntesis que parten sucesivamente de moléculas, de átomos, y luego de componentes atómicos y nucleares. La historia desplegará las potencialidades de fórmulas capitalísticas desterritorializadas que aparecerán primero «completamente montadas», a escala molecular y en un espacio microscópico. Antes de constituir su territorio, podrán permanecer largo tiempo en estado endémico, como algunos virus que aguardan durante años la aparición de condiciones favorables a su expansión. Es así, lo hemos visto, cómo el capitalismo ha comenzado a «cuajar», desde la alta Edad Media en Pisa, en Génova y en Venecia y cómo se inició incluso una fusión entre las burguesías urbanas y la nobleza rural. Yves Barel habla, a propósito de esto, de «ciudades principados desterritorializadas». Una nobleza capitalista que se apoya sobre los oficios y los navieros ha logrado, aquí, tomar el control del desarrollo urbano, de la economía y del poder político, en el marco de un sistema llamado de «república aristocrática». Pero, subrayémoslo, solo se trata aquí de casos de excepción, de «milagros» resultantes del concurso de circunstancias muy particulares, a saber la puesta en conjunción «accidental» de toda una serie de factores de desterritorialización (situación bisagra entre mundos diferentes, apertura sobre el mar, condición favorable a la reanudación de los flujos comerciales y, en el caso de Venecia, situación particular sobre la laguna debida a la presión franca, etc.). De hecho, ni las ciudades capitalistas italianas, ni las capitales de las realezas burguesas tendrán el crisol en el cual habría podido efectuarse una fusión entre las antiguas aristocracias y las elites de la burguesía ascendente. Sea que la segmentariedad feudal, demasiado territorializada, haya conseguido imponer su inercia a la nueva segmentariedad o, inversamente, que esta última, demasiado desterritorializada, se haya apoyado sobre la primera, el hecho es que la integración urbana de los equipamientos aristocráticos solo habrá sido muy relativa, muy parcial. Aun cuando el aburguesamiento de fracciones de la aristocracia ligadas directamente al funcionamiento del poder de Estado real y al capitalismo desemboque localmente en la constitución de una suerte de burguesía aristocrática, no se tratará todavía sino de un fenómeno de fusión relativa, de carácter sobre todo funcional. Es el caso, por ejemplo, del «lobby Colbert» —como lo llaman Daniel Dessert y Jean-Louis Journet—, compuesto en más de sus tres cuartas partes por nobles (sea de nacimiento, sea por ejercicio de un cargo nobiliario) y que sin embargo debe ser relacionado, según estos autores, a un grupo de financistas cuyos

oficios y funciones, desde el comienzo del siglo XVIII, «juegan, con el sostén discreto, eficaz e interesado de los potentados, un rol eminente que los sitúa, en el sistema monetario y económico ambiente, en el centro de la vida del Estado», es decir en una formación social capitalística que, no por estar en ruptura con la nobleza terrateniente, pertenece no obstante a la burguesía¹. Por tal motivo conviene ser prudente respecto de las asimilaciones demasiado prematuras entre la burguesía y el capitalismo. Sean cuales fueran sus alianzas, se trata de dos tipos de realidad heterogéneas: la burguesía resulta de una estratificación social conservadora –que entiende conservar sus derechos adquiridos–, mientras que el capitalismo resulta de una conjunción de componentes maquinicas que tiende, por el contrario y como a pesar suyo, a desestratificar el campo social. Este desfase va creciendo, y se volverá especialmente visible con los desarrollos contemporáneos del capitalismo de Estado, en el Oeste tanto como en el Este: el mismo rizoma de castas tecnocráticas y capitalísticas que tiende a tomar posesión del mundo negociando, en su seno, su estrategia económico-política por sobre la cabeza de las viejas burguesías y de las viejas burocracias nacionales.

De una forma general, los procesos de urbanización y de equipamiento de las grandes entidades nacionales capitalísticas no desembocaron en la institucionalización, en la codificación de modelos fijos de formaciones de poder como fue el caso, por lo general, en las ciudades antiguas. La ciudad burguesa, y es sin duda aquello que constituirá su fuerza, es todo y no importa qué².

¹ Daniel Dessert et Jean-Louis Journet, *Le Lobby Colbert – Un royaume ou une affaire de famille?*, Paris, Armand Colin, Les Annales, noviembre-diciembre 1975.

² Fernand Braudel muestra que la proliferación de los «modelos» de ciudad será tal, en el siglo XVI, que solo se podrá establecer una tipología a condición de utilizar una combinatoria que ponga en juego factores heterogéneos, los cuales –más allá de las cuestiones de tamaño y de rango de las ciudades– reenviarían a las funciones de equipamiento colectivo, en el sentido muy amplio en que lo consideramos aquí. Así, por permanecer solo en las ciudades de España, se podría decir de Granada y de Madrid que son ciudades burocráticas; Toledo, Burgos y Sevilla ciudades mercantiles, pero Sevilla es igualmente burocrática, rentista y artesanal; Córdoba y Segovia ciudades industriales y capitalistas; Cuenca, industrial pero artesanal, Salamanca y Jerez ciudades agrícolas; Guadalajara una ciudad clerical; otras son más bien militares, «borreguiles», campesinas, marítimas, ciudades de estudio, etc. Finalmente, la única manera de «contener» esas ciudades en un mismo conjunto capitalístico para que no estallen en una multitud de ciudades autónomas y antagonistas, es considerarlas en tanto que surgen sobre un mismo

Forzando las cosas, diremos que es un epifenómeno molar, mientras que los equipamientos burgueses y corporativos representan, por su parte, el verdadero proceso molecular de la urbanización y del desarrollo de las fuerzas productivas³. Mientras que los poderes del señor, del conde, del obispo, del rey, etc., se disputaban el control militar, político y fiscal de las ciudades, la revolución molecular capitalística, de su lado, tomaba bajo su mano el control del conjunto del cuerpo social; comprendido allí de manera indirecta el control de la nobleza y de la Iglesia, a través de sus Equipamientos colectivos productivos y comerciales, de sus máquinas semióticas inasibles que ella no cesará de hacer proliferar y que transformarán las tonalidades espirituales, los sentimientos, la religión, las concepciones del mundo, la escritura, la música, la pintura, la arquitectura, las ciencias... Los particularismos de las aristocracias nobiliarias y eclesiásticas solo podrán mantenerse adaptándose al universalismo relativo de la burguesía y aun así, en tanto que los intereses de esta última la conduzcan a desarrollar su diferenciación semiótica en complementariedad con ellos.

La nueva «sensibilidad» burguesa

A través del desarrollo y la conjunción de estos procesos de desterritorialización capitalísticos, otra concepción del hombre, y en particular de la infancia, comienza a aparecer. A medida que se ha desterritorializado el sentimiento caballeresco del amor –idealización de la Dama–, perdió su consistencia cierta economía de los valores aristocráticos tradicionales. Don Quijote y los héroes cornelianos participan del mismo combate de retaguardia, mientras que cierto puerilismo de los personajes racinianos anuncia la supremacía de la sensibilidad burguesa. En efecto, tras el ascenso de la Dama en las novelas de caballería y las novelas cortesas, es el niño quien, a partir del siglo XVIII, llega delante de la escena. Si la rostridad de la Dama focalizó la desterritorialización nobiliaria, parece que es la del

rizoma de Equipamientos colectivos. Cf. *La Méditerranée et le monde méditerranéen*, Paris, Armand Colin, 1966.

³ Conviene distinguir, aquí, el aspecto de desterritorialización de las máquinas y de los equipamientos, en tanto que engendran nuevas formas de producción y de circulación, y el aspecto de reterritorialización institucional, reglamentario, imaginario, que intenta frenar dicho movimiento a través del sistema de las corporaciones, de las gildas, etc.

niño –y esto sigue siendo verdad hasta nuestros días– la que literalmente sumergirá la de la burguesía⁴. Lo que por otra parte no implica en nada una mejora de la suerte de la infancia, ¡ni siquiera de la infancia burguesa! Las cosas se jugarán sobre un doble registro:

– se asistirá de una parte a una privatización, a un cierre de la familia sobre el niño, a una insistencia creciente sobre la relación madre-niño (que se trasladará en la relación marido-mujer, amante-amante, etc.);

– y, por otra parte, a un cuadriculado semiótico reforzado, a un control generalizado cada vez más precoz, a veces de un rigor increíble: la escuela de los Hermanos que transpuso al uso de los niños las prescripciones que Ignacio de Loyola había formulado para la disciplina monástica (privación de la riqueza, de la naturaleza, de las conversaciones humanas, de las satisfacciones del espíritu, renuncia a la propia voluntad, al propio juicio, condena del placer de los sentidos, que vuelve semejante a las bestias, fidelidad a las reglas o a las prácticas de la comunidad, etc.)⁵.

A la desterritorialización del trabajo humano a la cual procedieron los modelos de producción manufactureros e industriales corresponderán no solamente una desterritorialización de los espacios de la vida ligada al éxodo rural, a las concentraciones urbanas, etc., sino también una desterritorialización «sentimental» que se traduce por la aparición de un nuevo tipo de relación con el trabajo –desaparición, a plazos, del «amor al oficio»– y de un nuevo tipo de jefe. El hombre de poder del capitalismo ya no estará equipado con los valores aristocráticos tradicionales. El ideal de valentía, de lealtad, de generosidad y de cortesía transmitido por los mitos de la caballería será sustituido por el de una eficacia y un cinismo asociados paradójicamente a un puerilismo sentimental cuya expresión será manufacturada «en serie» por las artes y las letras románticas. Dos tipos de fabricaciones semióticas podrían ser opuestos:

– el de una formación aristocrática que parte de elementos de base territorializados (identificación del linaje y de la casa⁶, rol de la sangre, de la tierra, de los escudos de armas, etc.), para culminar, por ejemplo en la corte del rey, en un estilo relativamente homogéneo;

⁴ Philippe Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime*, Paris, Seuil, 1975.

⁵ Anne Querrien, inédito.

⁶ Jean-Louis Flandrin, *Familles. Parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, Paris, Hachette, 1976.

– el de una formación capitalística que parte de módulos de base relativamente más desterritorializados desde el inicio, lo que implicará un «tratamiento» mucho más precoz de las semióticas de la infancia para separarlas de sus «tierras natales», para plegarlas a los códigos abstractos. Procediendo por «montajes» diferenciados, produce hombres todo terreno, mejor adaptables funcionalmente de lo que podían estarlo aristócratas demasiado afectados, demasiado «cristalizados semióticamente».

La formación de nuevas dependencias, de nuevas jerarquías, de nuevas burocracias, adaptadas a la evolución de las relaciones de producción capitalistas, presupone, según nosotros, una doble desterritorialización de la iniciación nobiliaria:

– de una parte, una desterritorialización diacrónica que se manifiesta por el debilitamiento y la pérdida de las componentes semióticas ligadas a los valores y a las artes tradicionales (cierta relación consigo mismo y con el mundo, el sentido del honor, de la filiación, de la pertenencia personal, el aprendizaje de ciertos tipos de posturas y de comportamientos a través de la equitación, las artes de combate, las buenas maneras, etc.);

– y, por otra parte, una desterritorialización sincrónica que colocará el mundo de la aristocracia –los nobles «acreditados a la corte⁷»– en una dependencia semiótica (y económica) siempre más marcada respecto de la sociedad burguesa.

Decadencia de la aristocracia

Las rupturas revolucionarias, a fines del siglo XVIII, entre los poderes aristocráticos y la burguesía provendrán probablemente menos de una voluntad revolucionaria explícita de esta última que de una *profundización de las componentes de desterritorialización* que trabajan el «mundo atlántico» y de una crisis de coyuntura –suerte de nuevo «agujero negro» histórico de la importancia que tuvo el del siglo X, pero donde los flujos bárbaros fueron, en sentido inverso, reemplazados por el de los ejércitos napoleónicos y por la expansión de flujos capitalísticos que devastaron a su paso todas las antiguas territorialidades. La gran burguesía financiera y

⁷ Según Albert Soboul, «la nobleza cortesana, que vivía en Versalles en el entorno del rey, representaba alrededor de 4000 familias». Cf. *La Révolution française*, Paris, Éditions sociales, 1951.

capitalista tenía todo para ganar de un «cambio en la continuidad». Hay que admitir que el espectáculo del «gasto» aristocrático y la fascinación odiosa, pero esclavizante, que ejerció durante siglos sobre el pueblo solo presentaba desventajas a la burguesía. ¿Para qué aplastar los residuos de una nobleza rural que continuaba, mal que bien, «conteniendo» el mundo campesino? No olvidemos que los movimientos en los campos, durante la Revolución francesa, apuntaron de manera indistinta a la nobleza feudal y a la burguesía urbana quienes tanto una como otra, aunque por medios diferentes, no habían cesado de exprimirlo⁸. Añadamos a esto que en el nivel más alto, como lo hemos visto precedentemente, la fusión entre la aristocracia burguesa y una fracción «capitalista» de la nobleza estaba ya ampliamente en curso... No es por tanto la burguesía, en tanto que clase, la que «hace» la Revolución francesa sino las componentes capitalistas de desterritorialización de la que era portadora. Y tal vez por eso, de modo principal, desde un punto de vista acontecimental, las reacciones territorializantes de las masas urbanas contra estas componentes, en particular contra la tendencia de las nuevas capas dirigentes a atropellar las viejas reglamentaciones, las antiguas corporaciones, a manipular la moneda, a favorecer una segmentariedad económica «liberal». De este modo, situándose desde el punto de vista de la revolución capitalística, se puede considerar que numerosas jornadas insurreccionales de la *sans-culotterie* artesanal y tendera fueron en cierto modo «contra-revolucionarias», «poujadistas». Sin asiento político bien determinado, la burguesía de las luces no ha cesado de «tomar el tren en marcha», sea en un sentido, sea en otro, sea del lado de la «gran revolución atlántica», según la expresión de Jacques Godechot⁹, sea del lado de particularismo descentralizador y autonomista de las secciones parisinas y de los federados provinciales.

La proliferación de los Equipamientos de la burguesía habría aparecido entonces, según nosotros, en las mallas de los poderes nobiliario y real; su función era convertir, en beneficio del conjunto de las castas dirigentes, la plusvalía primaria que estas extraían del trabajo campesino y artesanal en fuerza de trabajo capitalística. Pero, a la manera de un hongo, ha acelerado, a cambio, la pudrición de su soporte. A medida

⁸ Paul Bois, *Paysans de l'Ouest*, Paris, Flammarion, 1971.

⁹ Jacques Godechot, *La Grande Nation – L'expression révolutionnaire de la France dans le monde (1789-1799)*, Paris, Aubier, 1956.

que la burguesía implantaba y estabilizaba su poder de hecho sobre algunas entidades territoriales constituidas según normas económicas y ya no según la «lógica» de las filiaciones y de las alianzas que regían el recorte de las baronías, de los condados, de los ducados y de los reinos, estos equipamientos son miniaturizados y polimerizados de forma de engendrar macro-equipamientos capaces de responder a las exigencias tecnológicas, económicas y políticas de los Estados modernos¹⁰. Así, la anarquía proliferante de los micro-equipamientos transporta consigo un poder estatal central (cuya axiomática institucional fue sistematizada por el bonapartismo: creación de los grandes ministerios, de las grandes escuelas, etc.). Progresivamente, una red de Equipamientos colectivos de doble cabeza —una micro-cabeza buscadora semiótica que se infiltra por todas partes y una macro-cabeza estatal que sostiene el conjunto— se puso a cuadrricular los mínimos rincones del campo social. El carácter procesual de este fenómeno no debería enmascarar el hecho de que la cuestión del poder de Estado, que se puede identificar aquí con la cuestión del poder de la burguesía, fue planteada desde el inicio, es decir mucho antes de la cristalización de los macro-equipamientos.

Volvamos a propósito de esto a los equipamientos relativos a la formación semiótica de la nobleza. En apariencia, les son específicos, solo conciernen de manera fundamental a la nobleza, y de manera secundaria a los grandes funcionarios y a los artistas burgueses ligados a la corte del rey. Pero se puede considerar también que Versalles, tomando el relevo, cinco siglos más tarde, de la abadía de Saint-Denis para someter una aristocracia ya notablemente debilitada a una nueva «Paz de Dios» —ésta barroca y rococó—, fue el primer súper-equipamiento colectivo de los tiempos modernos, suerte de absceso de fijación, de campo de reagrupamiento y de reducción, dispositivo esencial para acelerar la transferencia de los poderes reales en provecho de los parlamentarios, de los juristas, de los tecnócratas y de los banqueros de la burguesía. De hecho, es desde su nacimiento que la nobleza feudal es tomada a cargo semióticamente por los equipamientos de la burguesía; es desde su nacimiento que la burguesía ha sido en cierto modo

¹⁰ Los equipamientos bursátiles, por ejemplo, comenzaron a existir bajo su forma moderna de bolsa de comercio y de mercado de valores desde fines del siglo XVI; pero es solo a partir del inicio del siglo XVII que tomarán un tamaño gigantesco —en ocasiones se reunían cotidianamente en la Bolsa de Ámsterdam de cinco a seis mil personas para seguir el curso de la Compañía de las Indias orientales.

la máquina semiótica de las nuevas aristocracias. No se trata solamente aquí de consejeros, de escribas, de poetas, de preceptores y de confesores, sino también de una sintaxis, de una lógica, de una maquínica, de toda una nueva sensibilidad.

Mientras exista una complicidad inconsciente entre la aristocracia y las demás capas sociales, mientras la nobleza y el alto clero puedan ser considerados como castas especializadas en «el gasto», mientras su lujo y su modo de vida, aunque aborrecido por quienes sufrían sus efectos, sean aceptados como formando parte de la «regla del juego», expresarán en cierto modo un deseo colectivo, un deseo «irracional», entonces la simbiosis burguesía-nobleza conservará su «utilidad» poniendo de manifiesto la explotación social según un sistema de doble rostro y de doble poder. La nobleza constituirá la coartada, la excusa, el blanco de distracción de la explotación capitalística ascendente. Pero, cuando comience a ser sentida por la masa del pueblo solo como un cuerpo extraño, cuando pierda su fascinante amenidad, su aura sagrada, entonces ya solo quedará aislarla, confinarla en sus espacios reservados –Versalles, etc.–, «expulsarla» fuera de las fronteras (a título transitorio es cierto, pero la «Restauración» jamás le restituirá completamente sus prerrogativas anteriores). Es en tanto chivo emisario que la nobleza prestará sus últimos servicios a la burguesía; cortando cabezas, la revolución burguesa intentará hacer huir el problema en el imaginario colectivo: «Es culpa de los disidentes, de los sangre-azul, de la judería internacional, de la quinta columna, de los espías trotskistas, de la pandilla de Beria, de la banda negra de Lin Biao...» Mediante este tipo de procedimiento, se busca exorcizar, localizándola, territorializándola sobre una constelación particular de rasgos de rostridad, la naturaleza real de una «crisis» que compromete no solo la «responsabilidad» del conjunto del cuerpo social, sino que moviliza igualmente su libido.

Así la aristocracia nobiliaria y eclesiástica caerá, a partir del momento en que sus diversos modos de territorialización –entendemos por esto tanto sus equipamientos suntuarios como su relación con el dinero y el trabajo, su modo de vida, sus «etiquetas», sus posturas– dejarán de servir de alimento a los equipamientos semióticos, libidinales e institucionales de las fracciones más desterritorializadas de la burguesía. Por lejos que uno se remonte en la historia política y literaria de la feudalidad, parecen reencontrarse los términos originarios de una división del trabajo libidinal entre la nobleza y la burguesía correlativa de un doble juego político de

esta última. Mientras que la aristocracia transporta, como un destino, su caída alta, el burgués acondiciona solapadamente su triunfo inevitable —a riesgo de expulsar sus rasgos de rostridad más insoportables proyectándolos sobre la imagen del lombardo o del judío avaro. Yves Barel hace notar que a partir del siglo XI, la burguesía se apoyó alternativamente en la segmentariedad feudal y en los poderes centralizadores provinciales y reales, en una suerte de ballet de figuras complejas donde el condado, las ciudades y la nobleza se aliaban de a dos contra el tercero («Si bien la regla del juego seguía siendo la misma, las alianzas anudadas eran tan eficaces como temporarias y cambiantes»). Es así que la implantación territorial de las máquinas desterritorializantes de la burguesía no solamente vació progresivamente de su sustancia a las antiguas formaciones de poder, sino que produjo, además, una serie de modelos de reemplazo para asegurar la continuidad del encuadre social represivo.

Notemos sin embargo que, aun a título de territorialidad residual, la aristocracia continuó teniendo, durante mucho tiempo tras la Revolución francesa, un lugar no despreciable entre las nuevas castas de notables. Pero, paradójicamente, será bajo la forma de arcaísmo desterritorializado que atravesará la historia contemporánea y continuará jugando, hasta nuestros días, un rol muy importante en el imaginario popular tal como es manipulado por la prensa llamada «sensacionalista» (los matrimonios principescos, etc.). Por otro lado, otra parte de la antigua aristocracia se vio reconvertida en cierto número de sectores económicos, militares y políticos «modernos» —se sabe que, aun hoy, el ministerio de Asuntos extranjeros, por ejemplo, ha seguido siendo uno de sus cotos privados. Pero allí también, lo esencial no es buscar del lado de los poderes territorializados, sino más bien del lado de las conversiones libidinales, de las mutaciones de valores, de las experimentaciones de nuevos prototipos de autoridades con los cuales se vio mezclada la aristocracia. En efecto, a partir del momento en que se acepta considerar los fenómenos históricos no solamente bajo su cara política y social a gran escala, sino también al nivel de su metabolismo libidinal molecular, se vuelve menos evidente que se deba considerar que las semióticas de la burguesía hayan pura y simplemente aniquilado las de la aristocracia. Así como, por otra parte, el proletariado no logrará, tras el «Octubre rojo», hacer degenerar las semióticas de los gulags y de la burguesía, ni siquiera las del viejo «despotismo oriental» (¡que la burocracia stalinista parece haber «recobrado» con toda

naturalidad!)¹¹. Las máquinas de Equipamientos colectivos, las máquinas semióticas capitalísticas pueden perfectamente coexistir con las –arcaicas– de la aristocracia o las –progresistas– del movimiento obrero. La política de los Estados modernos consistirá en hacer que todo eso se sostenga en conjunto: cierta concepción del servicio público, de la asistencia, de la planificación, etc., grupos de presión, lobbies, mafias, sistemas de valores micro-fascistas como los que animan los sentimientos de filiación histórica –la Francia de Du Guesclin y de Juana de Arco, la Alemania de la Orden teutónica, la Rusia de los zares, la tierra prometida de los sionistas, etc. En este campo de la economía colectiva del deseo, la historia no marcha necesariamente según una línea de superación de las «etapas» anteriores. Ella vehicula bloques de pasado sin *Aufhebung*, abre el porvenir al mismo tiempo que lo cierra, trabaja sobre sí misma por zona de desmoronamiento y por reterritorialización. Todo queda en su lugar, lo mejor y lo peor, lo posible y lo imposible. Se puede decir a la vez que ella atropella todo a su paso, que transforma todo de forma irreversible y que no cambia nada, que amontona las estratificaciones unas sobre otras.

Las reterritorializaciones burguesas

La revolución capitalística no ha cesado de arrancar de las antiguas formaciones de poder nuevas clases dirigentes y nuevos tipos de burocracia. Su proliferación institucional, a partir de la Revolución francesa, adoptó un carácter nuevo por relación a aquella que habían engendrado las burguesías del Antiguo Régimen. No solamente involucró un espacio urbano y un campo económico codificado, no solamente se preocupó por diferenciar ciudades, «condiciones», rentas, hábitats, bancos en el interior de la iglesia, sino también, y de manera más fundamental, mecanismos semióticos y libidinales. Las viejas burguesías controlaban el poder en sectores sociales y económicos localizables. Las nuevas invaden todo. El hombre se volvió universalmente burgués. La antigua combinación –distancia absoluta de las condiciones y simbiosis imaginaria de la nobleza y el pueblo– es liquidada. La unificación formal de las condiciones («libertad, igualdad, fraternidad») se ve acompañada, de hecho, por una extinción de los antiguos valores personológicos y afectivos.

¹¹ Karl Wittfogel, *Le Despotisme oriental*, Paris, Minuit, 1964.

Los vínculos personológicos codificados, del tipo noble-sirviente, maestro-aprendiz, se borran en provecho de una regulación de las relaciones «humanas» generales, fundadas, en lo esencial, sobre sistemas de cuantificación abstracta referidas al trabajo, los salarios, la «cualificación», las ganancias, etc. El *socius*, en última instancia, ya no es un asunto de «persona», sino de flujos descodificados. La revolución capitalística atacará todas las antiguas territorialidades, dislocará las comunidades rurales, provinciales, corporativas, desterritorializará las fiestas, los cultos, la música, los iconos tradicionales, «colonizará» no solamente las antiguas aristocracias sino también todas las capas marginales o nómades de la sociedad. Pero su empresa sistemática de desterritorialización de los conjuntos sociales se verá acompañada de una producción de territorialidades de reemplazo adaptadas a las exigencias de su funcionamiento y al mantenimiento de su poder¹². Esta reterritorialización se efectuará según dos modalidades: mediante una negociación, un compromiso permanente con los residuos de las territorialidades «dejadas atrás», y mediante el «lanzamiento» de nuevas territorialidades, por el equipamiento del *socius* con modelos que permiten al deseo continuar «enganchándose a algo». Se puede considerar que la primera tarea corresponderá a instituciones públicas estables (políticas, judiciales, religiosas, etc.) y la segunda a la red proliferante de los Equipamientos colectivos. De hecho, ciertas interacciones y una combinatoria compleja desembocarán en una mezcla constante de estos dos tipos de componentes. Pero, esquemáticamente, se pueden distinguir dos dominios sobre los cuales se aplica un mismo proceso de desterritorialización y de reterritorialización, miniaturizando y funcionalizando los elementos que involucra: el de los equipamientos capitalísticos y el de las instituciones y las estratificaciones sociales arcaicas. Ejemplo que concierne al primer dominio: los proto-equipamientos religiosos-burgueses de la Edad Media que habían logrado hacer prevalecer la política llamada de la «Paz de Dios» serán interiorizados y universalizados para desembocar, en el siglo XVIII, en los *equipamientos miniaturizables* del «espíritu de las leyes» o de la moral kantiana. Ejemplo que concierne al segundo dominio: las grandes entidades sociales territorializadas que estaban investidas globalmente de caracteres mágico-religiosos —el poder de la realeza, la Iglesia,

¹² Cf. «Gran encierro» descrito por Michel Foucault en *Histoire de la folie à l'âge classique*, Paris, NRF, 1972.

la nobleza, la comunidad rural, las corporaciones, etc.— serán trabajadas «desde adentro» y vueltas a desplegar según otras funciones; la libido se fijará ahora prioritariamente —aunque siempre más o menos en resonancia con los antiguos sistemas— sobre *territorialidades residuales* tales como el espacio doméstico, el sentimiento de la familia, cierto culto de la infancia, los rasgos de rostridad del burócrata, del policía, del médico, del profesor, etc., sin olvidar las del superyó inconsciente, que los psicoanalistas —uno se pregunta por qué— califican de materno.

Pero la nueva función de equipamiento capitalístico no logrará sin embargo estabilizar la sociedad haciéndola cristalizar según entidades bien delimitadas e imponiéndole un funcionamiento bien codificado. «Detrás» de sus relaciones institucionales no cesarán de perfilarse agenciamientos, líneas de fuga imprevisibles que la amenazarán desde adentro, en una suerte de inflación innovadora o que, por el contrario, desencadenarán mecanismos que la bloquearán sobre sí misma. Así, estos dos dominios de la función de equipamiento (el de los equipamientos capitalísticos propiamente dichos y el de las estratificaciones residuales que recorta o de las territorialidades artificiales que produce) podrán siempre verse cuestionados por una función de agenciamiento colectivo que hace cristalizar, en un modo completamente diferente, no ya personas, sino conjuntos maquínicos de signos y de órganos infra-personológicos, y que transporta, ella también, sus efectos de manera concurrente sobre los grandes conjuntos molares o sobre los segmentos microscópicos del socius. Esta función de agenciamiento, como lo veremos más adelante, podrá o bien acelerar la de equipamiento —por ejemplo reforzando su capacidad represiva¹³—, o bien trabajar contra ella impulsando la desterritorialización capitalística más allá de sus límites internos y creando las condiciones de una asunción de todos los equipamientos posibles por agenciamientos colectivos de deseo revolucionario.

¹³ Habrá razón para distinguir aquí los movimientos fascistas y las instituciones reaccionarias. Ejemplo: la aparición de un movimiento puritano, que se desprende de la institución anglicana, y que da lugar a la formación, por los Padres Peregrinos del *Mayflower*, de una suerte de comunidad fascista en Nueva Inglaterra —nueva tierra prometida que debía edificarse contra el pueblo de los demonios, es decir contra los indios.

Cuadro que resume los dos dominios de aplicación de la función de equipamiento y el proceso de desterritorialización-reterritorialización-miniaturización de los Equipamientos y de las estratificaciones residuales

	Antiguo Régimen	Régimen burgués y burocrático
Equipamientos capitalísticos	La «Paz de Dios» codifica órdenes sociales radicalmente distintos entre sí. El poder de la realeza está en posición de árbitro exterior ante las territorialidades nobiliarias, ciudades, corporaciones, etc.	El «espíritu de las leyes» y las morales regulan, «desde adentro», un individuo universal. El capitalismo de Estado sostiene todos los engranajes de la sociedad a partir de una red proliferante de equipamientos desterritorializados.
Estratificaciones institucionales y libidinales residuales.	– Estabilidad relativa de la comunidad rural y de la segmentariedad feudal. – Caracteres mágico-religiosos ligados al rey, a los oficios, etc.	– Expropiación de las antiguas territorialidades en provecho de una segmentariedad económica y política (la libre empresa, las repúblicas radicales-socialistas, los desviacionismos, los gulags, etc.). – Desarrollo del sentimiento de la Familia y del culto de la infancia (los rasgos de rostridad del burócrata, del policía, del médico, del profesor, del superyó.

Una materia opcional semiótica

Semiotización de los investimentos libidinales

A título de hipótesis exploratoria, hemos mantenido una imprecisión deliberada sobre la delimitación del conjunto cubierto por la noción de Equipamiento colectivo con el fin de «tirar de su lado» los mecanismos semióticos que asocian las funciones del poder de Estado moderno y las luchas de intereses entre las clases sociales a formaciones colectivas de deseo que apenas habían sido tomadas en consideración hasta ahora por los especialistas de la «gran» historia y de la «gran» política. Lo que nos interesa, en efecto, en esta inmanencia y esta omnipresencia de los Equipamientos colectivos, es menos la evolución de su utilidad, su modelado o su distribución actual, que su función particular en la economía capitalística del deseo. Ellos hacen proliferar, en la raíz de los procesos de la urbanización «moderna», metástasis de poder que contaminan, mucho más allá de los límites de la ciudad, el conjunto del campo social, que atraviesan las antiguas castas, las nuevas clases, que modelan los sexos, las edades, los gustos, las percepciones. ¿Cómo estas máquinas de desterritorialización de los flujos (flujos materiales, flujos de trabajo, flujos semióticos de toda naturaleza) logran articular entre sí las diversas componentes que contribu-

yen al surgimiento de cierto tipo de individuos, o de cierto tipo de socius? ¿Qué tipo de máquinas y de equipamientos producen los estereotipos de comportamiento, los esquemas relacionales y perceptivos?

¿Qué tipos de componentes semióticas interactúan en las producciones de los bienes, pero también en la producción de diferentes tipos de subjetividad? ¿Cómo los Equipamientos colectivos logran volver «asimilables» entre sí esas diversas componentes? ¿Algunas de dichas componentes juegan un rol particular como para acarrear su sumisión generalizada a las semiologías del lenguaje y a los significantes de los poderes dominantes? ¿Puede la función de Equipamiento colectivo ir en la dirección de la función liberadora de agenciamiento colectivo o, por su naturaleza misma, le es fundamentalmente antagonista? Todas estas preguntas pueden ser reducidas, según nosotros, a una interrogación más fundamental: ¿cuál es esa suerte de «materia opcional», esta suerte de elección política de base que «precede» toda manifestación en los signos, en el espacio, en la vida de un grupo, de una institución o de un equipamiento? ¿Es verdad que en todos los niveles económicos, sociales y políticos, se plantea la cuestión de una toma de palabra colectiva o de un abandono a los ordenamientos, a los equipamientos alienantes del deseo?

Los Equipamientos colectivos que toman posesión de los individuos hasta en lo más íntimo de ellos mismos, ¿tendrían entonces por misión la de expropiar el deseo de sus territorialidades «de origen», digamos más bien de sus territorialidades aún no sometidas a los flujos capitalísticos, de hablar en su lugar, de fijarle nuevos fines, de ponerlo a trabajar, de adaptarlo a las jerarquías y a los sistemas de intercambio, y todo eso por medio de una tecnología semiótica particular? Para poder ir más adelante en esta dirección, nos haría falta volver a los Equipamientos colectivos en el sentido habitual del término, para mostrar en detalle, a partir de ejemplos concretos, cómo es producida y movilizada, detrás de sus fachadas arquitectónica e institucional pretendidamente neutras, esta máquina opcional, mediante qué técnicas específicas de pre-disposición semiótica de los investimentos libidinales se hacen elecciones fundamentales en nombre de la colectividad, mediante qué procedimientos algunas situaciones aparentemente abiertas ya están jugadas de antemano y qué margen real de elección puede subsistir no obstante para personas que quieren escapar al sistema. Dado un cuadrículado de equipamiento, ¿qué política de agenciamiento colectivo es posible proyectar? ¿Por cuál punta comenzar?

Evidentemente, solo la confección de monografías colectivamente elaboradas podría permitir abordar convenientemente tales cuestiones. Por eso no tenemos otra ambición, en el presente estudio, que buscar estimar cuáles podrían ser las *condiciones* de un método analítico nuevo cuya tarea no se limitaría, en este dominio, a un examen exterior, a intervenciones de «expertos», sino que debería facilitar dicha asunción colectiva en campos micropolíticos determinados.

Lo repetimos, esta exploración de las condiciones de una praxis analítica nueva no podría ser sinónimo de una búsqueda de «fundamentos» universales. Cualquiera sea la «remontada» teórica que se proponga, acepta de entrada su límite. Reivindica incluso como punto de partida un axioma indecible que podríamos llamar el «axioma de la elección política»: por mucho que se segmente un conjunto económico y social, siempre se podrá formar, a partir de dichos segmentos, un nuevo conjunto micropolítico que lo atraviesa por todas partes. Puede parecer «obvio» que la actual proliferación de los Equipamientos colectivos conduzca a una alienación irreversible de la economía de deseo. Entonces devienen *fundadas* las teorías del destino, de la necesidad, de la estructura-inscripción del progreso en el orden económico, del deseo en el orden simbólico, etc. Pero la evidencia inversa podría imponerse de igual modo, que una función de agenciamiento colectivo, que una materia opcional más sutil que todas las demás materias semióticas, sociales y «materiales» podrían deshacer el carácter represivo de la función de equipamiento. Ciertas sociedades nómades han rechazado sistemáticamente territorializar sus formaciones de poder sobre Equipamientos colectivos y otras incluso han destruido deliberadamente todas las manifestaciones de una territorialización semejante (los ejércitos de Gengis Khan, por ejemplo, no se contentaban con arrasar las ciudades que invadían: llenaban las fosas y los canales, hacían reventar los diques, para devolver el suelo, tras su paso, a su estado de naturaleza...).¹ Y sin embargo, no por ello han contribuido menos, a su manera, a lo que se acepta llamar ¡el desarrollo general de las civilizaciones! Siendo así, no las propondremos como modelo, puesto que nuestro segundo y último axioma consiste en rechazar toda referencia a un modelo o a un sistema de categorías trascendentes y universales.

¹ Maurice Percheron, *Gengis Khan*, Paris, Seuil, 1962, p. 126.

Una investigación semiótica en rizoma

Cuando descubrimos el hecho de que los semiólogos (salvo algunas excepciones como Christian Metz para el cine) apenas se han preocupado de despejar los rasgos específicos de los procedimientos de codificación y de los diversos modos de semiotización a los cuales se enfrentan, debemos en seguida añadir, en su descarga, que ¡no son los únicos! En efecto, la mayoría de los investigadores en ciencias humanas y en ciencias sociales parecen aceptar implícitamente la idea de que el estatus de las lenguas fuertemente sintactizadas, con ejes paradigmáticos sólidamente codificados por su amarre a una máquina de escritura, debería constituir el marco *a priori*, el marco necesario de todos los otros modos de expresión, incluso de todos los otros modos de codificación. Todas las investigaciones semiológicas contemporáneas parecen acosadas por una única preocupación: la fundación de una semiología general. ¡No es evidente, sin embargo, que tal «ciencia» pueda o deba ser constituida alguna vez! Intentaremos mostrar, por el contrario, que la característica de los modos de semiotización modernos reside tal vez en el hecho de reenviar al conjunto de diferentes sistemas, científicos, técnicos y sociales, sin lograr encontrar jamás un fundamento en un sistema que les sería propio. Sea lo que sea, esta evolución está marcada por un *a priori* dudoso, procede de un método malsano, es el síntoma de una enfermedad infantil, incluso constitucional: jamás, en el dominio de las ciencias de la naturaleza, o aun de las ciencias llamadas exactas, una investigación viva pudo desarrollarse en la óptica exclusiva de la constitución, por ejemplo, de una geografía general, de una física general, de una química general, incluso de una matemática general, etc. De hecho, las «ramas» de la investigación científica siempre tendieron a partir en direcciones al comienzo heterogéneas y a articularse entre sí menos como las ramas de un árbol que a la manera de un rizoma. Los sistemas de clasificación de las ciencias siguieron siendo el asunto de los filósofos (o de los científicos en tanto que se ponían a filosofar). En la propia vida de la investigación científica, es siempre sobre la base de una larga acumulación de trabajos, y de forma retroactiva, que han sido efectuadas síntesis en el nivel más general: síntesis siempre provisionarias por otra parte, siempre susceptibles de ser cuestionadas a la prueba de los hechos. Ahora bien, hasta hoy, parece que la investigación semiológica se ha dirigido a los gestos, a la percepción del espacio, a la publicidad, a la moda, a la música, etc.,

sobre todo a título de ejemplo. De hecho, ella *reduce al estado de ejemplo* sus objetos de estudio; no toma realmente en cuenta su riqueza, los rasgos particulares de expresión que ponen en juego, los agenciamientos colectivos de enunciación que implican. Quiere ser, de entrada, teoría hegemónica. Es así que exporta, hoy en día, sus modelos hacia campos poco preparados, es lo menos que se puede decir, para recibirlos; el caso de las investigaciones semiológicas sobre el espacio urbano, mostraría al respecto, hasta lo caricaturesco, los efectos esterilizantes de tal procedimiento.

Tomando por objeto ya no la gestualidad en general, o incluso los Equipamientos colectivos en general, una investigación semiótica de otro tipo tendría que despejar las fórmulas de semiotización específicas a tal tipo de equipamiento o a tal constelación institucional específica. Se trataría entonces de ir más allá del método de ejemplificación esforzándose por no reducir nunca la especificidad del objeto considerado. De hecho, lo que debería cuestionarse aquí es el prejuicio epistemológico que concierne a la supuesta necesidad del carácter de generalidad de un objeto de estudio y, por consiguiente, el propio estatus de la investigación y del investigador. El estudio de un objeto de deseo implica que no se pierda en el camino la singularidad de su modo de enunciación. En estas condiciones, la propia enunciación del estudio no podría permanecer independiente de los modos de enunciación relativos a su «objeto». Neutra analítica y políticamente, tal como se la pretende hoy, la investigación en ciencia humana solo podrá perder la economía colectiva del deseo, en sus resortes más esenciales. Solo el deseo puede leer el deseo. No podríamos por tanto insistir lo suficiente sobre la necesidad de cierta *transferencia de enunciación*: el sujeto productor de un estudio debe estar «en contacto», de una forma o de otra, con el modo de enunciación del sujeto concernido por el estudio. A falta de cierto agenciamiento de enunciación entre los sujetos del conocimiento y los sujetos a conocer, una investigación solo puede esterilizarse ella misma o, peor, tomar su sitio entre los sistemas opresivos del poder. Pero el hecho de renunciar al carácter de generalidad del objeto científico, a su función de ejemplaridad, no implica de ningún modo el abandono de todo método de investigación científica. La singularidad del deseo, las mutaciones históricas, el acontecimiento «que viene del afuera», la emergencia de nuevas ramificaciones maquínicas, el surgimiento de lo que llamaremos *máquinas concretas*, caracterizan así aquello que, siguiendo a Lacan, designaremos como constituyendo el estatus de las «ciencias conjeturales».

Lo que hoy en día es difícil de hacer admitir, pero que sin embargo nos parece esencial, es que una consideración de las componentes semióticas de un sistema, independientemente de sus relaciones de sujeción a las lenguas dominantes, a los modos dominantes de producción de significación, no es necesariamente sinónimo de una perspectiva de retorno a los valores naturales, de fijación al pasado, de culto de los arcaísmos. Hemos citado entre dichas componentes: la danza, la expresión mímica de los modos de somatización, de percepción del espacio, componentes semióticas en el seno de las cuales intervienen codificaciones biológicas... Pero convendría añadir a esto componentes semióticas a-significantes o post-significantes «modernas», que ponen en juego baterías de signos desterritorializados como aquellos de los que se trata con la moneda, la «escritura» bursátil, la escritura musical, los sistemas de formalización científica, informática, etc. Es verdad que estas componentes, de una forma u otra, siguen siendo también más o menos tributarias de las semiologías significantes, pero, en el *nivel de su funcionamiento intrínseco*, escapan a las redundancias que fabrican nuestra cotidianidad. De una forma general, podemos considerar que todas estas componentes de codificación «natural» (genéticas, hormonales, humorales, perceptivas, posturales, etc.), que algunas componentes pre-significantes (icónicas, gestuales, mímicas, etc.) o que ciertas componentes post-significantes (los códigos digitales, los signos económicos, las matemáticas, etc.)² pueden encontrar (o constituir) semiologías significantes, pero solamente en tanto que allí encuentran la *vía de su impotenciación*. El hecho de que seamos llevados a poner el acento sobre las semióticas que escapan al lenguaje no debe por tanto ser entendido como una petición de principio en favor de un modo instantaneísta y espontaneísta de comunicación, de un retorno a los orígenes del tipo de aquel que proponía Jean-Jacques Rousseau, sino simplemente como el resultado de una constatación, a saber que el estudio de los sistemas semiológicos, en un marco únicamente lingüístico, solo puede hacernos perder sus aperturas pragmáticas, no solo sobre la vida real de los grupos sociales, sino también sobre numerosos modos de

² Va de suyo que esta clasificación solo es propuesta a título indicativo, pues, de hecho, la mayor parte de estas componentes cabalgan sobre diferentes categorías: por ejemplo, la percepción, la postura, dependen igualmente de un registro pre-significante; la mímica, de un registro de codificación natural, etc.

semiotización relativos al cosmos, a la creación científica, a la creación artística, a la acción revolucionaria, etc.

Dicho de otro modo, sobre toda la *economía de deseo*, entendida en un sentido muy amplio, como un sistema de flujos que atraviesan las relaciones entre individuos y agencian el conjunto de las conexiones posibles entre los objetos y los maquinismos que constituyen «el mundo» para un individuo. ¡Mundo, lo repetimos desde todos los costados, cada vez más artificial, cada vez más alienante! Pero las dos cosas no van necesariamente a la par. ¡El artificio y la desterritorialización son tal vez hoy los dos valores más ciertos de un deseo liberador! Y las referencias a la naturaleza, a la evidencia de los rostros y de los paisajes, son quizá los aliados más solapados de los sistemas de significación dominantes, ¡en tanto los encuadran sobre un pasado perdido y sobre territorializaciones imaginarias en *impases*! De hecho, los verdaderos vínculos productivos que pueden existir entre los signos, las cosas y el *socius* no pasan por los mismos tipos de instancia que aquellos que engendran nuestras «significaciones de todos los días», sobre los cuales se fundan las empresas de mediocrización del poder y la suficiencia de sus representantes. Los signos del cuerpo tanto como los signos de las ciencias y de las artes solo acceden a una eficacia pragmática a condición de esquivar, de una forma o de otra, el sistema de las redundancias dominantes. Lo que quisiéramos intentar establecer, es la forma en la que estas máquinas de signos, consideradas al nivel de su trabajo sobre lo real y no solamente al nivel de sus funciones de representación subjetiva, desbaratan efectivamente los valores de poder relativos a las territorialidades individuales, familiares, estatales, etc., y movilizan una suerte de energía semiótica molecular, constituida de quanta de articulaciones sub-humanas, de sistemas de potencialidades, antes que de estructuras estratificadas. Es este proceso que nos esforzaremos en delimitar para lo que sigue con la noción de diagramatismo.

Tal vez se nos haga el reproche de querer meter la semiótica por todas partes y ya no estar en condiciones de delimitar con precisión nuestro objeto. Pero, provisoriamente, preferimos correr ese riesgo antes que aquel que consistiría en perder, como generalmente lo hace la investigación en este dominio de los Equipamientos colectivos, las dimensiones esenciales de su funcionamiento desde el punto de vista de la economía del deseo en el campo social y legitimar de ese modo de manera explícita su función de alienación. Aplicado a este dominio particular, el tipo de

abordaje pragmático cuyos fundamentos quisiéramos esbozar aquí debería incluso, según nosotros, volver evidente y urgente la necesidad de una reorganización del campo de la semiología. Desde el momento en que uno se ve confrontado con la diversidad de las componentes de codificación y de semiotización puestas efectivamente en juego por un Equipamiento colectivo, se ve llevado a interrogarse sobre la naturaleza del sistema que preside su concatenación y sobre las vías de pasaje que conducen de uno al otro. Y no es solamente a título especulativo, sino también sobre un terreno práctico, que vuelven a plantearse de manera permanente cuestiones concernientes a los sistemas de «causalidad» que, en ciertas condiciones, colocan en posición dominante a una de entre ellas por relación a las otras. ¿Existen determinaciones de infraestructura, o una práctica específica que permita orientar, en un sentido desalienante, las maquinarias semióticas que son operadas por la escuela, las prisiones, la policía, los bancos, etc.? En numerosas disciplinas, se siente la necesidad de escapar a las oposiciones categoriales simples que han conducido, por ejemplo, a la semiología médica tradicional a hacer depender un síntoma *sea* del cuerpo, *sea* del espíritu, es decir o bien de las ciencias biológicas objetivas, o bien de sistemas interpretativos, simbólicos, etc. En efecto, estas dicotomías de «buen sentido» desembocan siempre a fin de cuenta en efectuar reagrupamientos arbitrarios, incluso en meter todo en la misma bolsa: detrás de la diversidad de los modos de codificación, un mismo principio de organización formal donde se supone que la omnipotencia de una misma fórmula generativa «habita» lo biológico como su alma, o, inversamente, hacer funcionar el espíritu según una mecánica cuyos modelos fueron calcados de esquemas científicos exteriores (¡por otra parte, la mayoría de las veces, superados!). Habiendo sido así delimitados y estratificados los objetos de estudio, ya no hay que sorprenderse de que la investigación se encierre ella misma en marcos de representación espacializados y ahistóricos. Cada vez que se procede mediante este tipo de reducción dicotómica, se pierde la unidad de funcionamiento, el movimiento fundamental de las virtualidades creadoras del objeto estudiado. La psiquiatría ha acondicionado su propia impotencia recortando los síntomas y los síndromes de manera de hacerlos entrar en cuadros cerrados sobre sí mismos –lo cual da a los advertidos facultativos, es cierto, la ocasión de «dar cátedra» a sus colegas novatos empujando constantemente las categorías de escuela; de hecho, declaran, jamás se trató más que de casos límites, *border lines*, presentando también una histeria

rasgos de paranoia, no siendo incompatible un cuadro esquizofrénico con síndromes depresivos, etc. De una forma más general, se puede considerar que las alternativas «simples» y «lógicas» proceden casi inevitablemente mediante forzamientos sobre la realidad.

Ejemplo de una investigación en rizoma: la fabricación semiótica de la infancia

No se podría decir por ejemplo que la economía disciplinaria de la escuela está *únicamente* al servicio del aprendizaje de la lengua, de la escritura, del cálculo, de la transmisión de conocimientos «útiles» para el niño, o utilizables para la sociedad, todas cosas que podrían ser descritas, en el fondo, en términos de teoría de la información. No se podría decir tampoco que es únicamente un adiestramiento de actitudes fundado sobre la competencia, la vigilancia mutua, etc., o un aprendizaje de los rituales de sumisión a los valores dominantes. No se puede disociar aquí el Equipamiento colectivo localizable (con sus muros, su inserción urbana, etc.) de los campos de fuerza sociales en los cuales se baña, del poder de Estado del que depende, ni de sus interacciones con las familias y diversos otros modos de socialidad de contornos más difíciles de delimitar, tales como las clases etáreas, los intereses profesionales, culturales, deportivos, etc. Es importante no dejarse tomar, aquí, por la lógica de los encadenamientos genéticos o por la de los encajes del tipo macro-social/micro-social, o tampoco por la de los escalonamientos entre las infraestructuras y las superestructuras.

Ninguna programación genética o estructural pilotea la modelización del niño; la acción de la familia, por ejemplo, no viene «antes» que la de la escuela; como lo hizo notar Anne Querrien, estamos en presencia de un verdadero sistema de interacción: jugando la escuela un rol importante en la modelización de la familia como tal, dictando a los adultos los comportamientos que tendrán que adoptar para convertirse en «buenos padres de alumnos», y no cesando de ejercerse la autoridad familiar, en todo tipo de formas, sobre el personal de enseñanza y el modo de funcionamiento de la escuela. La interacción de la escuela y del Estado tampoco depende de un ajuste en sentido único: el Estado controla la escuela por medio del ministerio de Educación, por medio de sus inspectores, sus circulares, etc., pero, inversamente, es él mismo ampliamente «infiltrado» por el cuerpo

de enseñanza —alcanza aquí con evocar la importancia de su rol durante el período llamado «radical-socialista» de la Tercera República, y su potencia siempre actual por vía de organizaciones como la Liga de la enseñanza, la francmasonería, etc. ¿Se puede sostener sin embargo que la escuela, por el hecho de que se supone que solo maneja palabras y actitudes, dependería solo de súper-estructuras ideológicas, de aparatos ideológicos de Estado que dependen «en última instancia» de infraestructuras económicas? Pero la fabricación semiótica de la fuerza de trabajo a la cual procede, ¿no constituye un engranaje fundamental, no solamente de las relaciones de producción en las sociedades capitalísticas, sino también de sus fuerzas productivas como tales?

¿No es esta máquina semiótica que es producida por los equipamientos escolares y universitarios la primera de las materias primas, antes del carbón, el acero y la electricidad? No solamente la competencia de los obreros, de los técnicos y de los cuadros, en materia de lectura de las consignas, de desciframiento de los planos, de articulación de las operaciones complejas, depende de ella, sino también la adaptación a las disciplinas de taller y de oficina, la aceptación de las jerarquías —aceptación tan «activa» como es posible. Es en el complejo familia-jardín-televisión-escuela que son manufacturadas las componentes semióticas de base de la fuerza de trabajo capitalístico y que son preformados los esquemas esenciales de la división del trabajo, de la división de las castas y de las clases, de las segregaciones sexuales, étnicas, etc. Es este complejo el que produce aquello que Gilles Deleuze y yo mismo hemos intentado delimitar en torno de la noción de «eros burocrático³», este goce ascético que las sociedades capitalísticas parecen haber heredado de las antiguas máquinas monásticas, como tendería a mostrárnoslo el «credo» elaborado por la Sociedad para la mejora de la instrucción elemental en 1817, «para servir de guía a los inspectores⁴». Dos tipos de lectura pueden ser propuestos para un semejante documento:

³ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Kafka. Pour une littérature mineur*, Paris, Minuit, 1975.

⁴ Citado Por Anne Querrien:

- ¿La escuela observa un silencio general suficiente?
- ¿El maestro permanece suficientemente silencioso, haciéndose obedecer mediante gestos?
- ¿La lectura se desarrolla bien a media voz?

- uno que lo consideraría como siendo no más que un manual de represión laico para el cuadriculado y la militarización del niño;
- el otro que se esforzaría, además, por despejar de él una curiosa religión burocrática marcada por una suerte de poesía administrativa.

La investigación literaria quizá sea llevada un día a compilar esta clase de producción para hacer su historia y para mostrar sus articulaciones con la «gran» literatura. Antes que desconocer las seducciones micro-fascistas que encierra, deberíamos, por el contrario, intentar aclarar lo que puede aportar a los «usuarios», qué suerte de placer inconfesable pueden extraer de allí?. ¿Goce centrado sobre el amo!, como dirían los lacanianos. ¿Pero sobre

- ¿Los muebles están en orden, y se evidencia la máxima «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar»?
- ¿La iluminación y la ventilación son suficientes?
- ¿Los alumnos tienen bastante espacio?
- ¿La actitud de los alumnos es correcta?
- ¿Tienen durante los movimientos las manos detrás de la espalda, y caminan a paso acompasado?
- ¿Los alumnos están satisfechos?
- ¿Los alumnos tienen las manos y el rostro limpios?
- ¿Los letreros para los castigos están bien a la vista y son utilizados?
- ¿El maestro se deja llevar por amenazas de golpes?
- ¿El maestro ejerce una vigilancia permanente sobre el conjunto de los alumnos?
- ¿Los movimientos son simultáneos?
- ¿El supervisor general es estimado?
- ¿Los supervisores están bien elegidos?
- ¿El maestro destituye a los supervisores defectuosos?
- ¿Los supervisores se sienten suficientemente responsables, cuáles son sus responsabilidades precisas?
- ¿Cómo están distribuidos los alumnos?
- ¿Con qué frecuencia el maestro efectúa una nueva clasificación de los alumnos?
- ¿Los alumnos comprenden lo que leen?
- ¿Hay una estimulación suficiente?
- ¿Los registros son bien llevados?
- ¿Las plegarias son realizadas con exactitud?
- ¿Los cantos son hechos de manera correcta?
- ¿La salida de los alumnos es vigilada por un supervisor?
- ¿Se envían avisos a los padres de los niños ausentes?

Anne Querrien, *L'Enseignement, Recherches*, nº 23, 1976.

⁵ Cf., en Kafka, los muy largos desarrollos concernientes a las argumentaciones de caracteres administrativos o pleitistas, que adoptan a veces un carácter de «epopeya burocrática»; por ejemplo las diferentes modalidades de «absolución» en *El Proceso*: la absolución real, la absolución aparente y la próroga ilimitada... Cf. los informes de los

qué amo y en qué condiciones? La abstracción psicoanalítica, en cualquier campo que se la llegue a aplicar, solo podría conducir a la elusión de los campos reales del poder. Una exploración del funcionamiento libidinal de la escuela, por ejemplo, debería considerar por el contrario la naturaleza del conjunto de los investimentos que allí operan, comenzando por aquellos que existen entre los propios niños. Quizá estemos aquí, en efecto, en presencia de un *ersatz*⁶ informal de aquello que es institucionalizado, en las sociedades primitivas, al nivel de los ritos de pasaje que marcan la entrada de los niños en las diversas clases de edad.

Por tal motivo un análisis institucional de la libido escolar tendría todo para ganar apelando a los etnólogos más bien que a los pedagogos, en tanto es verdad que son las sociedades arcaicas las que tendrían más para enseñarnos sobre los modos de cristalización del *socius* que preservan las componentes libidinales de la escuela, concernientes esta vez a la actividad sexual muy particular que se desarrolla allí entre los adultos y los niños: encrucijada misteriosa de las semióticas «adultas» de seducción, de autoridad, de sugestión, y del «mundo de la infancia»⁷. Se podría intentar despejar entonces una función matricial específica de este tipo de Equipamientos colectivos, que consiste en captar la energía sexual de los niños —energía territorializada primero sobre el cuerpo y sobre aquello que Winnicott

grandes procesos de Moscú, máquinas implacables que llegan no solamente al control de cada enunciado con una minucia diabólica y fascinante, sino también a la aceptación de una lógica de enunciación que funda lo esencial de los cargos en las propias declaraciones del acusado y que tiene por consecuencia desembocar algunas veces en callejones sin salida del tipo «paradoja del mentiroso». Ejemplo: Karl Radek, en su «última declaración», se defendía contra los insultos de Vychinski: «... Yo debo reconocer mi culpabilidad en nombre de la utilidad general que debe aportar esta verdad. Y cuando oigo decir que, sobre este banco de los acusados, están sentados simplemente bandidos y espías, me levanto contra esa afirmación, no desde el punto de vista de mi propia defensa, desde el momento en que he reconocido haber traicionado la justicia... Si ustedes solo trataran con simples criminales de derecho común, con soplones, ¿cómo pueden estar seguros de que lo que hemos dicho, es la verdad inquebrantable?» *Le Procès du centre antisoviétique trotskyste*, Moscú, 1937, p. 565.

⁶ Recambio. (N. del T.)

⁷ Cf. René Schérer et Guy Hocquenghem, *Co-ire: album systématique de l'enfance, Recherches*, n° 22, 1976.

llamó «objetos transicionales»⁸ o sobre animales y devenires-animales⁹, juguetes y juegos, sobre aquello que Fernand Deligny llama el «espacio próximo»¹⁰— para desterritorializarla, para «sublimarla», dirían los psicoanalistas; de hecho, para impotenciarla, para hacerla bascular hacia las zonas de desmoronamiento semiótico del poder—aquello que, en la tercera parte de este trabajo, designaremos bajo el término de «agujero negro»—, y para finalmente ponerla al servicio de los sistemas de sujeción semiótica capitalísticos (sistemas familiares, burocráticos, industriales, culturales, etc.). Un análisis no reductor de la escuela nos mostraría que a fin de cuenta, la «materia» que es fabricada detrás de sus muros es sin duda menos un asunto de enseñanza, de información o de poder que una materia libidinal constitutiva de la fuerza colectiva de trabajo y que implica un investimento «superyóico» de los roles profesionales y de las funciones jerárquicas. En gran parte, es esta misma fabricación libidinal la que se encontraría en la base de la modelización de las conductas sexuales falocráticas en el seno de la pareja o de la política de introyección represiva respecto del cuerpo sexuado. Todo concurre, en la maquinaria de la Escuela, a esta sujeción generalizada: tanto los sistemas relacionales como la organización del espacio—que Michel Foucault ha descrito como una miniaturización de la «máquina panóptica»—, el sistema de los empleos del tiempo, los ritmos de trabajo, las coacciones impuestas en el ejercicio de la palabra, las trabas a los movimientos en el espacio, e incluso, muy a menudo, la simple y pura prohibición de toda expresión de las componentes semióticas corporales, musicales, plásticas, etc., sin olvidar la ausencia de todo sistema de prescripción económica que tiene por consecuencia mantener a los niños y al personal de enseñanza en una actitud de dependencia pasiva respecto de la administración y de las familias...

⁸ Por ejemplo, un rincón de manta que servirá de objeto intermediario entre una zona erógena parcial—por ejemplo la boca— y el mundo exterior, y al cual se pega el niño en un modo exclusivo. Cf. *Transitional Objects and Transitional Phenomena*, Londres, Tavistock, 1953.

⁹ Deleuze y Guattari, *op. cit.*

¹⁰ Fernand Deligny, *Cahiers de l'innuable*, nº 1 y 2, *Recherches*, nº 8, abril 1975, y nº 20, diciembre 1975; *Nous et l'Innocent*, Paris, Maspero, 1975.

Equipamientos de poder y fachadas políticas

Los simulacros institucionales de la política instituida

Cierto número de personas comienzan hoy a tomar conciencia de una crisis general de los Equipamientos colectivos. En la prolongación de los «acontecimientos de mayo del 68», conmociones de diversa intensidad y de diversa naturaleza no han cesado de fragilizar sus fundamentos institucionales. Pero tras haber reconocido más o menos la «gravedad» y la importancia del fenómeno al cabo del tiempo, la clase política en su conjunto tejió sobre él un velo de olvido o de desconocimiento: «Mayo del 68, fue importante, desde luego, pero en el fondo, eso no cambió nada...» O bien banalizó el acontecimiento: simula no sorprenderse de las crisis que no han cesado de sucederse a partir de allí y encuentra normal ver, un día, arder prisiones, soldados que forman comités, otro día prostitutas que invaden las iglesias o, a la inversa, ¡eclesiásticos que llegan a morir de emoción en los pasillos de los burdeles! Se habla entonces de «accidentes de recorrido», de sobresaltos internos que no cuestionan de manera fundamental las instituciones. Incluso cuando los observadores más vigilantes llegan a admitir que quizá se trate de síntomas anunciadores de una crisis más profunda, rechazan considerar que lo que pueda pasar en

la escuela, en las prisiones, los cuarteles, etc., pueda poner en juego otra cosa que *eslabones intermediarios*, relevos entre el poder de Estado y las clases sociales. Los modos de pensamiento político y universitario, tanto de izquierda como de derecha, se niegan a aceptar la idea de que algo verdaderamente importante pueda desarrollarse a partir de este «pequeño lado» de la historia. En marzo de 1968, nadie podía imaginar que la «agitación estudiantil» acabaría por amenazar el orden establecido y constituiría una suerte de banco de prueba –tal vez el primero en su especie– de lo que podría ser una revolución social en un país capitalista desarrollado. Los únicos que tomaron realmente la medida política del vértigo colectivo, los únicos que consideraron verdaderamente un desenlace revolucionario, no fueron los militantes de izquierda, ni los revolucionarios profesionales, sino los más altos responsables del Estado, comenzando por de Gaulle, Pompidou y los jefes militares. El origen del punto ciego, del *gap* conceptual que hace perder a los políticos, a los militantes y a numerosos investigadores el sentido de tales acontecimientos, reside, nos parece, en el hecho de que no han notado el carácter de simulacro, desde el punto de vista del funcionamiento molecular del *socius*, de entidades «visibles» como el Estado, la ciudad, la familia, el individuo. A diferencia de estos, los Equipamientos colectivos y los agenciamientos colectivos jamás son el resultado de interacciones simples entre dominios homogéneos –conjuntos nacionales, regionales, familiares, individuales. Están ante todo en contacto con flujos capitalísticos en tanto flujos desterritorializados que atraviesan y descomponen territorialidades arcaicas (por ejemplo flujos de intercambios internacionales, flujos de moneda de crédito, flujos informáticos, flujos de conocimientos científicos y técnicos, médicos, etc.). Todas las viejas fachadas del Estado, todas las rostridades venerables de los poderes tradicionales –el poder paternal, patronal, escolar, religioso, médico, etc.– están tan decrepitas que se volvió necesario, de ahora en más, reequipar cada dominio institucional de una territorialidad de auxilio, de una rostridad de artificio, por ejemplo la del banquero, sobre el afiche publicitario, que propone la imagen afable de un capitalismo «completamente a vuestro servicio», la de la recepcionista de la Seguridad social... ¡Se ha vuelto muy importante, la «recepción», para el poder! Las personas están tan perdidas, tan turbadas por la desterritorialización de los engranajes sociales, de los espacios y de los tiempos, que, cual bestias asustadas, el poder siente la necesidad de calmarlas, de ponerles música

suave en los ascensores, de hacerlos desfilan y canalizarlos en un continuum de espacios modelados por las técnicas del *design*.

Si sucede, por accidente o imprevisión, que una rostridad nacional del tipo de aquella que fue emplazada en Francia con el advenimiento del gaullismo no es erigida a tiempo en la cima del edificio audiovisual del poder de Estado, entonces, es todo el imaginario social el que vacila, como en Italia desde hace cierto tiempo, o en los Estados Unidos más recientemente. En efecto, el hecho de que pueda aparecer con crudeza que el poder de Estado no es más que una fachada, precedido y excedido por todas partes por grupos de presión, lobbies, policías paralelas, mafias, complejos militar-industriales, «supranacionales», etc., no es algo soportable. La intervención de estas máquinas infra y supra-estatales está, de modo manifiesto, mucho más «en contacto» con las realidades sociales y económicas contemporáneas que los gobiernos y los parlamentos, las «concertaciones» formales y los dirigismos tecnocráticos que ocupan el primer plano de la escena. Aquello de lo que aún no se ha dado cuenta la clase política, es que la consistencia del tejido social, su trama sintagmática, ya no resulta de una composición de grupos homogéneos de individuos, de familias, de clases o de naciones, sino de agenciamientos heterogéneos que ya no están solamente constituidos por personas humanas, sino también por órganos, por modos de semiotización de territorios, por máquinas, por flujos semióticos, por conexiones internacionales de toda naturaleza... Si la «representación» política no es entonces más que una pantalla sobre la cual llegan a proyectarse lo que llamaremos simulacros institucionales, que ella constituye como conjuntos homogéneos pero vacíos, si no logra ver los agenciamientos heterogéneos que dan al *socius* su consistencia real –los cuales, repitámoslo, no resultan de simples sistemas de interacción entre personas humanas, sino que ponen en juego un metabolismo complejo de funciones orgánicas y perceptivas, de modos de semiotización y de subjetivación, territorios, máquinas y flujos de toda naturaleza–, esto no resulta de «errores» ideológicos, pues, desde este punto de vista, todas las ideologías de derecha y de izquierda son iguales, sino del modo de enunciación que ella promueve. Dicho de otro modo, de una incapacidad congénita para captar cualquier otra cosa que aquello para lo cual fue montada, a saber iconos, personajes, estereotipos sin contacto real con los flujos de deseo y los flujos económicos. La vida política se juega al nivel de los agenciamientos colectivos de deseo y de los equipamientos de poder. Que estos

últimos ocupen hoy en día el primer plano de la escena en detrimento de los primeros no debe enmascarar la problemática que encierran, a saber que las nuevas tecnologías de alienación social que ponen en marcha llaman y, en cierta medida, vuelven posibles modos radicalmente nuevos de reestructuración de las luchas revolucionarias.

La mega-red de los equipamientos miniaturizados

Los Equipamientos colectivos modernos ya no pueden ser considerados como siendo solamente piezas vinculadas, adyacentes a los sistemas sociales anteriores. Ya no se trata con ellos de objetos institucionales que funcionan como simulacros —o aparatos ideológicos de Estado. Por el contrario, en la medida en que es sobre ellos que se han concentrado y miniaturizado las antiguas formaciones de poder y en que es a partir de ellos que son fabricados la mayor parte de los flujos desterritorializados capaces a la vez de transversalizar y de re-estratificar los diversos segmentos del *socius*, juegan de ahora en más un rol fundamental en la delimitación, el control, la neutralización y la recuperación de las nuevas potencias revolucionarias, de los embriones de agenciamientos colectivos que les corresponden, e igualmente en la «redefinición» de los simulacros personológicos de toda naturaleza —por ejemplo la nueva forma de sostener el rol de padre o de madre, o bien el estilo joven cuadro del PSU o joven lobo del UDR... Así la «materia opcional» que es trabajada por los Equipamientos colectivos, antes de cualquier funcionalidad social o económica puede ser conducida a la diferenciación y a la articulación de los viejos poderes territorializados en dos nuevos tipos de poderes de Estado: un poder *político* molar y un poder *semiótico* molecular. Precisemos que, bajo esta última modalidad, el poder de Estado no solo intervendrá «a pequeña escala», al nivel local, familiar, individual o infra-individual, sino también a gran escala, en tanto es verdad que, en ciertas circunstancias, la «gran política» puede entrar en la dependencia de una «micropolítica» del deseo. Inversamente, el poder de Estado molar se encarnará tanto en equipamientos importantes como en micro-montajes semióticos. De hecho, estamos en presencia de una *misma red de equipamientos* de todo tamaño que asegura el control de la desterritorialización de los flujos capitalísticos y la reproducción de los modelos reterritorializantes que se vinculan a ellos. No son los gobiernos, las municipalidades, los sindicatos o los partidos los que «contienen»

Equipamientos colectivos, sino una suerte de *Súper Equipamiento* que está a la vez en todas partes y en ninguna, que atraviesa las fronteras de las naciones, las barreras lingüísticas, los antagonismos de clases, de razas y de sexos, las constelaciones familiares, los cuerpos, los órganos e incluso las «facultades» mentales¹.

El Estado capitalista, en tanto red de Equipamientos colectivos, ha tomado a cargo no solamente los ordenamientos y las producciones que no serían rentables en el marco de la economía de ganancia —los equipamientos de infraestructura, ciertas materias primas energéticas, las redes de comunicación, la producción de los flujos de saber, la reproducción de los flujos de formación y acumulación del «capital de conocimientos»—, sino que ha tomado también el relevo de la producción de los valores y de los iconos «normalizadores» de la libido social lo cual había seguido siendo hasta entonces propiedad exclusiva de las territorialidades tradicionales y de las antiguas máquinas religiosas. El poder de Estado ya no se contenta con ser, para el capitalismo, un medio de arbitraje y un medio externo de coerción, entiende funcionar ahora a partes iguales en el corazón de los capitalistas y en el de los proletarios, en el de los hombres y en el de las mujeres, en el de los jóvenes y en el de los viejos... No solamente sus políticas, sus ejércitos, sus administraciones, se exhiben en todas las esquinas de calles, se inmiscuyen en todas las secuencias de la vida cotidiana, no cesan de pretender ordenar el conjunto del territorio como súper-equipamiento-gulag, sino que, bajo una forma molecular, se infiltra por todas partes, en la escuela, en la familia, en el inconsciente. Para poder estar en todas partes a la vez, desmultiplica su rostro único, con su ojo-agujero-negro-central que destila la culpabilidad universal, o bien delega a personajes diferentes el cuidado de cantar ritornelos aparentemente antagonistas que, en realidad, se ponen en juego sobre la misma gama de rasgos de rostridad. Por ejemplo, el poder molar de Estado, mediante circulares del ministerio de Educación, recomendará no dar más deberes a los niños en la casa, mientras que el

1 Las cortes reales sin duda han señalado una etapa transitoria en el emplazamiento de este Súper-Equipamiento colectivo. Marcadas aún por las antiguas formas de gasto ostentatorio, no anunciaban menos por ello la desterritorialización de las formaciones sociales tradicionales y la erección de un nuevo tipo de «personalización» del poder central. Al respecto se podría situar aquí en la prolongación uno del otro un eros barroco y un eros burocrático.

2 Alain Cotta, *Théorie générale du capital, de la croissance et des fluctuations*, Paris, Dunod, 1966.

poder molecular de Estado en el seno de la familia, que resulta él mismo por lo general de un compromiso altamente problemático entre el padre y la madre, exigirá profesores que los reestablezcan.

Los poderes «constituidos» no hacen en realidad más que flotar al costado de esta súper-máquina, cual peces parásitos alrededor de una ballena, sin pescar nada esencial a su funcionamiento. Aquellas que parecen ser grandes decisiones de su parte se reducen por lo general a una aceptación de tendencias que se dibujan en otro lado, a un registro de evoluciones estadísticas y a la elaboración, a partir de ellas, de previsiones y de planes que se inscriben en su dirección. El «verdadero» poder de Estado no es político, en el sentido en que habitualmente se entiende; no es el hecho de hombres que, «en su alma y conciencia» —según la fórmula consagrada—, producen un discurso racional sobre la sociedad y el bien público. Los discursos de tribunas, los movimientos brownianos que dan su consistencia aparente a la «vida» de los ministerios y a la «vida» política en general tienden a crear la ilusión de un campo político coherente. De hecho, cada sujeto de enunciación, cada portavoz político es más o menos manipulado como una marioneta por máquinas complejas cuyo contorno se le escapa: máquinas burocráticas, financieras, económicas, militares, técnicas, urbanas, territoriales, etc. El discurso humano racional ya solo constituye un elemento adyacente y en ocasiones completamente marginal, por relación a los diversos procesos maquínicos involucrados (materiales, semióticos, demográficos, ecológicos, etc.) Por eso no hay razón para sorprenderse de que hombres políticos revelen ser *agentes* —por ejemplo de la CIA.

¡En cualquier circunstancia, nunca son otra cosa más que agentes de una máquina o de otra!

Las rostridades de poder

Para salvar las apariencias, en un sistema que ya solo está hecho de apariencias, se volvió primordial que una fachada de racionalidad encuentre su piedra angular sobre una rostridad de poder, de ser posible la de un jefe de Estado de puño firme, pero de mirada dulce, que sepa contener a sus subordinados, ellos mismos altamente responsables y que, a su vez, etc. Así toda la unidad del socius se reconstituye sobre un punto de espejismo: la mirada del jefe de Estado, detrás de la cual se perfila la del jefe de la policía, la del patrón, del profesor, del padre, del superyó dulzón. La

consistencia del *socius* se ha convertido, así, en un hecho de resonancia, un nudo de reterritorialización imaginaria a partir del cual intentan reconstituirse, apuntalándose unas a otras, en el mismo juego ficcional, las territorialidades deshechas.

En la tercera parte de este trabajo, propondremos, a título de ejemplo de estas componentes «aberrantes», modos de semiotización que proceden de aquello que llamaremos rasgos de rostridad y que, aunque involucrando una categoría particularmente miniaturizada de poder, transportan sus efectos sobre los conjuntos sociales más amplios. Hemos llegado a considerar, en efecto, que realidades en apariencia tan inasibles, tan fugitivas, tan «subjetivas» como expresiones del rostro, rasgos de rostridad, en la medida en que son «trabajadas» por máquinas de Equipamiento colectivo, no constituyen simples modos de «revestimiento» del discurso, sino componentes semióticas fundamentales de los sistemas capitalísticos. En todos los sitios, en todos los momentos, una rostridad de poder sobrevuela las instituciones y las relaciones de fuerza sociales. Se sabe que la rostridad juega ahora un rol primordial, por medio de la televisión, en las luchas políticas, por ejemplo durante las elecciones presidenciales, pero participa igualmente en el trabajo de producción de las significaciones dominantes en muchas otras ocasiones. El análisis de una situación social o de un Equipamiento colectivo, antes que apoyarse sobre simplificaciones psicosociológicas o psicoanalíticas, debería buscar captar no las «identificaciones» en general, sino las constelaciones de rasgos de rostridad, los tics colectivos, los estereotipos que modelan una formación de poder local. ¿Hasta qué punto se puede mirar a un superior a los ojos o sonreírle? ¿Qué distancia-tipo es tolerada en tal o cual situación, en función de las escalas jerárquicas de las edades, de los sexos, de las razas, etc.? En resumen, es toda una etología micropolítica la que aquí debería ser explorada y experimentada, pues, una vez más, los Equipamientos colectivos no son solamente muros, oficinas, circulaciones, transmisiones de órdenes y de informaciones, sino también, y ante todo, un modelado de actitudes, de rituales de sumisión que se imponen a través de múltiples componentes semióticas. La personalización y la rostrificación de los poderes en las sociedades contemporáneas no cesan de tomar importancia. Paradójicamente, a medida que la producción se internacionaliza (se desterritorializa), parece que se asiste a una particularización (una reterritorialización) de las relaciones de producción y de las relaciones sociales sobre la nación, la región, la etnia, el individuo, etc. Este

reforzamiento de la *individuación de la enunciación* no significa de ningún modo que sean ahora individuos los que tienden a tomar el control del poder de Estado, del poder de la empresa, los que orientan la historia, la economía... Se blanden sentencias de Mao Tse-Tung, se erige su rostro para justificar orientaciones en ocasiones absolutamente contradictorias... ¿Se blande el rostro de un presidente tranquilizador para intentar crear «condiciones psicológicas» capaces de «enfriar» una aceleración monetaria! Pero cada vez, son instancias sociales complejas, con contornos muy difíciles de definir, las que utilizan una rostridad de poder. En ocasiones, basta con mostrar un rostro para cambiar las dimensiones de un problema (por «dar un ejemplo», para desencadenar un escándalo: es lo que pasó con la presentación del rostro desesperado de Madame Claustre³ en la televisión). De hecho, lo que funciona aquí, no es la persona ni el rostro como tales⁴. El rostro pertenece a una constelación compleja. Solo funciona en tanto que pone en juego sistemas de redundancias dominantes, es decir en tanto que depende de la función general de equipamiento de la que hablamos aquí y que implica, en la práctica, su dependencia respecto de una red particular de equipamiento y una capacidad específica de activación de los equipamientos miniaturizados sobre los cuales descansa el poder de las burguesías y de las burocracias capitalísticas. ¿Presentar el rostro de niños hambrientos de Bangladesh en la televisión no tiene prácticamente ningún efecto; pues se trata de una rostridad que no muerde sobre el imaginario de las sociedades blancas y pudientes, pues no compromete los maquinismos del poder dominante!

¿Cuál es la función real de las formaciones de poder de rostridad de los equipamientos de rostridad en el seno de los Equipamientos colectivos? ¿Cuál es el sentido de esta personificación del poder? ¿Se puede concebir que otras relaciones lograrán algún día establecerse entre el Estado, las instituciones, los Equipamientos colectivos y los usuarios? ¿Se puede incluso concebir una *decadencia* de esta personalización, de esta jerarquización de los roles y de las responsabilidades, en la prolongación de la «decadencia

3 Se trata de Françoise Claustre, etnóloga y arqueóloga francesa, secuestrada en Chad en 1974 y mantenida como rehén por más de mil días. (N. de E.)

4 La noción de persona debería ser relacionada aquí con su acepción etimológica primera (de origen etrusco), la de máscara de teatro; pero se trata, en la actualidad, de un teatro que cubre el conjunto del campo social.

del Estado» que constituía, para los marxistas pre-stalinistas, el índice de una evolución de las sociedades socialistas hacia el comunismo? A pesar del desarrollo de las luchas que atañen a lo que llamamos la revolución molecular y la inquietud de los poderes públicos al respecto, a pesar de la entrada en vigor, en el campo de la historia y de la sociología, de estudios que refieren a la vida cotidiana, la familia, la escuela, las relaciones profesionales, etc., la mayoría de las personas «serias» persisten en considerar que todo lo que toca a dichas cuestiones de deseo solo podría concernir a la literatura o a ensoñaciones anarquistas, y algunos afirman incluso que se trata de temas «desmovilizadores», ¡incluso «neo-fascistas»! Por eso debemos antes reflexionar más sobre la cuestión de saber si tal perspectiva va realmente «en el sentido de la historia», o si es sinónimo de una disolución de toda sociedad organizada, de todo «progreso» económico y social. A nuestro modo de ver, representa la única línea posible de salida del mundo concentracionario de las sociedades industriales, el único punto de conexión con el rizoma de otro mundo posible. ¡Pero algunos ejemplos locales de impugnación, algunas prácticas minoritarias no hacen un mundo! ¿Qué «sostendrá» ese nuevo mundo, de dónde extraerá, en particular, la consistencia de su fuerza colectiva de trabajo?

Poderes molares y potencias moleculares

Los equipamientos capitalísticos son el lugar de entrecruzamiento de dos tipos de luchas políticas; luchas macropolíticas, localizables, por ejemplo, en el nivel electoral, sindical, etc., y luchas micropolíticas, que pueden situarse en los mismos niveles, comprendido el del Estado, pero que desbordan por todas partes las estratificaciones sociales, las delimitaciones institucionales y jurídicas (es así que acontecimientos, algunas veces «insignificantes», pueden desencadenar alteraciones considerables, o contribuir al bloqueo de situaciones políticas; por ejemplo, el affaire de las filtraciones del Watergate o el chantaje que involucra la vida privada, las declaraciones de impuestos de personajes importantes, etc.). Es imposible decir, de una vez por todas, que uno de esos tipos de luchas condiciona al otro. De hecho, juegan sobre registros diferentes y están en interacción constante. Las luchas políticas molares, aunque resultan a menudo de efectos estadísticos relativos a evoluciones o a mutaciones

moleculares, disponen igualmente de su propio margen de autonomía y a cambio pueden influenciar a estas. Si es cierto que algunos «accidentes» microscópicos o lentas transformaciones estadísticas, por ejemplo de la sensibilidad colectiva, pueden hacer bascular la historia de un lado o de otro, es igualmente cierto que «grandes» acontecimientos tales como epidemias, crisis, guerras, invasiones, revoluciones pueden desencadenar o acelerar metamorfosis a nivel molecular. Las relaciones de *poder molar* tienen por función «encuadrar», jerarquizar el tejido social, mientras que las relaciones de *potencia molecular* constituyen su trama y su lazo, pero de un modo vivo, en función de agenciamientos colectivos de contornos cambiantes y de praxis rebeldes a las invariantes sociológicos y económicos. Dado que la realidad dinámica, energética, pulsional del socius está cada vez menos centrada sobre el individuo, la familia, la escuela, la ciudad, etc., puede cristalizarse alrededor de elementos a veces minúsculos –por ejemplo un síntoma orgánico o un rasgo semiótico corporal, como el rojo que asciende a las mejillas de un empleado a quien el patrón «hace una reflexión»– y que, de alguna forma, están obligados a aparecer en ciertas circunstancias, en función de ciertas relaciones de fuerza y, de algún modo, «independientemente» de las personas.

Esta realidad puede organizarse según conjuntos de gran dimensión, que ponen en juego múltiples componentes económicas, sociales, políticas, jurídicas, institucionales... –como es el caso, por ejemplo, con lo que hoy en día se llama la «crisis de la juventud», la «crisis del ejército», la «crisis de la justicia»... Los agenciamientos colectivos implicados por estos cristales microscópicos o estos vastos movimientos de conjunto, antes que fijar esta realidad como lo hacen los Equipamientos colectivos, antes que codificar e institucionalizar las relaciones entre los poderes molares y las potencias moleculares, no cesan de cuestionarlas. Desorientan los sistemas de causas y efectos, las polarizaciones de objetos y sujetos, deshacen los límites, contaminan nuevos campos, miniaturizan sus efectos, «trabajan» la desterritorialización en todas las direcciones posibles. Allí donde los agenciamientos se manifiestan, se vuelve rápidamente ilusorio pretender circunscribir un problema sobre un tipo de objeto definido o de sujeto responsable, sobre un equipamiento o sobre un ministerio (Señor-Prostitución o Señora-Condición femenina...). ¿Cómo dudar hoy de que las luchas de emancipación de las mujeres solo pueden encontrar su alcance a condición de que consigan poner en cuestión de manera completamente simultánea

la vida y la sexualidad en la pareja, la relación con los niños en la familia, la relación con la producción, con la creación, etc.? Los agenciamientos colectivos que ponen de manifiesto aquí las tomas de conciencia y las luchas no podrían tener un único eje, una raíz fija, a partir de los cuales las «soluciones» podrían ser deducidas en razón de una lógica «arborescente». Es solo al término de un proceso de análisis institucional vivo, es decir de *análisis comprometido* política y micropolíticamente, que se podrá localizar a qué tipo de «rizoma» corresponden. No podríamos insistir lo suficiente sobre este punto: desde el momento en que se contacta con este tipo de agenciamientos maquínicos e institucionales, todas las micropolíticas se contaminan, la del observado y la del observador, la del juez y la del delincuente, la del militante y la del «militado»... La apuesta deviene política al nivel más profundo del investimento libidinal: o bien se opta, subentendido en lo más íntimo de uno mismo, por la estratificación de los poderes, o bien se acepta seguir las líneas de fuga de deseo y deshacerse de los equipamientos preestablecidos, de las redundancias dominantes, de las significaciones coaccionantes... A nuestro parecer, es sobre esta cuestión que todas las problemáticas actuales del cambio social, de la innovación y de la experimentación colectivas encuentran su escollo, a falta de reconocer allí su verdadera «materia opcional».

La cuestión de los Equipamientos colectivos, considerada en tal perspectiva de análisis micropolítico, tendría entonces no solamente que desmarcarse del abordaje funcionalista tradicional, sino que debería encontrar de igual modo su articulación con el abordaje «arqueológico» del que Michel Foucault nos ha mostrado hasta qué punto era capaz de renovar problemas como los del hospital psiquiátrico, la prisión, la escuela, etc. Es el propio Michel Foucault quien nos indica tal dirección: «*Un día habrá que mostrar cómo las relaciones intra-familiares, esencialmente en la célula padres-hijos, se han «disciplinado», absorbiendo, desde la edad clásica, esquemas externos, escolares, militares, luego médicos, psiquiátricos, psicológicos, y han hecho de la familia el lugar de emergencia privilegiado para la cuestión disciplinaria de «lo normal y lo anormal».*» De este modo podríamos caracterizar de manera esquemática estos dos tipos de abordaje por el hecho de que proponen:

5 Michel Foucault, *Surveiller et punir*, Paris, Gallimard, 1975.

– o bien poner al día una *arqueología externa* de formaciones de poder cuyo funcionamiento se ejerce a partir de sistemas de redundancia extrínsecos de códigos explícitos, de instancias represivas manifiestas: por ejemplo la constitución de poderes escolares, médicos, psiquiátricos, que modelan «desde el exterior» la familia, el cuerpo, el individuo, el deseo, en función de tecnologías micropolíticas y microfísicas particulares;

– o bien localizar la *emergencia* de esas mismas formaciones de poder a partir de *redes moleculares* de máquinas deseantes que atraviesan de forma mucho más subterránea los niveles del cuerpo, del individuo, de la familia, de la escuela, del ejército, etc.

Ninguna de estas dos perspectivas podría tener anterioridad o prioridad sobre la otra.

Jamás se ha ganado nada de manera definitiva de un lado o de otro. Si bien es cierto que los objetos de base de la economía social del deseo ya no son –suponiendo que alguna vez lo hayan sido⁶– grupos territorializados de individuos y de familias, sino multiplicidades transpersonales que tienden a escapar a las estratificaciones y a los marcos establecidos, es igualmente cierto que esas mismas multiplicidades pueden ser retomadas en el juego de las instancias molares en razón misma del hecho de que han podido ser sentidas como amenazantes por estas últimas y que no han logrado sin embargo desencadenar agenciamientos colectivos que las cuestionen de forma decisiva.

6 Siguiendo los trabajos del antropólogo americano Marshall Sahlins sobre la economía de las sociedades más «primitivas», Claude Meillassoux elabora la noción de un «modo de producción doméstico». A la obsesión de los funcionalistas y de los estructuralistas que intentan fundar la consistencia de estas sociedades sobre relaciones de filiación que descansan sobre universales del tipo intercambio de las mujeres, prohibición del incesto, etc., opone la existencia de relaciones «de adhesión» social que se manifiestan en primer lugar al nivel de la participación en las actividades de producción colectiva; «Para que se reproduzca la comunidad doméstica, en efecto, hace falta que las relaciones de filiación sean conformes a las relaciones de dependencia y de anterioridad establecidas en la producción: *hace falta que las relaciones de reproducción devengan relaciones de producción.*» Este modo de producción doméstico no es concebido sin embargo como un estadio genético de la humanidad: juega un rol fundamental en la explotación, por el imperialismo, en su periferia, de sectores agrícolas arcaicos y, en el corazón de su sistema de reproducción, del trabajo doméstico femenino. Claude Meillassoux, *Femmes, greniers et capitaux*, Paris, Maspero, 1975.

Intervenciones «analíticas colectivas» sobre el inconsciente social

De una forma más general, es preciso admitir que estos agenciamientos de deseo, cualquiera sea la naturaleza de las relaciones de fuerza que consigan establecer con los equipamientos de poder, no podrían escapar completamente a las relaciones de significación y a las relaciones sociales, entendidas, esta vez, en el sentido habitual. Por tal motivo la vía de ingreso analítica que nos parece necesaria y posible en el nivel «intermediario» de los Equipamientos colectivos no se debe oponer a vías políticas «masivas» o a vías analíticas de escala completamente pequeña. Debería tratarse de intervenciones complementarias que se pongan en entredicho unas a otras. Lo «político» interfiere con lo micro-social, con lo familiar, lo individual y lo infra-individual, mientras que lo «libidinal» interfiere con lo político, a cualquier nivel que se lo tome. Y en el nivel de cada una de estas interferencias, puede ser emplazada una pragmática. Por tanto son el reformismo institucional sin horizonte revolucionario y los movimientos revolucionarios sin praxis inmediata de la vida cotidiana aquellos que deben ser interpelados de manera conjunta. Siempre es posible delimitar un campo de análisis y de intervención micropolítico que permita hacer avanzar el rizoma de los agenciamientos colectivos de deseo. Lo que reprochamos a los militantes de los grupúsculos y a los psicoanalistas, es que contraríen, de todo tipo de formas, el emplazamiento de dichos agenciamientos. Y eso en nombre de su saber, de su programa, de sus aparatos, de su especialización, de su saber-hacer. La revolución molecular no es hostil a los movimientos políticos, reivindicativos o contestatarios clásicos. Simplemente, los hace huir de lo interior y los abre sobre otros exteriores. No es hostil, tampoco, a prácticas de análisis institucional relativamente localizadas (sobre dominios y objetos que, sin duda, no corresponden a los de las nomenclaturas administrativas, sino que se delimitaron en función de campos de intervención, el ejército, las prisiones, la «locura», etc.).

Es así que cierto número de grupos se esfuerzan hoy por renovar el abordaje del fenómeno «escuela» considerándolo conjuntamente a partir de puntos de vista muy diferentes entre sí, por ejemplo el de su tratamiento de los espacios —la tristeza desoladora de los muros, de los pasillos, de los patios de «recreo», etc.—, el de su tratamiento de los ruidos y de la palabra —el desmoronamiento semiótico de todas las componentes gestuales, posturales, mímicas, etc.—, el de las relaciones micro-sociales, micro-económicas, o

bien incluso el de la miseria afectiva y el del desarrollo de los niños, ligados al aislamiento de las familias, a las neurosis de los maestros, etc. Aquello que circunscribe entonces el contorno de una pragmática analítica, es la capacidad de los grupos-sujetos analizadores, por embrionarios que sean, de permanecer en contacto con estas diferentes componentes. Puede tratarse de empresas más modestas, como, por ejemplo, la intervención de esos psicólogos escolares, en la enseñanza primaria, que conciben su rol en un modo muy diferente de aquel que era el suyo hace una decena de años: rechazan hacer tests, quedarse encerrados en una oficina y se esfuerzan en trabajar con los niños y los profesores directamente en las clases para favorecer la puesta en marcha de proyectos colectivos. ¡No allí hay nada de revolucionario! Pero el mero hecho de que rompan algo de la rutina colectiva logra algunas veces catalizar procesos de apertura del eros de grupo local y a activar fenómenos de desinhibición en cadena completamente imprevistos y, de todos modos, sin medida común con lo que habría podido ser el resultado de las entrevistas individuales o psicoterapias en serie tal como son dispensadas, por ejemplo, en los centros médico-pedagógicos en su fórmula actual.

En un ámbito muy diferente, un grupo como el que fue constituido por Michel Foucault y cierto número de militantes y de intelectuales sobre el problema de las prisiones –Grupo de información sobre las prisiones (GIP)– puede ser considerado como un agenciamiento colectivo analítico y militante de este tipo. En el inicio, su acción se había limitado a la distribución de cuestionarios a los prisioneros y a un trabajo de información. Luego sus contactos se ramificaron, y es bajo una luz completamente nueva que han aparecido posibilidades de lucha que condujeron a un importante cuestionamiento de la condición penitenciaria, del rol de la justicia y de las prisiones, de la actitud de la opinión pública y de los grupos militantes respecto a los «derechos comunes»... ¡Desde luego, no es el GIP en tanto tal quien ha «desencadenado» la espectacular crisis que desembocó en la quema de la mitad de las prisiones francesas! Pero la importancia *política* que tomaron las revueltas de detenidos no deja seguramente de tener relación con sus intervenciones. Estas, además, han inducido a otras, en otros ámbitos, en el mismo estilo, lo cual contribuyó con toda naturalidad a unir entre sí cuestiones otras veces separadas (las de los inmigrantes, los homosexuales, los drogados, las prostitutas, etc.).

Desde nuestro punto de vista, la característica de este nuevo modo de acción que articula la lucha política con la vida cotidiana, la consigna con la investigación, el intelectual y el militante con el derecho común, con las prostitutas, etc., es una intervención «analítica colectiva» sobre el inconsciente social, aun si tal proyecto no es explicitado como tal. El objeto del «militantismo» se desdobra: está del lado del campo de intervención, pero también del lado de los participantes. Se trata de trabajar, de modo permanente, la enunciación colectiva militante y no solamente los enunciados producidos. Lo importante es jamás pretender guiar o interpretar las acciones. Cuando la enunciación colectiva se malogre, cuando el grupo se encierre o tome una posición de liderazgo, entonces tales grupos preferirán disolverse. Su regla de conducta, en efecto, es jamás reemplazar los procesos colectivos de enunciación del deseo y, por tanto, no apartarse de ninguna forma de semiotización que juegue un rol importante en la economía de deseo del campo social, sea que intervenga al nivel del individuo, del cuerpo, de un proceso de ideación, de percepción, etc., sea «comprensible» o no, utilizable o no para «la causa»... En estas condiciones, no hay que sorprenderse del hecho de que el rizoma de las componentes semióticas ya no esté simplemente polarizado según vectores que van de la familia hacia el socius o, inversamente, del socius hacia la familia; se organizará según conjuntos mucho más complejos, ramificaciones, mapas que esquivan las entidades y las problemáticas tradicionales. Podrá poner en juego componentes heterogéneas sin aparente relación inmediata con el sistema habitual de causa y de efecto del ámbito considerado.

Una revolución molecular

La tercera revolución industrial

Los cortes entre la vida profesional, el ocio y la educación, entre la vida privada y la vida pública, la valorización, desde que hablamos del trabajo, de un espíritu de seriedad, incluso de un espíritu de sacrificio, parecen constituir los fundamentos mismos de toda sociedad. A pesar de la evolución de las técnicas y de los modos de organización de la producción, en especial en los sectores «de punta», la imaginería tradicional del «mundo del trabajo», los rasgos de rostridad del trabajador manual del siglo XIX –por ejemplo el del minero de extracción o del ferroviario– continúan sirviendo de base a la imaginería canónica que concierne al trabajo, tal como es vehiculado, entre otros, por la escuela primaria. Si el trabajo es aburrido y represivo, no es fundamentalmente por el hecho de que es un modo de producción fundado en la explotación de los trabajadores, sino ante todo, porque así debe ser, porque la dificultad y los obstáculos ofrecen la ocasión de superar una pereza y malas tendencias innatas. Pero si bien todos estos clichés y estas alegorías heredadas de las primeras etapas de la revolución industrial continúan teniendo éxito en la escuela y en los medios de comunicación masiva, corresponden, de hecho, cada vez menos

a los modelos libidinales requeridos por sus etapas actuales, calificadas en ocasiones de «tercera revolución industrial» y centradas sobre la química, la energía atómica, la automatización y la informática. Una utilización coherente de los sistemas de servo-mecanismos maquínicos (comandos óptimos y adaptativos, controles numéricos directos, sistemas autodiácticos, etc.) podría permitir acelerar el reemplazo de los sistemas de servo-mecanismos humanos que se apoyan directamente sobre el cuerpo, los miembros, los órganos de los trabajadores. En cambio, el sistema de producción parece reforzar, como por gusto, las coacciones alienantes del trabajo, ¡e incluso en las ramas más modernas, las más automatizadas de la producción! Toda la evolución tecnológica y científica tiende a la liquidación del trabajo en serie («en migajas»), del despotismo de los «pequeños jefes», a una profunda modificación del corte entre el trabajo por horas y mensual por una parte, y de los técnicos y de los ejecutivos por otra. En realidad, la disciplina y la jerarquía, esenciales a los «ejércitos laborales» del siglo XX, ya solo corresponden hoy al mantenimiento de relaciones de producción represivas; de hecho, van a contramano de la evolución de los procesos productivos que, cada vez más, son llevados a apelar no solamente al cuerpo, a la habilidad y al oficio de los trabajadores, sino también a su mente y, en cierta medida, a su libido.

La extracción de los esquemas desterritorializados¹ requeridos por las nuevas formas de división de trabajo, la nueva organización social y la generalización del régimen de los flujos descodificados implican un tratamiento particular de la fuerza colectiva de semiotización y de trabajo. Los comunistas chinos hicieron la experiencia de esto cuando, en 1949, inmediatamente de su toma de poder, habiendo decidido reforzar en número la clase obrera china, hicieron venir numerosos campesinos hacia las ciudades y las fábricas. Estos estuvieron tan desorientados y espantados por el ruido de las máquinas y la agitación de los trabajadores que se decidió que, durante todo un período, los recién llegados no tendrían otra tarea que circular libremente en los talleres para habituarse a sus nuevas condiciones de trabajo, para «semiotizar» su nuevo entorno. La mnemotécnica colectiva, de la que Nietzsche decía que en la prehistoria jamás sucedía «sin suplicio, sin martirio y sacrificio sangriento»², después del reinado de los

¹ Que describiremos posteriormente en tanto que «función diagramática».

² Nietzsche, *La Généalogie de la morale*, *Deuxième dissertation*, Paris, Gallimard, 1966.

«sacerdotes ascéticos», de las disciplinas monásticas, después de las «etiquetas» aristocráticas, después del acuartelado de las fábricas, de las escuelas, después del reinado de los bachilleratos y de los «mejores alumnos», ha comenzado a transferir lo esencial de sus «memorias» y una parte de sus mecanismos lógicos hacia máquinas de información³. ¡Esto no significa en absoluto que la informática sea llevada a apropiarse necesariamente de las palancas de mando! Podría producirse incluso lo contrario, aportando la revolución informática medios inauditos para despejar el campo de las repeticiones vacías y abriendo la posibilidad de una concentración del trabajo humano sobre procesos decisionales que escapan, por naturaleza, al cuadriculado informático, es decir que dependen de la economía del deseo⁴. Será entonces cada vez menos necesario aprender la lista de las sub-prefecturas o incluso, pronto, la tabla de multiplicación: algunas máquinas diagramáticas tenderán cada vez más a tomar el relevo de dichas operaciones. Una suerte de nueva indolencia, de «derecho a la pereza⁵», de «derecho a la locura⁶», se abre ante nosotros. Pudiendo ser remitido el rigor del lado de las máquinas, las máquinas de deseo podrán retomar, como quien no quiere la cosa, la vía de las conexiones moleculares eficaces. Solo se trata aquí, ciertamente, de una perspectiva objetivamente posible pues, de hecho, la política de implantación de equipamientos represivos

³ La memoria, como nos lo muestra Frances A. Yates, dependió durante mucho tiempo de máquinas de «memoria» muy territorializadas (por ejemplo, de máquinas retóricas arquitectónicas derivadas del *Ad Herennium* antiguo), o de máquinas altamente sofisticadas como la de Lulio (donde los conceptos están representados a través de letras del alfabeto que giran sobre un eje, y las figuras mediante círculos concéntricos sobre los cuales se encuentran las letras que remiten a los conceptos que permiten obtener, cuando esas ruedas giran, combinaciones de conceptos). Frances A. Yates, *L'Art de la mémoire*, Paris, Gallimard, 1975.

⁴ Criticando las exportaciones abusivas del lenguaje informático fuera de su ámbito, Cornelius Castoriadis se interroga sobre el hecho de saber si el concepto de orden, del que tienen necesidad la biología y la antropología, es necesariamente idéntico al de la física (*Science moderne et Interrogation philosophique*, Encyclopaedia Universalis Organum, 1975). En efecto, a diferencia del orden de los estratos físico-químicos, los órdenes «humanos» parecen inseparables de agenciamientos colectivos y de formaciones de poder, es decir de modos de semiotización que los exponen, los disponen y los aseguran... independientemente de toda garantía trascendental.

⁵ Paul Lafargue, *Le Droit à la paresse*, Paris, Oriol, 1883.

⁶ Jean-Claude Polack et Danielle Sabourin, *La Borda ou le droit à la folie*, Paris, Calmann-Lévy, 1976.

no cesa de contrariar y de sabotear los agenciamientos colectivos de deseo que permitirían realizarla a gran escala. La nueva memoria maquínica, la nueva organización social –cuyos centros de decisión estarán dispuestos en red y ya no sometidos jerárquicamente entre sí– no podrá entonces contentarse, para afirmarse, con rechazar masivamente los equipamientos represivos, en particular los equipamientos miniaturizados tales como el poder escolar, el poder médico, la pareja, el superyó. Deberá tomar en cuenta la propia fuerza de reproducción de la que son portadores. Está condenada, en cierto modo, a producir ella misma modos de semiotización y agenciamientos que no solamente los expropian de sus poderes actuales sino que, además, desfazarán de manera continua los retornos incesantes de la función de equipamiento capitalístico.

Las máquinas abstractas

¿Qué pasaría entonces si las jerarquías, las burocracias, las falocracias, las gerontocracias, fueran obligadas a «soltar las palancas de mando»? ¿Cuál sería la nueva consistencia del campo social? Para intentar avanzar sobre esta cuestión, nos hace falta volver nuevamente sobre la distinción que hemos propuesto entre la función de Equipamiento colectivo y la función de agenciamiento colectivo (agenciamiento maquínico y agenciamiento de enunciación). La puesta en juego de estas funciones –en particular al nivel de las redes de Equipamientos colectivos– nos ha permitido mostrar que la consistencia del campo social, no más que la del lenguaje o de la libido, no descansa sobre ningún sistema de invariantes trascendentales. Lo que hace que sea posible un «pasaje» de un nivel a otro –por ejemplo de un nivel económico a un nivel «ideológico»–, lo que garantiza aquello que hemos llamado la transversalidad social, no depende de principios, de categorías y de elementos delimitados de una vez y para siempre. Todo se debe rehacer cada vez. O, más exactamente, remite a redes de *máquinas concretas* que manifiestan, a título más o menos transitorio, lo que llamaremos sistemas de *máquinas abstractas de desterritorialización*, que establecen esta consistencia y esta transversalidad en condiciones y para períodos históricos dados. Las máquinas abstractas alrededor de las cuales se cristalizan los agenciamientos y los equipamientos concretos –volveremos sobre esto en la tercera parte de este trabajo– no están fuera de la temporalidad social, sino que la atraviesan, la producen y la reproducen. Negocian la regulación de los coeficientes

de desterritorialización específicos a cada componente semiótica y a cada componente de codificación. Pero pasando de los Equipamientos a los Agenciamientos, se pasa de un régimen de máquinas abstractas a otro. Con los Equipamientos, el conjunto de las máquinas abstractas depende de un mando único —el Capital— en torno del cual se organiza todo un estado mayor que cuadrícula, sobre un modelo dualista, el conjunto de las coordenadas y de los valores del campo social: el Significante y el No-Sentido, lo Útil y lo Inútil, la Razón y la Sinrazón, lo Bello y lo Feo, lo Musical y el Ruido, etc. Con los Agenciamientos, las máquinas abstractas y, a su zaga, las máquinas concretas que las actualizan ya no son organizadas según sistemas de «árbol de implicación» informatizables, sino en un modo rizomático, según fórmulas irreducibles a las descomposiciones binarias que solo podrían hacer perder sus rasgos específicos a las materias de expresión y a las materias de codificación implicadas. No se puede «traducir» los rasgos maquínicos de un proceso biológico en rasgos fisicoquímicos o astrofísicos. Se los puede comparar; se pueden hacer pasar de unos a otros algunos números, tipologías, formalizaciones de toda naturaleza, pero no el proceso mismo en su irreducibilidad, no la posición singular que ocupa sobre el filum de las mutaciones maquínicas. Las jerarquías de invariantes permanecen siempre exteriores a los procesos mismos y sucede lo mismo con las instituciones de los equipamientos y con las teorías que se fundan sobre ellos. Tenemos, de un lado: la Ley, la Teoría; y del otro: la praxis, la experimentación. Pero una teoría-praxis que funcione en las partes vivas de la sociedad en ruptura con la jerarquía de los valores pre-establecidos articulará sistemas de máquinas abstractas que se desterritorializan sobre sí mismas —y por tanto de ningún modo eternas—, conectándose unas con otras en una expansión rizomática infinita, no para fijar y para estratificar el *socius*, sino para asegurar su regulación transitoria.

¿Qué hace caminar el deseo en un grupo, qué hace caminar una teoría, una experimentación, una forma de arte? ¿Qué hace que en un momento dado, todo se vuelque bajo el mando de una formación represiva de poder? ¿Qué hace que cierto tipo de máquinas abstractas —o bien máquinas abstractas arborescentes que remiten, en última instancia, al Capital, o bien máquinas abstractas policentradas, polívocas, que funcionan según toda una maraña de líneas abiertas— «tome el poder» en circunstancias particulares? Cuando las máquinas abstractas logran escapar al régimen de la economía capitalística de los flujos (es decir cuando se liberan de las

tutelas institucionales, de los equipamientos de poder que las jerarquizan, las ritualizan, las reterritorializan, según un orden abstracto universal y trascendente), es porque han dejado de ser asimilables, de cerca o de lejos, a las ideas platónicas, a los noúmenos kantianos, a los momentos dialécticos hegelianos o marxistas, a los matemas estructurales del inconsciente lacanianos, incluso a los modestos «estados» de la teoría de los sistemas⁷, en tanto ellas emergieron bajo esta forma de los diferentes horizontes teóricos. Más acá de las coordenadas espacio-temporales y de los rasgos específicos de las diferentes componentes de expresión y de codificación, estas máquinas abstractas cristalizan entonces un *nudo de problema*, garantizan la consistencia de un «estado de hecho» que, al nivel de las máquinas concretas, resultará fijado, «contingentado» en la historia y en el campo social. Metabolizan vías de pasaje entre estratos diferentes, negocian el régimen de las desterritorializaciones relativas, modelizan los procesos de subjetivación —sin que se trate aquí de una subjetivación universal—, abren o cierran lo posible, sea dejando escapar líneas de fuga de deseo, a veces minúsculas, sea desencadenando revoluciones en cadena, sea dejándose tomar nuevamente por sistemas de estratificaciones. Su rol, en el caso de las funciones de Equipamientos colectivos y de las funciones de agenciamientos colectivos de los que se habla aquí, es el de *problematizar* —no poner en escena ni representar— *la materia de expresión política* con la cual es confrontada la colectividad: lo que hemos llamado su «materia opcional». No hay universales políticos, no hay opción política en general. En el seno de cada situación particular, de cada máquina disciplinaria, de cada sistema de vigilancia, cierto tipo de virus micropolítico está en acción, cierta constelación de máquinas abstractas está sometida a una formación de poder. Las diferentes cepas micro-fascistas, por ejemplo, que trabajan en los Estados Unidos y los países del este, los países ricos y los países pobres, los países árabes e Israel, etc., aunque mantengan ciertas filiaciones con el fascismo histórico de preguerra, se diferencian al infinito según sus propias vías. No existe por tanto respuesta global posible, ni «amplio frente antifascista» para cortar el camino a esta nueva amenaza: *jel fascismo ya pasó!* Supura a través de todos los poros de las sociedades capitalísticas. Desde entonces, se debe ir a atraparlo «a domicilio», bajo sus formas específicas, y esto implica una lucha generalizada de todos los

⁷ Ludwig von Bertalanffy, *General System Theory*, New York, Basic Books, 1965.

instantes sobre una multitud de «frentes». La política del deseo, tanto al nivel de un grupo, de una institución, de una teoría como de una forma de arte, concierne esencialmente a estos agenciamientos de «partículas de posible» que constituyen las máquinas abstractas. Por tanto, no hay lucha por la libertad en general, sino la construcción, a todos los niveles, de máquinas de liberación.

¿Por qué hablar aquí de máquinas abstractas? Porque, si se dejan los problemas micropolíticos en la dependencia exclusiva de máquinas concretas, es decir tanto de instituciones sociales, de equipamientos de toda clase, como de sistemas de interacciones entre individuos o de sistemas de interacciones semióticas, o bien de teoría constituida, de programa, etc., se termina por reducirlas a ya no ser más que superestructuras ideológicas o aparatos ideológicos, en el sentido de Althusser⁸. Desde entonces, todos los sistemas de sobredeterminación que se quieran imaginar, resultarán vanos para encontrarles un asidero sobre lo real. Las infraestructuras que, en el estado actual de las ciencias, son generalmente concebidas como debiendo estar regidas por leyes invariantes conservarán siempre la última palabra. Nuestro «rodeo» por las máquinas abstractas no implica ninguna mediación idealista. No se trata aquí, en efecto, de un sistema de ideas que se relacionan con una instancia encerrada sobre sí misma. Las máquinas abstractas operan un pasaje directo entre los estados de signos y los estados de cosas. Con ellas, las reterritorializaciones mentales pasan al segundo plano. El cortocircuito que efectúan entre las desterritorializaciones de los flujos materiales y las desterritorializaciones de los flujos semióticos –dicho de otro modo proceso diagramático– se hace *directamente* en los signos y *directamente* en lo «material». Las máquinas abstractas trabajan lo real, lo fabrican a partir de topologías, de ecuaciones, de puestas en referencia múltiples. Pero trabajan igualmente los sistemas de signos para ponerlos al nivel de las realidades históricas y cósmicas y, en ciertas condiciones, pueden evitarles caer en el mundo fijista de los paradigmas universales –lo que hemos llamado, en otra parte, la «perversión paradigmática». Consideramos por tanto que el «ser» en el fundamento de lo «existente» –al menos en el campo social considerado desde el punto de vista de su economía de deseo–, antes de ser un asunto de estratos materiales, de energía, de formas o de estructuras, depende en primer lugar de esta «materia opcional»

⁸ Ver *infra*, «Los señuelos de la ideología».

tal como es trabajada por las máquinas abstractas. ¡Es tanto como decir que el ser no se reduce, aquí, a nada identificable, a nada localizable en coordenadas eternas y universales! Ya solo se trata aquí de agenciamientos colectivos que ponen en juego máquinas de inter-conexión, de codificación, de semiotización y de subjetivación, recortando problemáticas, disponiendo territorialidades, transversalizando estratos biológicos, ecológicos, económicos, personológicos, institucionales, etc. Tales agenciamientos no pueden ser considerados como siendo los *sujetos* de una estructura. Son a la vez parte prehendida y parte prensil de «maquinaciones» que se juegan en múltiples niveles:

- 1) en aquellos, abstractos, donde se efectúan:
 - o bien nuevas conexiones desterritorializantes «constructivas»,
 - o bien reterritorializaciones a la cuenta de máquinas despóticas centralistas tales como el Capital, el Significante, etc.;
- 2) en aquellos, concretos, donde se efectúan:
 - o bien nivelaciones de relaciones de fuerza, ritualizaciones, neutralizaciones relativas de los procesos diagramáticos que descansan sobre la miniaturización de los equipamientos de poder, sobre programaciones y planificaciones cada vez más tentaculares,
 - o bien tácticas y estrategias liberadoras que tienden a optimizar la función de agenciamiento colectivo en detrimento de la función de equipamiento.

El socialismo burocrático, estadio supremo del capitalismo

Nos negamos a separar, como lo hacen la mayoría de los teóricos que se reclaman del marxismo, las relaciones de producción de las relaciones de semiotización. El control, por clases o castas explotadoras, de los medios de producción, es indisociable del control de los medios colectivos de semiotización que, siendo quizá menos visible, no es por ello menos fundamental. El desfase que no cesa de acentuarse entre las relaciones de producción y los procesos productivos no depende por tanto, para nosotros, únicamente de una infraestructura económica. Constituye incluso solo un aspecto particular de aquel desajuste que se desarrolla más generalmente entre el conjunto de las relaciones sociales y la economía libidinal colectiva; estos últimos, de su lado, no tampoco dependen específicamente de una superestructura determinada «en última instancia» –según la expresión

consagrada— por la base económica. Sean cuales sean las denominaciones que se den a las sociedades fundadas sobre la explotación del trabajo y de la libido, sea cual sea la naturaleza de los medios de control de la producción y de los modos de organización social que pongan en acción, sean cuales sean las clases históricamente discernabilizadas o las hidras burocráticas, de contornos difíciles de delimitar, que sacan provecho de ella, estamos en presencia de un mismo sistema de finalidad colectiva: el repliegue de las producciones útiles sobre los valores mercantiles y la reificación de los valores de deseo sobre los valores de uso y los valores de cambio.

Las sociedades que reivindican el socialismo, tanto como las que reivindican la ganancia y el capital, están obligadas, hoy, a engancharse de manera cada vez más estrecha y en ocasiones, según parece, contra el agrado de sus dirigentes más «esclarecidos» —tipo Krushev o Kennedy—, a modos de sujeción semiótica a «contramano» de la historia, y eso a pesar de todas sus tentativas de adaptación, de innovaciones institucionales, de miniaturización de los equipamientos de deseo que inyectan en las masas. Así, desde hace ya mucho tiempo, las condiciones de una revolución han llegado a la madurez sin que ninguna clase social se perfile en el horizonte para intentar ajustar el socius a la inmensa desterritorialización que lo atraviesa y para reorientar las fuerzas productivas que son objeto, a escala mundial, de un fabuloso despilfarro. Las clases obreras, desde el punto de vista de la economía de deseo y de la integración semiótica a los valores dominantes, jamás se han desmarcado de manera fundamental de la burguesía y de las burocracias, y todo hace pensar que serán cada vez menos llevadas a hacerlo. De hecho, tienden en todas partes, en grados diversos, a colaborar de manera activa en las empresas de sujeción de las sociedades capitalísticas.

El objetivo, fundamental, de la toma del poder político en el nivel del Estado por la «vanguardia» del proletariado es considerado por los marxistas-leninistas como la condición *sine qua non* de una toma de conciencia autónoma de la clase obrera. De hecho, este objetivo en absoluto ha evitado la contaminación de esta por la ideología burguesa. Muy por el contrario, es por el rodeo de la integración de la «vanguardia» a las reglas del juego político y sindical establecidas por el poder de Estado que dicha contaminación ha podido extenderse en las amplias capas populares. Los burócratas de los aparatos del movimiento obrero han sido en cierto modo los iniciadores de la integración semiótica de la clase obrera. Como tales,

se los puede considerar legítimamente como Equipamientos colectivos, en el sentido amplio que les hemos dado aquí. No se puede por tanto concebir hoy una lucha contra el burocratismo de Estado y, de forma más general, contra todas las manifestaciones concretas del poder de Estado, sino a condición de considerar paralelamente el *desmantelamiento* de las estructuras burocráticas que paralizan el movimiento obrero, los movimientos populares y minoritarios de cualquier naturaleza. El poder de Estado está en todas partes, y conviene darse en todas partes medios específicos para desalojarlo, incluida en la cabeza de las «masas» y en la de los dirigentes. Pero dicho desmantelamiento, si se efectuara en la desmoralización y sin emplazamiento de otros tipos de agenciamientos de lucha, acarrearía una inmensa regresión social. En consecuencia, los lugares donde ha comenzado a emerger esta nueva problemática están en camino de devenir los nuevos puntos calientes de las luchas sociales y políticas. El tipo de lucha analítico-militante que se vuelve posible en el seno de cierto número de Equipamientos colectivos, de administraciones, de sectores sociales, etc., no será siempre considerado como marginal por relación a las grandes luchas de los baluartes obreros: Renault, los ferroviarios, etc. Y parece ya dudarse poco de que si un día deviene posible un avance revolucionario, no provendrá de esos baluartes, sino probablemente de uno de esos sectores que hoy aparecen como secundarios a los ojos de la representación y de la moral militantes.

Reemplazando las categorías sociológicas globalizantes por «materias opcionales» políticas, uno está en mejores condiciones de seguir las contaminaciones que se operan entre las formaciones de poder de todo tamaño, y de captar por qué es absurdo pretender cambiar la sociedad, querer construir un orden económico que ya no descansa sobre la explotación de una clase por otra, contentándose con transferir el poder de Estado de los representantes de una clase a los de otra y haciendo votos para que el Estado pierda luego progresivamente su utilidad en tanto fuerza de coerción, y se ponga él mismo a «degenerar». El poder de Estado, no es solamente la existencia de fuerzas coercitivas que se ejercen al nivel de los grandes conjuntos sociales; está en acción de igual modo en los niveles de los engranajes microscópicos de la sociedad. ¡Lo cual no significa en modo alguno que convenga esperar todo de un simple cuestionamiento del individuo o de una negación masiva de la familia! Así, el hecho de que el poder central tenga no solamente una política

concerniente a la pareja conyugal y a la familia⁹, sino que además funciona en su seno una micropolítica de Estado, no significa sin embargo que dichas instituciones sean condenables como tales y que se deban rechazar sin apelación. Aunque solo fuera por unos instantes, durante su constitución, una pareja puede funcionar como agenciamiento de deseo: es el momento en que todas las esperanzas de una liberación de las viejas tutelas parentales están permitidas. E incluso cuando una familia parece haberse convertido, de una vez y para siempre, en una máquina falocrática, a pesar de los peores arrebatos de autoritarismo falocrático, a pesar de las peores crisis de celos, a pesar del clima micro-fascista en el cual se bañan muy a menudo sus miembros, puede dejar que renazcan minúsculas líneas de esperanza, ternuras fugaces: «Vamos a salir de vacaciones, todo irá mejor, esto va a cambiar...» Y sabemos que a fin de cuentas, en el estado de dependencia crónica al que los individuos se ven reducidos por el conjunto de las formaciones sociales, ¡cualquier tiranía termina por parecer mejor que la soledad!

El poder de Estado, la explotación del trabajo, la alienación del deseo, no son únicamente secretados por las grandes formaciones capitalistas o socialistas burocráticas. El mismo tipo de máquinas abstractas capitalísticas trabaja los diversos grupos sociales, el Estado y los individuos. Los dos grandes mitos antagonistas de los socialistas de comienzos de siglo —o bien la educación de las masas, o bien su militarización bolchevique— carecían ambos de razón: ya que la educación controlada por el poder de Estado trabaja en el sentido de una adaptación de los trabajadores a los modelos libidinales de la burguesía —y en particular a una individuación de su enunciación—, y su «militarización» hace infaliblemente el juego, bajo todo tipo de modalidades, al centralismo burocrático y a las diversas formas de tecnocratismo.

⁹ En muy numerosos ámbitos, es la categoría de familia o de pareja la que constituye el objeto institucional de referencia. ¡Por ejemplo, la contabilidad nacional continúa hablando de «presupuesto de la pareja» a propósito de solteros! Sobre la genealogía de la intimidad familiarista, cf. el estudio de Lion Murard y Patrick Zylberman, *Le petit Travailleur infatigable, Recherches*, nº 25, 1976.

Un nuevo tipo de lucha

Se busca un nuevo tipo de lucha, menos a título de modelo que a título de «precedente» de demostración de que otro campo de posibles está realmente abierto. La máquina abstracta de la que se trata aquí podría enunciarse de la siguiente forma: sí, es posible hacer algo en todas estas situaciones que hoy parecen completamente bloqueadas, como ayer en Lip¹⁰ o como hoy en la magistratura o con las prostitutas... Sí, es posible «cambiar la vida» en la pareja, con los niños, en el cara a cara con uno mismo... En el sector de los Equipamientos sociales, en particular de aquellos que se consagran a la niñez, se juegan toda una serie de conflictos microscópicos, a menudo confusos y contradictorios, al interior de los establecimientos, a propósito de la vida colectiva, del rol de los pedagogos, de los psicoanalistas, de los docentes, etc. Allí también, nos equivocáramos en pensar que solo se trata de luchas sin importancia. Cuando se abordan tales problemas con responsables sindicales o responsables políticos, nos responden generalmente que no son de su incumbencia, que pertenecen a la iniciativa de la base. Pero discutiendo más con ellos, uno se da cuenta de que tienen en realidad, sobre todos los problemas de salud, de higiene mental, de educación, de costumbres, etc., un punto de vista bien inculcado, que es el de las redundancias dominantes, de las evidencias del poder, tales como son vehiculadas por los medios de comunicación: para curar las enfermedades, hacen falta médicos, enfermeras, hospitales —¿quién se atrevería a pretender lo contrario!—, para curar a los locos, hacen falta psiquiatras, hospitales psiquiátricos y también, por qué no, psicoanalistas; para educar a los niños, hace falta un cuerpo docente de las escuelas, pero también métodos activos; para mantener el orden, hace falta un cuerpo de policías, etc. Y todo eso exige créditos, equipamientos, buenos gestores, un buen control democrático de parte de los electos, de parte de los padres de alumnos, etc.

La materia opcional consiste aquí en que cualquier «problema social» puede ser tirado del lado de los equipamientos y alejado de agenciamientos colectivos potenciales. Incluso sin darse uno cuenta, se hace de ello un asunto de especialistas, de programas, de normas, de presupuestos, de tutelas, etc., y se rechaza considerar que pueda articularse con experimen-

¹⁰ Guattari alude a la huelga obrera más emblemática después del 68, la de la fábrica LIP en Besançon. (N. de E.)

taciones colectivas, con una vida barrial, con una asunción por parte de los «usuarios». Ahora bien, solo podrá ser en una lucha cotidiana, al nivel de la vida de todos los días, que podrán ser modificadas las relaciones de fuerza entre, de un lado, el saber del especialista, la autoridad política de los representantes del orden establecido y, del otro, más acá de las personas y de los objetos constituidos, el deseo, algunas veces embrionario y que se busca primero a través de un discurso inaudible, por ejemplo, de niños, de locos, de delincuentes, de marginales, etc. Antes que aceptar como una fatalidad el crecimiento desmesurado de condensadores sociales –especies de complejos semióticos donde se hacen fabricar los individuos y las relaciones sociales– que cuadriculan y controlan los cuatro rincones del campo social, ¿no podemos imaginar el pasaje a una lucha activa de desequipamiento, de reagenciamiento colectivo que esquivе las estructuras institucionales demasiado masivas: los ministerios, las tutelas burocráticas, las jerarquías facticias, que permitan establecer un sistema de control social multi-centrado, que mantenga una proximidad máxima con las condiciones de toda naturaleza, en el respeto de las singularidades de deseo y haciendo degenerar *desde ahora* el poder de Estado?

Pretendiendo establecerse como una nueva ciencia, el marxismo se quiso diferente de todas las demás doctrinas. Busco fundar la autoridad de sus enunciados –y, en filigrana, el autoritarismo de sus prácticas, y esto desde la constitución de la Primera Internacional– sobre el prestigio de las otras ciencias. A sus costados, las utopías de todo tipo, las ideas generosas, devenían ridículas y peligrosas. «Si uno no propone fundar sus perspectivas de lucha sobre bases científicas, solo se puede engañar a las masas» No solamente el marxismo quiso apoyar la revolución sobre las ciencias, sino también sobre el desarrollo de las fuerzas productivas. Así, los grandes motores de la historia han devenido, para él, además de la clase obrera, las ciencias y las tecnologías, ¡y las clases obreras del siglo XIX ya solo existen hoy en la cabeza de los ideólogos y de los militantes retro! Que no se nos haga decir que la revolución molecular se hará *contra* el progreso y el bienestar de las clases obreras. Simplemente, nos parece que, en gran parte, ella pasará a su lado, dejándolas evolucionar, incluso degenerar, según sus propios caminos. Ciertó ideal dogmático de las ciencias y cierto ideal ascético y moralizador de la ideología obrerista ya no se corresponden con las realidades de hoy. Otros agenciamientos científicos, otros agenciamientos sociales, abren otras perspectivas. La revolución por

venir no se inscribirá en los moldes del pasado, no será sinónimo de un «retorno hacia atrás» o de una congelación de la situación actual, ¡como la considerada por la nueva mitología tecnocrática centrada sobre el tema de un retorno a un «crecimiento cero»! Nosotros pensamos por el contrario que será completamente compatible con un desarrollo tumultuoso de las ciencias, de las fuerzas productivas, de las creaciones artísticas, de las experimentaciones de todo tipo, ¡en ruptura radical, es preciso decirlo, con las formas que tenían ayer!

Señalemos, al pasar, que la promoción de otro mito por Ivan Illich¹¹, concerniente a un retorno necesario a herramientas a escala humana, parece ir precisamente en el sentido de la miniaturización alienante de los equipamientos que aquí denunciarnos. El ideal de un socialismo a «escala humana», opuesto a la existencia de las mega-máquinas, es, a nuestro parecer, una mala utopía. Lo que está en cuestión, según nosotros, no es el tamaño de los instrumentos, de las máquinas y de los equipamientos, sino la *política* de los agenciamientos humanos a escala tanto de los deseos microscópicos como de las grandes formaciones de poder. Por ejemplo, cuanto más fueron miniaturizadas la familia y la escuela en el transcurso de la evolución de los últimos dos siglos, más tiránicas se han vuelto, en particular al nivel inconsciente. Cuando, hoy en día, la psiquiatría comienza a desertar los «muros del asilo» para investirse sobre equipamientos extra-hospitalarios o incluso sobre el diván del psicoanalista, la alienación de la desviación no deviene por ello menor: se concentra sobre nuevos tipos de prácticas, de personajes y de instituciones que están en camino de servir de modelo de referencia para la elaboración de una «tecnología avanzada» del poder¹². Algunos Equipamientos colectivos de gran tamaño como las universidades —máquinas de sujeción semiótica para seleccionar, para modelar una elite adaptada a las semióticas del poder, al estilo, a las actitudes de los futuros cuadros—, en ciertas circunstancias, se han puesto a funcionar en el registro de las luchas de deseo y han servido de soporte a la emergencia de agenciamientos colectivos de enunciación. Durante los años 1960, se han visto así universidades americanas que se volvieron focos de efervescencia revolucionaria al mismo tiempo que continuaban,

¹¹ Ivan Illich, *La Convivialité*, Paris, Seuil, 1973.

¹² Cf. *Histoire de la psychiatrie de secteur, Recherches*, n° 17, 1975, y Robert Castel, *Le Psychanahysme*, Paris, Maspéro y réédition Paris, 10/18, 1975.

a poca distancia de ahí, sosteniendo su habitual rol de equipamiento de normalización. En estas condiciones, es comprensible que las organizaciones políticas tradicionales se encuentren en la imposibilidad de estimar el alcance exacto de los movimientos que pueden desarrollarse allí.

Un trabajo analítico-militante a todas las escalas

Se podrían multiplicar los ejemplos que ilustran la incapacidad de las clasificaciones sociológicas para dar cuenta de las políticas del deseo: consideremos por ejemplo el funcionamiento de una mega-máquina urbana —para retomar la expresión de Lewis Mumford— como la aglomeración new-yorkina. ¡Se puede pensar que es incompatible con cualquier agenciamiento liberador de deseo! Y sin embargo, nos parece que aun ese continente urbano, gigantesco ciclotrón semiótico, a pesar de (o a causa de) sus efectos de amontonamiento y de sujeción, a pesar de la miseria y de la violencia que allí reinan, a pesar del desasosiego y la soledad que, según parece, marcan de una forma o de otra a cada uno de sus habitantes, produce cierto tipo de economía de deseo, inimitable, irremplazable y sentida como tal por aquellos que están atados a ella como a una droga. Lo que aquí entra en juego, desde el punto de vista de la economía del deseo, no es la concentración urbana, la polución del aire, la ausencia de espacios verdes, ni aun, hasta cierto punto, la concentración de los centros de decisiones y de las burocracias, sino la forma en la que todas esas cosas son semiotizadas, la forma en la que, a propósito de ello, los agenciamientos se anudan y se desanudan. Antes de saber lo que debería ser «un proyecto de sociedad», según la expresión a la moda, convendría localizar lo que podrían ser proyectos de vida colectiva y, antes de equipar la sociedad, convendría preocuparse por el giro que están tomando los agenciamientos de deseo. Algunas cristalizaciones micro-fascistas de deseo, aplicadas a los proyectos en apariencia más racionales, más armoniosos, transformaron la URSS y China en continente-gulag, mientras que cristalizaciones micro-revolucionarias de deseo han comenzado, de su lado, a «cambiar la vida», a pequeña y a veces a menos pequeña escala, de los habitantes de ciertos barrios putrefactos de San Francisco. Una vez más, no hay allí nivel prioritario, ni consigna del tipo: «¡Hagan primero la limpieza frente a vuestra puerta antes de pretender transformar la sociedad!». Simplemente afirmamos que un cambio de las instituciones y de los equipamientos a

gran escala reclama, *al mismo tiempo*, un cambio de los equipamientos moleculares y de las políticas de deseo. Es aquí, ahora, en todos los lugares y en todas las escalas, que un trabajo analítico-militante es necesario para escapar a los engranajes, a los fenómenos de bola de nieve capaces de acumular los micro-fascismos; pero es en el mismo momento y sin aplazamiento que es preciso combatir y deshacer las grandes formaciones represivas que «sostienen» el cuerpo social y que no cesan de inyectarle las drogas micro-fascistas de las que son portadoras.

Uno de los roles de los agenciamientos colectivos a ras del suelo («*grass root*», como gustan decir los americanos) consistiría precisamente en poner en evidencia, de forma permanente, tales relaciones. No para hacer de ellas titulares, fotos, que se consumirán en una suerte de contemplación-digestión cuya función última es una *asimilación* de todas las singularidades de deseo a los valores comunes, a las redundancias dominantes; sino para hacerlas actuar sea en lo real social, sea en los modos de semiotización del inconsciente. La puesta en relación ya no será el resultado de una manipulación de poder que, a su arribo —con la lectura del diario o de la revista—, efectuará una asociación forzada en la cabeza de las personas, que las condicionará a hacer la «aproximación» mecánicamente. Tampoco resultará de hipótesis especulativas de investigadores o de instituciones inspiradas de psicoanalistas; se convertirá en un programa analítico-militante¹³ que consiste en «aprender», digamos a semiotizar colectivamente, las conjunciones inéditas que pudieron operarse en tal situación particular entre sectores de lucha muy diferentes. Se trata entonces con algo que ya no pasa solamente al nivel de una solidaridad formal, sino al nivel de la inteligencia y del corazón (ejemplos en el film *Fous à délier* de Bellochio, sobre el hospital de Parma, la toma a cargo de los retrasados y de los mogólicos por los obreros de una fábrica metalúrgica; en un dominio completamente dis-

¹³ Este término de programa no es empleado aquí en el sentido en que se habla, por ejemplo, del «Programa común de la izquierda», sino en el sentido en que los sado-masoquistas hablan de programa, es decir de medio de referencia para conducir una experimentación que excede de todas partes sus propias «previsiones», de allí el misterio y la fascinación, la impresión de «nunca visto», a pesar del carácter ritualizado de las fases programadas. En la música contemporánea, se habla igualmente de «música de programa» cuando una parte importante es reservada a los ejecutantes y el texto ya solo da grandes indicaciones, direcciones generales de trabajo.

tinto, durante el apresamiento del poeta Yann Houssin¹⁴ –bajo el pretexto de la creación de comités de soldados–, la constitución en Nîmes de una red de personas preocupadas tanto de asuntos militares como de poesía o de lucha regionalista). Lo que separa a un corso de un bretón o de un parisino, son, en apariencia, características socio-económicas, lingüísticas, incluso ecológicas, pero en realidad, son cristalizaciones micropolíticas que se encarnan en el nivel molecular como dos formas de amar, de percibir el cosmos, de hablar, de bailar, de leer y de escribir, etc. Tomados bajo este ángulo, ciertas componentes semióticas de la «cuestión corsa» pueden unirse a las del bretón o a las de la emancipación de la mujer, de los niños, de los homosexuales, etc., más bien que encerrarse, como es el caso para cierto número de movimientos autonomistas, en una especie de idiosincrasia opaca y reaccionaria.

No hay dos tiempos sucesivos, uno que consistiría primero en cambiar la sociedad y el otro en preocuparse de aquello que pasa en la vida real. Las políticas de los rizomas y de los mapas, que opondremos en la segunda parte de este trabajo a las de los árboles y de los calcos, se aplican a los mismos objetos y, la mayoría de las veces, de manera concurrente. Apuntan tanto a los grandes sistemas de sujeción sociales como a las formaciones de poder miniaturizadas que están en acción en los pequeños grupos, la familia o el individuo. En estas condiciones, no hay salvación que esperar de un retorno prioritario a la naturaleza, a los buenos sentimientos, a las herramientas al alcance de la mano y a las «comunidades de buena convivencia»... Existen ciudades, ejércitos y también policías, «multinacionales», partidos centralizados, complejos industriales, tradiciones electorales. ¡No se trata de escapar a todo eso por un golpe de varita mágica! ¡Pero al menos uno puede intentar no hacerse el prisionero, no volverse el cómplice activo de tales mecanismos y, más allá, comenzar a hacer des-existir ese tipo de objeto y de relaciones molares! ¿Es posible ahuecarlos desde el interior cuando no se puede esquivarlos, y desmontarlos desde el exterior cuando se presenta la ocasión para ello –a riesgo de preparar cuidadosamente tales ocasiones? En una palabra, ¿es posible deshacer las leyes pretendidamente objetivas de una sociedad que pretende «hacer *la ley*»?

¹⁴ Tristan Cabral (Yann Houssin), *Ouvrez le feu*, Paris, Plasma, 1975.

El rizoma de los agenciamientos colectivos

Los agenciamientos colectivos de deseo

La ley capitalística, para legitimar su empresa de tutelaje del conjunto de las máquinas abstractas, se da a sí misma aspectos de destino. Para ello está dispuesta a lanzar de manera permanente OPAs¹ sobre todos los sistemas de leyes, ¡tanto sobre las leyes divinas como sobre las leyes de la termodinámica o de la teoría de la información! Todas las leyes, cualesquiera sean, caen, podrían caer, o deberían caer, bajo su recorte exclusivo. Los agenciamientos colectivos, por su parte, temen como la peste la instauración de este tipo de leyes fundadas sobre la jerarquía de esencias trascendentes. Prefieren darse y retomar sus leyes en función de las contingencias históricas y de las singularidades que les son propias. Pueden, desde luego, verse empujadas a despejar leyes generales, pero siempre a título transitorio. Es claro, desde el comienzo, que la ley de hoy deberá apartarse mañana ante otras leyes y otros agenciamientos. El código de las leyes fue concebido siempre como debiendo depender idealmente de un conjunto de principios axiales articu-

¹ *Offre publique d'achat* [Oferta pública de compra]. En Francia, operación financiera de compra entre empresas. (N. del E.)

lados según un sistema de arborescencia central. Las leyes sociológicas, de su lado, son igualmente concebidas como debiendo depender de universales trascendentes. Aquí no se trata, en contra de tal método, de preconizar «tomar los deseos por la realidad», de pretender hacer caer el campo social bajo el reino de una fantasía universal o de una combinatoria arbitraria, sino simplemente de señalar que el movimiento de las sociedades, no más que el de las especies vivientes, no depende de constelaciones fijas de ideas, ni de leyes generales del «progreso dialéctico». El campo social depende del doble registro de mutaciones moleculares accesibles a las praxis colectivas y de las interacciones de los conjuntos molares, que lo bloquean y lo estratifican. Se trata, entonces, o bien de instituciones, de equipamientos enganchados a un sistema de leyes y de reglamentos jerarquizados en arborescencia; o bien de un proceso de producción social en rizoma que elude esas mismas instituciones, esos mismos equipamientos y trabaja al nivel de agenciamientos colectivos de deseo. ¿Podría el deseo, haciendo un día la ley, construir una sociedad más incoherente, más inhumana, más injusta que la que hoy es secretada por el racionalismo mórbido de las castas y de las clases que pretende imponer a todos *sus* normas y *sus* concepciones del orden? Constantemente nos vemos llevados a esta misma interrogación: ¿es compatible la expresión individual y colectiva del deseo con una coordinación social eficaz, con una regulación de la vida económica a gran escala, con un respeto de las personas?

¿No sería el deseo, como tal, portador de una violencia universal, antagonista de la esencia del hombre? Si se identifica de manera mecánica el deseo y el cuerpo, si se desconoce el hecho de que las formas modernas del deseo humano son desterritorializaciones que atraviesan el *socius*, entonces, en efecto, uno se coloca en la imposibilidad de salir del cara a cara pulsional que opone de manera clásica la buena voluntad social a los malos instintos animales. Recortado de todo contexto creador, reducido a las meras semióticas corporales, el deseo sexual es obligado a investirse en una política micro-fascista. El deseo cercado, el de Sade por ejemplo, pero también el del pequeño Hans, prisionero de los dogmas familiares y psicoanalíticos, se vuelca ineluctablemente hacia múltiples formas de tiranía y, si la ocasión se presenta para ello, está maduro para investirse sobre formaciones represivas de mayor envergadura. Pero el deseo libre de construir sus conexiones, libre de articular semióticas de toda naturaleza, escapa a esta lógica infernal de los investimentos y de los súper-investimentos de poder.

¿Puede dudarse de que el deseo pueda fundar una ley humana, participar en sistemas de regulación coherente, antes que ser traducido sin cesar frente a la ley? ¿Basta observar el funcionamiento de multiplicidades de deseo a toda marcha –un amor loco, una revolución en camino– para constatar que la eficacia y la regulación, incluso la armonía, van completamente a la par con ellas! En cuanto a la responsabilidad...

¿Pero qué es la responsabilidad, qué es ser «responsable ante la ley»? Habría que retomar aquí lo que Nietzsche llamó «la larga historia del origen de la responsabilidad»! E igualmente lo que escribió a propósito de la culpabilidad: «Esa acrobacia que se permite el sacerdote ascético...» Una toma en consideración de los agenciamientos colectivos de deseo –que constituyen la realidad misma del tejido social, pero que son permanentemente mutilados, fraccionados por las funciones de equipamiento – tendría por corolario la extinción de las instituciones de responsabilización y de culpabilización dentro de las cuales debemos contar no solamente los tribunales visibles de la justicia, de la educación, etc., sino igualmente aquellos, invisibles, del inconsciente (superyó, inhibiciones, neurosis, etc.). Sean cuales fueran, los comportamientos humanos –asociales, locos, delincuentes, marginales– jamás implican otra cosa que agenciamientos que asocian, más allá de las relaciones de personas, órganos de grupos, procesos económicos, materiales y semióticas de todo tipo. Por no estar «equipados» por leyes trascendentes y por representantes de la Ley, por no estar dispuestos a la manera de bipolos objeto-sujeto cerrados sobre sí mismos y a los que se puede fácilmente dar la vuelta, tener por responsables y culpabilizar, dichos agenciamientos constituyen el lugar donde se refugia todo lo que queda de vivo en el socius y desde donde todo puede volver a partir para construir otro mundo posible.

No cesamos de tropezarnos con ese mito de la decisión tomada por un jefe, por un responsable, por un delegado, «en su alma y conciencia»: por ejemplo, el jurado que es llamado a tachar de la sociedad a alguien que estima culpable en razón de su «íntima convicción». Es desde el fondo de sí mismo que se pretende extraer una verdad en interés de la colectividad, es la interioridad la que pretende hablar y actuar en nombre de la comunidad. ¡Qué absurdo! Ciertamente, todo el mundo es llevado, un día u otro, por la fuerza de las cosas, como se dice, a tomarse más o menos en serio e incluso, en ocasiones, a devenir un poco megalómano a propósito de su propio rol, a «cargar las tintas», a tomar iniciativas «en nombre de». ¡Por qué no! ¿Pero

en nombre de qué? ¿De la Ley, del alma y de la conciencia? ¿O bien aun de una misión que la historia habría conferido a vuestra organización? ¿Y por qué no, sencillamente, «a nuestra cuenta y riesgo», no implicando por otra parte este último tipo de opción ninguna gratuidad de la elección, ninguna irresponsabilidad, sino exigiendo por el contrario un recurso constante a un «toma a tierra» —por oposición a una referencia a universales fijados en el «cielo de las ideas»—, es decir un retorno a las territorialidades del deseo, en particular a las que comprometen a aquel que está en posición de tomar una decisión «en nombre de»? Y este retorno a la tierra —no en el sentido de los naturalistas, sino más bien en el de los electricistas—, corresponde a analizadores colectivos asegurarlo de manera permanente.

Aquí ya no se trata entonces solamente de un control democrático o de un control psicoanalítico, sino de un agenciamiento libidinal colectivo: «De acuerdo, aceptamos que tú hables y actúes en nuestro nombre», ¡pero hasta cierto punto! En la medida en que el agenciamiento micropolítico que constituimos conserve su consistencia de deseo. Si pretendes ir más allá, es porque quieres tomar el poder sobre nosotros. Y ese poder, lo sabemos, no cesará de ponerse en eco con todas las otras formas de poder y nos llevará poco a poco a las peores alienaciones. Si alguien debe coordinar funciones colectivas, no puede ser en razón de una economía de poder, sino en función de arreglos, de técnicas tan próximas como sea posible de una economía colectiva de deseo. Puede ser necesario, por ejemplo, que una (o varias) personas estén encargadas de distribuir la palabra en una discusión, o de repartir el trabajo en una acción colectiva, a falta de lo cual ciertas personas jamás podrán expresarse o serán víctimas de divisiones implícitas del trabajo, que reproducen las viejas segregaciones alienantes. Pero cuando un presidente en la tribuna o en la televisión, o cualquier pequeño o gran jefe, ya no divierte a nadie, debería haber medios al alcance de la mano para que ceda su lugar.

En un agenciamiento colectivo, el individuo, el yo, la responsabilidad, serán siempre considerados como un efecto, un resultado al final de la cadena. La función de dicho agenciamiento no consiste por tanto simplemente en «poner a todo el mundo de acuerdo» sobre objetivos comunes, sino en articular el conjunto de las componentes materiales y semióticas, económicas y sociales que producen un deseo colectivo, un eros de grupo, capaz de liberarse de las micropolíticas fascizantes de toda naturaleza —falocrática, racista, capitalística, etc. Micropolítica y deseo, aquí, no

hacen más que uno. La elaboración de un proyecto colectivo –lo que llamaremos el mapa del grupo, por oposición a los calcos de las redundancias dominantes– se esforzará en captar los puntos de articulación entre las diversas componentes y en producir nudos diagramáticos que permitan pasar de una punta de desterritorialización a otra, deshaciendo estratos, sin no obstante precipitar el conjunto de las territorialidades residuales en un efecto de agujero negro. Y cuanto más sea trabajado el mapa de este agenciamiento, menos estarán en condiciones los efectos que alienan el deseo de «hacer la ley». Las pasiones, las manías, serán llevadas como por sí mismas a desviarse de objetos tales como la dominación de grupos, las posesiones de insignias de poder, el control de engranajes productivos, para orientarse hacia objetos más desterritorializados que atraviesan los sistemas de alienación personológicos, falocráticos, narcisistas. Es bajo la condición de que tal análisis micropolítico se ligue a las producciones de deseo en su estado naciente y al nivel de su modo de semiotización más inmediato que podrá ser evitado el fenómeno de bola de nieve de los microfascismos, que hemos evocado, y que podrá volverse tolerable una organización, una centralidad reconocida como transitoriamente necesaria.

Una cartografía en rizoma

La cartografía de los agenciamientos colectivos jamás se reducirá entonces a simples opciones bipolares del tipo: o bien equipar en muros, en instituciones, en reflejos y en rostros condicionados, o bien agenciar en flujos materiales y flujos de deseo. Desde el momento en que es planteada, dicha alternativa no podrá más que estallar en una multitud de otros sistemas de opción:

- o bien equipar conjuntos macro-sociales;
- o bien equipar conjuntos micro-sociales e infra-individuales;
- o bien agenciar conjuntos macro-sociales;
- o bien agenciar conjuntos micro-sociales e infra-individuales;

A título de ilustración de esta «complejización» de los rizomas y excusándonos del carácter un poco formal de este tipo de ejercicio, propondremos distinguir así de manera esquemática:

1) *dos ámbitos* (¡seguramente, es una simplificación!), en función del tamaño de los conjuntos sociales considerados:

- los conjuntos infra-individuales y micro-sociales,
- los conjuntos macro-sociales;
- 2) *dos políticas de deseo*, cada una concerniendo a dichos dos ámbitos:
 - una política llamada de potencia molecular, una política de desestratificación social que hemos llamado «micropolítica del deseo» y que depende de una función de agenciamiento colectivo de producción y de enunciación,
 - una política de poder molar que equipa, estratifica el socius y se sostiene sobre formaciones de poder, emprende una función de equipamiento y la implantación de una red de Equipamiento colectivo.

	Tamaño	
	micro-social	macro-social
	(1)	(2)
de potencias moleculares de deseo	micro-agenciamiento de enunciación	macro- agenciamiento de enunciación
Políticas	(3)	(4)
de poder molar	micro-equipamiento de poder molar	macro-equipamiento de poder molar

El cuadro de las intersecciones de estos dos ámbitos y de estas dos políticas nos conduce a examinar, a título de referencia, cuatro opciones pragmáticas (pero que, subrayémoslo, no deben ser consideradas como los elementos de base de una sistemática política que se despliega por dicotomías sucesivas, por engendramiento arborescente: en efecto, graduando los tamaños de los conjuntos considerados, modulando las potencias y los poderes, se llegaría a un mapa político, a un rizoma cuyas composiciones de base serían infinitamente más ricas).

– *Composición 1: micro-agenciamiento de enunciación*

Una política molecular de deseo aplicada a un conjunto micro-social o infra-individual. Ejemplo: el agenciamiento por uno mismo o para un pequeño grupo de una máquina para «cambiar la vida» (máquina artística, sistema de «desorganización de los sentidos», establecimiento de una comunidad lo menos alienante posible).

– *Composición 2: macro-agenciamiento de enunciación*

Una política molecular de deseo aplicada a un conjunto macro-social. Ejemplo: la breve secuencia de Mayo de 1968 donde el conjunto del cuerpo social sintió que «algo se agitaba», sin saber demasiado qué, sin haber tomado la medida del fenómeno; el momento en que «todo parecía posible», no habiéndose recuperado aún las fuerzas represivas de toda naturaleza que intervienen de manera habitual a través del gobierno, de los partidos, de los sindicatos, de los grupúsculos, para recapturar y liquidar el movimiento.

– *Composición 3: micro-equipamiento de poder*

Una política de poder molar aplicada a un conjunto micro-social o infra-individual. Ejemplo: el hecho de equipar un niño de un superyó represivo (los suicidios de niños en Baviera «a causa de las malas notas», los equipamientos de rostridad: el director, el inspector, el asistente social...).

– *Composición 4: macro-equipamiento de poder*

Una política de poder molar aplicada a un conjunto macro-social. Ejemplo: el ejército, la policía, la Educación nacional, los partidos, los sindicatos, etc.

Consideremos ahora las relaciones binarias entre estos elementos – marcadas ellas también del mismo esquematismo arbitrario que nuestra primera cuatripartición–, es decir la forma en la que una política se aplica a otra, toma posesión, transforma un agenciamiento o un equipamiento.

– *Composición 1 → 2*

Micro-agenciamientos de deseo hacen bola de nieve y «desencadenan» grandes conmociones sociales. Ejemplos: el «22 de marzo» en Nanterre que «revela», cataliza luchas de un estilo nuevo en el conjunto de la Universidad y en numerosos otros sectores: o bien el taller de Bellas-Artes y el taller situacionista en el Instituto pedagógico nacional, que producen afiches y textos que marcan el estilo del movimiento de conjunto.

– *Composición 2 → 1*

Macro-agenciamientos colectivos de enunciación «desencadenan» revoluciones moleculares en el seno de los individuos, de parejas, de familias, de modos de semiotización que aparentemente estaban definitivamente estratificados. Ejemplo: en Francia tras mayo del 68 (o en los Estados Unidos en los años sesenta), investigadores de renombre, altos funcionarios, que «dejan caer todo» para adoptar otro modo de vida, modificando no solamente su relación con el trabajo, con el dinero, con el sexo, con los

sistemas institucionales, sino también su relación con el tiempo, con el cuerpo, con la percepción, etc.

– *Composición 1* → 3

Un micro-agenciamiento de enunciación cuestiona un micro-equipamiento de poder. Ejemplo: una nueva forma de ser estudiante se lleva por delante los equipamientos pedagógicos que «cargan» los educadores.

– *Composición 3* ↔ 1

Vimos precedentemente que las relaciones entre los micro-agenciamientos y los micro-equipamientos (revoluciones moleculares y fascismos a pequeña escala) podían volverse fácilmente reversibles. Es así que ha aparecido desde hace algunos años en los liceos, para retomar nuestros últimos ejemplos, una verdadera guerra de usura entre estos dos tipos de composición micropolíticas. El poder molecular de Estado multiplica sus tentativas de recuperación de las revoluciones moleculares de deseo, mediante la implantación de micro-equipamientos reformistas al nivel del espacio social visible, e igualmente, a un nivel «invisible», mediante la implantación de mecanismos superyoicos y neuróticos: inhibiciones ante el trabajo escolar («que no desemboca sobre nada») que en ocasiones tienen por efecto una verdadera descomposición de comportamiento de los estudiantes más conscientes, más combativos; introyecciones de la máquina de selección que con frecuencia activan fenómenos de pánico frente a las calificaciones y a los exámenes pero que desembocan, más generalmente, en un debilitamiento general de las otras componentes semióticas (la pérdida del gusto por «otra cosa»). ¡Evidentemente, aquellos que son sus agentes no se salvan de los efectos de esta política de mediocrización cuyo objetivo es la fabricación de buenos trabajadores, de buenos cuadros sometidos, bien integrados! De allí la increíble tasa de interrupción de tareas en los docentes por depresión nerviosa y «alteraciones mentales». En estas condiciones, los agenciamientos micropolíticos de cierta proporción de adolescentes se convierten en un micro-fascismo activo y bien integrado. Una «elite dirigente» («la infancia de un jefe») es seleccionada de esta manera mediante el refuerzo de los sistemas auto-represivos y mediante la promoción de modelos segregativos que conducen al desprecio de aquellos «que no logran seguir» y a la adopción como blanco de los docentes todavía mal adaptados al sistema o que rechazan jugar el juego de la represión. Esta «iniciación» micro-fascista de una parte no despreciable de la fuerza colectiva de

trabajo constituye ciertamente una de las tareas más importantes de los Equipamientos colectivos que dependen de la Educación nacional la cual, en este dominio, ha tomado, desde hace mucho tiempo, el relevo de la Iglesia y del ejército. Otro «ejemplo» de la reversibilidad de las políticas de deseo revolucionarias y del micro-fascismo a escala de las pequeñas formaciones sociales: las comunidades «para cambiar la vida» que caen –a veces desde su creación– bajo el encanto y la férula de un déspota narcisista y falocrático.

– *Composición 1* → 4

Micro-agenciamientos de deseo que revolucionan un macro-equipamiento de poder. Ejemplo: el cuerpo expedicionario portugués en África que es contaminado no solamente por ideas sino también por un estilo de guerrilla revolucionaria.

– *Composición 4* → 1

Macro-equipamientos de poder producen y controlan agenciamientos micro-sociales de deseo. Ejemplo: el «estilo Bigeard», la formación de un espíritu comando: «Nuestros muchachos lo quieren, terminan amando a sus jefes tanto como a su madre...»

– *Composición 1* ↔ 4

Cuando las cosas están claras, cuando las estratificaciones están bien estabilizadas, es menos probable una interacción de este tipo entre equipamientos a gran escala y agenciamientos moleculares de deseo. Pero ella existe en los poros del sistema, en los fantasmas, sin tomar un carácter operatorio. Por ejemplo, en el ministerio de las Finanzas no pasa nada, en todo caso nada visible, en materia de revolución molecular –más allá de un modernista estilo perverso buscado: «¡Pase lo que pase, es siempre el representante de las Finanzas quien tendrá la última palabra!». Pero en cuerpos que eran aun más esclerosados, dichas interacciones se han vuelto muy importantes. Para salir un poco del esquematismo de las categorizaciones precedentes, consideremos el ejemplo particularmente ambiguo del Sindicato de la magistratura. ¿Equipamiento sindical clásico o agenciamiento molecular? ¿Macro o micro-formación social? Sin duda todo a la vez, pero en grados diversos según los niveles y los momentos. Lo que se acepta llamar la «crisis de la justicia» se expresa hoy de un lado por la reivindicación en los lectores de *Le Parisien libéré* de una mayor firmeza de los magistrados, un reforzamiento de los equipamientos represivos y, de otro lado, por el desarrollo de comportamientos militantes y de agen-

ciamientos contestatarios en los jueces, los abogados, los prisioneros, los educadores especializados, etc. Pero todas estas componentes se penetran entre sí: algunas veces son miembros de ese sindicato los que descubren ser más represivos mientras que el Equipamiento tradicional se «liberaliza» relativamente. Es así que hoy se escucha a veces decir que «es preferible» ir a prisión que a un servicio psiquiátrico de seguridad.

– *Composición 2 → 3*

Un macro-agenciamiento de deseo deshace micro-equipamientos de poder o produce nuevos. Primer caso: en el pánico de los «acontecimientos del 68», los capataces, los «pequeños jefes» cambian de estilo, pero sin dirigirse en la dirección de una «revolución molecular de deseo». Cuando vuelven al hogar, son aun peor que antes («Después de todo lo que sufrí en la jornada...»). Segundo caso: producción de un nuevo tipo de equipamiento micro-represivo: el militante que ama realmente formar parte de las fuerzas de orden de la Liga comunista; la clase de play-boy de los nuevos burócratas del PCF; o también el policía de cabellos largos del barrio de la Hauchette en París, o el estilo «Columbo» de ciertos comisarios de policía.

– *Composición 3 → 2*

Es poco probable que micro-equipamientos de poder puedan engendrar de manera directa macro-agenciamientos de enunciación revolucionaria. Semejante composición implica un desequilibrio previo, del tipo $1 \leftrightarrow 3$, que desemboca en un fenómeno que hemos llamado «bola de nieve», del tipo $1 \leftrightarrow 2$. Se podría retomar aquí el mismo ejemplo de la descomposición de la antigua relación maestro-alumno que desencadena movimientos a gran escala.

– *Composición 2 → 4*

Un macro-agenciamiento de enunciación desemboca sobre equipamientos de poder a gran escala. Ejemplo: luego de múltiples transiciones el pasaje del partido comunista de Lenin al sistema del gulag.

– *Composición 4 → 2*

Macro-equipamientos producen macro-agenciamientos de enunciación. Pero aquí solo se trata sin duda, también, de una relación que implica otras interacciones micro-sociales intermediarias. Ejemplo: en América Latina, los sindicatos estatales o el ejército, de donde salen agenciamientos revolucionarios de masa (lo que jamás ocurrió realmente durante la primera fase de la revolución portuguesa).

– *Composición* $3 \rightarrow 4$ y $4 \rightarrow 3$

Interacción clásica de los micro-equipamientos represivos y de las macro-estructuras de poder. Ejemplos: la rostridad de los maestros, las actitudes «pedagógicas» y la enorme máquina de la Educación nacional; la nosografía psiquiátrica y psicoanalítica y los equipamientos psiquiátricos «pesados»; los premios literarios; los manierismos de buen gusto y las instancias del poder central...

Hemos presentado estos ejemplos solamente a título de ilustración de las relaciones molares-moleculares y micro-macosociales. ¡Un método analítico «rizomático» no procedería realmente de esta forma! Partiría de situaciones concretas para construir sus propios mapas, para localizar sus calcos, sus arborescencias, sus conexiones potenciales, etc. Desde entonces, incluso haciendo uso de los modos de categorización esquemáticos que acabamos de exponer, jamás perdería de vista su carácter relativo. Consideremos por ejemplo los fenómenos llamados de «doble poder» que aparecen durante ciertos períodos revolucionarios –los Soviets en 1917 en Rusia y el poder militar de los bolcheviques–; los «comités de base» en 1968 en Francia y el conjunto de las fuerzas estatales, políticas y sindicales. En tales condiciones, el sistema $1 \leftrightarrow 2$ precedentemente descrito entre los micro-agenciamientos de enunciación y los macro-agenciamientos revolucionarios, es llevado a entrar en interacción con el sistema $3 \leftrightarrow 4$ de los equipamientos micro y macro-sociales de poder. Tenemos entonces:

$$[1 \leftrightarrow 2] \leftrightarrow [3 \leftrightarrow 4]$$

Un último ejemplo: el movimiento de las prostitutas (en Francia, pero tal vez sobre todo en California donde ha tomado un giro político más marcado). Pone en juego una operación de poder del tipo $3 \rightarrow 1$, de micro-equipamientos represivos (los burdeles, los chulos, el micro-fascismo de los clientes) sobre agenciamientos de deseo molecular, y sin duda no únicamente al nivel de los clientes, sino también al nivel de las prostitutas mismas y, más allá, de la sociedad por entero². Además, incluye una relación del tipo $[3 \rightarrow 1] \leftarrow 4$ que asocia el nivel de sujeción primaria del deseo a aquel de los macro-equipamientos de poder (colusión entre los poderes

² La prostitución parece haber conservado siempre algo del fondo religioso de sus orígenes ancestrales.

policiales y políticos y el hampa, la mafia, etc.). Pero todavía habría que tomar en cuenta el hecho de que este agenciamiento funciona como válvula de seguridad, como válvula de escape para neutralizar la sexualidad de los «desclasados», de aquellos que no logran adaptarse o que no tienen acceso a los sistemas normativos familiaristas. De este modo seríamos llevados a poner a la luz una de las funciones de equipamiento prostitución, que consiste en asegurar la reproducción de las normas dominantes en materia de moral: «Miren hacia dónde conduce esto, la sexualidad, desde el momento en que se ejerce fuera de la pareja heterosexual estable...» Se ve que el conjunto del sistema de equipamiento de tipo 3 retorna entonces sobre otros equipamientos de tipo 3. Tenemos:

$$[(3 \rightarrow 1) \leftarrow 4] \rightarrow 3$$

Es cierto que desde hace mucho tiempo los polemistas anarquistas habían puesto a la luz del día el hecho de que el burdel, las putas y los proxenetas trabajaban, al servicio del poder, en este «equipamiento moral» de la nación. Lo que es relativamente nuevo, con los actuales movimientos de prostitutas, es que estas ya no son solamente objeto de peticiones humanitarias o militantes: por ejemplo, el movimiento californiano está en constante relación con los movimientos feministas y los movimientos homosexuales que, de cierta forma, son su continuación. De este modo la formalización de nuestro mapa tiende a complejizarse todavía más. Tenemos:

$$[(3 \rightarrow 1) \leftarrow 4] \leftarrow 2$$

El macro-agenciamiento de los medios audiovisuales

Un nuevo macro-agenciamiento de enunciación está imponiéndose en el campo de las luchas de deseo. ¡E igualmente en el campo de poder! En particular el de los medios de comunicación que explotan a fondo las cargas de libido colectiva de la que son portadores. ¡Poco importan, aquí, las denuncias *a priori* de dichos riesgos de recaptura! Lo que cuenta, es que sean tomadas medidas, a lo largo del desarrollo de tal movimiento, para detectarlas, combatir las y neutralizarlas. Hoy en día no hay más que los periodistas de la gran prensa para realizar de manera intuitiva la unión entre los «sucesos» y los investimentos libidinales de los que son objeto. Pero solo lo hacen en el marco de máquinas periodísticas que no tienen otro fin que el de manipular la sensibilidad audiovisual del gran público

lanzando «pseudo-acontecimientos» alrededor de muertes, de raptos, de violaciones; confabulando sobre la vida secreta de los personajes públicos de manera tal que el imaginario colectivo solo se invista sobre señuelos, y encuentre allí una suerte de vía de escape³. Reconocemos sin embargo que en este ámbito algunos periodistas, a condición de no estar demasiado «obligados» por sus jerarquías, son a veces mucho más perspicaces que los políticos y los sociólogos profesionales. En unión con este irresistible ascenso de las noticias «de la página principal», algunos grupos revolucionarios se empeñan ahora con bastante frecuencia en popularizar su existencia anudando su acción con libretos de gran espectáculo tales como los raptos políticos, los desvíos de aviones, etc. Y, de una forma más general, se puede constatar que los grandes sujetos que ocupan la clase política y movilizan los medios de comunicación son cada vez más tributarios de minúsculas fugas de las que al principio se podía pensar que no tendrían ninguna consecuencia importante: una hoja de impuesto «extraviada», cintas de magnetófono «encontradas»... Así, más allá de las manipulaciones controladas por el poder, una suerte de asunción global de los hechos de deseo en el campo social, aunque confusa y contradictoria, parece en camino de emplazarse por el rodeo de la red fabulosamente tentacular de los medios de comunicación. Y esto da a pensar que la máquina podría, también en este ámbito, ponerse a jugar contra el Estado, contra las burocracias y su maquiavelismo audiovisual. Desde este punto de vista, una crisis como la de Watergate habrá señalado un vuelco espectacular. Y hoy se ve cómo un puñado de intelectuales, en la URSS, comienza a explotar este tipo de instrumento en la lucha contra las formas más *vistasas* de la represión.

³ Cf. a propósito de esto el excelente trabajo de Jean-Marie Geng, *Information, Mystification*, Paris, EPI, 1973; y *Traité des censures*, Paris, EPI, 1976.

Micro-fascismo

Micro-luchas

Como lo hacíamos notar precedentemente, a propósito de los acontecimientos de 1968, parece que los que tomaron realmente en serio las múltiples formas de la revolución molecular son políticos y tecnócratas conservadores «liberales» que, a diferencia de la derecha clásica, de los reformistas de la izquierda tradicional y de los arqueo-revolucionarios, renunciaron a quedar enganchados en los dogmas socio-económicos del siglo XIX. Para intentar hacer frente a las mutaciones sociales que algún día podrían hundirlos, se esfuerzan en hacer concesiones sobre cierto número de asuntos que no cuestionan los fundamentos esenciales de los poderes capitalísticos. Pero cada vez aparece con mayor claridad que, sin lograr desbloquear la sociedad desencadenando sus fuerzas vivas, el principal efecto de las reformas timoratas que proponen consiste en «irritar» a las capas más conservadoras de la pequeña burguesía. Este tipo de reacción constituye por otra parte, estiman ellos, la mejor justificación de su política: se sienten «modernos» contra una derecha y una izquierda que conducen una parte no despreciable del electorado. ¡Que sus perspectivas conduzcan a la expropiación sistemática de antiguos modos —relativamente más territo-

realizados que los nuevos—de hábitat, de trabajo, de comercio, de relaciones con el entorno, les parece un inevitable precio a pagar por el «progreso»! ¡Lo cual es un absurdo, en la medida en que los equipamientos cuya implantación favorecen son de modo manifiesto mucho más opresivos que los antiguos! De hecho, su reformismo tiene por objeto sobre todo «volver tolerables» las formas contemporáneas de superalineación. A lo que aspiran, es al emplazamiento de nuevos medios de control y de recuperación de las líneas de fuga del deseo social. Algunos de ellos, en particular, han tomado conciencia nítida de la necesidad de miniaturizar la represión, de hacerla pasar «como quien no quiere la cosa» y, si es posible, con el concurso activo de los propios interesados, de allí su nueva mitología de la concertación con los «usuarios». ¡Y hay que reconocer que, hasta ahora, las empresas de recuperación de las micro-revoluciones que trabajan a cierto número de jóvenes, de mujeres, de homosexuales, de militares, de drogadictos, de campesinos, de locos, de ecologistas, de corsos y de vinicultores¹ se han efectuado sin mayores dificultades!

Pero estas técnicas de «recuperación» se revelarán, a la larga, de doble filo. Es solo en apariencia que «arreglan las cosas». Del hecho de que han sido rápidamente recuperadas o que parecen llevar en sí mismas la vía de su propia recuperación por el poder, se ha pasado demasiado velozmente sobre cierto número de movimientos contestatarios tales como el de los alumnos del liceo o el de las prostitutas. Con mayores o menores dificultades, las cosas terminan por ser recapturadas, la calma se ve restablecida, las autoridades manipulan a algunos líderes... ¡Pero en el fondo, eso no cambia nada! ¿Cuántas veces hemos oído decir: «Los alumnos del liceo, la mayor parte del tiempo, no saben siquiera por qué se rebelan»? Y es cierto que a menudo ignoran los programas reivindicativos de las organizaciones que pretenden representarlos. ¿Hace falta, por ello, oponer sus revueltas a las revoluciones serias? De igual modo los «rompedores», en sus manifestaciones, son denunciados como divisores; pero tal vez habría que interrogarse sobre las razones que los conducen a expresarse por tales medios. ¡No porque los movimientos organizados y la opinión pública no

¹ Y tal vez mañana de ancianos y de escolares. Cf. *Mathusalem, le Journal qui n'a pas froid aux vieux*, n° 1, marzo 1976 (BP 202, 75866 Paris Cedex 18); y para un Nuevo modo de abordaje de la infancia, los libros de Christiane Rochefort, *Encore heureux qu'on va vers l'été*, Paris, Grasset, 1975, y *Les Enfants d'abord*, Paris, Grasset, 1976.

los comprendan, ni porque los propios interesados sean con frecuencia, en efecto, incapaces de formular claramente aquello a lo que apuntan (hay que decir, en su descarga, que la «formación» que han recibido en este campo por medio de la escuela, de la prensa, etc., no los ha ayudado mucho) su acción es absurda o reaccionaria! Tal vez esas luchas apunten a fin de cuentas a objetivos sociales más fundamentales que aquellos de las organizaciones que los toman con desconsideración, y que a través suyo, sea el conjunto del cuerpo social el que, en cierto modo, se interroga sobre cuestiones que aún no consigue delimitar: ¿qué es la ley, la justicia, la igualdad? ¿Para qué sirven el saber, la jerarquía, la reproducción de los roles y de las funciones dominantes? ¿Qué relación existe entre la sexualidad y el dinero, mucho más allá del cuadriculado clásico prostituta-cliente-proxeneta-poli, en el seno de la pareja, o sencillamente «cuando se va de compras», cuando se mira la publicidad en la tele... En resumen, ¿qué es, hoy, el deseo?

No es en términos de éxito o de fracaso, de pureza revolucionaria o de recuperación que se podrá apreciar legítimamente dichos movimientos. Todo tipo de equipamientos y de agenciamientos llevan allí su propio juego. El Estado «recupera», pero, en ciertos casos, suelta cosas que podrán, a su vez, ser recuperadas para el desarrollo de las luchas de deseo. Los partidos y los sindicatos participan en la reproducción de los modelos dominantes, pero, en ciertos casos, sus luchas «cuantitativistas» —defensa de los salarios, mantenimiento de las jerarquías, reivindicación de equipamientos colectivos...— podrán apuntalar la acción de las minorías de deseo. Toda la cuestión está en saber cómo estas lograrán desviar las funciones del poder de Estado, las funciones de equipamientos recuperadoras, en provecho de funciones de agenciamiento colectivo. Algunos sociólogos, por ejemplo, han puesto a la luz la existencia de un desarrollo no igualitario de los equipamientos colectivos en detrimento de las categorías de población más desfavorecidas. ¿Cómo apreciar tal desfase a partir del momento en que se pone a la luz el carácter alienante de dichos equipamientos? ¿Deberíamos llegar a oponernos a la implantación de jardines, de casas de jóvenes, etc., por ejemplo en barrios de inmigrantes? ¿Posición imposible! Pero la cuestión está mal planteada. No es un equipamiento en tanto tal el que debe ser juzgado, sino la utilización que se hace de él; no se trata de muros, de créditos de equipamiento y de funcionamiento, sino de una política de formación, de división del trabajo en tanto que impide el desarrollo de una función de agenciamiento colectivo. ¿Por eso antes de saber lo que debe ser

reivindicado, es necesario determinar quién reivindica algo! ¿Créditos?, sí; ¿equipamientos?, ¿puede ser! ¿Pero para hacer qué? ¿Para reforzar los poderes de cuadrículado, de control y de normalización de los docentes, de los pedagogos, de los psicólogos, de los psiquiatras, de los psicoanalistas y demás agentes de mantenimiento del orden? ¿O los poderes de las colectividades locales? ¿O los de las estructuras represivas de la familia? Créditos para «la niñez», desde luego, ¡pero no para guarderías modelos! ¡Créditos para que adultos contribuyan al emplazamiento de agenciamientos colectivos relativos a los deseos de los niños, pero no para la implantación de nuevos «especialistas» que no harán más que acentuar su tutelaje!

Hoy en día, aquello de lo que los niños tienen «necesidad», no es de educadores cada vez más especializados, de psicoanalistas y de súper-animadores, sino de espacio, de vacuolas sociales donde podrán por fin comenzar a existir según la economía singular de su deseo. ¡Lo cual no quiere decir que no hay que hacer nada y que es preferible dejarlos que se arreglen en los terrenos baldíos o en los sótanos de los HLM²! Nos apene o no, los espacios naturales como campos de expresión espontáneos están en camino de desaparecer de manera irreversible. Abrir espacios al deseo implica de ahora en más medios en ocasiones altamente sofisticados. Es así que toda una tecnología muy elaborada se ha creado recientemente en materia de espacios verdes (ver, por ejemplo, aquellos que han sido realizados en Rennes), de «terrenos de aventura», de juegos colectivos, etc. La cuestión no es condenarlos en tanto tales, sino cuestionar el rol político y micropolítico de los responsables que van a «ocuparse de ellos». Es perfectamente concebible que algunos adultos estén «en los alrededores», que intervengan para ayudar a los niños a voltear los obstáculos que se oponen a su proyecto —negociación, caución, en tanto es sentida como necesaria junto a las diferentes instancias de poder, intervención para desbloquear medios materiales y financieros, incluso transmisión de un saber, o indicación de los medios para apropiárselo, siempre y cuando eso corresponda a un deseo de los individuos y de los grupos. Pero todo esto implica, de parte de esos adultos, una verdadera formación anti-pedagógica, anti-psicoanalítica, anti-sociológica, anti-criminológica, etc. Debería ser algo adquirido, desde el inicio, que nadie sabe nada del deseo de los niños y en el camino ningún especialista buscará comprenderlo y

² *Habitation à Loyer Modéré* (N. de T.)

recuperarlo en una perspectiva adaptadora. Conectar, construir, agenciar, experimentar, en tanto que uno se vea llamado a hacerlo. ¿Pero llamado por quién? ¿No por el Poder o el Saber, los imperativos de la Seguridad, de la Adaptación o de la Integración simbólica, ni siquiera por la perspectiva de un compromiso con causas justas, dentro de órdenes militantes! Sino sencillamente por lo que pasa al nivel de los agenciamientos de deseo y que constituye, en verdad, los vectores más seguros de transformaciones sociales «progresivas» en todos los dominios.

Si es verdad que en este nivel molecular no cabe esperar que se establezcan sistemas de causalidad en sentido único y que, por una suerte de efecto de *boomerang*, las toxinas represivas mismas puedan entrar en descomposición y contaminar a su vez sectores importantes de poder, eso no impide que los equipamientos «recuperadores» continúen, en lo esencial, haciendo su trabajo, sea girando en vacío, sea sirviendo de válvula de escape a las tentaciones innovadoras (la nueva benevolencia de la Educación nacional ante movimientos de educación novedosa es completamente significativa al respecto). En tanto que ninguna experiencia autogestionaria a gran escala, en tanto que ningún proceso de expansión de micro-agenciamientos creadores se haya alumbrado, y haya demostrado, de forma convincente, su credibilidad, los diversos impulsos que van en ese sentido girarán también en vacío y recaerán dejando tras de sí grandes zonas de desmoralización. Y hay que reconocer que los programas autogestionarios nacionales –tipo Yugoslavia o Argelia– se han revelado hasta ahora más bien decepcionantes, aunque sea difícil distinguir la parte que conviene imputar a *impases* sin salida relativos a su funcionamiento interno y lo que resulta de las resistencias económicas y políticas relativas al contexto general en el cual se han desarrollado. ¿Pero de qué sorprenderse? ¿Por qué máquinas sociales tan complejas deberían ser más fáciles de poner a punto que máquinas materiales, por ejemplo aquellas «más pesadas que el aire», las «extrañas máquinas voladoras» de la Belle Époque? ¿Centenares, miles de tentativas de todo tipo serán todavía necesarias quizá antes que se consiga hacer «despegar», de forma decisiva, sistemas autogestionarios viables! ¿Y se puede imaginar que, para entonces, la curiosidad de numerosos observadores divertidos, que hoy no se sienten comprometidos por estos problemas, tornará en angustia mayor, cuando ya no haya dudas para nadie de que el porvenir de la humanidad sobre este planeta depende de su éxito!

Políticas de equipamiento del fascismo y del stalinismo

Los únicos regímenes, durante los últimos cincuenta años, en haber logrado movilizar la energía molecular de las masas solo lo han hecho mediante la opresión, la coacción, y en el marco de las estructuras más espantosamente represivas. Sería interesante, desde este punto de vista, estudiar las filiaciones de cierto número de equipamientos represivos contemporáneos con aquellos que fueron «inventados» por los regímenes hitleriano, mussoliniano, stalinista³. En efecto, todo conduce a pensar que las políticas de equipamiento colectivo del fascismo y del stalinismo constituyeron una suerte de banco de prueba para las potencias occidentales, durante su reconstrucción tras la Segunda Guerra mundial. Mucho más allá de las famosas autopistas, sería necesario inventariar las instituciones, los sistemas corporativos, los equipamientos de todo tipo que fueron de este modo «transmitidos» del fascismo –quien en ciertos casos los había importado previamente de la URSS– a los regímenes «democráticos». Podría ser retenida la siguiente hipótesis: en el inicio, no son sistemas de coacción material o ideologías –demagógicas, tramposas, etc.– los que han logrado captar la energía de deseo de las masas, sino *equipamientos de nuevo tipo*, aunque imperfectos y condenados a desaparecer a corto plazo. Los partidos nacional-socialistas, tendidos hacia su Duce y su Führer, tomaron el relevo de la máquina stalinista surgida del partido bolchevique-leninista. Los movimientos de masa fascistas, en condiciones que les eran propias, habrán seguido, en cierto modo, una pendiente paralela a la que condujo a la degeneración de las organizaciones de masa de la III Internacional. Mientras que en su rama soviética se desarrollaba el rol de encuadramiento represivo de los sindicatos de las «juventudes», etc., en la rama nazi se veía evolucionar –¡tras una fabricación bastante particular!– las Secciones de asalto «populares» como ejércitos de robots SS. La emergencia y la filiación de estos nuevos tipos de equipamiento deberían evidentemente ser estudiados en función de las características de su terreno particular y de sus modos de subjetivación específicos, en tanto que conducen a otra concepción de la juventud, del rol del hombre, de la mujer, de la raza, del cuerpo, de la corporación..., y a un reajuste parcial de los modelos tradicionales de organización familiar, sindical, deportiva, militar, etc.

³ Sobre el nacional-bolchevismo en Alemania, Jean-Pierre Faye, *Langages totalitaires*, Paris, Hermann, 1972; y *Théorie du récit*, Paris, Hermann, 1972.

En estas condiciones, se podría comenzar entonces por localizar qué tipos de componentes semióticas contribuyeron realmente a transformar. ¡No hay nada más ilusorio, en efecto, que imaginar que algunos cambios de modelo estén mecánicamente ligados a cambios de ideas, incluso a cambios de régimen! Son, de hecho, el resultado de prácticas nuevas, vueltas posible por la emergencia de micro-equipamientos de semiotización nuevos. Las ideas no hacen más que tomar registro –si se puede decir así– de dichas transformaciones en el campo pragmático. Es la única manera de comprender cómo tantas personas pudieron «marchar» en el fascismo, a pesar de la conciencia que podían tener de su carácter catastrófico (por ejemplo, la derecha militar alemana tradicional y una gran parte del capital quienes, tras haber alentado a Hitler, a quien pensaban poder controlar, fueron sobrepasados por los acontecimientos y obligados a seguirlo).

Uno puede preguntarse si la red de los equipamientos que estos regímenes constituyeron no fue uno de los soportes fundamentales que les permitió mantenerse en su lugar durante tantos años. Habría que examinar en detalle, caso por caso, cómo logró concentrar la energía de deseo que canalizaba en actitudes, instituciones y mitos entre los más reaccionarios, entre los más arcaicos que se puedan concebir. Ya hemos evocado (pero volveremos a ello en la tercera parte de este trabajo) lo que llamamos efectos de *agujeros negros colectivos* que captan las energías de deseo en un proceso infernal de desterritorialización, desencadenando un loco deseo de exterminio de todo lo que escapa a la norma común y conduciendo incluso a una voluntad de auto-abolición, para terminar de una vez por todas con el deseo, en el paroxismo último de una explosión de deseo. Pero estos agujeros negros absolutos del fascismo no se han desvanecido con la victoria de los «Aliados». Cambiaron de forma, de tamaño, de disposición.

En los países capitalistas más desarrollados, se han miniaturizado y organizado, ya no alrededor de un sistema de agujero negro central que focaliza el deseo de las masas, sino según una multiplicidad de micro-agujeros negros que entran en resonancia unos con otros. Desde entonces, la necesidad de un director de orquesta central del fascismo ha tendido a hacerse sentir menos –salvo en circunstancias de crisis excepcional que amenaza la cohesión del sistema. En cambio, en un país como la Unión Soviética, donde los sectores económicos y sociales continúan conociendo modos de desarrollo muy desiguales, la burocracia, para conservar el poder, debe mantener, a pesar de las aspiraciones «liberales» que puedan aparecer

en su seno y aunque eso presente cierto número de inconvenientes, un sistema de despotismo altamente centralizado tanto en el plano interior como exterior. Por eso la persistencia del recurso a las políticas de los gulags antes que a las drogas dulces del Occidente, con sus micro-equipamientos que se infiltran en el conjunto del campo social y facilitan la interiorización de la represión, es sin duda la expresión de una debilidad congénita de tales regímenes, portadora, a plazos, de crisis sociales mayores.

Los micro-fascismos de las sociedades capitalísticas

Al nivel del fascismo histórico, del fascismo molar, el deseo colectivo había sido tomado por una máquina infernal —la red de los equipamientos fascistas: partido-policía-ejército-industria-campo de trabajo-campo de exterminio, etc.— articulada alrededor de un agujero negro central: la mirada del Führer. Se despegó masivamente y se torció radicalmente de los intereses objetivos de las masas. Pero al nivel de los micro-fascismos contemporáneos que no hicieron aún «bola de nieve», que no cristalizaron a escala molar —y que no necesariamente lo harán—, la relación entre el deseo y los sistemas de intereses objetivos es mucho más ambigua. No es trabajada por Equipamientos completamente estabilizados; procede por agenciamientos y por micro-equipamientos que disponen de cierta capacidad de adaptación. Todos los sistemas capitalísticos han conocieron las formas de micro-fascismo psicológico que consisten en hacer bascular alternativamente el equilibrio de los intereses sea en un sentido «negativo» desde el punto de vista de la libido, volviéndola contra el individuo —sistema de inhibición, de culpabilización, etc.—, sea contra «los otros», volviendo así «positivo» el vector represivo —actitudes falocráticas, persecutorias, interpretativas, celosas, como sistema de toma de poder sobre el entorno. Pero el fascismo institucional moderno, el fascismo equipado, condujo a buscar nuevas vías de expropiación del deseo de los individuos y de las masas. El fascismo tecnocrático agencia a pequeña escala, negocia, de forma mucho más fina, las relaciones entre los intereses y los deseos. Y en razón de su mayor maleabilidad, logra ponerlos, de manera mucho más eficaz, al servicio de un orden social reaccionario. Los micro-fascismos occidentales ya no tienen la rigidez del nacional-socialismo y del stalinismo: molecularizándose, atraviesan todavía mejor las paredes sociales. Son capaces de innovar e

incluso, siendo rigurosos, de desestratificar, pero justo lo que les hace falta para adaptarse y sobrevivir. ¡Y hoy, esta suerte de fascismo auto-regulado, cuyos métodos no cesan de ser «mejorados» en los países de tecnología de punta —los Estados Unidos, Alemania occidental, Francia, Japón...— nos es envidiado por el conjunto de los regímenes represivos del resto del planeta!

La gran superioridad de los agujeros negros micro-fascistas de las sociedades democráticas reside entonces en su capacidad de desconcentrar los grandes equipamientos y de trabajar en todos los poros del inconsciente social. Al término del proceso de selección que ha desembocado en la eliminación, hace una treintena de años, de los modelos mussoliniano, hitleriano, y parcialmente del modelo stalinista, hemos asistido, en los países occidentales, al emplazamiento de una suerte de sistema segmentario que estabiliza los puntos de turbulencia del campo social. El mantenimiento del orden tiende a depender menos de las máquinas militares y policiales que de dichos sistemas de regulación y de normalización más cerca del pueblo. Pero más allá de algunas huelgas salvajes y de cierto porcentaje incomprensible de delincuencia, teleguiadas como lo son por los *mass media*, las personas se mantienen por sí mismas en el camino recto vigilándose unos a otros de reajo. Las alternativas entre el bien, el mal, lo social, lo asocial tienden a ser menos tajantes que antes. Por eso el fascismo negro, aquel de la cruz gamada y de la calavera, tiene menos chance de despegar. Desde luego, subsiste un poco por todos lados, pero queda relativamente polvoriento. Uno se acuerda del doriotismo que, luego de una fase intermedia, alrededor de 1934, donde todavía era *a la vez* reaccionario y revolucionario, termina por bascular irreversiblemente en el nazismo y, en cierto plazo, en un completo callejón sin salida. Hoy, las sociedades capitalísticas se esfuerzan en encontrar respuestas menos tajantes, en apariencia menos catastróficas. Sus modos de control son más sofisticados. En los Estados Unidos, no hay doriotismo sino un sistema sindical y un cuadrículado de los ghettos por bandas de masas que consiguen impedir precisamente a los movimientos reivindicativos y a las revueltas que «remonten» hasta la constitución de grandes máquinas revolucionarias. Es así que ciertas bandas de negros, puertorriqueños y chicanos han llegado a organizar cierta oposición popular a la difusión de las drogas «duras» en los barrios que controlan, ¡mientras comercian con ellas en otros barrios! Su comportamiento, en este punto, es por otra

parte paralelo al de la policía, cuando esta vuelve a repartir las drogas capturadas –y algunas veces en cantidades considerables, como se produjo en New York hace algunos años–, cuando supervisa a los *dealers*, cuando cubre a los jefes importantes o cuando impone por la fuerza el uso de drogas de reemplazo, como la metadona, bajo pretexto de desintoxicación. Todos los ilegalismos –según la expresión de Michel Foucault– se reúnen. Y, de una forma general, es muy difícil discernir las acciones en favor del «bien público» de aquellas que tienden a la destrucción de la comunidad. Las bandas de masas que cuadriculan hoy en día la mayor parte de los barrios pobres de las grandes ciudades americanas pueden ser consideradas como siendo a la vez progresistas y fascistas, en la medida en que, de una parte, logran establecer un mínimo de autodefensa, de adopción colectiva y de «animación» de los jóvenes que controlan y, de otra parte, en la medida en que lo hacen empleando los peores métodos de violencia y de sumisión.

Los equipamientos miniaturizados de los regímenes capitalísticos actuales extraen su fuerza del hecho de que las políticas micro-fascistas que alientan a todos los niveles parecen constituir, para quienes recurren a ellos, las últimas vías posibles de reapropiación de territorialidades de deseo que les permiten escapar a los sistemas de cercamiento represivos. Esta dimensión social y política de las neurosis ha sido hasta entonces, sino completamente desconocida, al menos sistemáticamente evitada por los psiquiatras y los psicoanalistas. No existe menos en el nivel de las alteraciones en apariencia más «apolíticas». Al respecto, el ejemplo del pequeño Hans⁴, el caso principal de Freud en materia de psicoanálisis de niño, ilustra bien las fases sucesivas de tal mecanismo de cercamiento; estándole prohibida por razones de costumbres burguesas la apertura sobre la calle, en especial el juego con las vecinitas, el niño se repliega sobre la casa, luego sobre la cama de los padres y las caricias de la madre; es entonces que nuevas prohibiciones, estas de inspiración psicoanalítica, lo llevarán a acurrucarse sobre fantasmas masoquistas, hasta que sea alcanzado un punto de desterritorialización «diagramática», y de tal modo que el conjunto del sistema represivo se vuelva contra los «opresores»: el pequeño Hans «hace

⁴ Sigmund Freud, «Analyse d'une phobie d'un petit garçon de cinq ans» en *Cinq Psychanalyses*, Paris, PUF, 1954.

entonces de su neurosis un arma»; a su vez se convierte en un déspota que persigue a su entorno con sus síntomas fóbicos⁵.

Vemos cómo los micro-fascismos pueden entrar en resonancia, hacerse eco y apuntalarse unos a otros. Pero en todos los demás ámbitos, tanto aquellos de la psicopatología como los de la vida cotidiana, se podría encontrar esta misma intrincación de las componentes sociales y de las componentes individuales y biológicas. ¿A condición, seguramente, de no ahuyentarla deliberadamente! «Antes» de ser tomada por la policía, el ejército o la administración, la sociedad encuentra su consistencia, su inercia, sus líneas de estratificación, en esta suerte de auto-intoxicación que constituye la puesta en circulación de formaciones imaginarias reaccionarias que conducirán tanto a los vagabundos a odiar a los árabes y a los «metecos», como a las mujeres del mundo a destilar su amargura por tener que ser una mujer en las condiciones del falocratismo fastuoso de las clases dominantes, sean cuales fueran los beneficios que por otro lado ellas extraen de allí.

Los micro-fascismos de los que aquí se habla, por ejemplo el micro-fascismo falocrático, no depende, en principio, del antagonismo de clases sociales. Pero las posiciones del movimiento obrero, en este punto, están lejos de ser claras. Y muchos militantes continuarían reconociéndose hoy en la actitud del sirviente Matti cuando humilla de forma odiosa y gratuita a la hija del amo Puntila, luego de que ella le ha confesado su amor⁶. (En principio lo hace para la ilustración de una buena causa revolucionaria, pero de hecho lo hace para satisfacer de modo fácil su sadismo falocrático.) La opresión sexual comenzó mucho antes que la lucha de clases. Quizá está incluso en el origen de la división social del trabajo, de la constitución de las primeras máquinas de poder y de las primeras máquinas de guerra colectivas. Es lo que sin duda mostrarían con más claridad las investigaciones sobre las sociedades arcaicas si no estuvieran dirigidas casi únicamente por hombres que, por lo general, no se plantean este tipo de cuestiones y que, de todas formas, tendrían las mayores dificultades en acceder a los testimonios femeninos en este campo⁷.

⁵ Cf., en *L'Inconscient machinique*, Paris, Recherches, 1979, el boceto de un mapa del rizoma neurótico del pequeño Hans.

⁶ Bertold Brecht, *Maitre Puntila et son valet Matti*.

⁷ Ver el extraordinario «reportaje» de Elena Valero, esta brasileña que permaneció cautiva durante años de los indios Yanomami. Aunque cuidadosamente revisado y corregido

Opciones liberadoras, opciones micro-fascistas al nivel molecular

Considerar, como nosotros lo hacemos, que existe, al nivel molecular, una especie de continuum entre las formaciones de deseo liberadoras y los modos de semiotización y los equipamientos que calificamos de micro-fascistas no implica de ningún modo que convenga, al nivel molar, confundir las fuerzas políticas que hacen el juego a la reacción y al fascismo con aquellas que se oponen a ellos. Aproximar las secreciones micro-fascistas burocráticas que paralizan el movimiento obrero y las producciones micro-fascistas del poder de Estado no implica de ningún modo que metamos a todo el mundo en la misma bolsa: los patrones, los sindicatos, los policías y los servicios del orden. Las relaciones de fuerza, los «frentes», las acciones comunes, tienen su propia lógica que requiere ser apreciada según cada situación. Pero ese no es nuestro objeto aquí. Simplemente afirmamos que si la oposición, a gran escala, entre el fascismo y la revolución sigue siendo pertinente, en cambio, al nivel micro-fascista, el deseo y la represión solo pueden encontrar su línea de partición por el rodeo de un trabajo analítico especial capaz de localizar los comienzos de desviación paranoica, las cepas burocráticas, etc. ¡Poco importa aquí la naturaleza de los «analistas» que habría que colocar para cumplir tal función! Podría tratarse tanto de grupos de análisis propiamente hablando, al nivel de las diversas unidades de vida, de producción, de «ocio», etc., como de sistemas de organización que se esfuerzan en no reproducir jamás la reificación y la jerarquización de los roles, de las funciones y de las personas, y capaces de transmitir las informaciones y los enunciados operatorios en un modo completamente diferente de los que existen actualmente. El análisis del inconsciente «social» —¡pero no hay otro que él!— no debería ser no obstante «reducido» aquí a una actividad de grupos o de organizaciones. Incluso se puede perfectamente concebir que pueda efectuarse a partir de un núcleo, por ejemplo, de dos personas. Pero con la condición de que ningún especialista pretenda hacerse el depositario exclusivo de las buenas interpretaciones, siendo la regla actual que nada de lo que es válido del inconsciente puede ser recibido si no pasa por la transferencia y el discurso mudo del psicoanalista, ¡por medio de pagos, ni hay que decirlo! Dicho análisis podría depender también, como ya existe de hecho, de una actividad solitaria (lo cual,

por los misionarios, su testimonio restituye el clima de vejación continua en el cual viven las mujeres indias. Ettore Biocca, *Yanoama*, Paris, Plon, 1968, Terre humaine.

notémoslo al pasar, implica cierto número de medios, tanto en un plano material como en un plano semiótico: ¿cuántos niños disponen hoy de un mínimo «rincón tranquilo» para escribir poemas o tocar la guitarra?, ¿cuántos otros ni siquiera tienen la idea de ello?).

El rasgo común a todos estos agenciamientos analíticos, es que jamás separarán lo que pasa en el socius, con sus flujos semióticos y materiales de toda naturaleza, de lo que pasa en las cabezas, bajo forma de flujo de lenguaje, de imágenes y de afectos. En forma alguna la «materia opcional» de tales análisis *podría ser reducible a alternativas exclusivas*, a elecciones maniqueístas. No propondrá por tanto adhesión, de una vez y para siempre, a una buena orientación de «apertura esquizo de izquierda» o a una mala orientación de «estratificación parano de derecha». Permanecerá en estado polvoriento, desplegará zonas intensivas, sujetas a inversiones bruscas, sin que ninguna técnica de interpretación, ningún programa político, ninguna estructura de organización pueda nunca garantizar de una vez y para siempre que se ha adoptado *la* buena orientación, que uno se ha introducido de manera irreversible en el «buen camino» de los rizomas, de la autogestión y de los agenciamientos colectivos de enunciación. Un poder molecular de Estado —una economía de deseo micro-fascista, parano, como se la quiera llamar— siempre puede contaminar en efecto conjuntos sociales de todo tamaño; recíprocamente, una economía política molar, un poder de Estado despótico, pueden siempre apropiarse de las estructuras micro-sociales para esclerosar y estratificar sus partes vivas. E incluso, en este caso, seguirá siendo siempre posible que al interior de estas partes esclerosadas puedan ponerse a proliferar nuevos agenciamientos, sea revolucionarios, sea micro-fascistas, de tal modo que, poco a poco, logrando resolverse la ambigüedad de las opciones del deseo molecular, una formación molar, en apariencia definitivamente estratificada, llegue para «volver a arrancar» de allí. En el seno de una guardería infantil, por ejemplo, o de un club deportivo, los dos tipos de poder de Estado pueden coexistir perfectamente—el poder de Estado molecular que capta y modeliza el deseo de los niños y de los deportistas, y el poder de Estado represivo clásico de la directora que reglamenta o del entrenador que pontifica. La economía libidinal de los agenciamientos y de los equipamientos conoce así de manera constante juegos de subibaja entre superficies de estratificación y líneas de fuga, para «cambiar (un poco) la vida». Y, la mayoría de las veces, los clivajes decisivos se efectuarán menos en razón de conflictos

de ideas o de choques de organizaciones que a partir de ciertos rasgos de rostridad –por ejemplo, los de un director autoritario o de una docente seductora. Lo que es importante, nos parece, es nunca perder de vista que dicha «materia opcional» microscópica puede servir de soporte a la expresión y a la manifestación de un rebasamiento de las situaciones locales. Antes que reenviar a los rasgos de carácter, a los complejos parentales o a los trastornos de comunicación, implican el cuestionamiento de otros agenciamientos tales como la Administración, la Universidad, las asociaciones de padres, etc. Mientras que el rol de los Equipamientos colectivos era hacer sostener todo este conjunto, hacer funcionar de manera sincrónica el poder de Estado molar y los poderes represivos moleculares, el de los agenciamientos colectivos de deseo deviene el de impedir que todas las componentes represivas se cristalicen entre ellas y hagan bola de nieve. Este punto es primordial, pues tiene por consecuencia la de ayudarnos a comprender –es decir la de indicarnos líneas posibles de intervención– el hecho de que las políticas de Equipamientos colectivos del capitalismo solo pueden imponerse, a escala molar, en la medida en que el poder de Estado ya puso sus peones sobre el tablero molecular, sin que se pueda hablar no obstante de «infraestructura» de deseo que condiciona una superestructura institucional pues, inversamente, la implantación de un poder molecular de Estado en el corazón del sujeto depende igualmente del hecho de que grandes formaciones represivas, grandes aceleradores semióticos, hayan conseguido desterritorializar los individuos, los órganos, las funciones y los conjuntos sociales.

Autogestión y política del deseo

Metodologías de ruptura

Una política de autogestión, surgida de un militanismo analítico (o de un análisis militante, como se quiera), solamente podrá establecerse entonces a condición de que sean emplazados instrumentos de semiotización capaces de tratar sistemas de signos sin quedar prisioneros de las redundancias dominantes y de las significaciones de poder. Pero lo que a menudo desorienta a los militantes y a los especialistas de la cosa social, es que su micropolítica de deseo y su material conceptual les hacen perder la semiotización de la economía libidinal del campo social, en tanto que esta no cesa de desplazar sus intensidades sobre un continuum cuya existencia recusa por adelantado los sistemas de opción cristalizados según una lógica de objetos totalizados, de personas responsabilizadas, de conjuntos cerrados. Si no «acomodan» sobre lo real en dicho campo, es, paradójicamente, porque las nociones que manejan son a la vez demasiado generales y no lo suficientemente abstractas¹. Los flujos capitalísticos, en efecto,

¹ Volveremos, en la segunda parte de este texto, sobre concepciones de Chomsky que, según nosotros, pierden de vista precisamente cierto nivel de abstracción del funcionamiento del lenguaje.

no trabajan con las categorías generales territorializadas (por ejemplo los hombres, las ciudades, las naciones), sino que ponen en juego *funciones desterritorializadas* que implican los modos de semiotización más abstractos en el orden económico, científico, técnico, etc. Pensar la «modernidad», en tales condiciones, solo puede significar, según nosotros, una ruptura con todos los sistemas de categorías generales que no hacen más que sobrevolar lo real, que solo consiguen efectuar un inventario formal de sus elementos pretendidamente originales, supuestamente para organizarlos «lógicamente», pero de hecho para estratificarlos en pragmáticas cuyas prolongaciones políticas jamás son explicitadas. Pensar la minoridad en el orden del deseo presupone un contacto directo con la semiotización de un real en acto, dicho de otro modo la fabricación de nuevas líneas de realidades. Las funciones de equipamiento se apoyan sistemáticamente sobre categorías generales que tienden a apropiarse de los procesos colectivos para reterritorializarlos sobre las formaciones de poder, mientras que las funciones de agenciamiento se esfuerzan, por el contrario, en conectar directamente los flujos semióticos a las máquinas abstractas producidas por la desterritorialización de los flujos. La localización de este tipo de conexiones, mediante *procesos de diagramatización*, nos permitirá fundar mejor la oposición entre la política de los Equipamientos, en tanto que se apoya sobre un régimen de signos que funciona sobre el modelo de la *representación*, de los *representantes* de la enunciación, y de los *iconos* de poder, y la política de los agenciamientos colectivos que funcionan a partir de modos de semiotización que hacen trabajar los signos «directamente» en las cosas, los cuerpos y los flujos de toda naturaleza. En el primer caso, trataremos con interacciones entre objetos, sujetos distintos unos de otros, con una causalidad que opera sobre estratos discernibles; en el segundo, trataremos con interacciones que atraviesan, deshacen los estratos, cristalizan multiplicidades intensivas, polarizan modos de semiotización que ya no son atribuibles, en derecho, a personas individuadas, sino que permanecen adyacentes a constelaciones de órganos, de funciones orgánicas, de flujos materiales, de flujos semióticos, etc.

¿Pero dónde se manifiestan actualmente tales agenciamientos diagramáticos? Ciertamente no en la sociedad civil y política, cuya codificación se aferra a las leyes personológicas precapitalistas. Es más bien en dominios como las ciencias, la industria, las máquinas militares, artísticas, etc., que mejor podemos verlos en acción, en la medida en que los sistemas

de signos que ponen en juego ya forman parte de manera intrínseca de su material de producción. Hasta el presente, las tentativas autogestionarias o comunitarias que han intentado luchar contra tales maquinismos desterritorializados han permanecido impotentes frente a la complejidad de la integración semiótica a la cual arriban. Es muy evidente que las invocaciones al «retorno a la naturaleza», al «retorno al budismo zen», a la defensa del entorno, al crecimiento cero, etc., jamás bastarán como tales para detener las mega-máquinas que, actualmente, están barriendo todo a su paso: la naturaleza, los cuerpos, los espíritus, las formas originarias, las «morales»... Una recuperación revolucionaria de procesos maquínicos no podría contentarse entonces con una crítica ideológica que articule nociones generales que no acoplen sobre los procesos diagramáticos que aseguran la potencia real de los regímenes capitalísticos.

Solo la creación de otros tipos de máquinas de semiotización que reorienten la economía de los flujos desterritorializados deshaciendo las redundancias dominantes y las estratificaciones de los poderes establecidos podría comenzar a responder a un objetivo semejante. Lenin es uno de los que habían comprendido la necesidad de tal creación cuando, tomando conciencia de la ineficacia del discurso social-demócrata, economista, humanista o anarquista, consagró toda su energía a la construcción de un género absolutamente nuevo de máquina revolucionaria. Es esencialmente sobre problemas de organización que conduce su lucha contra la social-democracia, pareciéndole que las divergencias programáticas, en cierto modo, habían pasado bajo la dependencia de esta ruptura prioritaria con las viejas prácticas sindicales y socialdemócratas. Así el partido bolchevique se fijó por tarea primera formar un nuevo tipo de militante como soporte de una conciencia específica de la clase obrera y constituir una suerte de máquina de guerra capaz de chocar de frente con los aparatos políticos, económicos, policiales, sindicales socialdemócratas existentes. Para eso, debía estar en condiciones de extraer signos, consignas, de semiotizar sobre un modelo diagramático una nueva vanguardia obrera y de iniciar la desterritorialización revolucionaria del campesinado ruso que había quedado profundamente enraizado en el despotismo asiático. ¿Cómo la máquina leninista se dejó cercar por el imperialismo antes de enlistarse en el stalinismo? ¿Eso es otra cuestión! La «experimentación» leninista, aunque haya permanecido demasiado territorializada por el hecho de su centralismo implacable y de su nacionalismo de partido, aunque se haya

dejado recuperar por el Estado soviético, por las máquinas militares y policiales, aunque el tipo de partido que produjo se haya vuelto, en el mundo entero, un *equipamiento* represivo suplementario, no habrá llegado menos a la creación de uno de los más importantes agenciamientos colectivos de enunciación de las clases obreras modernas. Lo que debe ser retenido aquí, no son los modelos que el leninismo ha creado sino la metodología de ruptura que puso en acto. Aunque el partido leninista ya no corresponde en absoluto a las necesidades de las luchas sociales contemporáneas, aunque aquellos que pretenden reproducir indefinidamente sus consignas y su organización se coloquen completamente fuera de la evolución histórica, la máquina abstracta que el leninismo puso en circulación, las cuestiones que planteó, a saber las de un nuevo modo de vida, de una nueva moral, de una nueva forma de agenciar las prácticas militantes y de sostener un discurso sobre la política y la sociedad, permanecen aún vivas. De hecho, las tentativas de vuelta atrás hacia las prácticas socialdemócratas nunca han desembocado sino en los peores compromisos. Solo un *rebasamiento* de esta problemática permitirá desbloquear el impasse en el cual se encuentra el movimiento obrero. Pero, allí también, se plantea la cuestión de una miniaturización de las máquinas de guerra y de la constitución de múltiples «micro-maquis»² que permitan afrontar, con nuevas armas, las luchas de clase y las luchas de deseo bajo su aspecto molecular.

Singularidades de deseo

Todas las definiciones existentes de la vanguardia, de la función de los intelectuales revolucionarios, de los cuadros, del militantismo de masa, etc., se deben cuestionar. Apuntemos en particular que los análisis de Gramsci relativos a la división del trabajo entre los intelectuales y los militantes, por interesantes que sean, no nos parecen hacer progresar la cuestión de manera decisiva. Uno recuerda que él esperaba de la constitución de «intelectuales colectivos» la enunciación de una teoría que se volvería «la carne y la sangre del proletariado»³. Es evidente que lo que nosotros hemos designado a través de la expresión de agenciamiento colectivo no

² Alusión a los grupos guerrilleros de la Resistencia (N. de E.)

³ Gramsci, *Œuvres choisies*, Paris, Éditions sociales, 1959; *Lettres de la prison*, Paris, Éditions sociales, 1953.

podría coincidir con esta nueva raza de «intelectuales orgánicos de la clase obrera». Pensamos, en efecto, que no hay razón para erigir un grupo y una praxis específicas cuya función sería la de sintetizar la Teoría y la Acción. La práctica de la teoría, en la medida en que renunciaría a fundarse sobre sistemas de universales –aunque fuesen dialécticos y materialistas–, y la acción, en la medida en que se instituirá en la prolongación de una economía de deseo liberador, deberían hacer degenerar toda forma de división del trabajo entre el militantisismo, el análisis del inconsciente y la actividad intelectual. La dinámica incesante de las componentes semióticas y pragmáticas de los agenciamientos colectivos relativos a las luchas de intereses y a los investimentos de deseo tiende en efecto a hacer perder su identidad formal a los polos tradicionales de la representación social (oposiciones: hombres-mujeres; jóvenes-adultos; manuales-intelectuales; base-cuadros; normales-locos; héteros-homos, etc.).

Por tal motivo la determinación de las condiciones en las cuales la clase obrera deberá tomar el control del Estado –o, según una fórmula de Gramsci, «hacerse Estado»– ya no se planteará en absoluto en esos términos, puesto que la cuestión de la degeneración del poder de Estado ya no será reenviada al final de un largo proceso histórico sino que será puesta a la orden del día de cada etapa de las luchas. Es toda la casuística marxista-leninista-maoísta de las contradicciones principales y de las contradicciones secundarias la que debe ser cuestionada. Considerar, por ejemplo, que las contradicciones hombres-mujeres, niños-adultos, son secundarias por relación a las contradicciones de clase en un régimen capitalista no corresponde a la historia ni a las situaciones concretas actuales. Las tentativas de jerarquización de las contradicciones al nivel de la doctrina implican siempre una micropolítica de sujeción de las luchas de deseo a las «cosas serias» de la lucha de clases, es decir, en última instancia, a los estados mayores «representativos». Se puede admitir que durante grandes luchas sociales la clase obrera tenga que jugar un rol determinante; pero eso no implica de ningún modo que las organizaciones obreras tengan algo que imponer a los movimientos de las mujeres, de los jóvenes, a las corrientes artísticas, intelectuales, regionalistas, a las minorías sexuales, etc.

Esta pérdida de las identidades, de los roles y de las especialidades, en el seno de «agenciamientos colectivos de enunciación», no debería entonces, sino al contrario, acarrear la disolución de las características singulares de cada «región» pragmática. Sin diferenciar razas distintas de militantes, de

intelectuales, de artistas, etc., se volverá posible que una misma persona pueda legítimamente pasar de un tipo de actividad a otra y *cambiar radicalmente de sistema de referencia*, sin que eso le cree dificultades mentales o sociales. Es claro, en efecto, que toda tentativa por homogeneizar los campos pragmáticos, por atenuar las singularidades de deseo relativas a cada tipo de componentes semióticas, funciona siempre en el sentido del cúmulo de las represiones (lo que puede ser localizado hoy al considerar las afinidades—sobre todo al nivel de sus prácticas institucionales—que existen entre formaciones de poder tales como los estados mayores de los partidos centralizados, de los grupúsculos, de las sociedades de psicoanálisis, de las camarillas literarias, de los lobbies universitarios, etc.). Los agenciamientos diagramáticos existen de ahora en adelante en todas partes en las sociedades capitalísticas: constituyen el resorte mismo de su potencia semiótica. Pero todo está hecho para canalizar su creatividad sobre las territorialidades dominantes del sistema. Así el diagramatismo desterritorializante es sin cesar recuperado, reterritorializado, jerarquizado, impotentado. Paradójicamente, las sociedades capitalistas y socialistas burocráticas no podrían prescindir de procedimientos de captura semiótica de la libido, que, por otra parte, los amenazan de manera intrínseca. Los Equipamientos colectivos son así la sede de un complejo metabolismo de capitalización pero, al mismo tiempo, de neutralización de los agenciamientos diagramáticos. En consecuencia, están en la bisagra de la vieja sociedad civil y de la revolución maquina.

Los señuelos de la ideología

Esforzándose en no salirse nunca de los marcos de la ortodoxia marxista—pero sería preciso observar esto más de cerca—, Louis Althusser intentó delimitar la especificidad de estas máquinas de semiotización colectiva con aquello que llamó los *Aparatos ideológicos de Estado*⁴. Recordamos que distingue, en el funcionamiento de los poderes represivos, una componente de poder de Estado que, dice, «funciona por la violencia» y una componente ideológica que funciona, en cierto modo, con suavidad. Por eso, para conseguir un cuadrículado sistemático del campo social en todos los dominios (religioso, escolar, familiar, jurídico, político, sindical, de la

⁴ Louis Althusser, *Positions*, Paris, Éditions sociales, 1976.

información, de la cultura, etc.), estos Aparatos son llevados a proceder por sutiles combinaciones de violencia y de «engaño» ideológico. El hecho de que Louis Althusser despegue de lo que llama los «Aparatos represivos de Estado», que dependen del dominio público, otros aparatos que dependen del ámbito privado nos parece algo del más alto interés. Pero nos separamos de él cuando caracteriza estos últimos como fundamentalmente «ideológicos». La problemática que hemos buscado delimitar nosotros mismos con los agenciamientos colectivos de enunciación, las máquinas diagramáticas y las funciones de Equipamiento colectivo nos condujo, por el contrario, a considerar la existencia de una continuidad entre las formas caracterizadas de represión pública y los innumerables modos de interiorización «privados» de la represión.

El Estado está en todas partes, y antes de encarnarse en instrumentos represivos, funciona en la libido. Decimos bien la libido, pues el movimiento de las ideas, sobre todo en este campo, no puede ser separado del metabolismo del inconsciente social. No podemos por tanto seguir a Louis Althusser cuando localiza los Aparatos ideológicos de Estado al nivel de *superestructuras ideológicas*, retomando así las viejas metáforas del siglo XIX del «edificio» de las causalidades. La base económica, según nosotros, no constituye una infraestructura que se impone necesariamente a la libido y a las ideas. ¡Todo puede devenir infraestructura! En ciertas condiciones, las doctrinas jurídico-políticas, las máquinas de inyectar ideas, determinaciones religiosas, etc., pueden jugar un rol determinante; es porque dependen entonces de procesos diagramáticos. En otras condiciones, flotan fuera de toda realidad social. E incluso entonces ya no es suficiente con decir que son «ideológicas» y dependen de una base económica. Sería hacerles todavía demasiado honor. Llevándolo al extremo, ¡ya no dependen de nada! Existen solo a título de redundancia vacía. Louis Althusser hizo de la ideología una categoría demasiado general que engloba y confunde prácticas semióticas radicalmente heterogéneas. Identificándola, según la tradición clásica, al logos, quiso marcar que no podría constituir una fuerza productiva. Y, en ese punto, solo podemos separarnos de él. De hecho, es toda una concepción del lenguaje y de la producción la que aquí está cuestionada.

Un abordaje analítico de la libido social exigiría que uno no se aferre a las meras partes visibles de equipamientos tales como las escuelas, las prisiones, los estadios, etc. En efecto, una parte fundamental de su funcionamiento consiste en su aptitud para captar no solamente los intereses, sino

también los deseos individuales y colectivos. Si uno se aferra a su discurso manifiesto (reglamentario, legal, etc.), se pierde una parte esencial del iceberg represivo de los regímenes capitalísticos. Contentarse con analizar el carácter ideológico de estos discursos corre el riesgo de hacernos perder no solamente sus dimensiones implícitas —aquello que los freudianos intentaron delimitar con la oposición entre los enunciados manifiestos y los contenidos latentes—, sino también, de manera más fundamental, el metabolismo de las componentes de codificación y de las componentes semióticas no *lingüísticas* de los agenciamientos de enunciación que les corresponden. La ideología es un señuelo a título doble: al nivel de su contenido, da consistencia a redundancias vacías y, al nivel de su existencia misma, se esfuerza en dar crédito a la idea de que como tal, juega un rol de primer grado. Así, todo el mundo finge creer que el porvenir de la sociedad depende del hecho de que los dirigentes, los partidos, diarios, etc., vehiculan tales o cuales doctrinas, cuando en realidad, hoy, las perspectivas teóricas —los «proyectos de sociedad»— solo entran en una parte insignificante de los procesos decisionales reales del mundo capitalístico. Solo agenciamientos pragmáticos que embraguen sobre la realidad a partir de su propia máquina diagramática podrán aportar respuestas efectivas a los problemas sociales contemporáneos, sin que haya que esperar gran cosa de grupos y de líderes que pretendan aleccionar a las masas.

Se ha acondicionado a las personas para aplaudir al compás —voto, sondeo de opinión, manifestación, etc.— frente a las escenas demasiado bien alumbradas de la ideología, con sus personajes y sus opciones maniqueas: ¿la derecha o la izquierda, el socialismo o la barbarie, el fascismo o la revolución? Pero los proyectores de la historia real ahora se desplazan, irreversiblemente según parece, hacia una problemática completamente distinta: la izquierda y la derecha inextricablemente mezcladas, el socialismo y la barbarie, el fascismo y la revolución, es decir todo a la vez el estadio a la chilena, al nivel molar, y la «política de la plaza», según la feliz expresión de Paul Virilio, al nivel molecular, es decir una micropolítica de cuadrículado generalizado⁵. ¿Las instituciones represivas nos tienen tomados por

⁵ *L'Insécurité du territoire*, Paris, Stock, 1976. Ejemplo reciente: la decisión gubernamental que crea comisiones departamentales que hacen pasar bajo el control directo del director de acción sanitaria y social, de los inspectores de academia y de los notables, el internamiento de los niños en los establecimientos médico-psicológicos y asimilados. Los psiquiatras y los psicólogos serán obligados a aplicar las decisiones de dichas comisiones.

todos los extremos, nos movilizan a cada instante de nuestra vida—incluso los sueños, los actos fallidos y los lapsus tienen ahora que rendir cuentas, bajo el régimen de vigilancia psicoanalítica que comienza a ser puesto en marcha en cierto número de instituciones!

El conjunto de las concepciones relativas a los «tiempos fuertes» de las luchas en los períodos ascendentes y en los períodos descendentes, todos los sistemas de elección estratégicos del tipo «Hay que ganar tiempo para dejar consolidar el poder de los Soviets en la URSS» o los cálculos tácticos del tipo: «Primero las elecciones, luego las reivindicaciones» tienden a perder su significación. Una revolución molecular—adossada a las revoluciones molares—, para desviar de sus fines catastróficos a las sociedades capitalísticas, para volver a captar la economía de los flujos desterritorializados que ellas han logrado poner a su servicio, solo podrá ser permanente e instaurarse sobre todos los frentes a la vez. ¡No solamente «capitalizará» todos los vectores de desterritorialización, sino que «cargará las tintas» sobre ellos, en la medida en que se empeñará en deshacer las reterritorializaciones burguesas, entre las cuales conviene contar hoy todas las nostalgias retros!

Perspectivas autogestionarias

Se pueden señalar muchos índices de tal renovación revolucionaria, ¿pero es en esta vía que entrará la historia? Durante algunas «crisis de sociedades» como las que han marcado a los Estados Unidos, por ejemplo, al final de la guerra de Vietnam, o a Portugal en ocasión del desmoronamiento del régimen salazarista, vieron el día algunas tentativas autogestionarias y proyectos comunitarios de toda naturaleza, luego se estancaron en sus dificultades internas y en la indiferencia general. En Francia, la autogestión se ha vuelto un poco de moda con el caso Lip, es decir precisamente a propósito de una empresa implacablemente cercada por el capitalismo, el poder de estado y los sindicatos y, que, por ende, no tenía ninguna chance de supervivencia. ¡Se dirá, no obstante, que dicho entrecruzamiento se encontrará siempre más o menos por todas partes! Y que toda tentativa de este

Luego de los 16 años, podrán transferir ciertos niños que estiman «retrasados» directamente a los hospitales psiquiátricos cuyos servicios, se lo sabe, están muy a menudo semivacíos. Precisemos que uno vuelve a encontrar estos notables en las comisiones de vigilancia de estos mismos establecimientos y de los hospitales psiquiátricos. ¡Todo encaja!

tipo terminará siempre por ser controlada o liquidada. Casi todo lo que fue puesto en movimiento en Mayo del 68 fue recuperado. Pero una inmensa fisura entre los equipamientos represivos y la energía colectiva reveló una nueva problemática, puso en circulación nuevas máquinas abstractas y abrió nuevas perspectivas de innovación militantes que transforman poco a poco las condiciones generales de las luchas sociales.

Sea lo que sea, nos parece que uno de los mayores obstáculos para que una orientación autogestionaria pueda ganar terreno, de forma decisiva, sobre el tablero político, es que la mayor parte de sus defensores y de sus promotores solo la conciben como debiendo limitarse únicamente a la esfera de los problemas materiales y económicos. De este modo aparecen, ante los ojos de la opinión, como personas que buscan ante todo arreglar *sus* propios asuntos, en función de *sus* propios deseos y no tanto en función de los del resto de la sociedad. Chocamos aquí con el mito del espontaneísmo que, visto desde el exterior, es interpretado como una política del «cada uno para sí mismo». Liberar la perspectiva autogestionaria del espontaneísmo, ya no es por tanto solamente un asunto de ideología, sino un problema fundamental de orientación que concierne a cuestiones teóricas cruciales —en particular cierta definición del inconsciente— así como a cuestiones muy prácticas de vida cotidiana y de organización militante. La autogestión, no puede ser ni antigestión, ni un manejo «democrático» de la planificación tal como la izquierda la concibe actualmente. Antes de ser económica, deberá involucrar la propia textura del socius, mediante la promoción de un nuevo tipo de relaciones entre las cosas, los signos y los modos colectivos de subjetivación. En sí misma, la idea de un «modelo» de autogestión es por tanto contradictoria. La autogestión solo puede resultar de un proceso continuo de experimentación colectiva que, al tiempo que toma las cosas siempre más adelante en el detalle de la vida y el respeto de las singularidades de deseo, no será por ello menos capaz de, poco a poco, asegurar «racionalmente» tareas esenciales de coordinación a los niveles sociales más amplios.

Digámoslo bien claro, no nos parece muy honesto prometer hoy la autogestión para mañanas electorales, sin comenzar a ponerla en práctica en todos lados donde ya es posible. ¡Es de inmediato, en el partido, en el sindicato, en la vida privada, que debe ser puesta en práctica! Las neurosis colectivas que se ponen de manifiesto por el investimento del burocratismo, el recurso mágico a los líderes, a las vedettes, a los campeones... no

son únicamente el hecho de los enemigos de clase ¡Es alrededor nuestro y en nosotros que se perpetúan! Y no se puede pretender resolverlos en otra parte si no se los ataca en los puntos en los que ellos más nos paralizan, es decir en los puntos ciegos de nuestros propios micro-fascismos. La autogestión no puede ser sinónimo de un autonomismo generalizado, de un cierre sobre territorialidades celosas unas de otras —la familia, la comunidad, el partido, la raza—: es, por el contrario, desterritorializar, conectar las antiguas estratificaciones, abrirse sobre una perspectiva de gestión planetaria no centralizada, no planificadora multiplicando los centros de decisión y liberando energías libidinales hasta entonces prisioneras de investimentos raciales, nacionales, falocráticos, etc. No puede por tanto estar separada, como hemos intentado mostrarlo, del emplazamiento de *agenciamientos analítico-políticos* que solo tienen lejanas relaciones con lo que cierto número de psicosociólogos «no directivistas», rogerianos, etc., han clasificado bajo el registro de los «analizadores»; no se trata, en efecto, de proponer una nueva receta de «animación» de los pequeños grupos, sino de contemplar las condiciones de una micropolítica del deseo, indisociable ella misma de una política «a gran escala» concerniente al conjunto de las luchas de clases⁶. Para terminar con el diálogo

⁶ Habiendo yo mismo lanzado, hace unos quince años, los temas del «análisis institucional» y de los *analizadores*, fui llevado a realizar la puesta a punto siguiente en la reedición de 1974 de una compilación de artículos, *Psicoanálisis y Transversalidad*, publicado en las ediciones Maspero: «*Es a partir de 1961, durante las reuniones del GTPSI (Grupo de trabajo de psicología y de terapia institucional), que propuse situar la psicoterapia institucional como un caso particular de lo que llamé «el análisis institucional». Esta idea tuvo entonces poco eco. Es más allá de los medios psiquiátricos, en particular en los grupos de la FGERI (Federación de los grupos de estudios de investigaciones institucionales), que la idea fue retomada. Los animadores de la corriente de psicoterapia institucional apenas contemplaban una tímida extensión del análisis hacia los campos de la psiquiatría y, eventualmente, de la pedagogía. En mi idea, tal extensión solo podía llevar a un callejón sin salida si no apuntaba al conjunto del campo político y social. En especial, me parecía que uno de los puntos de aplicación políticos esenciales de este análisis institucional era el fenómeno de la burocratización de las organizaciones militantes que debía poder involucrar lo que llamo «los analizadores de grupos». Estos temas han hecho su camino, hemos colocado los analizadores, el análisis institucional e incluso la transversalidad, un poco a diestra y siniestra; quizá hay que ver en esto la indicación de que, a pesar de su carácter aproximativo, encerraban una problemática un tanto viva. ¡Lejos de mí la idea de defender una ortodoxia cualquiera a propósito del origen de estos conceptos! En esa época, el trabajo de elaboración del GTPSI era colectivo; las ideas estallaban desde todas partes sin pertenecer a nadie. Desgraciadamente, el clima cambió y si soy llevado a apuntar estas precisiones, es porque me pareció que escapaban a cierto número de*

de sordos que opone a los «centralistas», que se dicen democráticos, y a los «espontaneístas», que no lo son mucho más, los militantes autogestionarios deberán tomar a cargo a un nivel *práctico* el entrecruzamiento de las formaciones de poder y de las máquinas de deseo con las cuales se ven confrontados. Pero, en las actuales condiciones de una alienación capitalística de la que no se salva nadie, ¿cuesta imaginar que tales grupos analítico-militantes comiencen a caer del cielo!

¡No es de un día para el otro, tomando buenas resoluciones, optando por un buen programa, que se los hará proliferar! Y aun en condiciones revolucionarias o pre-revolucionarias, favorables en principio a la instauración de sistemas de «doble poder», ¡uno no puede esperarse que se pongan a brotar por sí mismos sobre el suelo de la espontaneidad popular! Solo podrán nacer a partir de embriones debidamente experimentales, de agenciamientos colectivos completamente microscópicos algunas veces, capaces de combinar problemáticas de labor de gestión económica, de vida cotidiana, y del deseo. Tales agenciamientos, para producirse, a condición de haber conseguido embragar sobre la realidad, no tendrán necesidad de ser calcados o «propagandizados». En efecto, desde el momento en que una nueva forma de lucha o de organización⁷ logra resolver un problema, uno se da cuenta que se transmite a la velocidad de lo audiovisual. ¡Una vez más, no es cuestión aquí de la puesta en circulación de un modelo! El crecimiento y la expansión de las «innovaciones sociales» solo pueden efectuarse en efecto según una línea —un rizoma— de experimentación creadora. Lo que continúa siendo enriquecedor, por ejemplo en la obra de Célestin Freinet⁸, son menos sus «métodos» o el movimiento que los reivindica (de una forma a veces dogmática) que el hecho de que contribuye a catalizar otras tentativas, en otros contextos, por ejemplo en un marco urbano, con la pedagogía

personas que hoy en día se interesan por la evolución de esta corriente de pensamiento. Para colmar su laguna o su falta de formación, y para ser completamente exacto, recuerdo entonces que nada se ha dicho ni escrito sobre «el análisis institucional» y los «analizadores» antes de las diferentes versiones que di de mi informe sobre «La Transversalidad». Publicado en 1964 en el nº 1 de la *Revue de psychothérapie institutionnelle*.

⁷ O, en otros dominios, una nueva máquina matemática o un nuevo procedimiento técnico.

⁸ Célestin Freinet, *Pour l'école du peuple*, Paris, Maspero, 1969, y Élie Freinet, *Naissance d'une pédagogie populaire*, Paris, Maspero, 1969.

institucional⁹, o que anuncia la idea de un cuestionamiento, mucho más radical, de la existencia de la escuela como tanto tal¹⁰.

Transversalidades sociales

Jamás se puede decir de una situación particular de opresión que ella no ofrece ninguna posibilidad de lucha; inversamente, jamás se puede pretender que una sociedad o un conjunto social, como tal, esté definitivamente prevenido contra el ascenso de una nueva forma de fascismo. La semiotización molecular trabaja las estratificaciones molares e, inversamente, estas últimas intentan impotenciar los agenciamientos moleculares. Las territorialidades macroscópicas o microscópicas, las desterritorializaciones masivas o las líneas de fuga minúsculas, las reterritorializaciones paranoicas locales o fascistas a gran escala, no cesan de penetrarse entre sí según un principio general de transversalidad, de modo que, por ejemplo, pueden surgir de todos lados conjunciones de poder micro-fascista, como se lo ve hoy en día en Francia, en Alemania y en Italia, sin que se hayan modificado los derechos jurídicos y las garantías constitucionales, o incluso las «ventajas adquiridas». Hasta el presente, en estos países, las conjunciones micro-fascistas parecen no tener que cristalizar de manera clara en el nivel molar. ¡Pero nada nos asegura que será siempre así! ¡No hemos olvidado, en la víspera del golpe de Estado en Chile, las declaraciones de los generales que afirmaban que su ejército era el más democrático del mundo! ¿Qué pasaba entonces, no solamente en sus cabezas, sino sobre todo en la de las personas que «les creyeron»?

¿No estábamos ya allí, al nivel de un fenómeno de creencia colectiva, en presencia de una toma de poder fascista? Michel Foucault mostró bien que no se puede considerar que el poder político de Estado sea únicamente el resultado de organismos jerarquizados de coerción. Puso en evidencia

⁹ Fernand Oury et Jacques Pain, *Chronique de l'école caserne*, Paris, Maspero, 1972; Fernand Oury et Aïda Vasquez, *De la classe coopérative à la pédagogie institutionnelle*, Paris, Maspero, 1970; Fernand Oury et Aïda Vasquez, *Vers une pédagogie institutionnelle*, Paris, Maspero, 1967.

¹⁰ Un artículo apasionante aparecido en *Libération* en setiembre de 1975 sobre las redes paralelas de educación intitulado «Vivre sans école» y en la revista *Parallèle*, n° 1, abril-mayo-junio 1976, editada por el Grupo de experimentación social (Reid, Hall, 4, rue de Chervreuse, 75006 Paris) – y un artículo de Liane Mozère, «Projet d'hôtel d'enfants».

aquello que llamó la anatomía ramificada del poder disciplinario: «La disciplina no puede identificarse con una institución, ni con un aparato; es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo que conlleva todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de blancos; es una física o una ‘anatomía’ del poder, una ‘tecnología’¹¹.» ¡Toda la cuestión reside en saber en qué condiciones esta tecnología podrá ser neutralizada y esta anatomía deshecha! No se trata por tanto, para nosotros, de oponer dos tipos de origen, un origen genealógico de las grandes formaciones sociales y una emergencia micro-física del *socius* a partir de las máquinas deseantes. De lo que se trata aquí, más bien, es de la liquidación de *toda idea de origen*, y esto habida cuenta de la imposibilidad práctica en la cual generalmente se encuentran los agentes activos de enunciación —y no observadores «objetivos» y exteriores— de determinar el número y la intensidad de las componentes semióticas que, en un momento dado, en una situación dada, son capaces de intervenir para transformar una formación social. Nuestra intención no es de ningún modo la de promover aquí una metafísica del indeterminismo, sino la de criticar las concepciones políticas que piensan la causalidad social en términos estáticos —aun cuando se pretenden dialécticos o se inspiran en conceptos termodinámicos¹². Con sus «locomotoras de la historia», sus «eslabones débiles y sus eslabones fuertes», sus «correas de transmisión», parece que cierto número de marxistas tuvieran una auténtica fijación con lo que podríamos llamar el ¡«complejo de la máquina a vapor»! Antes que

¹¹ Michel Foucault, *op. cit.*

¹² Ver también la muy sorprendente metafísica lacano-maoísta de Guy Lardeau y Christian Jambet, *L'Ange*, Paris, Grasset, 1976, quienes se esfuerzan en desmarcar de los universales lacanianos de la enunciación, a saber los cuatro discursos fundamentales: el del Amo, el del Universitario, el del Histórico y el del Analista, un «discurso del rebelde». Cf. el seminario de Jacques Lacan, Libro XX, *Encore*, 1972-1973, Paris, Seuil, 1975. «*Así es preciso purificar la palabra del Amo de los simulacros que la estorban, no para doblegarse ante ella sino para salirse de allí*» (!) (p. 73). A riesgo de añadir a su lasitud («¿Hace falta volver a decir continuamente que el significante no es «lingüístico», en el sentido de que se opondría a no se sabe cuál «libido», pensamiento según la intensidad? ¿Hace falta reafirmar esta perogrullada de que la oposición de la energética a la ley significativa es una burrada pre-crítica, imposible desde Lacan?»), nosotros continuaremos inquietándonos, con algunos otros asnos pre-lacanianos, por las consecuencias *prácticas* —políticas y analíticas— de la reducción de *todos* los sistemas de intensidad, de *todas* las energéticas, sobre el único registro (lingüístico o no) llamado del «significante».

apegarse a modelos simplistas de causalidad entre objetos perfectamente discernibles y en función de parámetros energéticos distintos entre sí, harían bien en inspirarse en «modelos» más recientes, por ejemplo en aquellos de las interacciones de la física contemporánea¹³. Debiendo aquí ser entendida la inspiración a la manera de los poetas o de los paseantes que quieren cambiar un poco el aire. No se trata evidentemente de proponer nuevos calcos o la búsqueda compulsiva de una «cientificidad» de los conceptos que parece depender más, en estos ámbitos, de la neurosis obsesiva que de un análisis teórico conectado con realidades sociales.

¹³ Cuatro tipos de interacción permiten a los físicos «pasar» de la materia a la energía –interacciones *gravitacionales* – tipo «gravedad» –, interacciones *electromagnéticas* – tipo «luz» y «materia» –, interacciones débiles e interacciones fuertes – tipo «energía nuclear». Otro tema de meditación podría ser el modo de articulación entre la mecánica cuántica, a escala microscópica, y la mecánica estática, a escala macroscópica, o incluso los principios elementales de la relatividad que consisten en jamás separar las mediciones del tiempo y del espacio del movimiento de los instrumentos que las efectúan, es decir de su «observador» o, si se quiere, de su agenciamiento de enunciación. Pero, a diferencia de estos «observadores» relativistas, cuyos movimientos propios y cuyas coordenadas de referencia son «homogeneizadas» a partir de un mismo principio de invariancia matemática, los agenciamientos colectivos de deseo nunca renuncian completamente a la singularidad de aquello que los físicos llaman su «línea de capacidad». Cf. Banesh Hoffmann (completado por Michel Paty), *L'Etrange Histoire des quanta*, Paris, Seuil, 1967.

Segunda parte
**El análisis pragmático
del inconsciente social**

Introducción de los temas principales

Hemos evocado precedentemente los diversos modos de interacción que existen entre el nivel molar y el nivel molecular. Pero nuestra descripción, por el hecho de que no habíamos profundizado lo suficiente sobre la naturaleza de los resortes semióticos de dichas interacciones –en particular sobre la función de las máquinas abstractas–, ha permanecido, en lo esencial, sobre un plano sincrónico y espacial. Sería por tanto necesario considerar también la existencia de interacciones diacrónicas que desarticulan los sistemas de causalidades mecanicistas sobre los cuales se fundan los modos de razonamiento por etapas evolutivas. ¿Pero cómo concebir que lo que viene «después» pueda determinar lo que viene «antes»? ¿Todos los modos de pensamiento tradicionales se oponen a que un *efecto* pueda, en cierto modo, tomar el tiempo a contrapelo! Por eso tales interacciones solo son concebibles bajo la condición de considerarlas en un nivel que calificaremos de «maquínico» –sin especificar su naturaleza material y/o semiótica– en el cual ellas funcionan más allá de las coordenadas espacio-temporales humanas. Tal es precisamente el rol que entendemos dar a las máquinas abstractas y al plano de consistencia maquínico sobre el cual «se enganchan». Ni ideas platónicas trascendentes, ni formas aristotélicas ad-

yacentes a una materia amorfa, estas máquinas abstractas hacen y deshacen las estratificaciones de toda naturaleza. No funcionan por tanto como un sistema de codificación que llegaría a adherirse desde «el exterior» sobre las estratificaciones existentes; las «ocupan» desde «el interior».

En el marco de un movimiento general de desterritorialización, constituyen una suerte de «materia opcional» —cuyas conexiones, desestratificaciones y reterritorializaciones que trabajan tanto el mundo viviente como el mundo inanimado son catalizadas por los cristales de posibles. En suma, señalan el hecho de que la desterritorialización «precede» a la existencia de los estratos y de los territorios. Por tal motivo no son «realizables» en un puro espacio lógico, sino solamente a través de las manifestaciones maquínicas contingentes. Nunca se trata únicamente con ellas de una simple combinatoria, sino del agenciamiento de componentes intensivas irreductibles a una descripción formal. Sin implicar por tanto el recurso a cualquier trasmundo, su necesidad deriva de una inversión de perspectiva que conduce a considerar los procesos de codificación y de «enseñanza» independientemente de una deixis y de una lógica antropocentrista y que tiene por consecuencia modificar las relaciones «jerárquicas» entre lo singular y lo universal. La singularidad de una materia no formada semiológicamente puede pretender la universalidad. E, inversamente, la universalidad de un procedimiento de codificación o de una redundancia significativa puede decaer en el particularismo. Ni universales, ni singulares, los signos-partículas que constituyen las máquinas abstractas cargan las singularidades, no de un poder de universalidad, sino de cierta potencia de atravesamiento del universo de las estratificaciones. Marcadas así con su color, estas singularidades y las estratificaciones que efectúan devienen disponibles para un trabajo de agenciamiento semiológico. De manera correlativa, todo enunciado o toda instancia de poder que pretende la universalidad se encuentra cargada de una facticidad y de una historicidad que las disponen a un posible reagenciamiento pragmático.

Pero, así como intentaron anexar la semiótica, los lingüistas pretenden hoy controlar el posible desarrollo de una pragmática. Ella es puesta entre paréntesis como forma de contenido o bien, cuando es reconocida, es neutralizada en su contenido político. Aquello que los estructuralistas hicieron para el significado —una operación masiva de neutralización— es retomado a otro nivel por la lingüística generativa y por la lingüística de la enunciación. Ciertamente, existe, hoy, cierto reconocimiento de los

contenidos semánticos y de los contenidos pragmáticos, pero siempre bajo la condición de mantenerlos al margen de los agenciamientos colectivos de enunciación de los que dependen. Ahora bien, precisamente, el objeto esencial de una pragmática debería ser, según nosotros, el estudio de las formaciones micropolíticas relativas a dichos agenciamientos y de su incidencia sobre el discurso y la lengua. De cualquier forma que se la considere, la lingüística actual continúa modelando los campos pragmáticos y semánticos sobre el campo sintagmático. Incluso cuando pretende no suponer nada de la lengua misma –como en los distribucionalistas o como en Chomsky–, permanece encerrada en el interior de cierto tipo de discurso a partir del cual pretende deducir todas las otras posibilidades de competencia semiótica. De allí la imperiosa necesidad en la que se encuentra de afirmar como un previo intangible que los tipos de lengua y de competencia que estudia –lengua adulta, normal, masculina, heterosexual y, la mayoría de las veces, blanca y capitalística, etc.– están esencialmente fundados sobre sistemas de universales. La abstracción de los modelos no hace aquí más que enmascarar el carácter históricamente contingente de los poderes puestos en juego. Pero el reproche que se le puede hacer a estas teorías no es el de ser demasiado abstractas, sino, por el contrario, el de no serlo lo suficiente y el de no dar cuenta del tipo de *máquinas abstractas singulares* –y no universales– que son puestas en juego por las lenguas, en el marco de relaciones de producción particulares. Nosotros consideramos que toda idea de universales lingüísticos, al nivel de la forma de la expresión (en pos de garantizar, por ejemplo, la autonomía de la gramaticalidad), o al nivel de la forma del contenido, tiene por rol eludir la pragmática en sus funciones de poder y cortarla del campo social e histórico. Al modelo del árbol sintagmático, opondremos aquí algo que no es un modelo y que llamaremos «rizoma» (o «emparrado»). Estará definido por los siguientes caracteres:

- a diferencia de los árboles chomskianos, que comienzan en un punto S y proceden por dicotomía, los rizomas pueden conectar un punto cualquiera con otro punto cualquiera;

- cada trazo del rizoma no remite necesariamente a un trazo lingüístico. Eslabones semióticos de toda naturaleza son conectados allí a los modos de codificación más diversos, eslabones biológicos, eslabones políticos, económicos, etc., poniendo en juego no solamente todos los regímenes de signos, sino también todos los estatus de no-signos;

– las relaciones existentes entre los niveles de segmentariedad, en el seno de cada estrato semiótico, se deben diferenciar de las relaciones interestráticas, y operan a partir de líneas de fuga de desterritorialización;

– una pragmática renunciará a toda idea de estructura profunda; el inconsciente pragmático, a diferencia del inconsciente psicoanalítico, no es un inconsciente representativo, cristalizado en complejos codificados y repartidos sobre un eje genético; se debe construir a la manera de un mapa.

El mapa como carácter último del rizoma es desmontable, conectable, reversible, susceptible de recibir modificaciones de manera constante. En el seno de un rizoma, pueden existir estructuras de árboles. Inversamente, la rama de un árbol puede ponerse a echar brotes bajo forma de rizoma.

Se dividirá la pragmática en dos series de componentes:

1. *Las componentes transformacionales interpretativas* (a las que se llamará también generativas), que implican el primado de las semiologías de la significación sobre las semióticas no interpretativas.

Elas mismas estarán divididas en dos tipos generales de transformaciones:

– las transformaciones analógicas, que dependen, por ejemplo, de las semiologías icónicas;

– las transformaciones significantes, que dependen de las semiologías lingüísticas.

Dos tipos de «toma del poder sobre los contenidos», por reterritorialización y subjetivación, les corresponden, sea que se apoyen o bien sobre agenciamientos territorializados de la enunciación, o bien sobre una individuación de la enunciación.

2. *Las componentes transformacionales no interpretativas*, que pueden invertir el poder de las dos transformaciones precedentes.

Se las dividirá en dos tipos generales de transformaciones paralelas a las dos precedentes:

– las transformaciones simbólicas, que dependen de las semióticas intensivas (por ejemplo al nivel perceptivo, gestual, mímico, etc.);

– las transformaciones diagramáticas, que dependen de las semióticas a-significantes, que proceden mediante una desterritorialización que se apoya de manera conjunta sobre el formalismo del contenido y sobre el de la expresión, y por la puesta en funcionamiento de máquinas abstractas puestas de manifiesto por un sistema de signos-partículas.

Observaciones:

1. Aquí no empleamos las expresiones de «componente generativa» y de «componente transformacional» en el mismo sentido que los chomskianos. Para estos últimos, la capacidad generativa de un sistema funciona como una axiomática lógico-matemática, mientras que nosotros consideramos que las coacciones generativas (de una lengua o de un dialecto) están siempre ligadas de manera intrínseca a la genealogía de una formación de poder. Sucede igual con la noción de transformación. Los chomskianos la conciben en un modo idéntico al de las transformaciones algebraicas o geométricas (uno recuerda que las transformaciones de una ecuación cambian su forma manteniendo la economía «profunda» de las relaciones en presencia). Nosotros hablamos aquí de ellas en un sentido que podría ser aproximado a aquel que, en la historia de las teorías de la evolución, condujo a oponer el transformismo (o el mutacionismo) al fijismo. Pero quizá entre aquí una porción muy pequeña de burla y de provocación en nuestro empleo «abusivo» de las categorías chomskianas pues, de hecho, nos han servido de guía *a contrario*.

2. En contra de la histórica decisión de la Asociación internacional de semiótica, nosotros proponemos, con la misma arbitrariedad, mantener una distinción (e incluso reforzarla) entre:

– *la semiología*, como disciplina trans-lingüística, que examina los sistemas de signos en relación con las leyes del lenguaje (perspectivas de Barthes); y

– *la semiótica*, como disciplina que pretende estudiar los sistemas de signos según un método que no depende de la lingüística (perspectiva de Peirce).

La pragmática, hija pobre de la lingüística

Los problemas planteados por la pragmática están en camino de adquirir un lugar central en la preocupación de la lingüística contemporánea. Con el estructuralismo lingüístico, los contenidos eran tributarios de cadenas significantes que siempre pueden ser descritas como cadenas de oposiciones binarias. La teoría de la información se había instalado, en cierto modo, en el corazón de la máquina de expresión del lenguaje. Parecía tener que ser obvio que su finalidad fuese la transmisión de una información, no siendo el resto más que ruido y redundancia. Teniendo la lengua solo un contenido informativo, no era cuestión para ella de una interpenetración con el campo social y sus problemas políticos. El objeto de la lingüística, su objeto «objetivo», que se suponía la constituía como ciencia, era ese átomo de información (especie de unidad de cantidad de forma), mientras que los problemas de la comunicación eran relegados a una cuestión que permanecía bastante marginal, la de la enunciación. Así la lingüística, imitando la objetividad científica, creía poder mantenerse a distancia de toda problemática social perturbadora. El psicoanálisis había procedido de la misma manera, pero apoyándose no sobre la teoría de la información, sino sobre la biología, la lingüística e incluso, recientemente, la lógica y las matemáticas.

De entrada, la lingüística chomskista quiso desmarcarse de las lingüísticas estructuralistas, a las cuales reprochaba no dar cuenta del carácter creador de la lengua. En su primera versión, consideraba que la máquina fonológica solo podía intervenir en la formulación terminal de los enunciados, a un nivel llamado de superficie. Su primer modelo lingüístico suponía –a partir de una estructura sintáctica profunda– generar y transformar los enunciados sin perder ningún matiz, ninguna ambigüedad semántica. Pero en el camino, la «cuestión semántica» no hizo más que espesar el misterio de las operaciones que se supone se efectúan «en profundidad». Para los ortodoxos chomskianos, uno se encomienda a una máquina matemática –una topología sintáctica– para producir composiciones semánticas, mientras que, para la corriente llamada de «semántica generativa», esta misma tarea es confiada a una lógica particular, llamada «lógica natural», que articula «átomos semánticos» abstractos («predicados atómicos») con los «postulados de sentido» que los conectan¹. Buscando despegarse del formalismo estrecho del estructuralismo y del chomskismo, una lingüística de la enunciación se esfuerza hoy en encontrar su propia vía. Tiene por proyecto explícito la consideración de las componentes pragmáticas de la comunicación. Desgraciadamente para ella, parece todavía ser una obviedad que solo se podría tomar en cuenta dichas componentes en tanto que tengan una incidencia sobre las estructuras de la lengua como tal, es decir en tanto que hayan sido previamente sintactizadas y semantizadas.

Y, nuevamente, va a perfilarse la cuestión del estatus de los campos de poder micropolítico que las investigaciones de las corrientes fonológicas y generativistas habían evacuado. Se tiene la impresión de que una vez más no se habrá hecho más que desplazar el «basural» de la pragmática –para retomar una expresión de Chomsky². Con la reducción binarista de los estructuralistas, el basural, era la semántica. Con el topologismo de los «semánticos generativistas», en apariencia se han asumido los contenidos semánticos, pero se los estudiará *sin preocuparse jamás por los agenciamientos sociales de su enunciación*; así, el basural político habrá sido repelido hacia una pragmática de contornos indefinibles. Con la

¹ Ver *Langage*, nº 27, setiembre 1972, p. 72, sobre la «semántica generativa».

² Bar-Hillel habla igualmente de ella como de una «cesta de papeles» «Out of the Pragmatic Wastebasket», *Linguistic Inquiry* LL, nº 3, p. 71.

lingüística de la enunciación, uno finalmente se inclina sobre la pragmática, pero se la constituye en un modo restrictivo. Es tratada como un contenido significativo. De igual modo que los campos semánticos, los campos pragmáticos son aplastados, estructuralizados; quedarán en la dependencia de las máquinas sintácticas y fonológicas, desde luego más complejas que las del estructuralismo de Martinet, y deberán insertarse en un punto o en otro de los empalmes de las estructuras profundas o de las estructuras superficiales de tipo generativista, sin que jamás se acepte la idea de que puedan tener su propio sistema de escalonamiento, sus propios campos de enunciación micropolítica.

Los lingüistas parecen aceptar como una evidencia primera que los campos semánticos y los campos pragmáticos sean binarizados en un modo similar a las máquinas de expresión que vehiculan una información «digitalizada»; se diría que desconfían del contenido y del contexto y que solo aceptan tomarlos en consideración bajo la condición de tener la garantía de que podrán controlarlos a partir de una formalización rigurosa apoyándose sobre un sistema de universales y protegiéndolos de las contingencias históricas y sociales. Nicolas Ruwet, por ejemplo, considera que la creatividad de la lengua solo podría ejercerse en el marco de una axiomática. Rechaza la perspectiva abierta de Hjelmslev de que pueda comenzar en el nivel, más molecular, de la concatenación de las figuras de expresión y de las figuras de contenido (nosotros intentaremos definir las primeras como diagramáticas a-significantes y las segundas como semánticas a-significantes). Ciertamente, este autor no excluye completamente la existencia de tal tipo de trabajo en la lengua, pero lo relega a una posición marginal que parece hacer eco, sobre el plano lingüístico, con aquella que los niños locos y los poetas conocen sobre el plano social³. En estas condiciones, ¿cómo podemos todavía esperar preservar la dimensión de la creatividad de la lengua?

¿Cómo comprender que los desviados, que algunos grupos-sujetos, puedan inventar palabras, romper una sintaxis, cambiar significaciones,

³ «Notemos que la utilización de estas posibilidades inexploradas con fines creadores sigue siendo muy excepcional, incluso en poesía. De seguro se puede citar el *Jabberwocky* de Lewis Carroll, *Finnegans Wake* de James Joyce, o ciertos textos de Michaux; pero lo mínimo que se puede decir es que este tipo de creatividad solo tiene relaciones extremadamente lejanas con la creatividad que existe en el ejercicio ordinario del lenguaje». Nicolas Ruwet, *Introduction à la grammaire générative*, Paris, Plon, 1967.

producir connotaciones nuevas, palabras de acción, palabras de orden político, engendrar revoluciones tanto en la sociedad como en la lengua?

Las materias semióticamente formadas

Con Hjelmslev, el proyecto de una axiomatización radical de la lingüística presentaba al menos la ventaja de no especificar de manera irreversible la oposición contenido-expresión. «Los términos mismos de plano, de expresión y de contenido fueron escogidos de acuerdo al uso corriente, y son completamente arbitrarios. Por su definición funcional, es imposible sostener que sea legítimo llamar a una de esas magnitudes «expresión» y a la otra «contenido» y no lo inverso: ellas solo se definen como solidarias una de la otra, y ni una ni otra puede serlo de manera más precisa. Tomadas por separado, solo se las puede definir por oposición y de forma relativa, como funcivos de una misma función que se opone una a la otra⁴.» Evidentemente, uno puede lamentar que de hecho esta oposición axiomatizada de la expresión y del contenido coincida con la de Saussure entre el significante y el significado, lo cual tiene por consecuencia volver a situar el conjunto de las semióticas bajo la dependencia de la lingüística⁵.

Sea lo que sea, al nivel más esencial de aquello que los glosemáticos llaman la «función semiótica», la forma de la expresión y la forma del contenido se articulan para constituir una «solidaridad» que relativiza radicalmente dicha oposición clásica entre el contenido y la expresión⁶. Ésta solo recobra finalmente sus derechos al nivel de las sustancias (el sentido del contenido y el sentido de la expresión). Correlativamente, solo se puede hablar entonces de forma en la medida en que ella se manifiesta, se funcionaliza en sustancias. Ahora bien, lo que nosotros intentamos mostrar,

⁴ René Lindekens, *Hjelmslev. Prolégomènes à une théorie du langage*, Paris, Hatier, 1975, p. 85.

⁵ Hjelmslev define la lengua como una «semiótica en la cual pueden ser traducidas todas las demás semióticas, tanto todas las otras lenguas como todas las estructuras semióticas concebibles» (*idem*, p. 138).

⁶ Como lo escribe René Lindekens, «... la relación semiótica de interdependencia absoluta, que caracteriza el lazo entre los planos de la expresión y del contenido—de lo cual procede el poder de denuncia de los sistemas de signo—y que Hjelmslev llama relación de solidaridad, debe ser considerada como exclusivamente contraída por ambas formas, de un plano del signo al otro», *op. cit.*

es que metabolismos semióticos no lingüísticos trabajan estas sustancias «antes» de la constitución de una máquina de «hacer significaciones», sin que se pueda establecer, respecto a esto, una relación de prioridad o de jerarquía por relación a esta última (metabolismo, simbólica, diagramática, etc.). Es semiotizando diversas «materias» de base que dicha solidaridad de las formas –que llamaremos aquí máquina abstracta– constituye sustancias de expresión y de contenido. Lo que diferencia la *sustancia* de las *materias*, es precisamente el hecho de estar semióticamente formada. La distinción que Hjelmslev establece entre el sistema y el proceso de su sintagmatización no implica que este último quede prisionero de formas autónomas –del tipo ideas platónicas. Ninguna forma podría existir por sí misma por fuera de los procesos de formación. Estos procesos no remiten necesariamente a códigos universales, cerrados sobre sí mismos; en ciertos casos, permanecen inseparables de las características propias de materiales de base que ponen en juego, aquello que Metz, a propósito del cine, llamó los rasgos pertinentes de las materias de expresión⁷. Toda la cuestión reside en buscar determinar aquello que da a una componente semiótica una función creadora y aquello que se la retira. Las lenguas, como tales, no tienen el privilegio de una creatividad semiótica; incluso funcionan, la mayoría de las veces, como codificaciones de normalización. Inversamente, semióticas no lingüísticas podrán perfectamente ser creadoras e incluso quebrar la capa de conformismo de las significaciones lingüísticas dominantes. La operación de sobrecodificación semiológica de los procesos semióticos «en estado libre», que los reduce al estado de componente lingüística o de dependencia de la lengua, consiste en aislar, para cada uno de ellos, los rasgos utilizables por las formaciones de poder y en neutralizar, rechazar y «estructuralizar» los demás mediante la máquina significante lingüística.

No retomaremos por tanto aquí la distinción entre el signo y el símbolo mantenida por Hjelmslev. Lo que designaremos mediante la expresión de «máquina de signo» cubrirá el sistema de signo y el sistema de símbolo de Hjelmslev (*Prolégomènes*, p. 142). Por consiguiente, no es al nivel de las figuras de expresión que nos esforzaremos en determinar lo que caracteriza las producciones de significación y las producciones simbólicas o icónicas,

⁷ Cf. Christian Metz, *Essai sur la signification au cinéma*, Paris, Klincksieck, 1968, y *Langage et cinéma*, Paris, Larousse, 1971.

sino *al nivel pragmático de los agenciamientos de enunciación relativos a dichas máquinas de signo*. Así la pragmática llegará, en cierto modo, al primer nivel de las componentes responsables de la micropolítica semiótica.

El orden de las cosas y el orden de los signos

En nuestra terminología, diremos que la máquina abstracta o, si se quiere, la máquina extraída de las componentes semióticas de base, la máquina de signo en lo que tiene de más maquínica, es decir de más des-territorializada, al semiologizarse en una lengua, opera una reterritorialización de dichas componentes mediante su reagrupamiento en dos planos homogéneos, el de la expresión y el del contenido. De hecho, estos dos planos no son en absoluto homogéneos: solo dan la ilusión de serlo por la doble articulación, la polarización, la estructuralización que instauran, uno por relación al otro, de sus elementos constitutivos. Estas componentes «de base», desde el momento en que han sido homogeneizadas, planificadas, podrían ser llamadas semiológicas y ya no semióticas. Esta súper-sustancia semiológica que ha sido emplazada detrás de la variedad de las sustancias semióticas, esta *sustancia significativa dualista*, o este sobre-sentido, solo está en condiciones de «tomar en un puño» las multiplicidades intensivas puestas en juego por los diferentes vectores semióticos bajo la condición de cuadrricularlos y de jerarquizarlos mediante este sistema de doble sobre-codificación –sobre-codificación de poder al nivel del contenido y sobre-codificación lógico-axiomática al nivel sintagmático. El ideal de orden, de formalización general de todos los modos de expresión, de delimitación y control de los flujos intensivos de la sustancia semiológica –ideal nunca alcanzado completamente, ya que en la realidad, como lo veremos más adelante, la lengua huye por todas partes–, ese ideal, es el análisis dicotómico exhaustivo, la reducción binarista, la «digitalización» radical de toda praxis semiótica cuyo modelo ha sido elaborado por la teoría de la información y que continúa funcionando (en compañía del behaviorismo y del pavlovismo, con los cuales tiene por otra parte ciertas afinidades) como verdadera máquina de guerra represiva en el campo de las ciencias del lenguaje y de las ciencias humanas.

Se considera fríamente, «científicamente», que el análisis reductor binarista podría ser, de derecho, aplicado a cualquier tipo de hecho social. ¡Y en tanto parece que uno llega allí por medio de un artificio cualquiera,

se convence entonces de haber captado lo esencial del hecho en cuestión, uno está satisfecho, puede detenerse y pasar a otra cosa! En esta dirección, y llevando las cosas al extremo, se puede llegar a considerar que pudiendo cualquier acontecimiento ser expresado en términos de probabilidad de ocurrencia, cualquier estructura resulta ella misma de una extracción de origen accidental, o comandada por un imperativo lógico universal, y que tiene por «fin» la constitución de un foco local de disminución de la entropía en el sistema probabilista de partida. Los universales que se supone dominan la historia y sus luchas de poder están así en la juntura de las dos operaciones que consisten: 1) en *probabilizar* los acontecimientos sobre un eje diacrónico, y 2) en *estructuralizarlos* sobre un eje sincrónico. Pero el verdadero fin de toda esta operación consiste en hacer pasar abajo de la mesa los agenciamientos socio-maquínicos que constituyen en última instancia los únicos productores efectivos de ruptura y de innovación en los campos semióticos que aquí nos interesan. El azar y la estructura son los peores enemigos de la libertad. Proceden ambos del mismo ideal conservador de una axiomática general de las ciencias que fue importada de las matemáticas a partir de finales del siglo XIX, de la misma tradición filosófica del sujeto trascendental como sujeto del conocimiento, inaccesible a las contingencias de la historia, y que se prolonga hoy en el discurso puntilloso y esclerosado de la epistemología. En cada oportunidad, es el mismo juego de manos: a través de la defensa de un orden trascendente fundado en el carácter pretendidamente universal de las articulaciones significantes de ciertos enunciados—el cogito, las matemáticas, el «discurso» de la ciencia—, se busca avalar cierto tipo de estratificación de poderes que garantiza a los escribas su estatus, su confort material y su seguridad imaginaria.

Hay entonces dos actitudes, dos políticas posibles respecto de la forma; una posición formalista que parte de formas trascendentes, universales, cortadas de la historia y que llegan a «encarnarse» en sustancias semiológicas, y una posición que parte de formaciones de poder y de agenciamientos de enunciación que extraen componentes semióticas y máquinas abstractas a partir de los procesos maquínicos tales como los propone la historia. En ocasiones, conjunciones más o menos accidentales entre codificaciones «naturales» y máquinas de signo parecerán tomar la delantera en un período dado, pero, de hecho, dichas conjunciones son inseparables de agenciamientos que, de todas formas, constituyen el foco de su enunciación. Y

no, como podría ser intentado decir, de su re-enunciación. No hay, en efecto, aquí, meta-lenguaje.

El agenciamiento colectivo de enunciación habla «de manera directa» los estados de cosas y los estados de hechos. No hay, de una parte, un sujeto que habla en el vacío y, de otra parte, un objeto que sería hablado en «lo lleno». Lo vacío y lo lleno son «maquinados» por el mismo efecto de desterritorialización. Las conexiones solo son posibles en los puntos donde las cosas de la «naturaleza» y las cosas del lenguaje son desterritorializadas y vuelven posible una conexión de su desterritorialización. Así, los agenciamientos no están librados al azar o a una axiomática de los universales: dependen de una «ley» general de desterritorialización: es el agenciamiento más desterritorializado el que, potencialmente, resolverá el impasse de los sistemas anteriores de enunciación y las estratificaciones de los agenciamientos maquínicos que les corresponden. Pero esta «ley» no implica en nada un orden preestablecido, una armonía necesaria. Solo una diacronía maquínica sin garantía dialéctica. Si creemos necesario insistir sobre esta segunda perspectiva –la de las máquinas abstractas y no de las formas trascendentes–, es porque nos parece ser la única vía posible de despegue del dualismo impenitente e impotenciante en el cual se encierran los lingüistas y, a continuación, los semióticos y los estructuralistas. Pero no se trata de una materia opcional ideológica. En efecto, estas dos perspectivas coexisten y no cesan de actuar una sobre la otra. Las líneas de fuga maquínicas, del lado de las multiplicidades intensivas, tienden a desterritorializar los procesos semióticos, a abrirlos, a conectarlos con otras materias de expresión, mientras que las codificaciones estratificadas, del lado del orden de las «cosas», del lado de las mundanidades dominantes, tienden a sintactizarlos y a cortarlos de todo asidero sobre lo real intensivo. Sobre la primera vertiente, el deseo, perpetuamente en estado naciente, sigue su propia línea sin respeto de las estratificaciones semiológicas; sobre la segunda vertiente, se pone a girar en redondo en las estructuras de poder, en ese «orden mudo» del que Michel Foucault nos dice que nos sujeta a una grilla anterior a las grillas lingüísticas, perceptivas y prácticas en la medida en que ella las *neutraliza duplicándolas*⁸.

⁸ Michel Foucault, *Les Mots et les Choses*, Paris, Gallimard, 1966, p. 12.

Máquina abstracta o abstracción significativa

La salida del ghetto lingüístico, del ghetto de las significaciones, depende del hecho de que las máquinas abstractas funcionan *con* la significación o *independientemente de ella*, en aquello que llamaremos un efecto diagramático (al nivel de las componentes semióticas «pre»-significantes simbólicas, todavía no hablaremos de máquina abstracta, sino solamente de índice maquínico). Cuando se liberan de la sustancia significativa dualista, la evitan o la esquivan, las máquinas abstractas ya no dependen, para manifestarse, de un estrato particular, constituido, en esta ocasión, por la articulación de un plano de expresión con un plano de contenido. Con el efecto diagramático, se organizan a partir de un *plano único*: el plano de consistencia maquínica⁹ o de inmanencia maquínica.

Sobre este plano se inscriben y se articulan todas las puntas de desterritorialización, todas las plusvalías maquínicas. Constituye en cierto modo una máquina de las máquinas abstractas (y de los índices maquínicos), el lugar de potencialización de todos los agenciamientos maquínicos potenciales. Las máquinas abstractas dejan aquí de estar encastradas (o encastradas), segmentarizadas en los estratos; por el contrario, son ahora los estratos los que dependen de ellas, en tanto que anudan los puntos de desterritorialización de sus componentes materiales y semióticas con las plusvalías maquínicas-semióticas del plano de consistencia. Así, los estratos son doblados, acosados, horizonteados por un campo de posible: el del surgimiento de nuevos agenciamientos maquínicos. A este nivel, la distinción entre las máquinas semióticas y sus referentes deja de ser pertinente y es lo que motivará nuestro empleo de la expresión de máquina abstracta. Las máquinas ya no son aquí materiales, ni semióticas. Son máquinas de pura potencialidad. No de potencialidad vacía, pues no parten de nada, sino de los puntos de potencialización de los agenciamientos maquínicos, considerados en un punto dado del filum maquínico, en un contexto histórico dado. Las máquinas son abstractas por el hecho de que extraen los puntos de conexión de las líneas de desestratificación. Instauran la univocidad de las conexiones posibles, allí donde los estratos parecen, desde toda eternidad, tener que mantener separaciones. Con las máquinas

⁹ La noción de «consistencia maquínica» es propuesta aquí para contraponerla a la de «consistencia axiomática» en matemática.

abstractas y su plano de consistencia, son puestas al día rupturas entre los estratos y se vuelve posible un pasaje de la energía más desterritorializada.

Pero esta univocidad de las máquinas abstractas se conserva fundamentalmente metaestable. En tanto tales, lo repetimos, no son nada, no tienen ninguna masa, ninguna energía propia, ninguna memoria. Son solamente la indicación infinitesimal, súper-desterritorializada, de una cristalización de lo posible entre estados de cosas y estados de signos. Se las podría comparar a esas partículas de la física contemporánea que son «virtualizadas» por la teoría y que solo conservan su identidad durante un tiempo infinitesimal; identidad, por otra parte, que no tiene ninguna necesidad de ser probada sobre un plano experimental, en tanto que el complejo teórico-experimental puede continuar funcionando presuponiendo su existencia. Es esta metáfora la que nos hará hablar, a propósito del efecto diagramático, de la puesta en marcha de *signos-partículas*: la máquina abstracta se «carga» o bien de significación, o bien de existencia, según que se fije y se impotencie sobre una sustancia semiológica, o según se inscriba sobre el plano de consistencia maquínico mediante el proceso de diagramatización. En el primer caso, sirve de punto de enganche de las líneas de desestratificación potencial que reterritorializa replegándolas sobre sí mismas, poniéndolas en correspondencia bi-unívoca, sobrecodificándolas o axiomatizándolas. Deviene entonces, para las líneas de fuga, un punto de fuga, pero esta vez en el sentido pictórico, un punto de clausura de la representación que totaliza una perspectiva virtual, que pone término a todas las escapadas del deseo, una suerte de punto de vaciado para toda una serie de contenidos que se constituyen en dependencia de un continente vacío. Mientras que, en el segundo caso, los procesos de semiotización atravesarán los estratos, eludirán los nudos de redundancia que son los efectos de significación, los polos personológicos, las fijaciones a los rasgos de rostridad, etc. Sean cuales fueran entonces su modo de existencia y las componentes semióticas en el seno de las cuales entra, la máquina abstracta ya no estará ligada a coordenadas fijas y universales, sino a un devenir de múltiples potencialidades. Cuando tal efecto diagramático no logra constituirse, el sistema se desploma y se hace recuperar por la sustancia dualista. La «mentalización» de los contenidos significativos consiste en reificar un real, en paradigmaticar significados y en sintagmatizar una expresión, según una economía de normativización y de sujeción semióticas. Como lo ha mostrado Hjelmslev, es sobre el corte fundamental entre la

expresión y el contenido que se escalonan en la significación los diversos modos de formalización semiológica. Después de haber «contraído», en un primer momento, los dos cortes expresión-contenido y forma-sustancia en el seno de la máquina de impotenciación semiótica que constituye el famoso triángulo significante-significado-referente, en un segundo momento, se adjudican títulos de nobleza a la producción de significaciones pretendiéndola superior a todas las otras producciones semióticas, en la medida en que sería la única en poder ser definida como *semiología de la comunicación*. ¿Pero comunicación de qué y entre quienes, si no es de residuos informativos impotenciados entre polos de subjetivación ficticios, radicalmente cortados de las multiplicidades intensivas?

El sujeto no es por tanto un simple efecto de significante como lo proclama la célebre fórmula lacaniana: «Un significante representa el sujeto para otro significante»; resulta del conjunto del proceso que converge en la impotenciación de los modos de semiotización. La subjetivación individuada y concienical de la enunciación corresponde al agenciamiento particular de una serie de cortes impotenciantes:

- al nivel de las máquinas de signo, entre el significante y el significado;
- al nivel del discurso, entre el significado y el referente;
- y al nivel mismo del proceso de subjetivación, por la instauración de una redundancia de las redundancias, de una formalización de los formalismos constitutiva de la presencia ante uno mismo, del *splitting* del yo, por la amenaza de la pérdida de identidad en el doble, por la oposición entre el sujeto y el otro y, más allá, y siempre recentrados sobre el mismo sistema de resonancia vacía, por todos los sistemas de valores bipolares (masculino-femenino en torno del falo, singular-plural en torno del objeto completo, verdadero-falso, bien-mal, etc.).

Cuando la energía de las intensidades deseantes es captada por la máquina infernal del triángulo semiológico (significante-significado-referente), las máquinas abstractas, conectadas en circuito cerrado como en una suerte de ciclitrón, pierden su función maquinica abierta para devenir *abstracciones* significantes. Las multiplicidades intensivas, en lugar de organizarse según índices maquinicos, líneas de potencia (plusvalías maquinicas) o agenciamientos maquinicos, se estructuran según coordenadas espacio-temporales, sustancias de expresión y posiciones inter-subjetivas cuyas claves serán dichas abstracciones. La abstracción significante, la máquina abstracta, los índices y los agenciamientos maquinicos –volveremos

sobre ello enseguida— no cristalizan por tanto «espontáneamente», sino solamente en razón de agenciamientos particulares de enunciación. La abstracción cristaliza parcialmente con el agenciamiento territorializado de enunciación, pero sobre todo, y plenamente, con la individuación de la enunciación —ella implica la erección de un *sujeto* trascendentalizado y de un *significante* trascendentalizado. Todos los flujos son así estratificados, dualizados, tomados en sistemas de eco.

El agenciamiento del contenido y de la expresión no cae del cielo

La semiologización de una máquina abstracta, su fijación como abstracción, implica una autonomización y una impotenciación de la desterritorialización: una desterritorialización vacía, que gira sobre sí misma, se constituye con el proceso de subjetivación concienical. Al sistema de doble articulación de las cadenas significantes corresponde este sistema de redundancia vacío de la máquina concienical: máquina de vaciar las intensidades, máquina de producir el vacío, la falta y el corte representativo. La abstracción simula una vía de pasaje entre las máquinas de signo y las intensidades reales; esta simulación semiótica de las articulaciones reales implica que hayan sido cortadas, vaciadas, todas las conexiones efectivas entre la máquina de signo y el referente, de tal manera que aparecen como arbitrarias las relaciones de denotación y como inmotivadas las relaciones de significación. Pero se trata de una arbitrariedad y de una inmotivación forzadas, de una política activa de corte y de autonomización de un plano del significante. Hace falta continuamente rehacer el vacío, reproducir el aislamiento, hace falta combatir de manera continua el riesgo de que una fuga de deseo reestablezca una conexión directa entre la expresión maquínica, el formalismo del contenido y los rasgos de expresión de las materias constitutivas del referente¹⁰. Es a esta máquina de redundancia vacía, a esta máquina concienical, a la que corresponde esta tarea de vaciamiento y de evitación del deseo. La subjetivación concienical está esencialmente ligada a cierto tipo de organización de la sociedad, a un

¹⁰ Lo cual implica que sigamos a Greimas cuando propone dejar de considerar el mundo extra-lingüístico como un referente absoluto, y tratarlo como un conjunto de sistemas semióticos más o menos implícitos. Algirdas J. Greimas, *Du sens*, Paris, Seuil, 1970, p. 52.

sistema de ley y de significación que impone el hecho de que un espacio de la representación sea separado del mundo de los afectos y agenciamientos reales. Toda codificación debe pasar por la máquina ordenadora central. Y para ello, toda intensidad debe ser obligada a renunciar a conexiones que se establecerían por fuera de la «coherencia» de las significaciones y de las coordenadas dominantes. Lejos de ser un dato en sí, el significante debe entonces ser reproducido sin cesar por la máquina concienal y la simulación significante, debe sin cesar ser impedido de transformarse en un devenir diagramático que pondría en marcha interacciones directas entre las máquinas de signo, los afectos y el campo de las intensidades «materiales». Las palabras y los escritos no son, como tales, impotentes, sino siempre en razón de una sintagmatización y de una paradigmización represivas que los sobrecodifican. Pero esta impotenciación es constantemente combatida por el hecho de que la máquina de expresión desterritorializada –al nivel de las articulaciones «profundas» de sus figuras de expresión– tiende a escapar, como por sí misma, a dicha represión. ¡La homogeneización de los procesos de formalización que dependen del contenido con aquellos que dependen de la expresión no cae del cielo! Resulta de una unificación operada por el conjunto de las formaciones de poder. En «profundidad», no hay unidad de forma, ni dualidad de sustancia, sino una multiplicidad de intensidades de los maquinismos sin distinción de expresión y de contenido, de forma y de sustancia.

Al nivel de las estratificaciones sociales, los intercambios solo serán tolerados en tanto que estén debidamente sobrecodificados –es el régimen de la desterritorialización relativa. La abstracción, en estas condiciones, ya no deberá ser considerada como una máquina abstracta «enfriada», sino más bien como un sistema activo de neutralización de los agenciamientos maquínicos y de extinción de los índices maquínicos. Por eso ella siempre tiene una parte conectada a una formación de poder. Las abstracciones de la religión por ejemplo, o las que fundan la identidad personológica, la identidad étnica, nacional, etc., crean un sentimiento de pertenencia, de participación en una territorialidad común de referencia. Todos los caminos conducen al *punto de significancia* trascendente al cual están ligados los diversos sistemas de valor, religiosos, morales, políticos, económicos, cósmicos, etc. Este nudo de redundancia, que señala el punto óptimo tolerable de los procesos de desterritorialización, tiene por función «doblar» y poner un término a las amenazas de sus desbordes. Así, fija

un objetivo, una perspectiva, a las líneas de fuga abiertas por los índices y a los agenciamientos maquínicos; los primeros deberán permanecer más acá de un horizonte abstracto, mientras que los segundos deberán retornar de manera constante a los contenidos universales de los que se volverán sus fundamentos aparentes. ¡Así fijadas las máquinas abstractas como mariposas en el cielo de las ideas abstractas, la energía del deseo podrá ser puesta al servicio de un orden del mundo que será, por su parte, completamente terrestre!

No se trata de llevar el deseo del lado de lo concreto y de excluirlo del lado de lo abstracto. Solo un investimento de deseo sobre las formaciones de poder productoras de representaciones abstractas podrá explicar, por ejemplo, la potencia de alienación de éstas. Paradoja de estas pseudo-mediaciones trascendentales que solo desembocan en el vacío y la impotencia, mientras que los verdaderos operadores están, al alcance de la mano, en agenciamientos prácticos que pueden, en todo momento, restituir su potencia a los signos de la tierra y conferir una potencia suplementaria inaudita a las máquinas de signos-partículas de los agenciamientos colectivos de enunciación (por ejemplo a los complejos teórico-experimentales, a la música, etc.). En la perspectiva de una pragmática (semiótica o no), uno debería ser llevado a considerar el carácter contingente de las componentes del triángulo semiológico que se nos presenta como fundado sobre universales, pero de los cuales ninguno es independiente de formaciones de poder particulares: del lado del significante, de los agenciamientos de poder diagramático científico, económico, etc.; del lado del significado, de los agenciamientos de poder escolar, político, etc.; del lado de las semióticas del referente, de los sistemas de sujeción de los modos de codificación perceptivos, audiovisuales, etc.¹¹. (Por ejemplo, uno solo percibe objetos de consumo en la medida en que tiene acceso a ellos por las semióticas

¹¹ Roland Barthes denuncia la pretensión de la denotación de fundar «el primero de los sentidos»: «... La denotación no es el primero de los sentidos, sino que finge serlo; bajo esta ilusión, no es finalmente más que la *última* de las connotaciones (aquella que parece a la vez fundar y clausurar la lectura), el mito superior gracias al cual el texto finge retornar a la naturaleza del lenguaje, al lenguaje como naturaleza: una frase, sea cual sea el sentido que libere, posteriormente, según parece, a su enunciado, ¿no parece decirnos algo simple, literal, primitivo, *verdadero* por relación a lo cual todo el resto (que viene después, por encima) es literatura?» Roland Barthes *S/Z*, Paris, Seuil, 1970.

monetarias —el «poder de compra»—, la publicidad, etc.; si se pasa al lado de ellos sin verlos, uno no hace más que soñar con ellos.)

Para Hjelmslev, la pareja forma-sustancia era primera por relación al par expresión-contenido, mientras que en nuestra perspectiva, se debe partir de la articulación eventual, por un agenciamiento de enunciación, de estas dos parejas y de las materias de expresión del «referente». El fundamento de la expresión no se debe buscar en una formalización trascendente, sino en la constitución de una máquina de expresión cuyos modos de subjetivación podrán ser simbólicos, analógicos, significantes, a-significantes, en grados diversos, en función del agenciamiento de las componentes semióticas que ponen en marcha baterías de signos más o menos desterritorializados, discretizados, digitalizados, sintactizados, etc. De hecho, Hjelmslev no se despegó completamente de una perspectiva «lingüístico-centrista»; solo retuvo el caso de una complementariedad contenido-expresión del tipo derecho-revés, es decir el caso de una reversibilidad total entre una forma de la expresión y una forma del contenido. Pero el reinado de tal formalismo generalizado solo pudo ser instaurado bajo la condición de que los operadores reales hayan efectuado previamente la convertibilidad de los sistemas de valores involucrados. Se tratará, en primer lugar, del poder de Estado como lugar de convertibilidad general de los macro-sistemas de valores económicos y simbólicos, pero también del rizoma tentacular de las formaciones de poder y de los Equipamientos colectivos ligados a conjuntos sociales de todo tamaño —que miniaturizan y profundizan esta convertibilidad para llegar a un control sistemático de todos los sistemas singulares de valores de deseo. La industria del espectáculo por ejemplo, apoyada en los *mass media*, organizará lugares de convertibilidad de todas las representaciones imaginarias; mientras que la familia y la escuela se encargan de la traductibilidad semántica y del emplazamiento como corte significante de cualquier expresión del niño.

Aquello que pasa de la expresión al contenido, e inversamente, son formas relativamente desterritorializadas, formas cuya desterritorialización fue contrastada, cortada de su dinamismo potencial. La convertibilidad de los sistemas es siempre sinónimo de impotenciación y de poder: impotenciación del deseo por el poder de estratificación de las formaciones semióticas significantes que logran localizarlo, «identificarlo», formalizarlo, en un sistema de redundancia vacía. Consideremos el caso de una reversión completa entre un significante y un significado durante el aprendizaje

de una lengua extranjera: el hecho de que un objeto denotado sirva para indicar una palabra desconocida implica que un elemento del referente, o de la representación, pasa a la posición de significante, mientras que la cadena de expresión fonemática o grafemática pasa a la posición de significado. ¿Qué pasa entonces? ¿Hay transmisión de una forma? ¿De una información? ¿No se trata más bien del emplazamiento de una nueva componente de codificación perceptiva: la cosa signo-percibido será el asistente de la cosa dicha o murmurada? De lo que se trata aquí, no es por tanto de una simple tecnología lingüística de traductibilización de una forma, sino de un agenciamiento de enunciación que vuelve posible o no tal o cual micropolítica del discurso¹². Un niño podrá arreglarse muy bien, por ejemplo, para maquinar las palabras y las cosas sin cortarlas de las intensidades deseantes –por ejemplo, el pequeño Hans evitará formalizar un paradigma alrededor del pene, hablará más bien de la función, del «hacer pipí» (*wiwimacher*) que encontrará en acción un poco por todas partes. Pero desde el momento en que el poder adulto, familiar, escolar, se instala en el corazón de su modo de semiotización, todo cambia: la energía del deseo deberá investirse sobre la sintactización de los enunciados, sobre la identificación de los objetos, de las clases, de las coordenadas de toda naturaleza: será preciso que el niño renuncie absolutamente a sus cuestiones-máquinas, que acepte el orden fijado de las cosas, a saber que ni las mujeres, ni las locomotoras tienen hacer-pipí¹³. De este modo serán fijadas y estabilizadas las formaciones dicotomizantes del sujeto de

¹² Paul Ricoeur opone así la posibilidad de traducir el sentido de una instancia de discurso a la imposibilidad de traducir el significado de un sistema de signo: «Esta función lógica del sentido, transportado por una frase entera, no podría ser confundido con el significado de ninguno de los signos puestos en acción por la frase. En efecto, el significado del signo es solidario del sistema de una lengua dada; debido a ello, no puede ser transpuesto de una lengua en otra; por el contrario, el sentido de la frase, que se llamaría mejor lo «entablado» que lo significado, es un contenido global de pensamiento que uno puede proponerse decir de otro modo al interior de la misma lengua, o traducir en otra lengua; mientras que el significado es intraducible, lo «entablado» es eminentemente traducible.» «Signe et Sens», *Encyclopaedia Universalis*, 1975.

¹³ Como lo escribe Basil Bernstein, «cuando un niño aprende su lengua, o, en los términos que se usarán aquí, cuando aprende los códigos específicos que determinan sus actos verbales, aprende al mismo tiempo las exigencias de la estructura social en la que está inserto; su experiencia se transforma por los aprendizajes que el propio ejercicio de su discurso, en apariencia espontáneo, le hace realizar». *Langage et classes sociales*, Paris, Minuit, 1975.

la enunciación y del sujeto del enunciado, del locutor y del oyente, del objeto inanimado y del objeto viviente, de lo masculino y de lo femenino, etc., mientras que para el niño existen innumerables vías de pasaje entre estas estratificaciones.

Cuatro tipos de agenciamiento expresión-contenido

La individuación del proceso de la enunciación y la discernabilización semiótica de otro por uno mismo son correlativos del despegue de un plano trascendente del contenido por relación a las territorialidades «naturales» del deseo y por relación al plano de inmanencia de las intensidades maquínicas. El *splitting* de la enunciación es inseparable del *splitting* de la significación. El sujeto de la enunciación, el Otro, la Ley y el plano del contenido corresponden siempre al desprendimiento de un objeto de poder. El contenido cristaliza un mundo, no un mundo universal, sino una mundanidad marcada por campos de fuerza contingentes. Habría razón por tanto para distinguir aquí los diferentes modos de estructuración de los formalismos en función del hecho de que impliquen o no la existencia de un plano autonomizado de expresión que separe radicalmente el objeto expresado de la máquina de expresión. En efecto, los rasgos de formalización de las diferentes «materias» de expresión, en el sentido de Hjelmslev, no están necesariamente estructurados de tal modo que sean traductibilizables. Cuando lo son, es porque han sido tratados en un modo apropiado. Pero convendría distinguir además entre los diversos modos de traductibilización según que tengan por objeto una proposición científica o un enunciado del sentido común, según que sean efectuados por una máquina estética o por una máquina social revolucionaria, etc. Sería ilusorio creer, por ejemplo, que la estructura dada a las formas musicales en la época barroca contiene «en potencia» la axiomática del desarrollo de la música romántica. Existen ciertas constantes, correspondencias lógicas, pero el pasaje de una época a otra no está hecho solo de eso. Muchos otros factores se deben poner en la cuenta del campo social histórico, técnico, etc.

Ninguna estructura formal domina los diferentes estratos semióticos, salvo en la cabeza de los teóricos del arte o de los epistemólogos. Aun en el caso de que un estilo, una teoría, incluso una axiomática, logren imponerse como dogmas y parezcan marcar su época con su huella, los cambios reales, de hecho, resultan siempre de la intrincación de componentes que

desbordan de todas partes el dominio considerado. Por tal motivo, desde el momento en que el acoplamiento estructural sustancia del significante/sustancia del significado se encuentra amenazado por la irrupción de una línea de fuga interna —una componente diagramática—, todos los rasgos de las materias de expresión tienden a retomar sus derechos y a volver a su modo de formalización intrínseco (esto es manifiesto con las composiciones semióticas del sueño o de la angustia). Relativizar, como lo proponemos nosotros, la oposición tradicional significado-significante, no implica por tanto necesariamente renunciar a aplicar la oposición contenido-expresión a otros tipos de agenciamientos estructurales. Como lo sugiere Oswald Ducrot, la identificación de la realidad semántica a la significación no es absolutamente evidente, en la medida en que las dimensiones pragmáticas del contenido exceden la significación en su acepción habitual¹⁴.

	Componentes semióticas	Funciones de contenido	Articulaciones del contenido y de la expresión	Agenciamientos de enunciación
Generativas interpretativas	Análogica	Semántica	Campos de interpretancia	Subjetivo, colectivo y terri- torializado
	Semiológica lingüística	Significante	Plano de signi- ficancia (doble articulación)	Subjetivo, indi- viduado, yoico
Transforma- cionales no interpretativas	Simbólica intensiva	Performativa e indiciaria	Líneas de fuga y de desestratifi- cación	A-subjetivo performativo
	Diagramática	De sentido a- significante	Plano de consis- tencia	A-subjetivo maquínico

En estas condiciones, tal vez ganaríamos en reservar el empleo de las nociones de contenido semántico y de campo semántico al caso particular de las componentes interpretativas analógicas, retomando el esbozo de clasificación de las componentes semióticas que hemos propuesto más arriba. Tendríamos entonces:

— *componentes generativas analógicas* cuyos *contenidos semánticos* manten-
drían relaciones «de envolvimiento» con los referentes que ellos interpretan

¹⁴ John Searle, *Les Actes de langage*, Paris, Hermann, 1972, p. 25.

y serían generadores de *campos de interpretancia*. Su modo de enunciación dependería de *agenciamientos colectivos territorializados* (por ejemplo clásico, o transitivista, para la niñez, «anterior» al lenguaje);

- *componentes generativas semiológicas lingüísticas*, cuya interpretación procede a partir de un «acolchado» sintagmático del plano del contenido (*plano de significancia*) Estando aquí el referente distanciado de la representación signifiante, el modo de enunciación dependería de *agenciamientos subjetivos individuados*, relativamente más desterritorializados que los precedentes (función del yo);

- *componentes transformacionales simbólicas intensivas y a-subjetivas*, cuyos contenidos indexan referentes y coordenadas de enunciación (*índices maquínicos*, línea de fuga y *función performativa*). Ellas desubjetivan, «maquinizan» la enunciación, desterritorializan las estrategias personológicas, sin no obstante catalizar procesos de desterritorialización diagramáticos de las máquinas de signo. Procederían por reagenciamiento de las componentes semióticas sin crear con ello, propiamente hablando, otras nuevas (ejemplo: desubjetivación mística o estética). Se hablará aquí de *agenciamiento colectivo de enunciación*, aun en el caso en que un solo individuo se exprese, pues será considerado en tanto multiplicidad intensiva no totalizable;

- *componentes transformacionales diagramáticas*, a-subjetivas, cuyos contenidos *a-significantes* desterritorializan no solamente los agenciamientos de enunciación, sino también las máquinas de expresión, los formalismos semánticos, y que entrarían en conexión directa con los modos de codificación propios a las diferentes estratificaciones del referente (lo cual implica una «referencia» común al nivel más desterritorializado: la del *plano de consistencia maquínico*). Se hablará aquí de *agenciamiento maquínico de enunciación*.

Se notará que los agenciamientos colectivos tales como los habíamos considerado en la primera parte de este trabajo desbordan diversas casillas de nuestro cuadro: pueden ser territorializados y depender de una componente con dominante analógica (por ejemplo, sociedades primitivas, grupos de adolescentes, etc.); pueden participar de componentes simbólicas intensivas (por ejemplo, experiencia de droga); pueden ser adyacentes a una enunciación maquínica (por ejemplo, los coros por relación a la orquesta, en una ópera moderna); o pueden permanecer bajo la dependencia de una economía individuada de la enunciación (deslizamiento de grupos-sujetos hacia grupos sujetados). De una forma más general, los términos

de la cuatripartición que proponemos no deben ser considerados como los elementos nucleares de una «maquínica» semiótica. En efecto, cada uno de ellos pone en juego una función diagramática particular para alcanzar su punto de eficiencia (aun cuando se trate de un punto de impotenciación significativa) y, en un nivel o en otro, desarrollan una función indiciaria semántica y significativa. Aquí todo se trata de agenciamiento, de acento, de dominante, en una palabra de micropolítica semiótica. Nunca se trata de otra cosa que de mixtos que asocian estos diferentes tipos de componentes. Un agenciamiento de enunciación poética, por ejemplo, desembocará en concatenaciones simbólicas y en modos de subjetivación que asocian diversos regímenes de signos de los que se podrá decir a la vez que están semiológicamente formados –aunque parcialmente a-gramaticales¹³– y que son a-significantes, aunque portadores de contenidos semánticos pre-codificados.

Señalemos igualmente, a propósito de este cuadro, que las categorías lingüísticas de Benveniste de interpretancia y de significancia, que corresponden respectivamente, para este autor, a los ejes paradigmáticos y sintagmáticos, nos parecen poder ser transpuestas aquí al nivel semiótico, pero a condición de ser separados una de la otra. La interpretancia deviene una componente que puede ser autonomizada:

- aplicada de manera aislada a una componente simbólica intensiva, genera a partir de ella una semiótica analógica (sin entrecruzamiento de ejes paradigmáticos y sintagmáticos, pero con desarrollo de campos de interpretancia semánticos y de agenciamientos de enunciación territorializados);
- aplicada a una componente diagramática (por ejemplo una máquina de signo de origen lingüístico), ella la transforma (o la retransforma) en semiología significativa, que adquiere ella misma función de significancia,

¹³ En la terminología de Charles E. Bazell, se debería más bien hablar aquí de enunciados no-gramaticales. Este autor, en efecto, cree que se debe establecer una distinción entre los enunciados a-gramaticales y los enunciados no-gramaticales; los primeros, del tipo *«he seems sleeping»*, serían susceptibles de ser puestos en orden, ser retraducidos en enunciados «normales», por ejemplo en *«he seems to be asleep»*; mientras que los segundos, del tipo *«colourless green ideas furiously»*, no «careciendo» de nada, no siendo remisibles a ninguna cristalización significada, a ningún correspondiente reconocido, escaparían como por sí mismos a las correcciones eventuales. Pero esta distinción nos parece completamente relativa: existen en efecto muchos intermediarios represivos entre la corrección gramatical por el profesor y la incorregible segregación del texto loco por la psiquiatría. Cf. *Langage*, nº 34, junio 1974.

por el entrecruzamiento de ejes paradigmáticos y sintagmáticos, correlativa de un proceso de subjetivación (o de re-subjetivación).

El grado de gramaticalidad propuesto por Chomsky sería entonces función del grado de dependencia y de contradependencia que se establece en el marco de un agenciamiento lingüístico significativo, entre, de una parte, los contenidos semánticos «latentes» de las componentes analógicas y performativas de las componentes simbólicas que están implicadas allí, y de otra parte, los contenidos diagramáticos «potenciales» de la máquina a-significante que allí es puesta en juego. La a-significancia de un enunciado podría entonces resultar de dos tipos de transformación: sea que en un nivel morfemático, logre eludir el despotismo de los formalismos significantes y se enriquezca de «cargas» indiciarias nuevas, por ejemplo, mediante proliferación polisémica u homonímica que lo abra en diferentes direcciones (es el caso del pasaje de un agenciamiento semiótico dominado por un modo de generación significativa a una transformación simbólica); sea que al nivel «glosemático» de sus figuras de expresión (fonemas, grafemas...), logre insertarse en un agenciamiento semiótico dominado por una transformación diagramática cuyo contenido escapará a todo sistema de representación analógica y a toda sobrecodificación significativa. Desde entonces, el enunciado diagramático participará directamente en un agenciamiento maquínico que ya no pone en juego sustancias semiológicamente formadas, sino los rasgos pertinentes de materia de expresión constitutivos de cadenas a-significantes «científicamente formadas», «musicalmente formadas», etc.¹⁶.

Estas distinciones deberían poder conducirnos a realzar las ambigüedades que resultan por ejemplo de la amalgama, por Charles Sanders Peirce, bajo el término de *icono*, de las «*imágenes*» y de los «*iconos de relación*», dependiendo las imágenes de contenidos semánticos e indiciarios y los iconos de relación de contenidos diagramáticos —o incluso de las oposiciones entre significación lexical y significación gramatical, o significación relacional, estos últimos dependiendo igualmente de las componentes diagramáticas propias de la lengua. El *sentido diagramático* que proponemos aquí podrá ser aproximado también al *sentido operatorio* que Klauss opone al sentido eidético¹⁷. Para este autor, el sentido operatorio pone en juego agenciamien-

¹⁶ Cf. Louis Hjelmslev, *La Stratification du langage*, Paris, Minuit, 1971, Essais, p. 58.

¹⁷ Cf. Herbert E. Brekle, *Sémantique*, Paris, Armand Colin, 1974, p. 54-60.

tos de signos que representan series de fonemas o configuraciones semánticas, mientras que el sentido eidético queda prisionero del triángulo de la significación: signo-concepto-objeto representado. Pero él todavía valoriza demasiado, según nosotros, el sentido eidético del que hace una especie de referencia secreta del sentido operatorio. Es así que cuando considera, con justicia, que las concatenaciones de símbolos, en los cálculos abstractos, son operaciones provistas de cierto tipo de sentido, añade que se trata de un sentido «menos rico» de posibilidades en cuanto al manejo posible de los objetos que representan. Nosotros estimamos por el contrario que el *sentido sin significación*, que es producido por una economía diagramática de los signos, es capaz de deshacer los impasses propios a las semiologías de la significación en tanto que introduce, en los agenciamientos semióticos, un coeficiente de desterritorialización suplementario que permite a las máquinas semióticas simular, «doblar», efectuar los nudos relacionales y estructurales relativos a los flujos materiales y sociales, precisamente en los puntos que permanecen ciegos a una visión antropocéntrica.

La sujeción semiótica

La fascinación que ha ejercido la formalización chomskiana durante los últimos quince años consiste sin duda en las construcciones tipológicas que le están asociadas: se manipulan allí árboles, símbolos, se discernabilizan ambigüedades. La primera aproximación de Chomsky ciertamente contactó de entrada con algo de la máquina abstracta que funciona en la lengua. Pero la sucesión de los modelos propuestos y la tentativa de recuperación del sistema por los psicólogos, los semánticos y los lógicos han atenuado el carácter muy abrupto de dicho maquinismo abstracto. Lo mejor que hay quizá en la obra de Chomsky, son sus primerísimas intuiciones¹⁸. Ciertamente, los partidarios de la semántica generativa pueden fácilmente discutir hoy su oposición entre las estructuras profundas y las estructuras superficiales y restablecer una continuidad entre la sintaxis y la semántica. En suma, reconducen a Chomsky a la razón; pero solo pueden hacerlo en la medida en que continúan aceptando no salir nunca del marco de las semiologías significantes. De hecho, no hacen más que enredarse ellos mismos, intentando arrastrar a continuación a los chomskianos ortodoxos

¹⁸ Se podría hacer la misma observación a propósito de los primeros modelos de Freud.

hacia una lingüística más alejada que nunca de una pragmática micro-política. Tal vez habría que profundizar, por el contrario, las intuiciones iniciales de Chomsky, considerando que sus primeros modelos de máquinas abstractas no eran *todavía lo suficientemente abstractas*, que seguían siendo aún demasiado tributarias de las articulaciones significantes del lenguaje y que la gramaticalidad que buscaba captar, lejos de tener que alienarse en una «lógica semántica», debería, por el contrario, ser entendida como una de las modalidades del *poder abstracto* que es puesto en juego por los flujos capitalísticos más descodificados (es decir flujos diagramáticos a-semánticos y a-significantes)¹⁹. ¿Qué es la gramaticalidad? ¿A qué corresponde ese símbolo categorial que domina todas las frases, ese signo S^{-0} y ese *axioma* primero de la estructura generativa de los árboles sintagmáticos chomskianos, que impone a todas las derivaciones remontar a un punto de origen único? ¿Debe ser considerado simplemente como el núcleo de engendramiento de la primera de las significaciones gramaticales, o más bien como una de las marcas más fundamentales de la pragmática a-significante inherente a cierto tipo de sociedad? Sin duda participa de estas dos dimensiones. S es un marcador mixto: es ante todo un *rotulador de poder*, y secundariamente un rotulador *sintáctico*. Formar frases gramaticalmente correctas constituye, para un individuo «normal», lo previo a toda sumisión a las leyes sociales. Al igual que la ley, se supone que nadie ignore el principio de la gramaticalidad, o bien entonces, pasará a depender de instituciones acondicionadas para los sub-hombres, los niños, los desviados, los locos, los inadaptados; es remitido a sub-sistemas de gramaticalización; se lo interpretará, se lo traductibilizará, se lo adaptará.

La puesta en circulación de agentes normativizados de la producción pasa ante todo por la sumisión semiótica de cada individuo como locutor oyente capaz de adoptar un comportamiento lingüístico compatible con los modelos de competencia que le asigna su posición particular en la sociedad y en la producción. El axioma S, el primer principio significativo de la lengua –la producción de frases que responden a las normas de gramaticalidad– nos

¹⁹ Sebastian K. Saumjan opone al sistema de concatenación lineal de Chomsky un sistema de objetos abstractos fundado sobre la operación de aplicación (MGA: modelo generativo aplicativo; pero su formalización no parece tener que conducirlo a dar cuenta de la modelización de la lengua a partir de los hechos de poder. Cf. *Langage*, nº 33, marzo 1974, p. 22 y 54, para la influencia de Hjelmslev.

²⁰ Abreviación de «sentencia».

parece depender entonces, en primer lugar y ante todo, de un principio micropolítico fundamental de las sociedades capitalísticas. Estas sociedades están constituidas de tal modo que nadie pueda escapar de derecho al despotismo de los flujos descodificados: flujo de trabajo abstracto, como esencia de los valores de intercambio; flujo de signos monetarios, como sustancia de expresión del capital; flujos de signos lingüísticos sintagmatizados y paradigmáticos de forma de responder a modos de comunicación inter-humanos normalizados, etc. Desde luego, la amenaza de una toma de poder de los flujos descodificados no comienza con el capitalismo; existía ya en las sociedades más «primitivas». (Habría que distinguir todavía, entre estas últimas, aquello que Pierre Clastres llama las sociedades de Estado y las sociedades sin Estado, que no tienen la misma actitud defensiva contra la acumulación del poder en un aparato de Estado²¹.) Como hemos intentado mostrarlo en el primer capítulo de este estudio, las sociedades primitivas y antiguas están ya atravesadas por flujos capitalísticos que ellas se esfuerzan en conjurar; habrá que esperar «el accidente» de la Edad Media occidental y del Renacimiento para ver aparecer sociedades que pierden realmente el control de los flujos descodificados en una suerte de barroquismo generalizado —económico, político, religioso, estético, científico, etc.—, proceso que conducirá a las sociedades capitalistas.

La sujeción semiótica de los flujos de deseo a la cual proceden las sociedades capitalísticas no tolera la autonomía de ninguna codificación intrínseca y ninguna máquina deseante puede escapar a la sobrecodificación por la máquina signifiante del Estado. El poder signifiante de la lengua nacional y el poder del estado tienden a coincidir. Los segmentos moleculares de expresión sustituyen las antiguas estructuras segmentarias del *socius* para constituir el plano del contenido, que vehicula al mismo tiempo los imperativos de la ley moral y de las leyes cívicas. Es por la elevación de este plano que las intensidades del deseo despegan de sus antiguas territorialidades y reciben su polaridad de objeto y de sujeto. Ellas son mediatizadas, cuadriculadas, y devienen menester social, demanda, necesidad y sumisión. Solo existen en la medida en que, de una parte, su expresión entra en redundancia con los principios de organización del Estado como lugar de recentramiento y de capitalización del poder, y, de otra parte, en la medida en que se repliegan sobre sí mismas, se traducti-

²¹ Pierre Clastres, *La Société contre l'État*, *op. cit.*

bilizan, es decir, a fin de cuentas, renuncian a su carácter de flujo nómada a-sujeto y sin objeto.

La máquina de sujeción semiótica de Estado constituye, de hecho, la herramienta fundamental que permite a las clases dominantes asegurar su poder sobre los agentes y los medios de producción. Todo comienza, en apariencia, con las dicotomías engendradas a partir del axioma S, las cuales organizan frases divisibles en sintagmas nominales y sintagmas verbales que parecen corresponder a una de las exigencias fundamentales de la condición humana, cuando de hecho solo se trata de una transformación semiológica particular, la transformación significativa, que impone al discurso plegarse a una actividad de predicación. Pero el poder capitalístico no puede contentarse con agenciar semióticamente las intensidades sobre el modo único de lo infinitivo²². Los infinitivos intensivos deben ser modulados, deben ponerse al servicio de una pragmática predicativa y de una estrategia deíctica compatibles con el sistema de las significaciones dominantes (codificación de posición jerárquica, de permutabilidad de los roles, de división sexual, etc.). Las intensidades deberán dejar su lugar a las normas del sistema dominante, y cuanto más abstracta e interiorizada sea la codificación normativa, más eficaz será. En particular, lo que llamaremos el «devenir-cuerpo-sexuado» será negociado en su relación con el «devenir-cuerpo-social» mediante el régimen de la pronominalidad y de los géneros que axiomatizarán las posiciones subjetivas de la alienación femenina²³. Pero es también en sus mínimos detalles que la composición de los poderes políticos y micropolíticos será indexada por la lengua. Esta economía abstracta del poder y de las implicaciones sobre los modos de generación de transformación y de las componentes sintácticas, lexicales, morfo-fonológicas y prosódicas de la lengua nos parece por tanto inseparable del entrecruzamiento de los campos pragmáticos de la enunciación, de aquello que Ducrot designa como el «valor polémico» (en el sentido etimológico) de la lengua y cuya mera consideración debería reducir a nada toda idea de fundar su autonomía sobre un sistema de universales.

²² Las primeras expresiones verbales del niño son, para el pasado, participios pasados («partido», «caído») y para el futuro, infinitivos. Luego se desarrollan perífrasis («yo voy a ir») y solo en último lugar inflexiones. Cf.: Elizabeth Traugott, «Le changement linguistique et sa relation à l'inquisition de la langue maternelle», *Langage*, n° 32, 1973, p. 47.

²³ Cf. Robin Lakoff, *Language and Woman's Place*, New York, Harper & Row, 1973.

La competencia como instrumento de poder

La lingüística generativa nos presenta la competencia como una suerte de instrumentación neutra que se pone al servicio de la producción creadora de discurso. Se accede al cielo de los universales lingüísticos más allá de todas las contingencias sociales e históricas. ¡Y para los puntos oscuros, uno se encomienda a los milagros de la herencia! Pero no hay gramaticalidad en sí, no hay competencia en sí. La competencia y la performance están siempre en una relación relativa.

Toda cristalización de una competencia como norma, como marco de diversas performances concretas, es siempre sinónimo del establecimiento de una posición de poder. No hay competencia general, ella siempre está ligada a un terreno particular: político, social, económico, religioso, estético, etc. Esto no significa que no ponga en juego medios abstractos –máquinas abstractas–, que surgen como mutaciones sobre el filum maquínico de la «rama» humana. Pero estas no dependen de gramáticas fundadas sobre universales estructurales. (¡La economía política capitalista también quiso durante mucho tiempo presentarse como la gramática general de toda economía posible!) No hay performance, por ejemplo la de un niño en la escuela, sino por relación al tipo de competencia fijada en el marco de la micropolítica escolar de una sociedad dada en una época dada; de una forma general, toda competencia implicará relaciones políticas entre naciones, entre regiones, entre las clases políticas, castas, etnias, etc. Las teorías de la universalidad de la competencia descansan sobre la idea simple por sí misma de que la capacidad de producción lingüística de un individuo excede su producción efectiva de discurso –sus performances–; dicho de otro modo, que él dispone de una máquina de expresión que pone en juego esquemas abstractos y que esta máquina es mucho más que la simple totalización de las producciones en serie de enunciados de la que es capaz. ¡Sin dudas! Pero las relaciones entre esta «máquina de competencia» y las producciones que ella performa pueden invertirse. La máquina es ella misma producida por su producción. ¿Cómo podría ser si no es así? ¿De dónde se querría hacerla salir? ¿De una facultad innata de lenguaje? La competencia y las performances están en interacción constante. En un momento dado, la competencia –la virtualidad maquínica de expresión– contiene claves de desterritorialización estratificadas y estereotipadas; en otro momento, es una producción semiótica particular

la que desterritorializará una sintaxis demasiado rígida. Una competencia territorializada sobre un espacio social dado —un grupo, una etnia, un oficio, etc.— podrá ser relegada al rango de sub-competencia, lo cual tendrá por efecto desvalorizar los diferentes tipos de performance que le están asociados²⁴, luego, en función de modificaciones de las relaciones de fuerza presentes o de una transformación de la micropolítica local del deseo, esta misma competencia podrá «tomar el poder» sobre un espacio social más amplio y devenir competencia regional, nacional, imperial... Un estilo se impone, una jerga se convierte en hablar aristocrático, una lengua técnica contamina lenguas vernáculos, una literatura menor adquiere una importancia universal... Entendemos que estos procesos de mezcla política no concernirán únicamente a la difusión de morfemas, sino que pondrán en juego todos los resortes de la lengua.

No hay universalidad de los actos de lenguaje y, como la lengua es inseparable de dichos actos, *no hay universalidad de la lengua*. A cada secuencia de expresión lingüística está asociada una red de eslabones semióticos de toda naturaleza (perceptivos, mímicos, gestuales, pensamientos por imágenes, etc.). Cada enunciado significativo cristaliza así una danza muda de intensidades que se juegan a la vez sobre el cuerpo social y sobre el cuerpo individuado. De la lengua a la glosolalia, todas las transiciones son posibles. No hay universales lingüísticos. Los ejemplos de universales que son alegados por los chomskianos, como por ejemplo, sobre el plano de la expresión, la existencia de una organización morfo-fonológica de doble articulación, son características maquínicas, que conciernen a condiciones de posibilidad del lenguaje y que le son tan extrínsecas como la gama de las articulaciones fónicas a partir de la cual podrá instaurarse una semiótica fonológica. Estos supuestos universales no son más que rasgos específicos de una sustancia de expresión particular, lo que Christian Metz llama los «rasgos pertinentes de las materias de expresión», a partir de los cuales se constituyen las sustancias semióticamente formadas. La herencia es a menudo puesta por delante para explicar la rapidez del aprendizaje de la lengua. Pero consideremos el hecho, por ejemplo, de que en un medio «impregnado» de semiótica musical, un niño de cuatro años logra acceder a una verdadera competencia musical: ¿deberemos ponerlo en

²⁴ Cf. el estudio de Joey L. Dillard, *Black English, Negro Non-Standard English and Merican*, New York, Vintage Book, 1972.

la cuenta de un «montaje» hereditario de las capacidades de lectura y de las capacidades manuales, muy especializadas, como se sabe, según cada instrumento? ¡Es absurdo!

La hipótesis que concierne a universales al nivel del contenido es todavía más frágil. La organización de los contenidos, la constitución de un campo homogéneo de la representación, corresponde siempre a la cristalización de una formación de poder. Ninguna categoría, ningún modo de categorización podrían ser considerados tampoco en tanto tales como universales y como programados por un código hereditario. Es siempre un campo social, un campo micropolítico el que sobrecodifica el recorte de los contenidos. La programación hereditaria solo podría actuar sobre los estratos extrínsecos a la lengua y, además, nada permite considerar que ella misma esté ligada a un sistema de universales (a menos que se considere como tal, por ejemplo, el sistema de los genes, pero eso implicaría nuevamente el desconocimiento del rol jugado por los otros estratos físico-químicos). ¿Para qué invocar universales si su existencia depende, de hecho, de relaciones contingentes entre estratos heterogéneos? La estabilidad de hecho del sistema de codificación genético no tiene nada de universal, no más que la estructura de la materia. Su estratificación, el hecho de que «se vuelve allí», de que se la encuentra por todas partes, no implica la elevación de un formalismo trascendente, sino la puesta en juego de máquinas abstractas mutacionales.

¿Existen «universales pragmáticos»?

En el transcurso de los últimos años, cierto número de autores tales como John Searle, Wunderlich, etc., se han esforzado en ensanchar la perspectiva chomskiana, la cual nunca sale del sistema de la lengua para volcarse del lado del estudio de las performances, de los «actos de lenguaje». Poniendo en primer plano el rol de la dimensión pragmática en aquello que llama, después de Habermas, la «competencia comunicativa» (o también la «competencia performancial idiosincrásica»), Herbert E. Brekle²⁵ se ve llevado a oponerla a la «competencia de sistema» de tipo

²⁵ Herbert E. Brekle, *Sémantique*, ya citado, p. 94-104, y W. C. Watt, quien se orienta de igual modo hacia una «gramática performativa abstracta» que tiene que dar cuenta del funcionamiento de lo que él llama la «gramática mental» en sus relaciones con la percepción, la memoria, etc.

chomskiano. Esta última descansaría sobre estructuras abstractas que se encerrarían, tras fijación de reglas de formación y de transformaciones, sobre cadenas fonéticas, mientras que la primera estaría ligada, según relaciones *de auto-regulación dinámica*, a todo un conjunto de factores de la competencia comunicativa que debería ser articulada, según este autor, sobre tres niveles —el de una «facultad de lenguaje», el de la lengua como sistema, el del habla («competencia performancial idiosincrásica») —, presentando cada uno de los niveles diferentes tipos de problemas de sintaxis, de semántica y de pragmática. Tal proyecto tendría al menos la ventaja de liberar las relaciones entre la competencia y la performance de las oposiciones tradicionales entre la lengua y el habla y entre la expresión y el contenido. Se trataría así, en los diferentes niveles, de una composición particular de dimensiones semióticas cuya elucidación debería ser llevada hasta su término: a saber la descripción de los actos reales de habla en todas sus dimensiones concretas (lo que probablemente conduciría, según nosotros, a una ruptura inevitable con la tecnología chomskiana de los árboles dicotómicos, es decir con la mediación de una pseudo-matematización de la lengua). Desgraciadamente, en su estado actual, la pragmática de la que se hace mención, y que debería jugar un rol de bisagra entre la sintaxis y la semántica en los diferentes niveles, es todavía concebida como descansando sobre universales. Mientras que la existencia de estos últimos nos parecía proceder ya de un contrasentido al nivel de la sintaxis y la semántica, la pretensión de inyectarlos en la pragmática nos parece esta vez francamente aberrante. Herbert E. Brekle es así llevado a retomar con Habermas, al nivel de una pretendida «facultad universal de lenguaje», la perspectiva de una «pragmática universal» que tendría que dar cuenta de la estructura general de *todas las situaciones de discurso* y de la constitución de todos los actos de habla posibles. A estos universales pragmáticos (¡«universales de diálogo!»), uno tendría que oponer, según Habermas, una clase particular de actos de habla que no le pertenecerían, sino que servirían, por el contrario, para «representar acciones o conductas institucionalizadas en cierta cultura o reglamentadas por normas sociales». Los ejemplos de universales, de las «estructuras generales de discurso» que se nos proponen son:

- los pronombres personales de función performativa y deíctica: yo, tu, él...;
- los deícticos espacio-temporales, los demostrativos, etc.;
- los performativos como: afirmar, preguntar, ordenar, prometer...;

– las expresiones intencionales o de modalidad, como: creer, saber, necesariamente.

Y los ejemplos de actos de habla que no pertenecen a los universales pragmáticos:

– frases introducidas por verbos tales como: saludar, felicitar, agradecer, bautizar, maldecir, nombrar, condenar, absolver...

¡Qué curiosa concepción de la universalidad! ¿Por qué yo, afirmar, o saber, serían más universales que saludar, nombrar, o condenar? ¿Qué lugar, allí también, reservaremos a los modos de subjetivación no individuados, al transitivismo de la niñez, a las alteraciones sufridas o concertadas por las coordenadas dominantes, en la locura y la creación? La profundización de la única parte de este proyecto que nos parece interesante, la de la competencia performancial, idiosincrásica, debería llevar a sus promotores a renunciar a categorías polvorientas como esta «facultad de lenguaje» —que les ha sido transmitida por Saussure— y a deshacerse de una vez por todas de esta obsesión por los «universales» que fue reactivada por Chomsky. Para los lingüistas no se trata solamente de dar su parte a las problemáticas psico-lingüísticas y socio-lingüísticas en el análisis de las dimensiones pragmáticas de los «comportamientos lingüísticos», sino también de aceptar la entrada en vigor de las problemáticas de la micropolítica del deseo.

La pragmática como micropolítica de las formaciones lingüísticas

Si la autonomía de una competencia lingüística, al igual que la pragmática de sus performances, no puede entonces estar fundada sobre universales, ¿se podrá considerar tal vez que corresponde a cierta cristalización transitoria de un *estado de lengua* por relación al cual tendrán que determinarse las performances individuales?

¿Cómo dar cuenta, desde entonces, de la naturaleza de las coacciones que aseguran esta estabilización, coacciones que los fonólogos han colocado en la cuenta de una estructura intrínseca a la lengua y los generativistas en la de universales codificados de manera hereditaria?

¿Qué es la cristalización de una formación de poder lingüístico? Nada se puede entender de esta cuestión en tanto uno se represente el poder como siendo únicamente una superestructura social. El poder no es solamente el poder micropolítico, es también el poder del superyó, el famoso poder sobre uno mismo, aquel que hace temblar de miedo, aquel que engendra somatizaciones, neurosis, suicidios, etc. La estabilidad de un «estado de lengua» ciertamente corresponde siempre a un equilibrio entre estos poderes, los cuales, de seguro, no se disponen unos por relación a otros de cualquier manera —no se trata de una materia amorfa. Por tanto solo

se podrá dar cuenta de la estabilización de un «estrato de competencia» a condición de volver homogéneos dominios tan diferentes como:

- los del conjunto de las actividades de semiotización (que van desde las percepciones internas hasta los modos de comunicación que dependen de los *mass media*);
- los de los niveles micropolíticos (que dependen de la formación de los cuerpos sin órganos);
- los de los índices maquínicos y de las máquinas abstractas (que dependen del filum maquínico y del plano de consistencia);
- aquellos que desembocan en la puesta en correspondencia, en el seno de cada estrato, de los diversos sistemas de segmentariedad y de líneas de fuga desterritorializantes.

Cada secuencia pragmática involucra una composición de poderes de todo nivel y de toda naturaleza; su eficiencia depende del modo de semiotización dominante que pone en acción, en especial, del hecho de que una semiótica diagramática libere o no el funcionamiento de ciertas máquinas abstractas (financieras, científicas, artísticas, etc.). Así, nos vemos llevados a definir una pragmática micropolítica como una actividad de agenciamiento de modos de semiotización que desbordan por todas partes la lingüística personológica —del lado *infra*, hacia las intensidades corporales, y del lado *supra*, hacia el socius. En esta perspectiva, se debería dejar de considerar la pragmática como un gran suburbio de la sintaxis y de la semántica. La pragmática semiológica (lingüística) solo representa un caso particular de una pragmática semiótica más general. La cristalización de un *poder signifiante*, que nosotros alineamos del lado de la pragmática generativa (semiología lingüística), corresponde a una estratificación de la libido, a su repliegue sobre un sistema de redundancia de expresión y de redundancia de contenido, y cuya articulación tiene por efecto impotenciar los enunciados y encerrarlos o bien sobre la mundanidad de un poder instituido, o bien sobre un sistema idiosincrásico que depende por ejemplo de la locura o de la creación. Pero tal competencia micropolítica, antes de estabilizarse como lengua o como dialecto, ha sido experimentada ante todo como una performance colectiva: todos los grados de fluidez son así posibles en el pasaje desde una performance individual, ya fuese marginal o incluso delirante, hasta la codificación completamente esclerosada, tipo diccionario o gramática académica. La brutal oposición competencia-performance, además de que naturaliza los fundamentos de

la lengua, *squeeze*¹ los agenciamientos colectivos de enunciación —es decir los verdaderos grupos creadores en materia de lengua—, en provecho de una alternativa: subjetividad individuada o subjetividad universal. Se puede aprobar la posición de psicolingüistas como T. G. Bever, quienes consideran que los juicios de gramaticalidad son «comportamientos como los otros²», sin caer no obstante en el vicio de una «psicologización» de la lingüística. El hecho de que una gramaticalización significativa haya tomado el poder sobre conjuntos semióticos relativos a los campos sociales capitalísticos, contribuyendo de este modo a su estratificación, no implica de ningún modo que tales conjuntos solo puedan estar fundados sobre universales que se supone los regentean. De hecho, estamos en presencia del mismo tipo de procedimiento de universalización con efecto retroactivo que utilizaron todas las formaciones de poder que quisieron darse la apariencia de una legitimidad de derecho divino, y en particular aquellas que buscaron «justificar» el expansionismo del librecambismo capitalístico. Del hecho de que siempre se puede «estructuralizar» las performances monetarias, lingüísticas, musicales, etc., que siempre se puede discursivarlas, binarizarlas, se llega entonces a considerar que ellas *siempre han sido así*, o bien que sus elementos portaban *en germen* el engendramiento de la forma del Capital, del Significante, de la Música..., pero los procesos de poder y las mutaciones maquínicas que han fijado y estabilizado esta forma, acondicionado y delimitado sus potencialidades creadoras, los equilibrios metaestables de sus agenciamientos de enunciación y de sus grupos-sujetos, *son, por su parte, absolutamente indescomponibles*, irreductibles a una gama de elementos discretos y de principios discursivos. Si bien las máquinas abstractas de las que se trata aquí —como intentaremos mostrarlo más adelante— pueden ser siempre complejizadas, jamás pueden, en cambio, ser descompuestas sin perder su especificidad mutacional. Por eso no se conquistan por pequeños fragmentos, por aprendizaje o por acondicionamiento. Ellas se enganchan a un proceso completamente montadas, se cooptan en un agenciamiento al que pueden transformar de arriba abajo.

¹ Aprieta, reduce, compacta. (N. de T.)

² Thomas Bever, «The Cognitive Basis for Linguistic Structures», in J. R. Hayes (ed.), *Cognition and the Development of language*, New York, Wiley, 1970, vol. 279, p. 203.

Estratificación, estadios y máquinas abstractas

Las máquinas abstractas no tienen por tanto nada que ver con los pretendidos «estadios» que se supone puntúan el desarrollo del niño. El pasaje de una edad de la vida a otra no depende de las programaciones construidas por los psicólogos o los psicoanalistas; está ligada a reagenciamientos originales de los diferentes modos de codificación y de semiotización cuya naturaleza y encadenamiento no se pueden determinar *a priori*. Los «estadios» en cuestión no tienen nada de automático; el niño, en tanto totalidad orgánica individuada, solo constituye una intersección entre los múltiples conjuntos materiales, socio-económicos, semióticos, que lo atraviesan.

La intrusión, por ejemplo, en la vida de un adolescente, de las componentes biológicas de la pubertad, es inseparable del contexto micro-social en el seno del cual aparecen; ellas desencadenan una serie de índices maquínicos que fueron montados en otra parte, liberan una nueva máquina abstracta que se manifestará en los registros más diversos: reajustes de los códigos perceptivos, repliegue sobre sí mismo y/o exteriorización poética, cósmica, social, etc., oposición a los valores parentales, etc. Pero ese desencadenamiento, en realidad, no tiene nada de unilateral, otras componentes semióticas «exteriores» podrán también acelerar, inhibir o reorientar los efectos de las componentes biológicas semióticas de la pubertad. En estas condiciones, ¿dónde comienzan y dónde terminan las interacciones entre lo social y lo biológico? ¿Ciertamente no a partir de una delimitación del individuo, considerado en tanto que totalidad orgánica o subconjunto del grupo familiar! Poco a poco, son todas las máquinas del *socius* las que son puestas en entredicho por tales fenómenos y, recíprocamente, es toda la biología, al nivel más molecular, la que se ve comprometida por las interacciones del campo social. No se debería por tanto separar, sobre el plano individual, las manifestaciones de pubertad, consideradas en su contexto orgánico familiar, escolar, etc., por ejemplo, de las alteraciones que, sobre un plano social más amplio, ponen en cuestión la economía colectiva del deseo. ¿Cómo se llega a desconocer que la sociedad está por entero atravesada de manera constante en sus fibras más profundas, por estos fenómenos de transformación biológica que, generación tras generación, barren incansablemente la infancia y la adolescencia? Es cierto que las fugas de deseo de las que son portadoras son sistemáticamente apresadas por las codificaciones de la familia, de la escuela, de la medicina, del de-

porte, del ejército, y de todas las reglamentaciones y las leyes que se supone rigen el comportamiento «normal» del individuo. Pero ocurre sin embargo que logren hacer cristalizar a mayor escala máquinas de deseo colectivas (desde las bandas barriales hasta Woodstock, o Mayo del 68, etc.). Y lo que solo eran *índices maquínicos* dispersos, inicio de desterritorialización rápidamente impotenciado, deviene entonces *máquina abstracta* capaz de catalizar nuevos agenciamientos semióticos de deseo.

Retomemos, a partir de algunos otros ejemplos, las posiciones relativas y las funciones de los índices maquínicos, de las máquinas abstractas y de los agenciamientos semióticos. Consideremos, en primer lugar, la escritura embrionaria que se manifiesta en el dibujo del niño, hasta los tres o cuatro años. Solo se puede hablar aquí del índice de una escritura. Nada se ha jugado, nada ha cristalizado, todo es aún posible. Pero este índice, tomado a cargo por la máquina escolar, sufre un reajuste radical. El dibujo pierde su polivocidad. Hay disyunción entre, de un lado, el dibujo –empobrecido, imitativo– y, del otro, una escritura por entero torneada por la expresión adulta y tiranizada por una preocupación de conformidad con las normas dominantes. ¿Cómo el agenciamiento de las semióticas de la escuela logra tomar así el poder sobre las intensidades del deseo del niño? Nosotros hemos evocado precedentemente la insuficiencia de las explicaciones que se contentan en considerar la acción represiva de los equipamientos de poder sobre los índices maquínicos «de» el niño. Lo que hay que intentar captar, es por qué, en un caso, esta represión alcanzará su meta, y por qué, en otro, fallará. De nuevo, nos parece imposible eludir la instancia intermediaria que constituyen las máquinas abstractas. Si la cristalización de una máquina abstracta que se aferra a la represión falla, el agenciamiento de poder malogrará también su efecto, los sujetos tornarán inadaptados, retardados, caracteriales, psicóticos, etc., todas cosas que los partidarios del orden pondrán en la cuenta de un déficit, mientras que sería fácil darse cuenta de que, en condiciones no represivas, estos mismos niños no cesan de enriquecer su creatividad semiótica de «antes de la escuela». El pasaje al estadio del «trabajo normal» en clase, la adquisición de una competencia media en materia de recitación, de escritura, de cálculo, etc., no depende por tanto de una activación mecánica de esquemas sensorio-motores, interiorizados, en el curso de las diversas «etapas» del desarrollo del lenguaje. Los estadios de los que se trata aquí no son de orden psico-genético, sino represivo-genético; y en lugar de considerar un «periodo de latencia» que

viene a puntuar, en el «ocaso del complejo de Edipo», a la manera de un destino, la vida del niño, seríamos sin duda más prudentes en estudiar las constelaciones sociales concretas y sus tecnologías particulares de sujeción semiótica, en tanto que contribuyen a su cerco familiar y escolar, en un momento decisivo de su «ingreso en la vida» (se podría hablar aquí de un complejo de la «escuela-cuartel», para retomar una expresión de Fernand Oury).

Las máquinas abstractas, que los supuestos «estadios» psico-genéticos ponen en juego, no son asimilables a esquemas generales al nivel de la percepción, de la memoria, de la integración lógica, de la estructura del comportamiento. De hecho, ellas cristalizan composiciones heteróclitas, mezclan «fijaciones regresivas» y modos de territorialización arcaicos con componentes semióticas ultra-desterritorializadas. Un niño enurésico, por ejemplo, tropezará con una fórmula abstracta —con un cuerpo sin órganos— en el que estarán asociadas, en una misma fórmula represiva, una semiótica postural volcada hacia un repliegue sobre sí mismo, una semiótica afectiva volcada hacia una dependencia del entorno, y máquinas sado-masoquistas educativas y terapéuticas, que van desde las camas especiales hasta las técnicas conductistas llamadas de «refuerzo de las buenas respuestas» o hasta las interpretaciones tiránicas del dispositivo psicoanalítico. ¡Pero la máquina abstracta del «hacer pipí en la cama» no preserva menos la singularidad de sus danzas mudas que permanecerán siempre más o menos irreductibles a los análisis discursivos-represivos de los terapeutas de toda clase! Sin embargo, la eventual buena voluntad del niño corre siempre el riesgo de ser tomada ella misma en falta. Aun si le hace el juego a la represión, aun cuando la invista de manera explícita, la dimensión de singularidad del sistema de sus máquinas abstractas le permitirá escapar parcialmente de allí.

Por otra parte, la represión no busca sumergir completamente al niño en tanto que totalidad orgánica, sino injertarse sobre los elementos constitutivos de sus modos de semiotización. No hay por tanto aplicación pura y simple del conjunto represivo sobre el conjunto de las máquinas deseantes, sino procesos de mediatización por el rodeo de las máquinas abstractas que atraviesan el *socius* y el individuo. Cuando un niño enurésico manifiesta como síntoma secundario, por ejemplo, el hecho de no lograr efectuar las divisiones en la escuela, eso no significa la existencia de un déficit de su capacidad lógica —por el contrario, uno se da cuenta de que a menudo es muy capaz de tratar problemas abstractos muy ar-

duos—, sino solamente que él organiza un goce represivo en el marco del rizoma: escuela-profesor-padre-sistema de calificación-rasgos de rostridad represivos-prohibiciones que refieren a la masturbación, etc. Su rechazo de cierto tipo de discursividad lógica manifiesta su deseo de globalizar el agenciamiento en cuestión. Se acondiciona así una suerte de zona erógena extra-corporal, territorializada sobre un tope particular: la cuestión de la división deviene así una punta maquínica, el índice de una línea de fuga potencial. En otras circunstancias, el mismo niño podría también devenir enmudecido o ponerse a eyacular ante la lectura del enunciado de un problema... de hecho, las máquinas de poder familiar y escolar solo pueden encontrar su eficacia en la medida en que logran engancharse a tales zonas bio-psico-sociales, que no tomarán necesariamente la forma de síntomas etiquetados. La terapéutica adaptativa y recuperadora que consistirá en ensanchar, en normalizar las conjunciones semióticas involucradas por ejemplo en un niño que territorializa una zona de tartamudez buscará convertir su libido en una zona relativamente más desterritorializada: por ejemplo, una angustia ligada a la competición escolar, sin que ella lo paralice no obstante de manera completa.

Así, por el rodeo de las máquinas abstractas, la libido no cesa de circular entre las instancias de la represión social y las de la semiotización individual. Pero esta circulación no tiene nada de automática, nada de necesaria; para ser posible debe reunir siempre dos condiciones: 1) el deseo «individual» debe cristalizar sus índices, sus puntos maquínicos, sobre una máquina abstracta; 2) ciertos elementos del socius represivo deben poder ser conectables a dicha máquina abstracta. Una máquina abstracta despliega en vacío la posibilidad de otro agenciamiento del mundo. Al salir de la infancia, por ejemplo, un adolescente verá como en un flash toda la riqueza y las amenazas que encierra el nuevo sistema de enunciación en el cual se introduce y del cual es a la vez parte que toma y parte tomada. Por tal motivo constituye una instancia fundamentalmente meta-estable entre las intensidades de deseo y las estratificaciones semiológicas dominantes. Sin embargo, a diferencia de los índices maquínicos que no hacen más que anticipar su cristalización, ellas subsisten en estado de virtualidad, incluso cuando no consoliden las vías de su manifestación. Mientras que los índices pueden en todo momento dispersarse y dejar que se instale la contraofensiva de las antiguas estratificaciones, las máquinas abstractas continuarán, en todas las circunstancias y en todos los lugares, amenazándolas con una po-

sible revolución. Es así que una máquina abstracta capitalística ha acosado todos los sistemas sociales desde el momento en que un poder de Estado despótico lograba despegar de las territorialidades arcaicas del neolítico (*Urstaat*). De este modo, es por una suerte de contaminación semiótica inmediata que son transmitidos de un sistema a otro los maquinismos abstractos más desterritorializados. Pero mientras que del mundo adulto «hacia» el mundo de la niñez, del mundo civilizado «hacia» el mundo bárbaro, hay transmisión potencial de máquinas abstractas, del lado de la niñez «sin» los adultos, de los salvajes «sin» los civilizados, no hay más que índices, por ejemplo, de escritura y de economía capitalística. A este nivel, nada se ha jugado definitivamente; todo depende de la constitución de los agenciamientos colectivos de enunciación; un nuevo agenciamiento puede volver a cerrarse sobre un sistema de semiologización cerrado –sobre una sustancia dualista significante-significado–, o puede desencadenar reacciones diagramáticas en cadena, fugas maquinicas de deseo que franquearán el «muro de las significaciones» y efectuarán conexiones directas entre las puntas de desterritorialización de las máquinas de signos y las de los conjuntos materiales y sociales. La máquina abstracta «materializa», si se puede decir así, una triple posibilidad:

- o bien su propia disociación y el retorno a la «anarquía» de los índices maquinicos;
- o bien una estratificación relativamente desterritorializada por petrificación bajo forma de abstracción mediante la puesta en juego de una semiología significativa;
- o bien una desestratificación activa, por efecto de diagramatización y puesta en circulación de signos-partículas a-significantes.

Una micropolítica del deseo

Una máquina abstracta no pertenece por tanto a *un* estadio entre otros; puede participar en varios estadios a la vez, bajo una modalidad u otra: al nivel de los índices, donde representa la potencialidad de una integración maquinica de grado «superior» –que será o no recuperada por un estrato–, y al nivel de los estratos, donde representa la potencialidad de una diagramatización desestratificante. Puros quanta de desterritorialización potencial, los maquinismos abstractos están en todas partes y en ninguna, *antes y después* de que las oposiciones máquina y estructura, representación

y referente, objeto y sujeto, sean cristalizadas. Así, las máquinas abstractas hacen pesar de tal manera la amenaza de una totalización reificante sobre las multiplicidades que entonces abren la posibilidad de una multiplicación desterritorializante de las estratificaciones. Su existencia, independiente de la aparición de una máquina semiótica autónoma que distribuye, sobre planos separados de contenido y de expresión, los signos, las cosas y las representaciones, nos prohíbe reducirlas a un sistema lógico-matemático o a formas *a priori*; mientras que su existencia posterior a la estratificación de las semiologías significantes, en tanto vía de pasaje diagramática entre los signos y las cosas, nos prohíbe considerarlas como simples invariantes estructurales de las estratificaciones o de las abstracciones trascendentales. Aunque los estratos solo sean para ellas los residuos provisorios de los procesos de desterritorialización, no siendo nada por sí mismos desde un punto de vista sustancial, ellas están obligadas, para manifestarse, a estratificarse y a desestratificarse permanentemente, pero sin embargo jamás permanecen en un cara a cara impotenciante del tipo forma-materia. Hay por tanto una disimetría fundamental entre el formalismo cerrado sobre sí mismo, de los estratos que «se instalan» en la existencia, y la formalización activa, abierta, que es piloteada por las máquinas abstractas, al nivel de los índices maquínicos y de los efectos de diagramatismo que marcan el carácter a la vez creador e irreversible de los procesos de desterritorialización. En estas condiciones, jamás estará garantizado un equilibrio homeostático de los estratos: ellos están amenazados desde el «exterior» por el trabajo de desterritorialización interestrático de maquinismos abstractos que pueden desembocar en reajustes, en agenciamientos y creaciones de estratos nuevos; y, desde el «interior», por el metabolismo de líneas de fuga que los atraviesan por todas partes.

Lo posible, antes de su manifestación en estructuras semióticas o en estratificaciones sociales materiales, no existe como pura materia lógica; tampoco parte de nada, sino que es organizado bajo una forma de quanta de libertad, en una suerte de sistema de valencia cuya diferenciación y complejidad no tienen nada que envidiarle a las de las cadenas de la química orgánica o de los códigos genéticos³. El metabolismo de lo posible

³ Renunciando a las simplificaciones que tendían a reducir las codificaciones genéticas y la evolución a una capitalización de información y a una selección estadística donde los elementos más complejos mantenían una dependencia «arborescente» respecto de los

no depende solamente de una «materia lógica». Pone en juego materias de expresión diferenciadas en función de su grado de desterritorialización. El plano de consistencia, que despliega el conjunto infinito de las potencialidades maquínicas, constituye una especie de placa sensible de marcación, de selección y de articulación de las puntas de desterritorialización activas en el seno de los estratos. No hay posible en general, sino solamente a partir de un proceso de desterritorialización que no debe ser confundido con una nadificación global e indiferenciada. Existe así una suerte de materia de la desterritorialización, una materia de lo posible, que constituye la esencia de lo político, pero de una política trans-humana, trans-sexual, trans-cósmica. El proceso de desterritorialización deja siempre restos, sea bajo la forma de estratificaciones –espacio-temporalizadas, energetizadas, sustantificadas–, sea bajo la forma de posibilidades residuales de línea de fuga y de engendramiento de conexiones nuevas. La desterritorialización jamás se detiene en el camino, es por ello que es diferente de una nada que uno se representa cerrada sobre sí misma y manteniendo relaciones de espejo y de impotenciación con lo real estratificado. El sistema de las máquinas abstractas constituye así un límite activo, un límite productivo más allá de los estratos más desterritorializados y más acá de una nada como término de todo proceso. Las máquinas abstractas no son por tanto ni un asunto de ciencia, ni un asunto de cultura, de ideología o de enseñanza, sino de *política de deseo* antes que los objetos y los sujetos hayan sido especificados. No se trata aquí de una libertad ligada intrínsecamente a la condición humana, de una libertad del «para sí» en oposición radical con un «en sí» estratificado y, por ello, sin conexión con otra cosa que no sea su propia impotencia. Pasando de un agenciamiento a otro, se recibe o se pierde cierto quantum de conexión desterritorializante; la desterritorialización no es asimilable a una causalidad necesaria, puede vectorizarse o bien del lado de una estratificación, o bien del lado de una «posibilitación» abierta.

elementos más elementales, ciertos teóricos contemplan ahora que puedan producirse transferencias de información genética mediante virus y de tal manera que la evolución pueda «remontar» desde una especie más evolucionada hacia una especie menos evolucionada o progenitora que la precedente. «Si tales pasajes de información debieran revelarse como habiendo sido muy importantes, seríamos llevados, declaran ciertos genetistas, a sustituir los esquemas en matorral o en árbol que sirven para representar la evolución por esquemas reticulares (con comunicación entre ramas tras su diferenciación)». «Le rôle des virus dans l'évolution», *La Recherche*, marzo 1975, p. 271.

Volvamos nuevamente sobre el supuesto periodo de «latencia» que marca, según los freudianos, el «desarrollo» del niño. Se manifestaría entre los seis y siete años por una «amnesia infantil» que resultaría de un rechazo que remite a todo el pasado edípico y preedípico del niño. Pero, nos dice Freud, toda memoria no es sin embargo abolida: quedan «vagos recuerdos incomprensibles»⁴. ¿Incomprensibles para quién? ¿Para el adulto, blanco, civilizado y normal! De hecho, no se trata aquí de recuerdos, sino del conjunto de los modos de semiotización del niño, de sus sensaciones, de sus sentimientos, de sus impulsos sexuales, que reciben un formidable golpe de extintor. ¿Por qué hallar la existencia de un mecanismo de rechazo intrínseco del desarrollo pulsional del niño —que será relacionado luego al antagonismo universal entre Eros y Thanatos—, si no es para enmascarar el ingreso en escena de los agenciamientos sociales represivos? ¿Por qué la *política* semiótica del niño se invierte, por qué toma partido por la represión? ¿Por qué los factores de desterritorialización, que desequilibran las territorialidades anteriores, en lugar de abrir el proceso a una mayor creatividad semiótica, lo vectorizan sobre las abstracciones del sistema dominante?

Desde el momento en que se intenta renunciar a las respuestas esquemáticas del determinismo psicogenético, las preguntas se dan vuelta y se enriquecen. ¿En función de qué particularidad un niño, en el contexto de los poderes represivos de la familia y de la escuela de una sociedad dada, resiste o sucumbe a la «tentación» de un investimento de la represión? En el caso del «período de latencia», ¿qué tipo de máquina abstracta escolar, sobre el terreno muy concreto de los sistemas existentes, se conecta con las máquinas abstractas del niño? ¿En qué las semióticas puestas en acción por los jardines de infantes continúan la acción de extintor de las intervenciones «educativas» de los padres? (Se sabe en efecto ahora que es desde el jardín de infantes que es emplazada la división entre el tiempo de trabajo y el tiempo de «recreación».) ¿En qué el aprendizaje, dentro de la escuela, de una escritura separada de toda utilización viva esteriliza las posibilidades ulteriores de un diagramatismo creativo? ¿Cómo las semióticas del tiempo y del espacio escolares (división entre los días de clase, los días de vacaciones, división entre el espacio de la clase, el espacio del maestro, el espacio del recreo, la calle, etc.), cómo las semióticas de la disciplina (la formación en

⁴ Sigmund Freud, *Trois Essais sur la sexualité*, Paris, Gallimard, 1949, p. 75-83.

fila, las calificaciones, la emulación, los castigos, etc.) logran aplastar, en ocasiones definitivamente, las semióticas del niño de «antes de la escuela»? ¿Y cómo ellas inician los acondicionamientos semióticos de la fábrica, de la oficina y del cuartel? Como intentamos mostrarlo precedentemente, la máquina de la enseñanza obligatoria no tiene por fin primero transmitir informaciones, conocimientos, una «cultura», sino transformar, de arriba abajo, las coordenadas semióticas del niño. En estas condiciones, se puede considerar que la función real del «período de latencia» es un equivalente moderno de los campamentos de iniciación que, en las sociedades primitivas, fabrican «personas» de pleno derecho, es decir machos adultos, que responden a lo esencial de las normas del grupo⁵. Pero aquí, el campamento de iniciación, en lugar de durar quince días, dura quince años, y su objetivo es someter a los individuos, hasta en la más inútil de sus fibras nerviosas, a los sistemas de producción capitalísticos. La amnesia infantil, correlativa del período de latencia, señala así la extinción de las semióticas no sometidas a las semiologías significantes de los poderes dominantes. Y si los neuróticos, como los niños «pre-edípicos», escapan a su velo, es precisamente porque los sistemas de cerco de esos poderes, por una razón u otra, han perdido su influencia sobre ellos. Desde entonces, las intensidades de la infancia continúan trabajando y alterándolos, poniéndolos a contra-corriente de los valores y de las significaciones «normales». El rol de la memoria –sea aquella, natural, del adulto que se rememora su infancia con nostalgia; sea aquella, artificial, de la anamnesis psicoanalítica– consiste en redoblar el primer borrado de dichas intensidades, y en reconocer una infancia según las normas.

No hay lengua en sí

Los agenciamientos de discurso, para estar en contacto con la realidad, están obligados a desprenderse, de la forma que sea, de las coacciones de la lengua considerada en tanto sistema cerrado sobre sí mismo. Por eso, lo que deberá poner en tela de juicio una pragmática cómo mínimo es el corte clásico entre la lengua y el habla. Pero aunque sea ya en esta dirección

⁵ Pierre Clastres, *Chronique des Indiens Guayaky*, París, Plon, 1972, y *La Société contre l'État*, op. cit. Jacques Lizot, *Le Cercle des feux. Faits et dits des Indiens Yanomami*, París, Seuil, 1976.

que se orienta la lingüística de la enunciación, de hecho, ningún análisis micropolítico de estos agenciamientos al nivel de sus efectos inconscientes colectivos o individuados se volverá posible si no cuestiona más fundamentalmente los conceptos que delimitan las diferentes disciplinas que dependen de aquello que se acepta llamar las ciencias humanas. Para lograr constituirse, una pragmática del inconsciente deberá entonces no solamente liberarse de las ideologías dominantes y de los universales de la psicología, de la sociología y del psicoanálisis, sino también de cierta concepción de *la unidad y de la autonomía de la lengua*, como plano de expresión y también como entidad social, es decir, en resumen, liberarse de las «conquistas» de la lingüística salida de Saussure. Por nuestra parte consideramos que *no hay lengua en sí*. Lo que es específico del fenómeno del lenguaje, es justamente que nunca remite a sí mismo, que permanece siempre abierto sobre todos los otros modos de semiotización. Cuando el lenguaje se encierra sobre una lengua, un dialecto, una jerga, una lengua especial, un delirio, eso siempre consiste en cierto tipo de operación política o micropolítica. No hay nada menos lógico, menos matemático, que una lengua. Su «estructura» resulta de la petrificación de una especie de trastero cuyos elementos provienen de préstamos, de amalgamas, de aglutinaciones, de malentendidos —una suerte de humor solapado que preside sus generalizaciones. Sucede con las leyes lingüísticas como con las leyes antropológicas, por ejemplo aquellas que refieren al incesto: vistas a la distancia de gramático o de etnólogo, parecen tener cierta coherencia, pero desde el momento en que uno se aproxima un poco cerca, todo se embrolla, y uno se da cuenta de que se trata más bien de sistemas de organización que pueden ser trazados en diversas direcciones o volcadas en todo tipo de formas.

La relatividad de las relaciones entre las performances semióticas concretas y una competencia lingüística estructural, o entre las lenguas mismas, se impone entonces no solamente sobre un plano sincrónico, sino también diacrónico. La unidad de una lengua es siempre inseparable de la constitución de una formación de poder. Jamás se encuentran fronteras nítidas sobre los mapas dialectales, sino solamente zonas limítrofes o de transición. No hay lengua-madre, sino fenómenos de toma de poder semiótico por un grupo, una etnia o una nación. La lengua se estabiliza alrededor de una parroquia, se fija en torno de un obispado, se instala en torno de una capital política. Evoluciona por flujo a lo largo de los valles fluviales, y

ahora a lo largo de las líneas ferroviarias, se desplaza por manchas de aceite (ejemplo del dialecto castellano)⁶.

Pero la fluidez de la relación performance-competencia constituye un más acá del dialecto. Se puede considerar que cada individuo pasa constantemente de una lengua a otra. Por ejemplo, hablará, sucesivamente, como «debe hacerlo un padre», o como un profesor, o como un patrón; o a su amante, hablará una lengua puerilizada; al dormirse, se hundirá en un discurso onírico, luego volverá bruscamente a la lengua profesional cuando suene el teléfono; y, cada vez, será puesto en juego todo un conjunto de dimensiones semánticas, sintácticas, fonológicas y prosódicas –sin hablar de las dimensiones poéticas, estilísticas, retóricas y micropolíticas del discurso. Estudiando el cambio lingüístico, Françoise Robert señala que las mutaciones lingüísticas se manifiestan «por modificaciones graduales, no de los propios fenómenos... sino de su frecuencia, de su implantación en la lengua⁷». Y es verdad que no se observarán las rupturas bruscas que están implicadas en una distinción tajante entre la sincronía y la diacronía (punto sobre el cual Chomsky no se ha desmarcado de Saussure, quien consentía tomar en cuenta las innovaciones solo en el momento en que «la colectividad las ha acogido⁸»). No se podría fundar entonces la autonomía de una pragmática micropolítica en tanto se mantenga un corte entre el ejercicio del habla individual y la codificación de la lengua en el socius. Para Chomsky, como lo señala también Françoise Robert, la referencia a un locutor oyente ideal, que pertenece a una comunidad lingüística completamente homogénea, conduce de hecho a investir la separación entre la competencia y la performance de una función normativa. Y dicha norma, en última instancia, se reduce a la del propio lingüista⁹. La unidad aparente

⁶ Nathan Lindquist declara que las novedades lingüísticas pueden arrojarse sobre los centros importantes «a la manera de tropas aerotransportadas», para irradiar luego en los campos vecinos. Citado por Bertil Malmberg, *Les Nouvelles Tendances de la linguistique*, Paris, PUF, 1966, p. 98.

⁷ *Langage*, n° 32, diciembre 1973, p. 88.

⁸ Ferdinand de Saussure, *Cours de linguistique générale*, Paris, Payot, 1971, p. 138.

⁹ Y no tenemos la impresión de que se esté dispuesto a deshacerse de ella tan pronto cuando vemos, por ejemplo, que esta misma Françoise Robert, espantándose de sus propias audacias a propósito de las ideas que presnetan sobre una «gramática de comunidad», se inquieta por el hecho de que dicha concepción podría conducir a una representación de la competencia que amenazaría con destruir el sacro-santo concepto de lengua. Malmberg, *op. cit.*, p. 96.

de una lengua no depende por tanto, según nosotros, de la constitución de una competencia estructural. La lengua es, según una fórmula de Weinreich, una «realidad esencialmente heterogénea¹⁰». Mirándolo bien, su homogeneidad solo podría depender de fenómenos de orden político, independientes por otra parte de las descomposiciones estructurales que se puedan operar sobre ella. Y lo que caracteriza un acontecimiento político, es ser portador de una singularidad histórica indescomponible, o que un análisis descentrará necesariamente sobre otras dimensiones, otros registros. Las cosas pasan de la misma forma que en el análisis químico de un fenómeno biológico o en el análisis económico de un fenómeno social: no hay más estructura química de un hecho biológico, o competencia química respecto de performance biológica, que competencia estructural capitalista o socialista respecto de performances económicas y monetarias. No hay universales biológicos o económicos. Y sin embargo, en cada uno de estos niveles, se han diferenciado, manifestado y estratificado máquinas abstractas en diferentes puntos-encrucijadas del filum maquínico, sin depender de ningún formalismo trascendental, de ninguna herencia, de ninguna esencia de la lengua, de ninguna fatalidad económica. Nuestra hipótesis de un filum mutacional de las máquinas abstractas debería permitir evitar dos tipos de escollos en el campo de la pragmática:

- una conformidad pura y simple de las máquinas lingüísticas sobre las estructuras sociales como la del dogmatismo lingüístico de Marr, o como el de ciertas corrientes psico-lingüísticas actuales;
- una formalización estructuralista o generativa que corte la producción de enunciados de los agenciamientos colectivos de enunciación.

El inconsciente como agenciamiento individual o como agenciamiento colectivo

Las relaciones diferenciales entre aquello que llamaremos los *calcos de performance* y los *mapas de competencia* no juegan solamente al nivel de los diversos tipos de segmentariedad de codificación. Consideramos que la estructura relativa de «competencia» de un dominio por relación a otro depende del hecho de que ponga o no en juego una segmentariedad más fina, más maquínica, más molecular, más desterritorializada que aquella,

¹⁰ *Langage, op. cit.*, p. 90.

más molar, de la segunda, que resulta adoptar de este modo una posición «performativa». Es instaurada así una relación jerárquica de doble segmentariedad, que fija en un margen estrecho las posibilidades de innovación semiótica. Solo la aparición de una línea de fuga de desterritorialización (por ejemplo, la utilización diagramática de los signos de origen lingüístico en los dominios estético, científico, etc.) podrá alterar dicho equilibrio. Hemos visto que al nivel de los estratos vueltos pasado, espacializados o substantificados semiológicamente, los equilibrios, las relaciones de fuerza, ya solo pueden manifestarse a partir de una desterritorialización relativa, mediante la puesta en correspondencia de al menos dos sistemas de segmentariedad (por ejemplo, segmentariedad molecular de las figuras de expresión de la segunda articulación), mientras que al nivel de las mutaciones maquínicas, los estratos son deshechos o reorganizados mediante procesos diagramáticos que ponen en juego una desterritorialización cuantificada por sistemas de máquinas abstractas. Pero las líneas de desterritorialización diagramáticas no trascienden definitivamente las estratificaciones segmentarias. De sus interacciones con los sistemas estratificados pueden resultar tanto vectores locos de posibles, no realizables en el contexto existente, como verdaderas mutaciones maquínicas¹¹.

Como lo hemos visto, no solamente las máquinas abstractas no están fuera de la historia, «antes» de mis coordenadas de espacio, de tiempo y de sustancia –se podría decir las performances deícticas–, sino que tampoco desembocan en la unificación de los diversos modos de semiotización¹². Máquinas *abstractas* y *singulares*, ellas hacen la historia deshaciendo las realidades y las significaciones dominantes; constituyen el ombligo, el

¹¹ La distinción propuesta por J. Kristeva, en el seno del proceso de significancia, entre un nivel llamado de chora semiótica y un nivel simbólico, además de que perenniza y universaliza el significante, tiene también el inconveniente de encerrar sobre sí misma la transformación diagramática, de hacer nuevamente con ella una suerte de estructura profunda, de arquitectura. Con J. Kristeva, el innatismo de los universales abandona lo simbólico para emigrar hacia lo semiótico. En estas condiciones, la pragmática corre el riesgo de enredarse en una práctica textual que nunca terminará, como en el psicoanálisis, de errar entre un fenotexto simbólico y un genotexto semiótico el cual, habiéndose apartado de las polaridades personológicas de la comunicación, no queda menos por ello prisionero de la hipótesis de una subjetividad «significante inconsciente». Julia Kristeva, *La Révolution du langage poétique*, Paris, Seuil, 1974.

¹² Sobre una tripartición posible de la déixis, según el tiempo, el espacio y el socius. Cf. *Langage, op. cit.*, p. 45.

punto de emergencia y de creacionismo del filum maquínico. De este modo, no podría haber conjunto abstracto de las máquinas abstractas. Ninguna categoría lógica puede subsumir la consistencia maquínica (de allí la diferencia que ya hemos señalado entre la consistencia lógica y la consistencia maquínica). Siendo las máquinas abstractas indescomponibles sobre un plano intensivo, no se las puede insertar en una clase extensiva¹³. Siendo que ninguna máquina abstracta domina la historia, ni es «sujeto» de la historia, y siendo que las multiplicidades maquínicas atraviesan los diferentes estratos a la vez sobre un plano diacrónico y sobre un plano sincrónico, no se puede decir del movimiento general de su línea de desterritorialización que manifieste una tendencia universal y homogénea, puesto que también, en todos los niveles, es interrumpida por estratos de reterritorialización, sobre los cuales se injertan nuevamente brotes microscópicos de desterritorialización, etc. En estas condiciones, un abordaje pragmático del inconsciente debería escapar a dos tipos de escollos:

1) un análisis exclusivamente centrado sobre un material verbal y que tienda a una «significatización» de los comportamientos y de los afectos por medio de un cuadrículado sistemático de los contenidos semánticos y de las estrategias enunciativas (política de la transferencia) fundado sobre una grilla de interpretación meta-sintáctica;

2) un retorno al análisis de las estrategias personológicas, como es el caso con las psicoterapias familiares anglosajonas, y un retorno a lo vivido, a las abreacciones corporales, etc.

Antes de cualquier introducción en el detalle de las producciones de enunciado y de los modos de semiotización, la máquina abstracta tendría que determinar las líneas micropolíticas que crean el conjunto de los agenciamientos de enunciación y de las formaciones de poder en el nivel *más abstracto*. Dicho de otro modo, para cada caso, y cada situación, tendría que construir un mapa del inconsciente —con sus estratos, sus líneas de desterritorialización, sus agujeros negros— abierto sobre perspectivas de experimentación (y esto en oposición con el desajuste infinito de las triangulaciones edípicas que no hacen más que poner en resonancia entre

¹³ Ellas escapan de este modo a la vez al sentido y a la significación, en tanto que el primero se asimilaría, como lo propone Brekle (*Sémantique, op. cit.*, p. 44), al contenido intensivo del concepto relacionado a un significante y la segunda a su aspecto extensivo. Pero en una perspectiva «maquínica» (y ya no lógica), el sentido señalaría el establecimiento de una conexión diagramática independiente de todo sistema representativo y significativo.

sí todos los impasses anteriores, todos los modos de sujeción significantes). Consideramos, en efecto, que la articulación pragmática de estratos de codificación encerrados sobre sí mismos deja siempre abierta la posibilidad de un pasaje de uno al otro, por el rodeo de máquinas abstractas que atraviesan los diversos modos de territorialización. Los diferentes tipos de consistencia –biológico, etológico, semiológico, sociológico, etc.– no dependen por tanto de un súper-estrato, estructural o generativo; son trabajados desde el «interior» por una red de conexiones maquinicas moleculares. La consistencia maquinica no es totalizante, sino desterritorializante. Asegura la conjunción siempre posible de los sistemas de estratificación más diferentes, y es por eso que, en cierto modo, es el elemento de base a partir del cual podrá constituirse una pragmática.

El cuadrículado normativo de las ciencias humanas, luego de haber descansado sobre el psicoanálisis, la lingüística y la semiología, ¿se desplazará ahora sobre un nuevo campo de batalla, el de la pragmática? Esta es definida por Herbert E. Brekle como la «condición de producción de los actos de habla». Y, muy pronto, es asociada a la comunicación: la pragmática sería la dimensión de la comunicación en el lenguaje. Siendo aquí la comunicación inseparable del eje bipolar locutor oyente, la pragmática ve de este modo su suerte ligada a la existencia del estrato de subjetividad individuada y a la oposición individuo/socius. Otra condición de un inicio posible de la autonomía de una pragmática consistirá entonces en especificar, esta vez positivamente, sus modos de semiotización específicos, su forma particular de apartarse de los modos de «estructuralización» semiológica de las lenguas de poder. A la individuación de la enunciación significativa se opondrá aquí el carácter colectivo de la enunciación maquinica y a la política de las significaciones, la del sentido. Semejante pragmática presenta por tanto dos caras; una que la liga con el estrato de subjetivación y la aliena en la comunicación, y una que la conecta con agenciamientos colectivos capaces de producir enunciados en contacto directo con los procesos maquinicos. El hundimiento siempre posible de los modos de semiotización formaría entonces parte de manera intrínseca de las componentes pragmáticas. Y la pragmática de los lingüistas de la enunciación solo debería ser por tanto un caso particular –aquel donde la lengua se encierra sobre sí misma en una función de impotenciación– de una pragmática más general (diagramática), abierta sobre el conjunto de los modos de codificación y de semiotización no lingüísticos. La autonomía de la pragmática estará fundada, en suma,

sobre una imposibilidad esencial de garantizar su propia autonomía. Y antes que buscar darse un estatus de pseudo-cientificidad, se definirá como actividad de agenciamiento micropolítico.

El calco y los árboles, los mapas y los rizomas

¿Cuáles podrían ser las características de una pragmática generativa y transformacional? Ante todo, sus modos de engendramiento no serían árboles, sino rizomas (o emparrados). No habría ninguna razón, *a priori*, para que un eslabón pragmático comience en un punto S para derivar luego mediante dicotomías sucesivas; un punto cualquiera del rizoma podrá estar conectado a otro punto cualquiera. Además, cada rasgo no remitirá necesariamente a un rasgo lingüístico. Un eslabón lingüístico podrá estar conectado allí al eslabón de una semiología no lingüística o a un agenciamiento social, biológico, etc. Algunas estratificaciones segmentarias serán puestas en correlación con líneas de fuga de desterritorialización. Un rizoma, por definición, no podrá ser formalizado entonces a partir de un meta-lenguaje lógico o matemático. No será deudor de ningún modelo estructuralista o generativo. Podrá ser llevado a conectar eslabones semióticos de toda naturaleza y a reunir intervenciones práxicas que dependen de las artes, de las ciencias, de las luchas sociales, etc. En tanto que proceso de diagramatización maquínico, no será reducible a un sistema de representación e implicará la puesta en juego de un agenciamiento colectivo de enunciación. La confección del rizoma de una pragmática que depende de dicho agenciamiento no tendrá por fin la descripción de un estado de hecho, el reequilibrado de relaciones inter-subjetivas, o la exploración de los misterios de un inconsciente agazapado en los oscuros rincones de la memoria. Estará por el contrario enteramente volcada hacia una experimentación en contacto con lo real. No descifrá un inconsciente ya constituido, cerrado sobre sí mismo, *lo construirá*. Contribuirá a la conexión de campos, al desbloqueo de cuerpos sin órganos estratificados, vacíos o cancerosos, y a su apertura máxima sobre el plano de consistencia maquínico. Será llevada a poner en juego modos de codificación y semióticas diversas, por ejemplo de orden biológico, sensitivo, perceptivo, del pensamiento por imágenes, del pensamiento categorial, de las semióticas gestuales, verbales, de campos políticos y sociales, de las escrituras formalizadas, de las artes, de la música, de los ritornelos... A diferencia del psicoanálisis, que busca

siempre cerrar cada enunciado y cada producción libidinal sobre una estructura que los sobrecondifica, una pragmática esquizo-analítica tendrá por objetivo acotar sus elementos repetitivos en aquello que llamaremos sistemas de *calcos*, capaces de articularse con un *mapa* del inconsciente.

El mapa se opone aquí a la estructura; el mapa es abierto, conectable en todas sus dimensiones, puede ser destrozado, puede adaptarse a montajes de toda naturaleza. Un mapa pragmático puede ser puesto en marcha por un individuo aislado o por un grupo, se lo puede dibujar sobre una pared, o se lo puede concebir como una obra de arte, se lo puede conducir como una acción política o como una meditación. Lo importante es determinar en qué un agenciamiento particular de enunciación, un calco redundante, dado un tipo de performance, modifica o no el mapa inconsciente de una competencia pragmática local¹⁴. Estos mapas de competencia no dependen de forma absoluta de una competencia más amplia. Así como no existe competencia universal, no existe cartografía universal; tal mapa, que servirá de punto de referencia a una performance colectiva (por ejemplo de una comunidad anti-psiquiátrica o de un grupúsculo), podrá tener valor de performance para tal otro conjunto social (por ejemplo: el conjunto de la psiquiatría en Francia, o el conjunto de los movimientos políticos).

Reencontramos aquí la alternativa grupo sujeto/grupo sujetado, que jamás debe ser tomada como una oposición absoluta. Las relaciones de alienación entre los campos de competencia implican siempre cierto margen que corresponde a la pragmática localizar y utilizar; dicho de otro modo, *en cualquier situación, es siempre posible una política diagramática*. La pragmática rechaza toda idea de fatalidad, cualquiera sea el nombre que se le dé: divina, histórica, económica, estructural, hereditaria o sintagmática. Estudiar el inconsciente, en el caso del pequeño Hans, habría consistido en establecer, tomando en cuenta el conjunto de sus producciones semióticas, sobre qué tipo de árbol o de rizoma fue llevada a investirse su libido. ¿Cómo, en tal momento, se cortó la rama de los vecinos, como resultado de qué maniobras el árbol edípico se estrechó, qué rol jugó el empalme del profesor Freud y su actividad de desterritorialización, por

¹⁴ Un individuo aislado, al igual que un grupo, una institución o un conjunto social más amplio, puede ser constitutivo de dicho agenciamiento, que jamás se reduce a ser solo una totalización de individuos, sino que compromete otros flujos «no humanos» (sexualidad no humana, flujos económicos, flujos materiales, etc.).

qué la libido fue obligada a refugiarse en la semiotización de un devenir-caballo, etc.? La fobia, de este modo, ya no sería considerada como un *resultado* psicopatológico, sino como la pragmática libidinal de un niño que no ha podido encontrar otras soluciones micropolíticas para salirse de las transformaciones familiaristas y psicoanalíticas. La pragmática implicaría entonces, en primer lugar, un rechazo activo de toda concepción del inconsciente como estadio genético, como destino estructural. Para un grupo, requeriría una señalización permanente de los investimentos de deseo capaces de deshacer las reificaciones burocráticas, los liderazgos, etc. «Trabajar» el mapa del grupo, consistiría en proceder a los reajustes y a las transformaciones del cuerpo sin órganos del grupo —es decir al lugar de investimento del deseo «anterior» a toda especificación, a toda organización centrada sobre un objeto— requeridos por una micropolítica compatible con dichos investimentos. Uno no sabría conferir su lugar a semejante pragmática: solo podría recusar toda vocación de hegemonía de la lingüística, del psicoanálisis, de la psicología social, del conjunto de las ciencias humanas, sociales, jurídicas, económicas, etc.

Generaciones y transformaciones

¿Cuál es la naturaleza de las relaciones entre los dos tipos de componentes de la pragmática —generativa y transformacional—, cuya existencia no hicimos más que evocar? Lo hemos dicho, la pragmática fue considerada, hasta hoy, como un ámbito que solo podría ser adyacente a la lingüística. Era verdad para Austin y Searle, y es todavía verdad para Ducrot, a pesar del hecho de que pone en tela de juicio la comunicación como carácter esencial de la lengua, y a pesar de la riqueza de sus análisis de la presuposición, que abre realmente la lingüística sobre un nuevo campo micropolítico¹⁵. Nosotros vimos que la pragmática que contemplamos, al tiempo que apunta, en lo esencial, al conjunto de los campos semióticos no lingüísticos, no mantendría menos por ello una relación particular con las semiologías lingüísticas, siendo definido este dominio como el de la pragmática generativa. La pragmática estaría dividida así en dos componentes —y no dos regiones, puesto que dichas componentes se recompondrán de

¹⁵ John Austin, *Quand dire c'est faire*, Paris, Seuil, 1970. John Searle, *Les Actes de langage*, op. cit., Oswald Ducrot, *Dire et ne pas dire*, Paris, Hermann, 1972.

manera constante—: una pragmática generativa correspondiente a los modos de «lingüistización» de las semióticas, y una pragmática transformacional, no lingüística, no significativa.

La pregunta ya se planteaba al nivel de la independencia de las semiologías llamadas «analógicas». ¿Se debía tomar partido, con la mayoría de los semióticos, por su dependencia fundamental respecto de la semiología lingüística? ¿Se debería considerarlas como modos de semiotización autónomos, capaces, en ciertas condiciones, de pasar bajo el control de una *transformación significativa*? ¿No deberíamos, por el contrario, considerar que aquello que se podría llamar «el axioma de la estructura» (que consiste, desde Saussure, en separar la lengua de los actos de lenguaje y de expresión) es solo un caso particular, que resulta de una conjunción semiótica contingente? ¿Debe necesariamente el régimen normal, terminal, de las semióticas simbólicas, caer bajo la dependencia de la máquina de expresión lingüística? Hemos indicado precedentemente que consideramos, por el contrario, que las transformaciones significantes no tenían nada de ineluctable, nada de universal, y que estaban ligadas a cierto tipo de régimen de individuación tanto de la enunciación como de la comunicación inter-subjetiva. Estas transformaciones significantes obtienen su potencia del hecho de que se apoyan sobre cierto tipo de máquina a-significante de expresión (máquinas de doble articulación, susceptibles de ser descritas como árboles sintagmáticos o como formalizaciones incluso más abstractas) lo cual organiza y estabiliza el conjunto de las composiciones semióticas en plano de contenido y plano de expresión. La fuerza de la máquina de impotenciación significativa reside en su capacidad de aplastar, de neutralizar todos los contenidos. La transformación significativa tiene por función generar, estructuralizar las producciones semióticas de toda naturaleza. ¿A través de qué medios, a través de qué sistemas de coacción institucionales se determina aquello que Herbert E. Brekle designa como una «competencia comunicativa»? Es a estas preguntas que tendría que responder una pragmática generativa.

Volvamos ahora sobre las relaciones que mantienen entre sí las diferentes componentes semióticas que hemos presentado en nuestro cuadro (pág. 176), y examinemos, en particular, el hecho de que las componentes transformacionales no interpretativas (simbólicas y diagramáticas) son capaces de romper la hegemonía de las componentes generativas interpretativas (analógicas y significantes).

1. Las transformaciones simbólicas intensivas

El estudio antropológico de los fenómenos de aculturación nos muestra que el emplazamiento de una transformación significativa nunca va de suyo. Algunas sociedades primitivas pueden incluso oponerse a ella activamente. Es así que ciertos sistemas mitográficos podrán resistir largo tiempo a la dominación exclusiva de una semiología cuya relación expresión-contenido sería estructurada según ejes sintagmáticos y paradigmáticos. Las semiologías simbólicas, en el campo de los mitos, de las relaciones de parentesco, de la antropología política, etc., no son automáticamente reducibles a las oposiciones dicotómicas de una economía significativa. Es grande, aquí, el peligro de una «estructuralización» precoz de los datos etnográficos, que consiste, por ejemplo, en interpretar en términos de librecambismo generalizado las relaciones de parentesco. La instauración de significaciones invariantes¹⁶ en la representación no va de suyo. Los planos de contenido, en las semióticas simbólicas, se encadenan entre sí, se deslizan unos por relación a otros, sin organizarse sobre un plano estructurado del significado. Es solamente con la consumación de la hegemonía del capitalismo, en el siglo XIX, que se ha impuesto definitivamente la «absoluta estabilidad de los significados, bajo la proliferación de las relaciones de designación [...] para poder fundar la comparación de las formas¹⁷». Cierta tipo de dictadura del significante parece de este modo ligado a cierto contexto histórico y, por consiguiente, no podría ser considerado como inmutable, ni como universal. Algunas transformaciones pueden neutralizar, incluso invertir, este poder significativo. Es lo que pasa por ejemplo en las sociedades africanas contemporáneas, donde fijaciones a modos de solidaridad tribal, o bruscos retornos a prácticas animistas, sirven de contrapeso a la expansión de las semiologías de tipo occidental, o también, a un nivel individual, con la «toma del poder» de una semiología onírica sobre las semióticas perceptivas, las semiologías lingüísticas, etc., bajo el efecto del sueño, de la droga, de la exaltación amorosa, etc.

¹⁶ Los teóricos de la información definen la significación como «un invariante en el curso de las operaciones convertibles de la traducción» (B. A. Ouspenski, citado por Iouri Lotman, *La Structure du texte artistique*, Paris, Gallimard-NRF, 1973, p. 69).

¹⁷ Alain Rey, *Langage*, nº 32, diciembre 1973. Jean-Claude Chevalier escribe por su parte «la lengua de la gramática general y de rechazo; con la burguesía, el esquema predicativo y su metalengua, la sintaxis (y la preeminencia de la sintaxis es efectivamente una decisión ideológica); en el pueblo, las palabras y los vocabularios técnicos y un lenguaje hablado abandonado a una libertad indiferente» (*Idem*, p. 118).

2. Las transformaciones diagramáticas

Otro tipo general de transformación pragmática es capaz de operar una liberación semiótica de la pareja de impotenciación significante-significado: la *transformación diagramática*. Bajo la categoría de iconos, se ha confundido por lo general dos tipos de sistemas semióticos cuya distinción, no obstante, había sido esbozada por Ch. S. Peirce¹⁸:

a) las *imágenes*, donde el signo funciona por *analogía*, por evocación del objeto denotado (en el caso de una semiótica que funciona a partir de elementos espaciales, ponen en juego, por lo general, al menos dos dimensiones);

b) los *diagramas*, que funcionan de modo tal que los elementos de la forma del contenido son transferidos sobre el plano de la forma de expresión a través de lo que llamaremos un sistema de signo-partícula que *simula* el proceso denotado, y esto, generalmente, según un modo de codificación lineal¹⁹. Peirce definía los diagramas como «iconos de relaciones». El signo diagramático no imita los objetos, sino que articula propiedades, funciones²⁰. El contenido es desterritorializado por su modo de formalización. Las redundancias semánticas simbólicas y semiológicas significantes son vaciadas de su sustancia (por ejemplo, mediante una formalización polifónica y armónica en música, matemática en física, axiomática en matemática)²¹.

Así, el diagramatismo no objetiva un mundo cuya representación estabilizaría, sino que agencia un nuevo tipo de realidad. Entra en ruptura con la organización de las significaciones dominantes. Los procesos semióticos diagramáticos constituyen, de hecho, componentes indispensables para los agenciamientos maquínicos de las sociedades humanas. Es imposible, por ejemplo, concebir el agenciamiento de una experimentación científica sin la puesta en marcha de un proceso semejante (bajo forma de planos, de

¹⁸ Charles S. Peirce, Charles Hartshorne, Paul Weiss (éd.), *Collected Papers of Charles Sanders Peirce*, Cambridge, Mass, Belknap Press of Harvard University Press, 1965.

¹⁹ François Jacob considera que la linealidad de un modo de codificación permite un control mucho más riguroso del encadenamiento de las secuencias codificadas, *Critique*, nº 322, marzo 1974, p. 202.

²⁰ Sin poner al día la especificidad del signo diagramático, Bettini y Casetti delimitan bien su contorno. Cf. «La sémiologie des moyens de communications audio-visuels et le problème de l'analogie» en Dominique Noguez, *Cinéma, Théorie, lectures*, Paris, Klincksieck, 1973, p. 92.

²¹ Peirce clasificaba los álgebras entre los iconos de relaciones, etc.

descripciones topológicas, matemáticas, axiomáticas, informáticas, etc.). Que algunas máquinas de signos puedan funcionar directamente en el seno de máquinas materiales y sociales, sin la mediación de procesos de subjetivación significativos, es algo que se ha vuelto cada día más evidente; pero el paso decisivo que nos parece necesario franquear para fundar una pragmática política es que la esencia común de las máquinas semióticas y de las máquinas materiales o sociales procede del mismo tipo de máquina abstracta. El realismo positivista condujo a aplastar la dimensión creadora del diagramatismo, reduciéndola a la categoría general de la analogía; en un primer momento, se recupera el diagramatismo como sub-producto del icono y, en un segundo momento, se recupera el icono bajo la categoría de la analogía, ella misma considerada como sub-producto de la significación. Pero, no podríamos insistir lo suficiente sobre esto, la relación de significación (significante-significado) es solo un caso particular del mecanismo de las máquinas semióticas, que funcionan unas en la prolongación de las otras. Respecto a esto, Bettini y Canetti han hecho notar cuán reductora ha sido la divulgación de los escritos de Peirce pues, a diferencia de la forma en la que son habitualmente presentadas, sus categorías jamás están cerradas sobre sí mismas y no hay corte irreversible entre los sistemas de signos y su objeto –pudiendo siempre un signo icónico ser signo de otro signo y funcionando los sistemas de objetos ellos mismos ya como máquina de signo en el saber de la sociedad, e insertándose en aquello que él llama la «cadena progresiva de las definiciones interpretantes». Y, en efecto, la instauración de un sistema estabilizado de significaciones nos parece siempre correlativa de la puesta bajo tutela de las semiologías simbólicas en su diversidad. Como lo escribe Lotman, «cuanto más alejadas entre sí están las estructuras mutuamente niveladas en los procesos de transcodificación, cuanto más diferente es su naturaleza, más portador de contenido será el acto de conmutación de un sistema en el otro²²».

3. Generaciones analógicas y generaciones significantes

La analogía solo constituye el primer escalón de esta operación de nivelación y de traductibilización de los eslabones semióticos de toda naturaleza (sin duda deberíamos ser llevados a considerar «grados de ana-

²² Iouri Lotman, *La Structure du texte artistique*, op. cit. El contenido es aquí, para Lotman, sinónimo de significado.

logismo»). La analogía y la significancia constituyen dos modos de una misma política de reterritorialización y de subjetivación de los contenidos. Pero mientras que la analogía los organiza en campos relativamente informales, articulados por agenciamientos de enunciación relativamente territorializados, la significancia, con sus cadenas de doble articulación, los cuadricula sobre coordenadas paradigmáticas y sintagmáticas articuladas de manera mucho más estricta a agenciamientos de enunciación individuados sometidos directamente a los sistemas sociales capitalísticos. La formalización analógica es menos rigurosa, menos desterritorializada, que la de la significancia, pone en perspectiva estratos de expresión que guardan su propia consistencia, produciendo aquello que hemos llamado «campos de interpretancia». Un símbolo interpreta otro símbolo que interpretará él mismo un tercero, y así sucesivamente, sin que el proceso tropiece contra un significado terminal cuyo sentido estaría congelado, por ejemplo en un diccionario, y sin que el encadenamiento esté obligado a respetar una gramaticalidad que fije reglas rigurosas de concatenación sintagmática. El trabajo de la generación significante sobre el contenido pone en juego un grado suplementario de desterritorialización, ya no está fundado sobre motivaciones analógicas, sino sobre lo «arbitrario» de una máquina de signos a-significantes²³ que los fonologiza, los grafematiza, los morfologiza, los lexicaliza, los sintactiza, los retoriza, etc. Desde luego, las transformaciones analógicas no son específicas de un tipo particular de agenciamiento de enunciación; pueden aplicarse igualmente a las semióticas diagramáticas. Pero en ese caso, los mismos signos son tratados según las dos políticas semióticas, generativa y transformacional: de un lado, funcionan como símbolo en un modo analógico y, del otro, como figura de expresión en un modo diagramático. Este sistema mixto corresponde precisamente al modo de representación significante que pone al servicio de la significancia una máquina a-significante. Signos vacíos, sin contenido semántico, por ejemplo la imagen fónica o gráfica de la palabra «mesa», son *vistos* como una mesa²⁴. Así la diagramatización, territorializando analogons artificiales,

²³ En la terminología de Hjelmslev: las figuras o los glosemas de la expresión.

²⁴ El desarrollo de una semiótica de las sinestesias sería, sobre este punto, fundamental: cómo se pueden ver sonidos, escuchar colores, somatizar palabras... A propósito de «transposiciones intersensoriales», Merleau-Ponty escribía: «Los sonidos se traducen uno al otro, sin tener que pasar por la idea.» *Phénoménologie de la perception*, Paris, NRF, 1945, p. 271.

se cierra sobre un mundo de cuasi-objetos. Pero dicho mundo, a diferencia del de las representaciones simbólicas, es «trabajado» desde el interior por la sintaxis y la lógica, sobre las cuales descansa la formalización de las significaciones y de las proposiciones dominantes; de un lado, nos invita a insertarnos en una realidad «que va de suyo», una realidad de todos los días, y, del otro, nos arrastra, como a pesar nuestro, en la ronda de sus implicaciones pragmáticas, y sus cadenas significantes nos alienan en una inmensa máquina social y técnica, como la de Carlitos, en *Los tiempos modernos*. Toda la libido es así captada, funcionalizada, subjetivada, en función de las exigencias de la economía de los flujos capitalísticos.

Las componentes generativas de analogía y de significancia no deben por tanto ponerse sobre el mismo plano que las componentes transformacionales de simbolismo y de diagramatismo, y la distinción, vuelta tradicional, entre las semióticas «analógicas» y las semióticas «digitales»²⁵ no nos parece que deba ser mantenida. Nos encontramos en presencia de dos tipos generales de componentes:

- las transformaciones simbólicas y diagramáticas, que constituyen campos semióticos distintos entre sí y cuya diferencia se acentúa incluso a medida que se desarrolla el proceso de desterritorialización que marca la evolución de las segundas;

- las «generaciones» analógicas y significantes, que no constituyen campos semióticos distintos, sino que participan ambos de la misma función de reterritorialización y de subjetivación. Las coacciones que dichas componentes imponen a las dos precedentes, cuando se aplican sobre ellas, tienen por fin volverlas compatibles con los valores y las coordenadas de una visión particular del mundo. Generan un mundo haciendo degenerar la posibilidad de aparición de mundos diferentes; por tal motivo podríamos llamarlas también componentes degenerativas, en oposición a las transformaciones pragmáticas (simbólicas y diagramáticas) las cuales, cada una a su manera, trastornan el sistema de las redundancias dominantes, y modifican la visión de un mundo.

²⁵ Semióticas, estas últimas, que proceden por baterías de signos discretos, que recortan la información en dicotomías sucesivas bautizadas «dígitos».

*Cuadro que resume las formaciones de campos semióticos
a partir de componentes transformacionales y de componentes generativas*

Transformaciones	Generaciones	Campos semiológicos
A. Simbólica (ej: el sueño)		A. C. Semiología interpretativa (ej: la magia)
D. Diagramática (ej: sistemas de grafemas)		A. D. Semiología significativa (ej: el psicoanálisis) B. C. Logografía interpretativa (ej: la geomancia, los tarots) B. D. Lenguas de doble articulación

Los agenciamientos pragmáticos de enunciación (al igual que las componentes semióticas que ponen en juego) no pueden ser reducibles a la composición de elementos standard, por ejemplo a posiciones subjetivas universales, del tipo de las de la teoría lacaniana (discurso del amo, del histérico, del saber, del analista). Por tal motivo la clasificación que hemos propuesto en nuestro cuadro (p. 176) es completamente relativa. Es así que, de hecho, los agenciamientos territorializados de enunciación solo corresponden a una dominante de las transformaciones de interpretancia analógica y que de hecho pueden poner en juego también semióticas simbólicas, diagramáticas y significantes (ejemplo: el discurso de las sociedades primitivas, en tanto que «rechaza» los efectos reductivos de las generaciones significantes, se funda sobre técnicas simbólicas relativamente no interpretativas, pero cuyo rechazo implica «en negativo» la existencia de una economía significativa amenazante). La individuación de la enunciación, al tiempo que es específica de la dominante de las transformaciones significantes, pone en juego también transformaciones simbólicas (de tipo figura-fondo) desterritorializadas y sobrecodificadas y una máquina de redundancia diagramática que organiza las formaciones simbólicas según un plano de contenido (transformación concienical). Esta formalización de segundo grado tiene así por consecuencia la producción de un nuevo tipo de efecto que se podría llamar efecto de falta. Cada contenido está doblado de una falta; «falta» del formalismo que lo sobrecodifica. La unidad de la semiología lingüística deviene entonces la unidad formal significativa que Hjelmslev puso al día entre la forma de la expresión y la forma de

contenido. El carácter fundamentalmente metaestable de este efecto de falta producido por la transformación concienal tiene por corolario una suerte de vértigo de desterritorialización insoportable, locamente angustiante; debe ser colmado sin demora, por tal motivo provoca la intervención de cierto número de componentes pragmáticas reterritorializantes: transformación de rostridad; transformación de doble; transformación de pareja; transformación de conocimiento paranoico, etc. El vector loco de la transformación concienal que representa esta desterritorialización absoluta es así conjurado por reterritorializaciones artificiales, que conviene diferenciar de los agenciamientos territorializados de enunciación evocados más arriba. Ahora bien, no hay ninguna necesidad metodológica que nos imponga considerar que las componentes semióticas a partir de las cuales hemos comenzado nuestra descripción tengan una prioridad real. Un análisis «rizomático» podría también ser conducido a partir de componentes menos clásicamente semióticas, tales como aquellas que se anudan, por ejemplo, en torno de los agujeros negros de la angustia, de la rostridad, de las formaciones de poder, etc.

Sucede igual con los agenciamientos maquínicos de la enunciación, que son característicos de la dominante de las transformaciones pragmáticas diagramáticas. Siguen siendo acosadas por sujetos de la enunciación. Pero la representación de un locutor oyente como polo ficticio de la producción de los enunciados que se vuelve con ellos cada vez más abstracta, el hecho de que «eso continúe hablando» por boca de individuos toma un alcance cada vez más relativo. El enunciado es producido y escuchado por un agenciamiento complejo de individuos, de órganos, de máquinas materiales y sociales, de máquinas semióticas matemáticas, científicas, etc., que constituyen el verdadero foco de enunciación. Siendo así, este tipo de agenciamiento no puede ser separado, en la práctica, de reterritorializaciones artificiales de la enunciación que le son correlativas y que se manifiestan siempre en el seno de semánticas mixtas. Es en reacción a la desterritorialización vertiginosa del sujeto implicado, o bien por la transformación concienal, o bien por una transformación diagramática desubjetivante, que un sistema de «reaseguro» colectivo reproduce artificialmente una territorialización de la enunciación. Así podrá ser mantenida incluso la ilusión de un retorno a los agenciamientos territorializados de enunciación de las sociedades primitivas (ilusión del «retorno a la naturaleza», del retorno a las significaciones originales), tras el desmoronamiento

de los sistemas de comunidades familiares territorializadas. De este modo será recreada de manera artificial una familia nuclear conyugal, o, frente a la internacionalización de la producción y del mercado, se asistirá a un retorno masivo de las cuestiones nacionales, de los particularismos regionales, de los racismos, etc.

Tres casos límites de agenciamientos colectivos de enunciación

Sin perder de vista el carácter arbitrario de las clasificaciones sistemáticas que proponemos, examinemos ahora ciertos agenciamientos límites, tales que pueden ser determinados a partir de la repartición, según un orden diferente –esta vez, ternario– de sus componentes. Insistiremos nuevamente sobre el hecho de que un abordaje monográfico de situaciones reales –un análisis «rizomático»– no partiría así de lo simple para ir hacia lo complejo, sino que, por el contrario, partiría de lo complejo para considerar solamente las componentes «elementales» en la medida en que tal proceder le permitirá explorar más finamente ciertos rasgos singulares de dichas componentes, conduciendo a una complejización todavía mayor de los agenciamientos de enunciación y permitiendo proyectar una experimentación creadora más rica, más abierta. El sistema triódico que proponemos aquí no es por tanto asimilable en nada a un método como aquel, por ejemplo, de Charles Sanders Peirce. La asociación de cinco, siete o n componentes hubiese sido, en principio, preferible. Sin embargo, debería permitirnos examinar los casos límites, de los que antropólogos, historiadores o economistas harían sin duda casos típicos, estructuras arquetípicas.

	Agenciamientos de enunciación	Instancias maquínicas	Componentes semióticas
<i>Composición a</i>	Territorializado	Índice	Simbólica
<i>Composición b</i>	Individuado	Máquina abstracta	Significante (abstracción)
<i>Composición c</i>	Colectivo	Agenciamiento maquínico	A-significante

Composición a: agenciamiento territorializado, índice maquínico y componente simbólica

Numerosas semióticas simbólicas –las de la infancia, de los locos, de las sociedades primitivas– son inseparables de la existencia de territorialidades estratificadas. No dependen por tanto, en primer lugar, de una sustancia de

expresión que atravesaría y unificaría sus diferentes modos de semiotización. Constituyen un sistema de articulación de los modos de codificación y de formalización en la elevación de una sustancia de expresión universal. Por ejemplo, se encontrará, en el agenciamiento territorializado de ciertas sociedades primitivas, una actividad de formalización mitográfica que se desarrolla a partir de rasgos de materia de expresión que no entran en correspondencia, no siendo traductibilizables con los de las semióticas gestuales, perceptivas, económicas, etc. Lo cual no significa que estos diversos modos de semiotización existan sin relación unos con otros. Pero lo que efectuará dicha relación, será precisamente el tipo de territorialización del grupo, su topología interna, sus traslaciones sobre sí mismo y fuera de su territorio. Aquí, el agenciamiento territorializado de grupo ocupa el lugar que se convertirá en aquel de la sustancia signifiante en los sistemas de individuación despótica de la enunciación.

Las sociedades primitivas rechazan, conjurándola, la puesta en marcha de una sustancia signifiante; su política es la de una *práctica* grupal de las conjunciones semióticas. Se trata allí de una suerte de rizoma pragmático, pero de un rizoma que busca contener, dominar las fugas desterritorializantes. Los sistemas de índices marcan precisamente la inscripción sobre dicho rizoma de tal amenaza, de tal rechazo a caer en la abstracción signifiante o en los agenciamientos maquínicos desterritorializados. Un índice será, por ejemplo, el hecho de que la muerte de una vaca incitará, en un primer momento, el recurso a las prácticas de geomancia, luego, en la medida en que no se han obtenido buenos resultados mediante este procedimiento, el recurso a un sacrificio ritual, luego a un proceso de brujería, un «marabutaje», etc., sin que en ningún momento sea efectuada una síntesis entre estos diferentes procedimientos, sin que sea despejado un paradigma que establezca su significación general.

El grupo agencia las semióticas, no interpreta, experimenta. Este pasaje real se efectúa respetando los *rasgos particulares de cada materia de expresión*. Además, y esta es una diferencia esencial con los rizomas que dependen de un filum maquínico desterritorializado, estos agenciamientos territorializados no jerarquizan los planos. Las desterritorializaciones maquínicas existen (ejemplo: un embrión de escritura), pero serán trabajados sobre el mismo plano que los agenciamientos territorializados. Es como si estas sociedades mantuvieran un desconocimiento activo de las potencias de desterritorialización contenidas en ciertos índices. Este tipo de agencia-

miento no excluye por tanto ni el significante, ni el diagramatismo, sino que simplemente rechaza la toma de poder de una instancia de sobre-codificación o de una máquina de desterritorialización. Una máquina religiosa podrá ser portadora de abstracciones universalizantes, pero se le impedirá salir de su territorio, por ejemplo de su totemismo. No aspirará a una traductibilidad general del tipo de aquella de las religiones capitalísticas. Se evitará de igual modo que el simbolismo caiga en el equivalente de la traductibilidad significativa que constituye para él el iconismo. Los coeficientes diferenciales de desterritorialización no son extraídos de su territorio, de su materia de origen.

Estas sociedades conducen una lucha activa contra la erección de un objeto significativo de las alturas, sea bajo la forma de una capitalización del poder, al nivel de las jeferías, sea bajo la forma de una concentración de los sistemas de sujeción semiótica en máquinas técnicas o máquinas de escritura. Dicho de otro modo, se empeñan en hacer que todos los sistemas de desterritorialización permanezcan o retornen al estado de índices, de índices cualitativos que no serán cuantificados ni sistematizados. Es solamente con ocasión del «pasaje» a sociedades dominadas por las semiologías significantes y por las semióticas a-significantes que serán puestos en marcha esta cuantificación, y esta acumulación de los efectos de desterritorialización. Aquí, las desterritorializaciones permanecen todavía en contacto directo con las intensidades de deseo, sobre el cuerpo, sobre el grupo, sobre el territorio.

Composición b: agenciamiento individuado, máquina abstracta y componente significativa

Corresponde a un proceso de evolución de las antiguas territorialidades que son atravesadas por sistemas maquínicos que las surcan por todas partes. Los índices se encadenan, se acumulan; por ejemplo, en sociedades Pueblos como en los Hopi, cuyo «teocratismo», según Lévy-Strauss, evoca bajo una forma rústica las civilizaciones aztecas, se comienzan a interpretar algunos índices por relación a los otros; es el reino del «machacamiento», de la mala conciencia, de la culpabilidad²⁶. Las máquinas abstractas capitalizan los

²⁶ Ver las diferencias de semiotización de los celos y de la venganza en los Crow y los Hopi, descubiertas por Lowie y señaladas por Lévy-Strauss en su prefacio a *Soleil hopi*. Don C. Talayesva, *Soleil hopi*, Paris, Plon, 1959, Terre humaine.

índices e inician la constitución de agenciamientos maquínicos. En estas condiciones, dichas sociedades se volverán vulnerables a la contaminación por las máquinas abstractas capitalísticas. Pero es con las sociedades que autonomizan una máquina de Estado despótica que dicho poder significativo adquirirá verdaderamente su autonomía. ¿Cómo se efectuarán, dónde se acoplarán la escalada de las desterritorializaciones y la escalada de los nuevos sistemas de defensa contra los flujos capitalísticos? Aquello que ya no era posible sobre un territorio se volverá posible sobre un sistema de sustancia semiológica. Los caracteres de dicha sustancia son la impotenciación y el dualismo. Lo que es retenido por esta sustancia, ya no son intensidades en tanto tales, sino su carácter diferencial. El conjunto de estas relaciones diferenciales constituye precisamente la sustancia significativa. Esta impotenciación significativa es correlativa de la conciencialización, de la emergencia de los mitos del doble, de la totalización de los efectos intensivos sobre la persona, del dualismo del poder fálico y ya, de forma embrionaria, de los sistemas de sujeción por las semióticas de la rostridad y las semióticas conyugales. Desde el momento en que ha cristalizado, esta sustancia contamina todas las antiguas materias de expresión. Constituye una suerte de cielo que domina las intensidades, fijándolas como mariposas, reduciéndolas al estado de índices neutralizados.

Ella despliega una subjetividad formal que sustituye los agenciamientos territorializados. A diferencia de estos últimos, dicha subjetividad no tiene necesidad de ser practicada, acosa cada sistema intensivo en tanto valor diferencial; funciona como *capital de las diferencias*; es la matriz de todas las capitalizaciones de poder, ya sea que conciernan al Estado, a los intercambios matrimoniales o económicos, y en general a todos los sistemas de capitalización de los flujos descodificados que calificamos de capitalísticos. La sustancia semiológica de los agenciamientos individuados (o individuantes) de enunciación es dualista por el hecho de que despliega una superficie de representación que se dividirá constantemente en dos sub-sistemas: una sustancia de expresión y una sustancia de contenido. El conjunto de los efectos intensivos es formalizado, apresado secretamente por la formalización de la expresión. Inversamente, las máquinas diagramáticas que son puestas en juego por ella son apresadas por la organización, por la finalización de las significaciones del contenido. Este proceso de bi-univocización de todas las intensidades tiene por corolario una linealización, un aplanamiento, de los antiguos sistemas de rizomas territorializados.

Todas las intensidades materiales que concurren a la formalización de la expresión deben ponerse en el mismo nivel. Ya no es oportuno que se hable cantando y danzando; lo que cuenta ahora, es únicamente el agenciamiento de los caracteres diferenciales del sistema de conjunto en tanto que converge en el funcionamiento de los nuevos poderes desterritorializados. En estas condiciones, las componentes prosódicas que dependen del canto, de la mímica, de los gestos, de la postura, etc., en el habla «primitiva», ya solo podrán degenerar. Se pasará de un elemento a otro según un orden sintáctico y ya no en el desorden aparente de los agenciamientos territorializados. Se comparará, se medirá los coeficientes de desterritorialización de cada construcción formal. Los estratos deberán someterse, jerarquizarse a través de ese pasaje; ya no habrá relieve, sino solamente un pasaje lineal, que constituye el medio más económico para efectuar una comparación semejante y una jerarquización semejante. A falta de tal neutralización, subsistirá la posibilidad de una irrupción de un sistema de intensidad. Pero la sustancia signifiante es hegemónica, no puede tomar semejante riesgo.

De hecho, se conserva en un estado meta-estable, pues, para poder semiotizar la estructuración y la jerarquización de las formaciones de poder sobre las cuales se apoya, ha debido recurrir a una puesta en acción de máquinas diagramáticas, cuyos efectos corren el riesgo de hacerse sentir igualmente del lado del contenido mediante la activación de nuevos agenciamientos maquínicos. En estas condiciones, ¿cómo apresar tal máquina de signos? En todo momento, para todo propósito, será necesario retener de ella solo lo que puede ser fijado en un sistema de abstracción y de sintaxis formal. Por ejemplo, el ingreso, en la historia de la música, de una componente de escritura polifónica, luego armónica, que amenazaba hacerla estallar en una especie de barroquismo generalizado fue durante mucho tiempo conjurado por el poder religioso, quien se esforzó en retener de los rasgos de expresión musicales solo aquellos que eran matematizables.

Así se había establecido una suerte de sintaxis universal de la escritura musical, inseparable de las formaciones de poder que pesan sobre los músicos (enseñanza, mecenazgo, etc.). Es solo cuando otras componentes más desterritorializadas entren en escena y pongan en cuestión el compromiso de la música llamada, paradójicamente, «barroca», que se iniciará el proceso de escisión continua que representa la evolución de la música moderna. Pero esta desterritorialización semiótica de la música es inseparable de aquellas que han trabajado las representaciones del mundo

en los dominios religioso, filosófico y científico. Y allí también volvemos a encontrar sistemas de reterritorialización para controlar la proliferación de las máquinas abstractas y traductibilizarlas en una concepción general del mundo. La abstracción funciona aquí como un lugar de rebote, lugar de detención de los sistemas semióticos susceptibles de organizarse según un rizoma maquínico. La máquina abstracta corresponde aquí a la intuición hjelmsleviana de la forma, según la cual es, en cierto modo, la misma máquina la que se manifiesta en la sustancia de expresión y en la sustancia de contenido. Se podrá decir aquí que es la misma sustancia dualizante la que segrega abstracciones y la que contiene las intensidades en sistemas de árboles dicotómicos reductivos. Pero el formalismo trascendente, que resulta de aquello que hemos dado en llamar una perversión paradigmática, no queda menos por ello bajo la amenaza de un doble peligro: del lado del contenido, la explosión, la eflorescencia de las multiplicidades intensivas; del lado de la expresión, el diagramatismo implacable de las máquinas de signos.

Composición c: agenciamiento colectivo, agenciamiento maquínico, componente a-significante

Las oposiciones figura-fondo, forma-materia, de los agenciamientos territorializados, y el dualismo de la sustancia significativa de los agenciamientos individuados dejan aquí de ser pertinentes. En apariencia, se retorna a una expresión polívoca del tipo de aquella de los agenciamientos territorializados. Pero no se trata de agenciamientos de personas, de técnicas, de mitos, etc., bien localizados, en la práctica de cuerpos, de órganos y de territorios a partir de un sistema de sujeción significativa, sino de un agenciamiento maquínico, de una máquina no-humana, en el seno de la cual las sobrecodificaciones de las abstracciones despóticas ya no harán la ley de la misma manera. Aquello que domina de ahora en más este sistema semiótico, ya no es un agenciamiento territorializado o una subjetividad formal, sino *el plano de consistencia* del conjunto de los agenciamientos maquínicos posibles. El agenciamiento maquínico de la enunciación rearticula los índices maquínicos a un nivel intensivo, ya no solamente a un nivel diferencial. Además, vectoriza los sistemas de estratificación polarizando los sistemas territorializados hacia los sistemas desterritorializados. Hemos abandonado entonces el registro de la autonomía de los agenciamientos territorializados o del dualismo comparativo de las intensidades

de la sustancia significativa de los agenciamientos individuados. El rizoma maquínico es vectorizado y vectorizante. Las jerarquías globales son sustituidas por una vectorización general de los procesos de desestratificación.

No estamos sin embargo en presencia de una sustancia maquínica autonomizada; las componentes maquínicas no se estratifican: a medida que se ponen en marcha, constituyen un filum que implica no solamente su estado actual y los encadenamientos históricos y lógicos que condujeron hacia él, sino también sus potencialidades diagramáticas. Lo virtual, lo teórico y lo experimental por venir forman parte entonces del filum maquínico²⁷. No reintroduciremos pues a este nivel una dualidad entre la desterritorialización material y la desterritorialización semiótica, puesto que estamos siempre en presencia de una multiplicidad de materias de expresión y de sistemas semióticos que corresponden a los diversos modos particulares de diagramatización. No hay entonces razón para agrupar, por ejemplo, las intensidades energéticas, físico-químicas, biológicas, etc., de un lado, y las intensidades estéticas, revolucionarias, científicas, etc., del otro. La multiplicidad de los sistemas de intensidades se conjuga, se «rizomatiza» sobre sí misma: el agenciamiento maquínico opera conjunciones entre materias «científicamente formadas», «estéticamente formadas», sin privilegio para estas últimas, en tanto que han salido de una máquina de signos autonomizada. No existe ningún primado de derecho de un sistema sobre otro; las componentes materiales no son necesariamente más territorializadas que las componentes semióticas. Lo que es importante aquí, no es ni un índice diferencial particular, ni una gama de índices diferenciales, sino el agenciamiento del conjunto de los quanta de desterritorialización puesto en acto. Ciertos sistemas intensivos son cuánticamente hiperpotentes por relación a los demás.

Una máquina de signos matemáticos puede devenir de manera temporaria hiperpotente, por relación al sistema de desterritorialización que será puesto en juego de manera conjunta, por ejemplo en física, por componentes teóricas y componentes experimentales. Inversamente, un efecto²⁸

²⁷ Se podría distinguir entre:

- en el nivel a, puesta en acto humana;
- en el nivel b, puesta en significación abstracta;
- en el nivel c, puesta en acto maquínica.

²⁸ «Efecto» en el sentido en que se habla, en física, del «efecto Compton».

intensivo puede devenir hiperpotente por relación a un sector entero de la física teórica. Los índices y las máquinas abstractas continúan existiendo en los agenciamientos maquínicos, pero en lugar de que los índices giren en redondo en el seno de un agenciamiento territorializado, puesto en acto por colectividades humanas, sobre un territorio dado, o que las máquinas abstractas permanezcan atornilladas sobre una sustancia dualizante, solo funcionan ahora en tanto que son portadores de ciertos quanta de desterritorialización. Este punto es primordial, pues, lo repetimos, no hay jerarquía entre los índices, las máquinas abstractas y los agenciamientos maquínicos. Por ejemplo, los «sentimientos», la vida privada de un investigador científico, el hecho de que caiga enamorado o se vuelva loco, pueden introducir una carga de desterritorialización de la más alta importancia en el agenciamiento maquínico que constituye su investigación. Un índice erótico, una carga libidinal podrán quizá desbloquear sistemas de máquinas abstractas y sistemas de agenciamientos experimentales o, asimismo, los estropearán completamente. Inversamente, una máquina abstracta podrá fecundar un sistema de índices: quizá es el hecho de que una máquina abstracta, de orden teórico o experimental, fue introducida en su sistema, el que «decide» a nuestro investigador a caer enamorado o volverse loco. Las pasiones, no solamente de los artistas y de los científicos, sino todas las pasiones, ya no deberían ser separadas de las obras, sean cuales fueran, que ellas ponen en juego, para ser relacionadas con recetas de cocina relativas a las estrategias inter-personológicas que son la obsesión del psicoanálisis. Los agenciamientos maquínicos no son por tanto menos portadores de índices que las máquinas abstractas. Se puede considerar incluso, en un sentido, que no hay más que *agenciamientos maquínicos*, sea virtuales, sea manifiestos, y que los agenciamientos territorializados y las máquinas abstractas son ya agenciamientos maquínicos en potencia.

Solo hemos considerado aquí situaciones-límites que traducen el hecho de que:

- 1) los agenciamientos maquínicos territorializados del nivel *a* marcan un temor y una conjuración de la desterritorialización del nivel *b*;
- 2) aquellos del nivel *b* señalan, bajo otra forma, por el rodeo de los sistemas de máquinas abstractas, un rechazo y una inhibición de los efectos diagramáticos de nivel *c*;
- 3) los agenciamientos maquínicos de nivel *c* señalan, por una parte, un retorno a los índices territorializados y, por otra parte, un más allá de las

máquinas abstractas de nivel *b*, por el hecho de que aportan a los índices una carga de desterritorialización que les permite pasar a través del «muro del significante».

Una pragmática analítico-militante

«*Do it*», esta podría ser la consigna de una pragmática micropolítica. El axioma de gramaticalidad de los chomskianos (S), no solamente no podría ser ya aceptado como obvio, sino que se convierte en el objeto de una especie de oposición militante. Se rechaza considerar que los agenciamientos semióticos de toda naturaleza deban necesariamente organizarse en frases compatibles con el sistema de las significaciones dominantes. Una consigna pragmática no buscará por tanto interpretar, reorganizar las significaciones, componer con ellas; postulará que más allá de sus sistemas de redundancia, es siempre posible transformar un agenciamiento semiótico. Hay en esto una decisión política primera, un axioma primero de la pragmática: la negativa a legitimar el poder significativo manifestado por las «evidencias» de las «gramaticalidades» dominantes. La estimación de un «grado de gramaticalidad» deviene entonces una materia política. Antes que aceptar quedar prisionero de la redundancia de los calcos significantes, uno se empeñará en fabricar un nuevo mapa de competencia, nuevas coordenadas diagramáticas a-significantes. Es lo que hicieron los leninistas en ocasión de su ruptura con los social-demócratas, cuando decidieron, con cierta arbitrariedad, que a partir de la constitución de un partido de nuevo tipo sería creado un clivaje entre la vanguardia proletaria y las masas, que tendría por efecto transformar de manera radical su actitud de pasividad, su espontaneísmo y su tendencia «economicista». El hecho de que esta «transformación leninista» haya basculado posteriormente hacia el campo de la redundancia del burocratismo stalinista muestra que, en este dominio, los sistemas de mapas y de calcos pueden siempre invertirse, que ningún fundamento estructural, ninguna legitimación teórica podría asegurar definitivamente el mantenimiento de una «competencia» revolucionaria. Sea lo que sea, los leninistas han hecho surgir del campo social una nueva materia de expresión, un nuevo mapa del inconsciente político, por relación al cual todas las producciones de enunciados, comprendida las de los movimientos burgueses, habrán sido obligadas a determinarse. Otra transformación del mapa inconsciente del movimiento revolucionario había sido producida

por los marxistas de la I^{ra} Internacional, quienes literalmente «inventaron» un nuevo tipo de clase obrera, anticipándose sobre las transformaciones sociológicas que debían conocer las sociedades industriales (en efecto, la clase sobre la cual se apoyó el movimiento comunista de la época de Marx estaba, en lo esencial, compuesta de pequeños artesanos y de oficiales: es solo a fines del siglo XIX que comenzó realmente a proletarizarse). Una pragmática micropolítica jamás aceptará como un hecho consumado los sistemas de redundancia, los cuales en apariencia parecen los más «en impasse»; ella se esforzará en hacer emerger procesos de diagramatización, «analizadores», agenciamientos colectivos de enunciación que destituirán los modos individuados de subjetivación, y a partir de los cuales serán registradas y modificadas las relaciones micropolíticas anteriores. Pero, una vez más, no podría tratarse únicamente aquí de instrumentos organizacionales, programáticos o teóricos, sino fundamentalmente de mutaciones en la pragmática social.

La tarea de una pragmática revolucionaria consistirá entonces en efectuar conexiones entre sistemas transformacionales capaces de anular los efectos de las generaciones significantes. Estamos así en presencia de dos orientaciones micropolíticas que conciernen al conjunto de los sistemas semióticos. Las transformaciones diagramáticas son pues capaces de transportar sus efectos hacia cualquier registro semiótico: se trate de las semiologías simbólicas (por ejemplo con los efectos de mimetismo, de transitivity, etc.), se trate de las semiologías significantes (con los sistemas de expresión fundados sobre una gama delimitada de elementos discretos: fonemas, grafemas, rasgos distintivos, etc.), o incluso de los modos de codificación «naturales». En cada situación, el objetivo pragmático consistirá en despejar la naturaleza de las cristalizaciones de poder que se operan alrededor de una componente transformacional dominante: el mapa de los agujeros negros, de las ramificaciones semióticas y de las líneas de fuga (por ejemplo, en los imperios asiáticos, la instauración de una escritura significativa despótica, o, en la paranoia, la emergencia de un delirio significativo sistematizado). El derrocamiento de una componente significativa y la aparición de una nueva componente diagramática reducirán los efectos de significancia y de individuación y conducirán la enunciación a ya solo ser un elemento entre otros agenciamientos maquínicos (por ejemplo, la emancipación de una máquina de escritura de su función significativa en el trabajo poético, musical, matemático, etc.). Las transformaciones pragmáticas agenciarán

sincrónicamente sus composiciones en función de diversas estrategias políticas; pero organizarán también diacrónicamente sus mutaciones sobre un rizoma maquínico. Aunque su evolución vaya globalmente en la dirección de una desterritorialización creciente, puntuada de reterritorializaciones siempre más brutales sobre estratificaciones artificiales, no se puede realmente despejar leyes generales que las conciernan. ¡Y está muy bien así!

Los agenciamientos pragmáticos son maquínicos; no dependen de leyes universales propiamente hablando; están sujetos a mutaciones históricas. Se hablará de este modo de un «complejo romántico», de un «complejo del Frente popular», de un «complejo de la Resistencia», de un «complejo positivista», los cuales han mantenido sus efectos más allá de su localización histórica de origen, sin que se pueda darles el carácter de universalidad que los psicoanalistas prestan al complejo de Edipo o los maoístas al complejo de «revisionismo». Los puntos de referencia pragmáticos no son universales; pueden siempre ser puestos en entredicho. Consideremos, por ejemplo, el hecho de que las segmentariedades más territorializadas tienen «tendencia» a tomar el control de las segmentariedades más molares. Hay allí, en efecto, una suerte de ley. Pero solo se conserva válida en el marco de un período dado, hasta el momento en que una situación revolucionaria, que altera los mapas de competencia, revelará la existencia de otro maquinismo que estaba carcomiendo subterráneamente un equilibrio anterior. Una diferenciación de los coeficientes de desterritorialización debería sin embargo permitir vectorizar secuencias políticas –por ejemplo una «línea» de esquizofrenización contra una «línea» paranoica– en la lucha contra transformaciones burocráticas. Pero jamás se podrá deducir de esto, como algunos creyeron poder considerarlo a partir del «Anti-Edipo», que se trate aquí de una nueva alternativa maniquea. Nunca se tratará más que de una orientación provisoria. Siempre deberán ser posibles diferentes tipos de entradas en un sistema pragmático: la entrada de las performances de calcos o la entrada de competencia de mapas. En el primer caso, se aceptará el carácter repetitivo, en impasse de los investimentos libidinales, uno se apoyará incluso sobre ellos, para asegurar la desterritorialización mínima de un cuerpo sin órganos a partir del cual serán posibles otras operaciones transformacionales (ejemplo: costado positivo de las luchas regionalistas). En otro caso, uno se apoyará directamente sobre una línea de fuga capaz de hacer estallar los estratos y de operar nuevas ramificaciones semióticas. Esquematizando, y para retomar otra terminología, se dirá de la pragmática generativa que se

ocupará específicamente de los cuerpos sin órganos vacíos y cancerosos, mientras que la pragmática transformacional se ocupará de los cuerpos sin órganos llenos, conectados al plano de consistencia maquínico. Pero aquello que reúne estos dos tipos de entradas, es que el mero hecho de introducir un modo de semiotización que los concierna de manera particular, el mero hecho de memorizar las potencialidades, de señalar calcos y de escribir mapas iniciará ya efectos diagramáticos: el mero hecho de decidir escribir sus sueños, por ejemplo, antes que interpretarlos pasivamente, el mero hecho de dibujarlos o de imitarlos, podrá transformar el mapa del inconsciente. Una de las trampas temibles del psicoanálisis consiste en que haya logrado apoyarse sobre la transformación mínima que representa el simple hecho de sostener un discurso fuera de las condiciones habituales de la enunciación: habiendo consistido toda la «misión» del psicoanálisis, hasta hoy, en «extinguir», mediante la técnica de la transferencia, los efectos diagramáticos de dicha transformación y hacer entrar el discurso del paciente en nuevas grillas de redundancias significantes.

Una pragmática de los agenciamientos colectivos de enunciación oscilará constantemente entre estos dos tipos de micropolíticas semióticas, elaborará con ellos una suerte de tecnología del replanteamiento de las significaciones dominantes. El propio discurso, en estas condiciones, podrá devenir una máquina de guerra, seguramente, con el riesgo constante del restablecimiento de un sistema de redundancia signifiante.

Notemos en efecto que, desde el punto de vista de una pragmática transformacional, no hay diferencia fundamental entre una máquina de guerra y una máquina diagramática lingüística, por la razón de que al nivel del plano de consistencia no se puede distinguir entre las máquinas abstractas manifestadas por una sustancia de expresión semiológica y aquellas manifestadas por los rasgos de intensidad de una máquina diagramática más «material». Unas y otras forman parte del mismo tipo de rizoma. Añadamos que la estimación de los efectos de redundancia producidos por una transformación pragmática no es un objetivo sin importancia; ¡no se trata, en efecto, de proponer una política de la novedad por la novedad, por ejemplo una conversión mimética a la locura bajo el pretexto de poner en juego una línea esquizofrénica contra una línea parano! Los agenciamientos pragmáticos mapas-calcos intervienen de manera esencial en el nivel de los rasgos de la materia de expresión. Son ellos, en última instancia, los que determinan el régimen de los

coeficientes de desterritorialización, de los ritmos de las inducciones, de las viscosidades, de los efectos de boomerang, etc., compatibles con la fabricación de un cuerpo sin órganos (las inyecciones de «prudencia» para no malograr un CSO). La localización no depende entonces aquí de análisis teóricos, sino de una composición de sistemas de intensidades. La redundancia de los rasgos de la materia de expresión toma, en suma, el relevo de un árbol generativo, un nuevo rizoma puede engancharse, y tal vez será incluso el caso más general, un elemento microscópico del árbol, una raicilla, iniciarán la producción de un nuevo tipo de competencia local, mientras que una de las diferentes componentes semióticas (perceptiva, sensitiva, de pensamiento por imágenes, de habla, de socius, de escritura), sobrecodificada en un árbol generativo, podrá reventar por otra parte. Un rasgo intensivo se pondrá a trabajar por su propia cuenta, una percepción alucinatoria, una sinestesia, una mutación perversa, un juego de imágenes, se desprenderán y, de un solo golpe, la hegemonía del significante será puesta en cuestión²⁹. Los árboles generativos, contruidos sobre el modelo sintagmático chomskiano y que Jim McCawley, Jerrold Sadock, Dieter Wunderlich, etc., intentan adaptar a la pragmática lingüística³⁰, podrían de este modo abrirse y brotar en todos los sentidos. Un enunciado performativo, por ejemplo, una promesa, una orden, pueden cambiar el *alcance* de una situación –nada que ver con su significación– en función de la aparición de una nueva transformación. Es evidente que un juramento no tiene en absoluto el mismo alcance cuando es enunciado en el contexto de una transformación de «poder» conyugal, policial o religioso. Decir «Yo juro» ante un juez o en una escena psicodramática no tiene la misma función, no compromete el mismo tipo de personaje ni el mismo tipo de inter-subjetividad.

La cuestión ya no es solamente saber si una transformación pragmática interviene entonces en los diferentes niveles; semántico, sintáctico, fonológico, prosódico, etc., sino también estudiar *cómo* interviene sobre un plano

²⁹ Como en esa «página de escritura» de Jacques Prévert, en la que el paso por el cielo del «ave lira» libera no solamente las semióticas reprimidas por la escuela (el canto, la danza...), sino también todos los otros modos de codificación y de estratificación: «Y los vidrios se convierten en arena, la tinta deviene agua, los pupitres devienen árboles, la tiza deviene acantilado, el portaplumas deviene ave.» Jacques Prévert, *Paroles*, Paris, Gallimard, 1949.

³⁰ *Langage*, nº 26, junio 1972.

micropolítico. ¡Y en caso de que no se vea su incidencia, es porque el análisis no fue llevado a su término! Es exactamente la actitud inversa de aquella de los lingüistas que buscan minimizar el rol de las componentes pragmáticas y solo aceptan tomarlas en cuenta cuando ya no consiguen evitarlas. Aquí ya no se interroga a la sintaxis y a la semántica para detectar si encierran elementos pragmáticos; se interroga a las composiciones semióticas pragmáticas de los agenciamientos de enunciación para descubrir allí los efectos paralizantes de redundancias significativas. Cuando Bujarin jura desde el punto de vista del personaje militante al cual espera permanecer fiel hasta su muerte, esta ambigüedad es ya sensible a la lectura de los informes oficiales, y existe toda razón para pensar que un análisis sintáctico, fonológico, etc., del discurso que efectivamente sostuvo permitiría despejar los efectos, sobre su expresión oral, de la transformación: «proceso de Moscú», y del éxito internacional que esta fórmula conoció durante largo tiempo (sería evidentemente absurdo considerar que se pueda tipificar, de una vez y para siempre, tales transformaciones de poder ligadas a la escuela, al tribunal, al partido, a la familia, en tanto que modifican por ejemplo la significación de un performativo, o buscar extraer de allí «universales»).

Por lo general, se consideran los actos de ciudadanía como la coronación de una serie que comienza con el compromiso en los valores familiares. Así son escalonados modos de organización mental que comienzan en los niveles más primitivos, como el de las fijaciones orales, hasta los niveles más etéreos de la sublimación. Pero, en la realidad, las cosas no pasan de este modo: todos los «estadios» pueden ponerse en juego al mismo tiempo, y todos pueden retornar sobre un punto del sistema para hacerlo saltar. Repitámoslo: ninguna finalidad genética, ninguna competencia general de una lengua adulta dominante constituirá jamás referencia totalizante para las performances particulares. El objetivo de la pragmática generativa es determinar en qué hay coincidencia entre los mapas y qué disyunciones podrán ser utilizadas, cuál es el alcance de una toma de poder significativa sobre un sistema dado, cuál es la naturaleza de las formaciones de poder que se enganchan sobre el significante *S* que organiza y sobrecodifica un corpus de enunciado y de proposiciones. Una proposición represiva no funciona, por ejemplo, de la misma forma según que esté agenciada por una enunciación molar militar o por una enunciación molecular micro-fascista. A cada rizoma situacional corresponderán dialectos, incluso idiolectos particulares. Y en caso de que estos sean atravesados por una lengua, por

una gramaticalidad general, se tratará siempre de una instancia dominante de sobrecodificación que funciona como la francofonía por relación a las lenguas vernáculas de las antiguas colonias francesas, y que es tomada en relevo hoy por las nuevas formaciones de poder³¹.

³¹ Cf. igualmente el carácter de campaña colonial que adquirió la imposición de la «lengua de la República» sobre la «Francia salvaje», tal como fue inaugurada por el método jacobino de la Revolución. Se encuentran aquí las mismas consignas que surcaron el imperio colonial: «rutas y maestros de escuela». Michel de Certeau, en colaboración con Dominique Julia, Jacques Revel, *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois*, Paris, Gallimard, 1975.

Tercera parte

**Un ejemplo de componente pragmática:
los rasgos de rostridad**

De la rostridad

Una componente pragmática particular (sobre la cual volveremos más largamente), la componente de rostridad, nos parece jugar un rol especialmente importante en la micropolítica de redesterritorialización semiótica, sobre todo cuando se inserta, en un rizoma, entre una transformación de «devenir cuerpo sexuado» y de «devenir cuerpo social». En efecto, siempre hay, en la organización de las redundancias significativas del «orden social», un momento en que la dimensión del rostro se interpone para fijar los límites entre lo que está permitido y lo que ya no lo está. Y esto no se juega solamente a través de los rasgos de rostridad explícitamente significativos (del tipo: «mirar fijo con severidad»), sino también a un nivel mucho más a-significante: tal forma de hablar activará un sentimiento de que uno trata con alguien «como nosotros», y tal otro con alguien extranjero, incluso extraño, raro o peligroso. La territorialización de las significaciones trabaja a partir de una máquina capaz de poner en juego tanto contenidos estereotipados como tipos de acentos, de entonación, de timbre, de ritmo, etc. Una voz está siempre vinculada a un rostro, aun cuando dicho rostro no está manifestado¹. La piedra angular de esta territorialización debe ser

¹ Cf. los mitos del hombre sin rostro, etc., y el hecho de que el conjunto de las significaciones se ve modificado cuando un psicótico pierde el reconocimiento de su propio rostro.

buscada, según nosotros, del lado de un triángulo de rostrificación ojos-nariz-boca que recoge, formaliza, neutraliza y aplasta los rasgos específicos de las otras componentes semióticas. Cierta módulo de rostridad, con sus distancias-tipos toleradas, controla el conjunto de los contenidos y de los rasgos de expresión. La rostridad funciona así como un centro de resonancia de los micro-agujeros negros que existen al nivel de las diversas componentes semióticas; como tal, su política consiste en identificar y en identificarse con una totalización semiótica cuyo cierre constituye una «persona». Esta política es en el fondo maniquea: se trata o bien de la persona cuya piedra angular es este rostro-voz, o bien otra cosa y, en efecto, nada. Es todo yo o nada. Como responde Ulises: «Es nadie.» La sujeción de las semióticas al rostro, es la política de lo vacío, del referente, del binarismo figura-fondo, de la responsabilización. Todos los flujos, todos los objetos deben ser situados por relación a *mi* totalidad personológica, todos los modos de subjetivación por relación a *mi* conciencia como reificación ideal, como tangente imposible de esta política de tratamiento por el vacío, de «vaciado» de todos los contenidos.

Como tal, la rostridad no «significa» nada distinto que una micropolítica de cierre semiótico que se traduce por la necesidad de un reenvío permanente de los contenidos a las significaciones dominantes. Es una redundancia de redundancia, una redundancia de segundo grado y una redundancia vacía y no obstante territorializada. La materia de las significaciones vacías se constituye sobre un rostro. El paradigma último de la rostridad, es un «¡Es como eso!», expresión de un forzamiento semiótico que manifiesta, de una vez y para siempre, que eso significará algo de todas formas. Se situará la «cosa», se la localizará en las coordenadas de las diversas formaciones de poder, se la apresará, no se la dejará huir y escaparse del sistema de significación dominante y llegar a amenazar el orden social-semiótico vigente. Ciertamente, dicho forzamiento no puede ser separado de las otras operaciones de poder conducidas sobre todos los demás planos, por ejemplo, socio-económico y sexual. Aquí ponemos el acento sobre la componente de rostridad que hace tomar cuerpo a la política significativa de una formación de poder dada, debido a que por lo general es desconocida o tenida por secundaria. Pero convendría determinar sus puntos

² Aquí se juega con la polisemia de la palabra francesa *personne* que denota de manera alternativa «persona» y «nadie» (N. de T.)

de articulación con las componentes de cuerpo sexuado, y en particular con la componente fálica. Esquematizando, se puede decir que el rostro funciona como revés del falo. Bajo su vertiente de desterritorialización, el poder capitalístico pone por delante una función fálica, que somete el conjunto de los afectos y de los contenidos de cuerpo sexuado a un sistema de operador a-significante de la división social de los sexos –falo no falo–, mientras que, sobre su vertiente de reterritorialización, presenta rostros que «personalizan» esta operación reductora, que restituyen al deseo de minúsculas territorialidades, o bien de los refugios irrisorios y desesperados sobre una sonrisa, el pliegue de un párpado, o bien de los micro-bastiones de poder, en torno de una mueca represiva, la del padre, de la maestra de escuela o incluso y sobre todo aquella, sin rostro, del superyó.

La conciencia reflexiva debe ser considerada como un agenciamiento de enunciación entre otros, e incluso como un tipo particular de equipamiento semiótico montado a partir de una máquina abstracta capitalística. El ideal de una pura forma *a priori* de todos los formalismos, de una máquina de pura redundancia vacía no depende, en efecto, de un modo de subjetivación universal, sino de todo un conjunto de sistemas de representación, de estructuras sociales y de máquinas productivas fundadas sobre una economía de flujos descodificados. La individuación subjetiva concienical solo puede ser adyacente a flujos materiales, semióticos y sociales que participan intrínsecamente en el «modo de producción» capitalístico. «Después de» los de rostridad y de binarización fálica, las componentes de concienicalización constituyen entonces el tercer tipo de elementos fundamentales del montaje maquinico de las formaciones de poder significativo. El rostro, el falo y la conciencia de sí giran en torno de la misma máquina abstracta de reterritorialización de los flujos descodificados que tiene por función fabricar, con los medios del borde, un sentimiento de apropiación, un *poder-sobre* que se desmarca de un *poder-contra*. No se puede decir entonces que hay una conciencia de la rostridad, o una conciencia *del* falo. Las tres modalidades del mismo poder separador del que son portadores estas tres instancias –las distancias-tipos de la rostridad, la objetivación intencional de la conciencia, las dicotomías fálicas– no proceden, lo repetimos, a partir de mecanismos universales. Si se los encuentra similares por todas partes, es porque han sido standarizados por la acción de formaciones de poder con vocación hegemónica. Pero también podrían, siendo esos poderes invertidos o

eludidos, diferenciarse o tomar otras vías. No se trata entonces aquí de funciones como la del «estadio del espejo» lacaniano, concebido como matriz general del ingreso del sujeto en el «orden simbólico». No hay rostridad «en general» o ingreso «en general» en el orden de la rostridad. Las rostridades particulares con las cuales tratamos están ligadas a formaciones de poder ellas mismas inseparables del conjunto de las interacciones del campo social. Son montajes particulares de rostridad que darán a esta una importancia mayor o menor según la evolución de las relaciones de fuerza en presencia o según la naturaleza de las opciones micropolíticas adoptadas por los agenciamientos de enunciación involucrados. El mundo y su rostridad no cesarán por tanto de mantener relaciones singulares. Siempre un rostro habita un paisaje como su clave para cerrarlo sobre sí mismo; incluso, para crisparlo sobre el puño de un poder particular, o bien para abrirlo sobre una línea de fuga, una salida hacia otros posibles maquínicos. A lo largo del día, no dejo de pasar de una rostridad a otra. Y aquella que me domina en un momento dado no es necesariamente «la mía». Es quizá la de otro y no necesariamente la de otra persona, sino también la de un animal, de un vegetal, de una constelación de objetos, de un espacio familiar, de una institución —por ejemplo la rostridad «*a priori*» del médico, del loco, del gendarme, etc. Una misma rostridad podrá también cambiar de cariz en razón del hecho de que se oriente hacia una política de jerarquización arborescente de las componentes semióticas, o según que las disponga según un mapa rizomático que respete los rasgos de singularidad de cada una de sus materias de expresión, esquivando los micro-agujeros negros de angustia y de culpabilización que corren el riesgo de engendrar.

La responsabilización de la enunciación, que pasa por la individuación de un locutor y de un oyente como «garantes» del discurso que sostienen —cuando en realidad, es más bien este el que *los* tiene— es inseparable de las formaciones de poder que lo efectúan. Un niño que no cesa de pasar de un juego a otro, o un «perverso» de un sexo a otro, serán considerados como fuera de lugar, fuera de juego, y caerán en la dependencia de formaciones sociales encargadas de asistirlos. Se puede poner en la cuenta de un déficit o de una inmadurez el hecho de que no se sientan responsables de sus actos, que no se identifiquen, de una vez y para siempre, con un rol o con una función, que no capitalicen el conjunto de sus producciones semióticas a partir de una sola y misma conciencia de ellos mismos. Pero

se puede igualmente considerar su actitud como la consecuencia de un rechazo implícito –tal vez a título provisorio– de las coordenadas de los poderes dominantes.

El poder significativo extrae su fuerza del hecho de estar en condiciones de «totalizar», de identificar, de responsabilizar a la persona movilizándolo y focalizando la libido sobre la puesta en resonancia del conjunto de los micro-agujeros negros transportados por las diversas componentes semióticas que convergen en su vida y su expresión. Todas estas componentes son disciplinadas, uniformizadas, traductibilizadas, jerarquizadas; todo lo que manifiestan deberá parecer emanar de un punto de subjetivación central. Además, estas operaciones deberán parecer obvias y participar del orden del mundo, siendo la función primera de la conciencialización significativa la de enmascarar el hecho de que no hay nada de ineluctable en la activación y el encadenamiento de las operaciones que convergen en los procesos de sujeción semiótica. La conciencia de sí y el sentimiento de pertenecer a una «lengua madre» no hacen más que uno, y esto aunque no cesemos de pasar de un modo de subjetivación a otro, de un idiolecto a otro. En todo momento, la política de lo real dominante, que es la de la conciencia, la conducirá a llevar adelante operaciones de apropiación de las componentes semióticas que intentaran recobrar su libertad de acción. Ella repelerá ciertos rasgos de rostridad, cambiará la disposición de otros, impondrá sus ritornelos, sus iconos, para neutralizar los puntos de turbulencia del deseo. En cierta época, por ejemplo, alejaba o transfiguraba ciertas rostridades animalistas de la infancia en provecho de aquella de la mamá o del hada, del enano y del príncipe azul, del padre y del rey, etc. Pero hoy, tras la desbandada de los agenciamientos territorializados y la hegemonía capitalística de los flujos descodificados, corresponde a los *mass media* producir *ersatz* de rostridades rituales y totémicas que ningún grupo «natural» está ya en condiciones de segregar por sus propios medios. Ya no es desde entonces un territorio, una etnia, sino el conjunto del espacio sonoro y visual el que resultará saturado por los modelos standarizados de una rostridad esencialmente funcional. Notemos que esta utilización por las sociedades capitalísticas de ciertos prototipos de rostridades no implica que ella pueda ser reducida a un sistema de iconos reificantes, soporte de identificaciones alienantes. La manipulación del imaginario por los medios de comunicación solo tiene una función «sedante», para calmar y hacer mantener en su lugar las pulsiones de los agentes productivos.

De manera más fundamental, su intervención depende de una función diagramática específica del modo de subjetivación capitalístico. Se trata de emplazar un operador de enunciación capaz de concentrar y de miniaturizar las componentes semióticas implicadas por las principales formaciones de poder. Neutraliza reduciéndolos los *n* ojos animales, vegetales y cósmicos de lo posible rizomático tales como podían subsistir en los agenciamientos territorializados residuales. Vaciando el mundo de la polivocidad de sus contenidos, instala detrás de cada mirada un punto vacío, un agujero negro a partir del cual irradiará, sobre todas las significaciones locales, una significación central, a saber que nada podría existir fuera de la mundanidad humana, que nada podría escapar a la contaminación significante que constituye, como centro del mundo, una humanidad vacía que remite perpetuamente a sistemas de redundancia y de jerarquías cerradas sobre sí mismas, a sistemas de equivalencias formales que pilotean y apresan todas las componentes, todas las producciones, todas las innovaciones en cualquier tipo de campo. En estas condiciones, ya ningún punto de misterio podría escapar a la mirada del imperialismo del significante: todos los paisajes serán ocultados por una rostridad de base que, aunque no sea necesariamente tan espectacular como la de Big Brother o de Amin Dada, no será por ello menos omnipresente. Aun en el caso extremo de la pintura abstracta, veremos cristalizarse una rostridad semejante; uno se dirá por ejemplo: «Vaya, he aquí un cuadro que debe ser de la época de Dewasne, de la época de la galería Denise René...», y uno mismo será muy pronto interpelado por cierta rostridad de esa época que emana de la textura misma de la tela: «¿Eres tú el que yo conocí en esos años, tú el que pretendes «situarme», estás tú mismo seguro de haber seguido siendo el mismo para pretender juzgarme, calibrarme, de esta forma?...» Cuando el narrador de *En busca del tiempo perdido*, sobre las playas de Balbec, renuncia a su primera idea, que consistía en vaciar los paisajes marítimos de toda presencia humana para ya solamente aferrarse al estudio apasionado de las «muchachas en flor», no se debe considerar que retorne a una rostridad humana tras haber renunciado a ella hace mucho tiempo.

De hecho, en ningún momento hemos salido de los sistemas de rostridades de las clases dominantes en el seno de las cuales se despliega la semiotización proustiana. Simplemente, ella cambia aquí de rumbo: se abandona una política demasiado fija, demasiado clásicamente literaria, demasiado romántica, demasiado simbolista, de paisajidad-rostridad,

hacia otra más virulenta, que se esfuerza en captar «en estado naciente» movimientos de deseo, rupturas temporarias, en los personajes atados de pies y manos, por otra parte, a los códigos de las «personas de mundo»³. El procedimiento que consiste aquí en desencadenar, a partir de la evocación de un rasgo singular, un proceso de germinación semiótica que transforma las coordenadas habituales del espacio literario podría ser comparado con la experiencia de la droga que, en el dominio de la percepción y de las sensaciones internas, libera ella también, a partir de un ruido, de una palabra, de un movimiento, toda una serie de intensidades de deseo que modifican profundamente las «jerarquías» que presiden la organización del mundo cotidiano⁴.

¿Cómo logra la rostridad funcionar como una especie de llave, de cerradura, del conjunto de las componentes semióticas? Parece que en las sociedades primitivas, está lejos de jugar un rol tan importante. En efecto, por una parte se desprende por medio de máscaras y circula en el grupo sin instaurarse nunca como rostridad universal y, por otra parte, su funcionamiento es inseparable del funcionamiento del cuerpo, con sus tatuajes y sus posturas, el juego de la danza entre diversas personas y de las actividades productivas y rituales que trabajan, cada una por su cuenta, según ritmos y entradas en escena que les son propias. Esforcémonos en delimitar un poco más de cerca el mecanismo de binarización que permite a la rostridad capitalística funcionar como operador diagramático de las semiologías significantes. Al «principio», en el marco de los agenciamientos territorializados de una enunciación primitiva, loca, infantil, o poética, el mundo de los contenidos jamás es homogéneo, el polígono de sustentación de las significaciones tiene su centro en todas partes y su contorno en ninguna. Engloba el universo entero. Para recentrar la multiplicidad de los puntos de significancia, la rostridad deberá vincularlas a constelaciones sobrecodificantes invariantes de las que será el centro. Así, tenemos un doble movimiento:

³ «... Yo siempre me había esforzado, frente al mar, en expulsar del campo de mi visión, tanto los bañistas de la primera fila, como los yates de velas tan blancas como un traje de playa, todo aquello que me impedía convencerme de que contemplaba el oleaje inmemorial que desplegaba ya su misma vida misteriosa desde antes de la aparición de la especie humana...» Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, Paris, NRF, s.d., t. 1, p. 902.

⁴ Cf. al respecto, a pesar de la muy mala calidad de su realización, el film de Henri Michaux sobre la droga.

– de una parte, la constitución de un rostro-paisaje desterritorializado que se concentra sobre un agujero negro como punto de centrado y como punto de arborescencia y de cierre, y el desplazamiento abstracto de dicho agujero negro que despliega un muro semiótico que unifica el conjunto de las coordenadas semióticas;

– de otra parte, la universalización de los paradigmas, la arborificación acentuada de sus sistemas de organización que desembocan especialmente en que todas las máquinas abstractas se conjuguen a partir de una suerte de mono-subjetivismo que hallará su expresión religiosa en los mono-teísmos (correlativo de una degeneración de los sistemas de máquinas abstractas animalistas).

El agujero negro de rostridad emite en cierto modo sobre la totalidad de la pantalla semiótica que constituye la conciencia reflexiva vacía, al tiempo que recentra el conjunto de las rostridades significativas. El agujero negro, en la medida en que contamina todos los modos de semiotización, se desplaza, invade el universo, y se apoya sobre cualquier punto de intensidad para sobrecodificarlo. Todos los puntos de cierre, todas las potencialidades de arborescencia se conjugan, entran en resonancia, para intentar impedir, absorbiéndolos en un agujero negro central, los impulsos rizomáticos de los diversos rasgos singulares que transportan las componentes semióticas.

La constitución de una máquina central de las redundancias descansa por tanto sobre el doble fenómeno de la unificación de las resonancias subjetivas y de la puesta en arborescencia de todas las redundancias locales y de sus ejes paradigmáticos. Esta máquina de subjetivación concienical, que se presenta como universal, es de hecho la manifestación concreta de un sistema de poder particular: poder blanco, poder macho, poder adulto, poder heterosexual, etc. La pantalla semiótica que ella despliega para disolver los límites territoriales de la etnia –del *shabono* indio al bar de la esquina, o de cualquier otra modalidad del polígono de sustentación de las significaciones– y su capacidad de hacer resonar todos los sistemas paradigmáticos alrededor de un punto central de subjetivación constituyen los dos elementos fundamentales de los agenciamientos individuados de la enunciación productores de sustancias de expresión significantes que sobrecodifican todas las demás materias de expresión. En esta «etapa» de la rostridad, el posible rizomático es sistemáticamente destruido o sobrecodificado en provecho de un posible arborescente. Todo el orden de lo posible debe inscribirse sobre esta sustancia del significante.

La materia intensiva de expresión ya no podrá organizarse libremente en rizoma. Uno ya no tiene n ojos en el cielo o en los devenires vegetales y animales, sino un ojo central desde donde irradian todas las coordenadas espaciales, rítmicas, morales, etc., del mundo. Así un paisaje universal es constituido a partir de un rostro universal. La política de centrado de la rostridad sobre la persona, tal como la efectúa la enunciación capitalística, utiliza el eje de simetría del triángulo de rostridad: ojos-nariz-boca, sobre el cual se enganchan, como lo han mostrado los psicólogos, las primeras relaciones inter-subjetivas del lactante⁵. Es esta máquina de centrado, de desterritorialización perceptiva y comportamental, la que permitirá «encuadrar» los puntos negros de subjetivación propios a cada componente semiótica, las diversas estrategias de alienación inter-subjetivas que les están ligadas, y las diversas formaciones de poder. Una superficie general de referencia será así barrida por esta especie de rayo láser de desterritorialización semiótica emitido por el agujero negro central de subjetivación, que neutraliza todas las «asperezas» de las materias de expresión, constituyendo una suerte de pantalla blanca circular, que desmultiplica el doble cara a cara ciego del primer triángulo de reificación constituido por el yo, el otro y el objeto. El mundo, lo humano y lo íntimo jamás dependen de una ontología formal o de la fenomenología de una «eidecidad oculta», para retomar una expresión de Gérard Granel⁶. Son producidos por máquinas concretas, por agenciamientos de semiotización localizados en el campo social y fechados históricamente. No hay razón entonces, según nosotros, para seguir a los

⁵ Cf. la descripción, por René Spitz, del funcionamiento, en el lactante, de una «Gestalt-signo constituida por los ojos, la frente y la nariz en movimiento». En el segundo mes, el lactante sigue con los ojos el rostro móvil del adulto y, durante el amamantamiento, fija continuamente el rostro de la madre. Sonríe a un rostro (o a una máscara), pero únicamente a condición de que sea visto de frente. René Spitz, *De la naissance à la parole*, Paris, PUF, 1968. Cf. igualmente Otto Isakower, «Contribution à la psychopathologie des phénomènes associés à l'endormissement», *Nouvelle Revue de psychanalyse*, n° 5, 1972, y Bertram D. Lewin, «Le sommeil, la bouche et l'écran du rêve» (*idem*).

⁶ «De cualquier forma, es decir lo queramos o no, lo sepamos o no, estamos unificando la Tierra y los pueblos que ella transporta bajo la producción infinita de la razón en su «puro» y de la conciencia en su «propio», escribe Gérard Granel a propósito de la fenomenología de Husserl» (artículo «Husserl», *Encyclopaedia Universalis*, vol. 8). Toda la cuestión reside en saber si solo se trata aquí de tomar nota de los estragos de la cruzada capitalística de unificación de los modos de subjetivación, o bien de ponerse uno mismo a su servicio, en nombre de una metafísica del ser en estado puro y de la verdad universal, de la cual se pretende hacer «una cuestión, un lugar de combate y de decisión».

lacanianos cuando hacen de la rostridad una instancia psíquica universal, que se desencadena con el «estadio del espejo» y detrás de la cual se perfilaría un «Gran Otro», como matriz de todas las relaciones seriales entre el yo y el otro⁷. Es a partir de rasgos singulares de rostridad que se elabora una micropolítica del deseo y una macro-política social de sujeción a los flujos capitalísticos. Renunciar a considerar el sujeto, el objeto y el otro como datos elementales de la metafísica o «matemas del inconsciente» no implica necesariamente un retorno a concepciones «primitivas» de la subjetividad —mágica, animista, participacionista. Se trata, por el contrario, de hacer entrar, a título de componentes esenciales, toda una serie de datos semióticos, económicos y políticos del mundo contemporáneo, en los procesos de enunciación, de subjetivación y de conciencialización.

La «objetificación», la «subjetivización» y la «alterificación» de la enunciación jamás están dadas de una vez y para siempre. Resultan de micropolíticas particulares en contextos particulares. Sus apuestas conciernen a los ojos del deseo, a todo aquello que, en el cosmos, en el socius y en la «interioridad», nos mira, todo lo que hace que «eso nos mire». Todos los puntos de fuga, todas las líneas de deseo, todas las aperturas, las conexiones posibles se focalizan, en el régimen capitalístico de la enunciación, sobre un punto central de la significancia que pone en eco el conjunto de los agujeros negros de angustia. Todas las estratificaciones, las segregaciones y las inhibiciones se apuntalan entonces entre sí en una política de impotenciación generalizada del deseo, de corte entre las producciones de enunciado y las líneas de singularidad de las componentes de expresión, de sabotaje de los agenciamientos de enunciación creadores, y de promoción de sujetos castrados, de conciencias vacías y culpables... La máquina de cuatro ojos de los psicólogos, por ejemplo, será recuperada a título de Equipamiento colectivo: desde su nacimiento, una máquina de rostridad será implantada en la subjetividad del niño, como soporte de cierto modelado de la realidad, de la alteridad y de la interioridad fundado sobre una jerarquía arborescente de los poderes. Pero no es inconcebible que otra política de la rostridad pueda aparecer en otros contextos micropolíticos⁸. Mientras que, en las sociedades primitivas, la articulación

⁷ Jacques Lacan, «Le stade du miroir, comme formateur de la fonction du Je», *Écrits*, Paris, Seuil, 1966.

⁸ Otros registros, como por ejemplo el de los ritornelos, o constelaciones de rasgos sonoros y rítmicos, que ocupan la temporalidad —por ejemplo la «pequeña frase» de

del sujeto con el cosmos y con el mundo viviente se operaba a partir de agenciamientos territorializados de la enunciación que corresponden a un territorio colectivo de actividad social, religiosa, sexual, lúdica, etc., el ideal de la subjetividad capitalística impone una desterritorialización sistemática de los soportes de expresión –a riesgo de reterritorializarlas sobre *ersatz* funcionales tales como la familia nuclear, el ideal de *standing*, etc. Ya no es sobre una etnia, un pueblo elegido o incluso sobre su propio hijo puesto en la cruz que convergen los designios multiformes del dios monoteísta de la desterritorialización, ni siquiera hacia un punto de conciencia vacío, sino hacia una suerte de tercer ojo apagado que frecuenta la mirada del hombre blanco de países pudientes y sobre el cual vuelven a extinguirse las potencias creadoras del deseo y a anudarse los investimentos de poder⁹.

En el continuum de los movimientos de rostro, la máquina de rostridad binarizante solo retiene los pasajes al límite, el desborde de las pantallas-tipos toleradas. Por ejemplo:

- una sonrisa demasiado marcada, *pasada cierto límite*, se convertirá en una mueca loca o de burla insolente;
- una sumisión demasiado afectada se convertirá en hipócrita;
- una mala cara que se escapa a la norma se convertirá en marca de desprecio;
- un rostro demasiado viejo, demasiado arrugado, causará temor;
- una piel demasiado curtida hará pensar en un extranjero y se adherirá a un acento lingüístico desviado;
- además, el sexo deberá afirmarse con nitidez sobre el rostro, sino será sentido como una amenaza para el poder falocrático;
- etc.

De este modo resulta instituida una normalidad universal que jerarquiza y ajusta las diversas actividades normativas locales de las formaciones de poder. Las coordenadas significantes de un mundo «normal» son desplegadas y reguladas a partir de una rostridad central. El mundo devenido «humano», en función de una rostridad «normal», es subjetivado a partir

Vinteuil– imponiendo un corte entre el mundo del habla y el mundo del canto, también se verían cuestionados por una re-orientación semejante de los agenciamientos semióticos.

⁹ Los etnólogos no deberían contentarse con predicar contra el etnocentrismo, deberían consagrarse también a volver posible la existencia de una contra-etnología que diera los medios a los «primitivos» de desarrollar su punto de vista sobre los blancos a los que, muy generalmente, consideran como tristes, inhumanos, cadavéricos...

de una máquina concreta que coordina el conjunto de las máquinas abstractas en una sintaxis social que presenta sus leyes como dependiendo solamente de una razón universal, estrechamente asociada al orden de las cosas y al buen sentido moral. Ya no hay aquí simple conjura del posible rizomático como era el caso con los agenciamientos territorializados de la enunciación, sino puesta en arborescencia, finalización, «causalización», cuadrículado, delimitación y previsión de todo lo que pudiera pretender escapar a la dictadura de la sustancia significativa. Todo lo que amenaza la rostridad dominante atañe a la represión.

En 1968, una rostridad de cabellos largos conmocionó el mundo. Durante un tiempo, se pudo tener la impresión de que los enunciados «caminaban fuera de toda lógica». Propositiones inauditas surgían en todos los campos y viejas evidencias se vaciaban de su sentido en el espacio de algunas horas. Se perfilaba la posibilidad de un nuevo orden de lo posible. No se veían ya las mismas cosas, ya no se amaba de la misma forma, otra relación con el trabajo, otra relación con el entorno, comenzaban a perfilarse y también otra infancia, otra homosexualidad, etc. En «tiempo normal», es decir en tiempo actual —aun si se vive un período de gran tormenta—, se impone un sentimiento de cotidianidad a toda percepción del mundo. Y esta cotidianidad es constantemente modulada por los rostros que van y vienen y manifiestan, mediante su indiferencia, «que no pasa nada», que todo es normal. La rostridad media funciona como un intermitente de normalidad. Uno de los resortes de la fascinación por lo «retro¹⁰» pasa por el desarreglo transitorio de esta suerte de registrador de lo cotidiano —«Vaya, les resultaría normal circular entre los carros a caballos; por cierto, había allí alemanes, bici-taxi, tacos de madera...». Esta normalidad, se la lee ante todo sobre los rostros, sobre las miradas de época, pero también sobre los objetos, los viejos aparatos de radio en madera, en tanto que son portadores de esos mismos rostros y de estas mismas miradas. Así todo lo que se juega sobre los cuerpos, sobre la postura, etc., es recentrado sobre el rostro: estando todos los rasgos de rostridad ellos mismos recentrados sobre el agujero negro original de cualquier producción de significación.

¹⁰ El fenómeno «retro» no resulta él mismo de una moda pasajera. Siempre ha existido, al menos en el marco de sociedades comprometidas en un proceso de aceleración de la historia, es decir de aceleración de los procesos de desterritorialización (los romanos, por ejemplo, estaban fascinados por las supervivencias de los pasados griego y egipcio).

Así la paisajidad normal, la rostridad normal, que contamina el conjunto del mundo, está ella misma dominada por una significación vacía, una significación en sí, una sustancia de expresión general de la que no podrá escapar ninguna materia de expresión. Un sistema de valores relativamente desterritorializados es así proyectado sobre todos los contenidos y deviene inmanente a cualquier modo de semiotización. Cuando el chamán Yanomami «absorbía» un paradigma, subsistía siempre el riesgo de que retorne al cielo o que se atranque en una animalidad amenazante. Ahora tal escapada ya no tiene chance alguna de producirse. Los paradigmas regionales son enteramente tributarios del sistema de arborescencia signifiante desplegado a partir de un agujero negro de subjetivación.

Los agenciamientos territorializados ponían en juego un corte entre un adentro y un afuera que separaban un posible tranquilizador de un posible amenazante (a riesgo de que una parte de ese afuera invistiera el adentro e, inversamente, de que un adentro tranquilizador se instale en el exterior del territorio y organice sus propios circuitos). De ahora en más, el corte ya no pasa entre un adentro y un afuera, sino al interior de las cadenas significantes. El corte signifiante es en todas partes potencial; pretende imponer en todos los lugares su juego de significaciones dominantes. En todo momento, un rostro prototípico humano puede surgir en cualquier lugar: el rostro de Cristo en las nubes, en el corazón de la angustia o de cualquier enunciado para cierta época, o el rostro de «nuestro Presidente» en la televisión. Una rostridad inmanente habita el mundo. Ya no hay, propiamente hablando, alteridad de rostro como podía existir en los agenciamientos portadores de una rostridad específica de cada etnia, de tal suerte que los otros resultaban reenviados de entrada, a lo ajeno, del lado de los devenires animales. Esta oposición territorializada ha sido sustituida, a través de los poderes capitalísticos, por una oposición de valor que habita el conjunto de las coordenadas espacio-temporales, aquella que opone la rostridad normal universal y la rostridad desviada peligrosa. Se supone que nadie ignora la ley transportada por la rostridad dominante, todos los rostros están en posición de ser juzgados, de ser valorados por relación a una norma o de ser depreciados y eventualmente tomados a cargo, cuidados, asistidos, readaptados, o apresados por la sociedad¹¹.

¹¹ Ver, por ejemplo, cómo los jueces de tribunales de delitos flagrantes juzgan a los acusados literalmente «según la cara del cliente». Christian Hennion, *Chronique des flagrants délits*, Paris, Stock, 1976.

Habiendo sido todas las redundancias centralizadas, articuladas sobre un sistema de significación universal, corresponderá a las formaciones de poder que están en posición de manifestar la rostridad del vértice pronunciarse sobre el hecho de saber si hay o no hay significación, si eso pasa o no pasa. Si el ojo vacío del poder dice no, entonces será preciso, con urgencia, movilizar los recursos de todas las sintagmáticas y de todas las paradigmáticas para taponar, para recuperar el agujero lateral que acaba de manifestarse y que, de lo contrario, amenazaría con emitir, por su propia cuenta, flujos mutantes, que amenazan el equilibrado de rostridades complementarias entre sí que pueblan el inconsciente social. El sentido pasará por el consentimiento de la rostridad del poder y circulará al infinito sobre el borde del agujero negro de su ojo único, o entonces, se destruirá por sí mismo en la angustia y se engullirá él mismo. Sentido o no-sentido; es todo o nada. Tal es el corte binario fundamental, según el cual ya no se podrá reemprender su jugada. Está con nosotros o no está con nosotros – Corresponde a algo o a nada – Uno puede decirlo o no decirlo – Eso se mantiene en pie o se hunde – Es francés o es extranjero y por ende hostil – Es de la familia o es de las personas que uno no conoce. «Antes» de la rostridad, todavía subsistían posibilidades de aproximación polívoca; «después», es la regla de la ley del todo o nada. Los charloteos, las semi-mentiras y las semi-verdades son proscriptas. El corte significativo impone su verdad exclusiva, su verdad a todo o nada a partir del sistema de *feed-back* de la rostridad. Un enunciado solo adquiere su peso de significación, su valor de verdad, en la medida en que se acopló al campo que depende de su oscilógrafo central. Si se separa demasiado, bascula hacia el no-sentido y se pone en marcha toda una maquinaria de rectificación y de recuperación.

Para funcionar como indicador binario de los valores dominantes, la rostridad debe: 1) estar separada del resto de las componentes semióticas; debe servir de superficie de referencia sobre la cual serán reportados, transpuestos, verificados pasajes al límite que se operan en otra parte; 2) estar neutralizada, para no interferir con las componentes que tiene que representar, que coordinar y que jerarquizar. En efecto, si la rostridad se pusiera a trabajar por su propia cuenta, en tanto que materia de expresión autónoma, todo estaría perdido. Reaparecería una polivocidad «primitiva» como aquella que se «encuentra» en el esquizofrénico con sus muecas, sus manierismos, o con el niño «autista». El sistema de corte, de traductibili-

zación y de jerarquización que es instituido por la máquina de rostridad significativa segrega entonces una suerte de materia opcional política que invade no solamente todos los posibles por venir, sino que reacciona también, en cierta forma retroactiva, sobre lo «posible pasado». Nada distinto era posible en el pasado que aquello que se sometió al registro significativo. El posible significativo, el posible arborescente se impone así definitivamente en detrimento de toda posibilitación rizomática.

Se trata aquí del resorte mismo de la *binarización significativa de todos los enunciados*. Siempre se puede reducir toda producción semiótica a sus significaciones moralizantes de rostridad. El poder significativo menea la cabeza y hay significación, o dice no, frunce el ceño, y hay sinsentido, y el conjunto de las equivalencias paradigmáticas deberá replegarse sobre su propio sistema de cuadriculado para encontrar una solución al problema planteado. Así, ninguna manifestación semiótica podría escapar a esta máquina lengua-rostro organizada como un ciclotrón en torno de un agujero negro inmanente que pone en resonancia todo lo que pasa al nivel de los rostros singulares y de las rostridades institucionales. A cada tipo de institución, a cada tipo de máquina (militar, religiosa, escolar, etc.) corresponde una rostridad dominante. Considerar que el habla no tiene otra función que vehicular mensajes es propiamente hablando delirante. Una lengua no habla por sí misma. Solo habla si consigue agenciar sus proposiciones en el campo constituido por el conjunto de las formaciones de poder tal como es mediatizado por la rostridad. Un discurso está siempre tomado en un rostro que «gestiona» sus enunciados y sus proposiciones, que les da un peso, que los carga por relación a los significantes dominantes o los vacía de su sentido.

Habría que retomar aquí los estudios realizados sobre la historia de la memoria para mostrar la evolución de los modos de territorialización del discurso, en particular, antes de que máquinas de memoria tomaran el relevo de guiones mnemotécnicos dispuestos en un espaciado de referencia¹². La desterritorialización posterior de los soportes icónicos ha desplazado sin duda el aprendizaje de la memoria hacia sistemas de juicio dicotómicos. Por ejemplo, las técnicas «modernas» de examen por cuestionarios consisten menos en hacer recitar enumeraciones complejas que en controlar estadísticamente las performances de una memoria de juicio.

¹² Frances A. Yates, *L'Art de la mémoire*, Paris, Gallimard, 1975.

Lo que se exige sobre todo de un candidato, es no equivocarse sobre una estimación de conjunto, sobre el perfil de una cuestión, ¿cómo suena eso?, ¿«puede eso pasar»? De hecho, lo que los exámenes esperan seleccionar, mirándolo bien, son candidatos al poder más o menos conformes a las exigencias del sistema dominante, y es a partir de una suerte de sintaxis pragmática que resultan centradas en torno de una rostridad de poder todas las coordenadas espacio-temporales y de comportamiento relativas a las demás sintaxis semióticas, comenzando por la gramática común. Cuando el chamán Yanomami malograba un Hekua que se volvía hacia su roca o hacia el cielo, la sintaxis ritual era suspendida. Con este sistema de sintaxis universal, con los recortes infinitos del cuadrículado de las informaciones de los agenciamientos maquínicos de enunciación capitalísticos, ya no es posible ninguna escapada de esta naturaleza. El significante ya solo remite a sí mismo: según la intuición de Saussure, se ha convertido en una sustancia que se encuentra en todas partes y en ninguna, pero es la sustancia misma del modo de semiotización capitalístico.

La máquina de rostridad capitalística no opera únicamente mediante cortes globales, dicotomías masivas y bi-polarizaciones de los contenidos que constituye. Su acción de binarización reductora se apoya también sobre la textura de las materias de expresión que le están asociadas y que ella contribuye a transformar en sustancia significativa. La toma de poder hegemónica de los sistemas lingüísticos fundados sobre sistemas de oposición distintivos articulados a partir de una gama finita de glosemas de expresión es, de hecho, el resultado de un largo proceso de aplastamiento de los diversos sistemas de expresión intensivos. El primado de las cadenas significantes linealizadas y relativamente autónomas del mundo de los contenidos significados, en razón de la estructuración elaborada –y en gran parte a-significante– de su organización fonológica, sintáctica, lexical, etc., implica todo un trabajo previo de sujeción semiótica por las formaciones de poder, y, en particular, por las máquinas de rostridad capitalísticas. (Evocaremos además, con posterioridad, el rol primordial que juegan al respecto aquello que llamaremos las «máquinas de ritornelo».) Este proceso desemboca –o debería desembocar, según una perspectiva ideal– en que cualquier producción expresiva se pliegue a una reducción, a una traductibilización en términos de *cantidad de información*, es decir, en el fondo, en una serie estructurada de elecciones binarias automatizadas y susceptibles de ser tratadas exhaustivamente por un ordenador.

Ciertamente aquí no se trata de pretender sostener lo que sea de un «pensamiento puro» al margen de los «estragos» que ejerce hoy, en todos los ámbitos, lo que llamamos la revolución informática. Una concepción humanista de la ciencia se acoplaría de manera equivocada a la idea de una última y radical división del trabajo entre el científico y la máquina que consistiría en reducir el campo de intervención posible de la informática al tratamiento de los datos previamente elaborados por el hombre. La semiotización maquínica, no es hoy menos esencial que la del hombre. El ordenador, que se había conservado hasta hoy como el asunto de técnicos especializados y que dependía solamente de una matemática bastante pobre, está, en efecto, en camino de integrarse en un complejo de enunciación en el que se volverá imposible «discernir» entre la invención humana y la creatividad maquínica. Desde ahora, trabaja ciertos problemas de matemática que habían permanecido en suspenso por insuficiencia cuantitativa de medios de semiotización. (La resolución, por ejemplo, del problema centenario llamado de la coloración de un mapa en cuatro colores, habrá insumido mil doscientas horas de trabajo a un ordenador para efectuar las diez millones de operaciones necesarias¹³.) Y comienza a ser capaz de formular problemas matemáticos originales.

No es entonces del lado de «la esencia del pensamiento humano» que se encontrará el límite de las capacidades semióticas de la máquina, sino más bien en la naturaleza del lenguaje informacional que preside su funcionamiento actual y que conduce a los actuales «procesamientos» a perder los fenómenos de ruptura, de desestratificación, de deseo, es decir todas las desterritorializaciones que pueden escapar a las reducciones de binarismo signifiante. Es una preocupación de este orden la que hoy conduce por ejemplo a ciertos bioquímicos a cuestionar las teorías actuales que conciernen al origen de la vida, en la medida en que sus descripciones de la evolución, que calibran las situaciones a partir de parámetros globales que dependen de la termodinámica o de la teoría de la información, solo pueden pasar al costado de lo esencial de los procesos mutacionales. Es así que Jacques Nimier considera que «si se describe la evolución puramente química de una sopa prebiótica, no se ve dónde van a introducirse las categorías fundamentales de la biología que son la replicación y las transferencias de información. Si se representa los sistemas prebióticos

¹³ Cf. el artículo de Maurice Arvong en *Le Monde*, 1º de setiembre de 1976.

por medio del lenguaje informacional, no se ve cómo se podrá hacer surgir de un tratamiento matemático una propiedad nueva tal como la motricidad. Más precisamente, no se excluye que puedan hacer aparecer propiedades que, a primera vista, están más allá del campo conceptual de la descripción inicial, pero a condición de que se las busque explícitamente. Ahora bien tenemos necesidad de un instrumento que nos ayude a ver lo insospechado, pues los estados intermediarios de organización de la materia muy bien pudieron obedecer a lógicas enteramente diferentes de la actual lógica de lo viviente¹⁴.»

Un día incluso hará falta, según nuestro parecer, terminar con la idea de que el porvenir solo pueda ser «calculado» a partir de «tendencias» del pasado, o que lo más diferenciado deba necesariamente caer bajo la dependencia de lo menos diferenciado, o que los agenciamientos productivos-expresivos tengan que ser divididos en superestructuras que descansan y dependen de infraestructuras. El conjunto de las concepciones mecanicistas, finalistas, idealistas, dialécticas, etc., de la materia y de la historia no cesan de binarizar lo posible, de cerrar el futuro mediante todo tipo de procedimientos. ¿Por qué no buscar desplegar más bien las potencialidades del presente y hacer frente a la idea de que lo «nuevo» puede surgir en el seno mismo del pasado? ¿Qué otra cosa hacen, en efecto, hoy en día, las ciencias, las artes, y las tentativas para «cambiar la vida», en su investigación de punta, sino descubrir —de hecho proyectar, inventar— un futuro, un posible inaudito, en el corazón de las estratificaciones que parecían cerradas sobre sí mismas desde siempre y petrificadas eternamente? Las categorías de tiempo, de espacio, conocidas como datos *a priori* y universales, y esto a pesar de todas las tentativas relativistas, son los instrumentos básicos que conducen el modo de pensamiento capitalístico a polarizar, a binarizar, a «determinizar» sus aproximaciones lógicas, científicas y políticas. Una «maquinica» en ruptura con este modo de pensamiento comenzaría por negar la dicotomía entre los procesos semióticos y los procesos materiales, sería llevada, llegado el caso, a desplegar el tiempo y las causalidades «al revés» (es ya lo que pasa en física teórica con las teorías de los quarks, de los patrones o de los *puncta* de Boscovitch) y, de una forma más general, a solo considerar las desterritorializaciones de tiempo y de espacio en relación con los agenciamientos que las efectúan. En el caso de los mundos humanos

¹⁴ *La Recherche*, nº 66, abril 1976.

y de los mundos animales, se trataría de desobjetivar los agenciamientos de semiotización articulando, sobre el mismo rizoma, componentes que von Uexküll todavía dividía en *Umwelt* y *Innenwelt*¹⁵.

Lo repetimos, las componentes de rostridad y de ritornelo no fabrican tiempo y espacio «en general», sino *ese* tiempo, *ese* espacio vivido por tal agenciamiento, en *tal* contexto ecológico, etológico, económico, social, político, etc. Las desterritorializaciones «internas» –por ejemplo las que abren la visión a un mundo interior-exterior o las que ponen la economía sexual en posición de cambiar el mundo percibido y los proyectos de un individuo o de un grupo, desde el momento en que ella está activamente conectada a las demás componentes– son inseparables de las desterritorializaciones «externas» que trabajan el medio ambiente y la historia. En razón de que el rizoma «exterior» no puede ser cortado del rizoma interior, una pareja deseada podrá ser a la vez (o sucesivamente) una apuesta de poder, una rostridad redundante (identificación), el soporte de ciertos rasgos de rostridad diagramáticos que, por el contrario, modificará en profundidad el conjunto del agenciamiento, la imposición casi ineludible de ritornelos territorializantes, que reencarnan un «nuevo» yo, una «nueva» conyugalidad, una «nueva familia», una «nueva» etnia, etc. Nada está jugado de antemano, ninguna vectorización entre el adentro y el afuera, el antes y el después, lo molar y lo molecular, lo supra y lo infra es calculable de una vez y para siempre. Así, si bien es verdad, por ejemplo, que la maquinación de una mirada pueda aparecer «sobre el fondo de destrucción de los ojos que me miran», para parafrasear al Sartre de *El ser y la nada*¹⁶, inversamente ojos sin mirada, un para-otro cortado de toda Gestalt humana, pueden instalarse en plena mitad del mundo, agrietarlo y tomar posesión de los modos de subjetivación que reinaban en él. Es este universo el que explora un Jean-Luc Parant cuando describe los ojos, «al ras de la materia sólida SÓLIDA que nos rodean», y que son tan excavadoras haciendo el vacío frente a ellas como «máquinas voladoras», aves capaces de atravesar las ventanas del paisaje (TANTO LA TIERRA COMO EL CIELO LA NOCHE COMO EL DÍA ENTRARÍAN)¹⁷.

¹⁵ *Umwelt und Innenwelt der Tiere*, Berlin, Springer, 1909, 1921.

¹⁶ Jean-Paul Sartre, *L'Être et le Néant*, Paris, NRF, 1947, p. 316.

¹⁷ Jean-Luc Parant, *Les Yeux* MMDVI, Paris, Christian Bourgois éditeur, 1976. «...La obra que son los grandes constructores de VACÍO agujeros que son los ojos SIN LO CUAL ELLOS

Las reterritorializaciones –ritornelos, ojos, rostros, paisajes...– que llegan a enmascarar los fenómenos de resonancia de los agujeros negros transportados por las componentes semióticas no pueden ser clasificadas, etiquetadas en función de categorías generales. Se organizan en el marco de arreglos particulares, propios a cada tipo de agenciamientos, los cuales escapan, ellos mismos, a toda sistematización taxonómica. Las componentes de un agenciamiento de enunciación no tienen todas la misma importancia y el peso de una por relación a otra puede variar de una situación a otra. Algunas componentes se organizan entre sí para formar constelaciones que reaparecerán en un modo cíclico (ejemplo: el sueño, la vigilia, la comida, etc.). Son entonces centradas y jerarquizadas sobre un punto de arborescencia que programa, en cierto modo, la regularidad de este retorno de los mismos agenciamientos y la consistencia de un modo cotidiano y de un modo de subjetivación siempre recentrado, bien que mal, sobre el *mismo* yo. Otras componentes se comportan como «agua-fiesta», o más bien como «agua-realidad», se instalan en el límite del árbol de implicación significante, inician rizomas, deshacen fenómenos de resonancia de agujero negro, haciendo trabajar por su propia cuenta ciertos ritornelos, ciertos rasgos de rostridad para deshacer las redundancias globalizantes de rostro, de paisaje, de cotidianidad, y ponen la energía de deseo en hacer bascular los agenciamientos fuera de sí mismos, en subvertir su funcionamiento habitual y en conectarlos unos con otros según las constelaciones inéditas. Ejemplo: la «pequeña frase» de la sonata de Vinteuil, suerte de clave, durante meses, del amor de Swann por Odette, pero que, un día, se abrirá sobre sí misma, revelará potencialidades hasta entonces inauditas –en sentido propio– y hará derivar ese amor hacia otros agenciamientos¹⁸.

El trabajo del esquizo-análisis consistirá particularmente en discernabilizar esas componentes mutacionales portadoras de asperezas semióticas,

NO LOS OJOS NO PODRÍAN NI VOLAR NI VER Y LOS OJOS HAN CAVADO AGUJEROS EN TODOS LOS MUROS LA VISTA EN TODA DESEMBOCADURA como los pioneros del espacio DEL VACÍO que habrían trazado el camino a la vida excavando en la noche y la consistencia QUE NOS CENÍA COMO DE UNA PIEL hasta encontrar el VACÍO día y ese vacío ESE VACÍO sin los cuales LOS OJOS nosotros no podríamos ni VOLAR mover ni ver y los ojos sumergen enteramente en el espacio y jamás ascienden a la superficie más que recubiertos de sus PARPADOS membranas duras y arrugadas.»

¹⁸ Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, op. cit., p. 208, 349 y 529.

de puntos-signos desterritorializantes que les permiten «pasar a través» de las estratificaciones de agenciamiento, un poco a la manera de ese «efecto túnel» que describen los físicos¹⁹. Desde entonces, no se tratará pues de contentarse con examinar desde el exterior la relatividad de los puntos de vista en presencia, o, como dicen los etólogos, los «universos paralelos y contradictorios» que coexisten en el mundo, sino de intervenir activamente para facilitar las mutaciones internas de agenciamientos y las vías de pasaje de un agenciamiento a otro. Dicho de otro modo, de trabajar los propios árboles y los propios rizomas que constituyen los agenciamientos de enunciación. Los ritornelos, esos cristales de tiempo, las rostridades, esos catalizadores de espacio, pertenecen a la vez a los árboles y a los rizomas constituidos por las relaciones intra-agenciamiento o las relaciones inter-agenciamiento. Máquinas concretas, cruce, lugar de efectuación de las materias opcionales de toda naturaleza, pueden ir tanto en la dirección de las estratificaciones conservadoras como en la dirección de las líneas de fuga creadoras. Un modo de subjetivación concienical, individuado y significativo, podrá «acoplarse» por ejemplo a una rostridad animal o a una contracción obsesiva del tiempo, que los psicoanalistas colocarán del lado de los fantasmas o de las compulsiones repetitivas. La conciencia y la razón pasarán, en suma, del lado de la animalidad y de la neurosis. Mientras que un modo de subjetivación onírico o psicótico se revelará capaz de disolver rostridades familiaristas y alienantes, de liberar ciertos rasgos para hacerlos funcionar sobre un modo diagramático creador —las grandes decisiones que se toman en sueño que cambian efectivamente la vida, las grandes invenciones de los visionarios locos que transforman el mundo...

En estas condiciones, una cartografía esquizo-analítica no podrá contentarse con analizar sincrónicamente las componentes que constituyen, en un momento dado, un agenciamiento y que lo polarizan hacia tal o cual comportamiento, tal o cual política arborescente o de conexión rizomática. Deberá proceder de igual modo a la localización diacrónica de los engendramientos y de las transformaciones de agenciamiento. Pero las dos series analíticas se recortarán de manera constante, estando atravesada cada una de ellas, en efecto, por la misma sucesión de interrogaciones: ¿por

¹⁹ El «efecto túnel» permite describir, en el marco de la física cuántica, el pasaje de un sistema físico desde un «estado autorizado» hacia otro «estado autorizado» a través de una sucesión de estados intermedios «prohibidos». Cf. *La Recherche*, nº 58, julio-agosto 1975.

qué un agenciamiento se encierra y cuáles componentes de semiotización tienen por función «hacer bucle» sobre él mismo, qué efectos de agujero negro adyacentes a las diversas componentes entran en resonancia, o, por el contrario, se reabsorben y convierten su metabolismo en línea de fuga no arborescente; qué componentes de codificación no semióticas trabajan en romper los equilibrios homeostáticos intra-agenciamiento; existen, en el nivel intra-agenciamiento, circuitos cerrados (del tipo: bondi-laburo-noni²⁰) que reconstituyen estratificaciones pragmáticas cerradas sobre sí mismas; existen, por el contrario, encadenamientos de agenciamientos que inicien aperturas rizomáticas? Solo tomando en consideración las transformaciones inter-agenciamiento se logrará, según nuestro punto de vista, discernabilizar los verdaderos factores (y por tanto intervenir sobre ellos) de ruptura y de mutación que trabajan los agenciamientos a escala molecular y que catalizan «transiciones de fase» o «efectos de percolación», para retomar de nuevo el lenguaje de los físicos²¹. Además, es también únicamente a este nivel diacrónico que veremos actuar los sistemas de articulación entre componentes de codificación natural y componentes semióticas muy diferentes entre sí (que proceden, por ejemplo, por codificación química, por codificación genética —ligadas a un agenciamiento de reproducción, que evoluciona por «presión selectiva»—, por «huella» etológica, por aprendizaje programado sobre ciertos «períodos críticos», por semiotización colectiva, por semiotización individuada y autónoma, etc.).

²⁰ Posible traducción del francés *métro-boulot-dodo*. «Bondi» es la manera popular de llamar en Argentina y Uruguay el transporte colectivo. (N. de T.)

²¹ Cf. Irenäus Eibl-Eibesfeldt, *Éthologie, biologie du comportement*, Paris, Éditions scientifiques, 1972, Naturalia et Biologia.

La jerarquía de los comportamientos en el hombre y el animal

Las relaciones inter-agenciamiento se organizan, según parece, en agregados tanto más complejos y tanto menos capaces de adaptación y de creatividad cuanto que las relaciones intra-agenciamiento hacen aparecer componentes desterritorializadas, especializadas en las transformaciones, en las transiciones de fases diagramáticas —y no simplemente en las transcodificaciones sin modificación de agenciamiento—, es decir en los pasajes de una forma a otra, de un agenciamiento a otro, por descomposición de las relaciones estratificadas forma-sustancia. Es toda esta creatividad rizomática la que pierden sistemáticamente —o por sistema— los procesamientos informáticos, los estructuralismos significantes, las axiomáticas que proceden por deducciones «arborescentes». Pero antes de volver sobre lo que nos parece ser su rasgo común, a saber un método de reducción binario de los rasgos específicos de sus componentes, examinemos, a partir de ejemplos tomados en el campo de la etología, diversos modos de organización intra e inter-agenciamiento. La elección de estos ejemplos estará orientada en función de dos tipos de preocupaciones:

1) la preocupación por relativizar la noción de una jerarquía de los comportamientos instintivos fundada sobre una jerarquía de los centros nerviosos tal como ha sido desarrollada a raíz de los trabajos de N. Tinbergen;

2) el deseo de agrupar algunos puntos de referencia sugerentes que conciernen al agenciamiento de las componentes de rostridad y de ritornelo sobre el filum de las desterritorializaciones semióticas y mostrar su posición bisagra entre los sistemas de reterritorialización y los procesos diagramáticos productores de nuevas coordenadas espacio-temporales, ecológicas, sociales, etc. En efecto, nos parece que una concepción «rizomática» de las relaciones inter-agenciamiento (y no arborescente, como la que propone Tinbergen con su célebre esquema¹) debería autorizar tanto la posibilidad de una apertura innovadora de las programaciones comportamentales del mundo animal como, llegado el caso, la de un cierre «determinista» de las del mundo humano. Ahora bien lo que parece haber sido retenido, con las componentes de rostridad y de ritornelo, es que ellas actúan precisamente sobre los registros animales y humanos sin adosar sobre ellos una oposición rígida innato-adquirido, sin proyectar sobre el hombre una libertad ficticia y sobre el animal un determinismo estrecho. En el transcurso del «malentendido etológico» reina, a nuestro parecer, el acoplamiento mecanicista entre:

- los factores de inhibición de una componente
- y los mecanismos innatos disparadores.

Todas las concepciones que desembocan en descripciones arborescentes de los encadenamientos de comportamiento descansan sobre esta operación binarista de base –muy próxima por otra parte de aquella de la ideología secretada por la teoría de la información. Queriendo especificar de manera tan positiva la naturaleza de «lo que inhibe» o de «lo que dispara», se acaba por postular una finalidad, una significación teleológica, la existencia de un alma, a dichos encadenamientos. En efecto, como a la salida se los ha mecanizado de manera arbitraria, uno está obligado, a la llegada, a adosar sobre ellos estructuras trascendentes para poder hacerlos funcionar. Es siempre la misma política de los «tras-mundos» o de los «objetos de las alturas» que solo desemboca en reconstituir causalidades lineales y que pierde, en el camino, los puntos de singularidad transportados por los maquinismos abstractos. Ahora bien, quizá se trate aquí de algo similar a la acción de los catalizadores en el campo de la química, cuya intervención no está ligada a reacciones químicas que les serían propias, sino al tipo de conexiones moleculares que facilitan. Lo que cuenta, en estas

¹ Nikolas Tinbergen, *The Study of Instinct*, Londres, Oxford University Press, 1951.

«cristalizaciones» de comportamiento, es tal vez menos la naturaleza de tal y cual componente —hormonal, perceptiva, ecológica...— que dispositivos espaciales que determinan estrategias y tácticas, ritmos de encadenamiento que logran o no estabilizarse y activarse a partir de codificaciones «automáticas», y la existencia de ciertas componentes desterritorializadas (diagramáticas) que establecen puentes, intercambiadores semióticos y de transcodificación, entre dichos espacios y ritmos. Esta «maquínica», esta *ingeniería* biológica-comportamental podrá engendrar encadenamientos del tipo «estigmergía» (articulándose cada secuencia a la siguiente sin que esté implicado un «conocimiento» que dominaría el conjunto de un proyecto consciente) o encadenamientos que implican una semiotización «en caliente», un cuestionamiento sobre el «sentido» de un arco intencional, o también efectos de agujero negro, es decir el hecho, para una componente de semiotización o de codificación «natural», de girar en vacío sobre sí misma, de no desembocar sobre *nada* y de ya solo hacer eco con otros sistemas de inhibición. ¿Puede ser que entre la inhibición y la «activación», nada se juegue en un plano absolutamente mecánico, «bi-unívoco»; puede ser que una apertura rizomática siga siendo siempre posible, aunque solo fuera a escala microscópica; y que sea a partir de minúsculas líneas de fuga creadoras que la evolución encuentre finalmente su vía adaptativa?

Quizá no se debería, además, oponer demasiado radicalmente el agujero negro inhibidor y la conexión rizomática. En efecto, es posible que justamente solo sea de un agujero negro semejante que puedan salir esas minúsculas líneas de fuga que desterritorializarán un sistema estratificado. Tal vez es inevitable que ciertos procesos innovadores, para estar en condiciones de desencadenarse, tengan previamente que meterse en impasses, en agujeros negros que solo podrán desembocar —más allá de toda «dialéctica constructiva»— en «catástrofes», en el sentido que René Thom dio a dicho término². (Ejemplos: las invasiones, las epidemias, la guerra de los Cien Años, etc., en alba de las grandes revoluciones capitalísticas.) Y los «equipamientos» de rostridad y de ritorno quizá tienen precisamente por función regular nuevos «ritmos de catástrofe» y metabolismos inéditos de salida de los agujeros negros de desterritorialización absoluta. Sea lo que sea, por todas partes en el reino animal se encontrarán estasis de inhibición asociados a activaciones de comportamientos-encrucijadas, que

² René Thom, *Stabilité structurelle et morphogenèse*, Paris, Interéditions, 1972, 1976.

revelarán por otra parte estar muy programados genéticamente. Pueden aparecer bajo forma de pausa, de tiempo congelado —suerte de «tiempo para comprender», según la expresión de Jacques Lacan— o bien de tiempo de charloteo, de fiesta o de sacrificio. Ejemplo «espectacular»: el del pavo real cuyo galanteo consiste, durante un tiempo, en mantener a distancia, por fascinación, a una hembra que llega a picotear un alimento imaginario justo en el punto focal determinado por la concavidad, ligeramente inclinada hacia adelante, de su rueda ojo-agujero negro. ¿Qué puede pasar durante ese tiempo? Aunque en ocasiones se niegue la existencia de un orgasmo en los animales, ¿no es de eso que se trata aquí? Un orgasmo a distancia que acopla a través de la imagen la relación de pareja y que activa, probablemente, las componentes hormonales necesarias para la continuación de los acontecimientos. La causalidad bioquímica, las estrategias de supervivencia de la especie, las astucias y las improvisaciones del deseo se montan sin cesar en el mismo rizoma. Uno solo puede no «estar perdido» a condición de determinar, desde el inicio, en qué punto de vista se coloca, de qué tipo de agenciamiento de enunciación se espera dar cuenta. Mientras que la presión selectiva pone por delante y automatiza ciertos procesos, repele otros que ya solo podrán, desde entonces, subsistir en estado de rastro; pero eso de ningún modo impide la existencia de agenciamientos marginales que «se buscan», que están en busca de su propia ley y también, hay que admitirlo, el despliegue de toda una economía de deseo marcada por la misma suerte de gratuidad que aquella que caracteriza el cara a cara humano con la conciencia de la finitud y de la muerte.

Sería absurdo separar de manera radical, como lo hacen ciertos psicoanalistas estructuralistas, el deseo humano, so pretexto de su apoyo privilegiado en el lenguaje y en la Ley, del deseo del animal, cuyas fascinaciones rituales dependen otro tanto de coacciones semióticas adornadas de gastos ostentosos y de juegos gratuitos. ¿Pero reconoceremos en este último el mismo tipo de agenciamiento individuado de enunciación y la misma función de subjetivación significativa? ¿Reconoceremos, por ejemplo, en las aves, la misma especie de política humana de abolición del deseo, de agujero negro o de afánisis, para retomar una expresión de Ernest Jones? Es frecuente ver en ellas bruscos cambios de comportamiento (por ejemplo, durante desfiles nupciales aparecerán de forma espasmódica actitudes agresivas, rituales de sumisión, simulacros de aseo, etc.). Sucede como si las secuencias comportamentales se desataran por fragmentos indivisibles,

que es preciso tomar o dejar por entero, en razón del carácter «tan» territorializado de su agenciamiento. A decir verdad, encontraremos en el hombre ese mismo modo de semiotización por «bloque» —por ejemplo, cuando alguien que fue interrumpido accidentalmente recitando algo, es llevado a «partir nuevamente desde el comienzo»—, pero los bloques están menos delimitados, más abiertos, como mellados. Parece que esta diferencia se acentúa especialmente a propósito de los agenciamientos humanos de deseo que parecen combinar, de manera mucho más específica que en los animales, con cierto tipo de agujero negro en impasse, pudiendo llegar hasta «enfermedades de languidez» o incluso neurosis caracterizadas. Sin llegar incluso hasta los excesos «patológicos» de las «enfermedades de languidez» o de las neurosis, con su cortejo de inhibiciones, de vértigos, de somatización, de desconexión —la vuelta atrás al infinito del obsesivo, la semiotización en impasse del fóbico...—, es manifiesto que lo normal del deseo humano, en el campo social capitalístico, deja de ser un tiempo de detención productivo, un «tiempo para comprender», y que su micropolítica de agujero negro, al menos en la escala de la condición individuada, se bloquea completamente en una contemplación desesperante de su inanidad³. Es solo a escala mayor que dichos cúmulos de conciencias vacías desembocan en el lanzamiento de modos de semiotización sobre-desterritorializados, tales como el habla, la escritura, las simbólicas religiosas, científicas, etc., que crean las condiciones de una inversión de la situación. Pero en última instancia, es solo a escala de agenciamientos colectivos revolucionarios —deberíamos decir más bien «trans-revolucionarios»— que este exceso de desterritorialización concienical, que este desapego de toda cosa, este des-corto-circuitado de lo real y del deseo pueden producir una nueva realidad y un nuevo deseo. Lo que separa el *Umwelt* del animal y del hombre, es por tanto quizá el

³ Desde este punto de vista, no podemos seguir a Michel Foucault cuando considera, en *La voluntad de saber*, que una represión específica del deseo no sea correlativa de la evolución del capitalismo. Es cierto que no habla de deseo, sino de sexualidad, y que siendo de este modo reducido el blanco en un primer momento, parece, en efecto, que deba siempre, de manera aproximada, haber «tanta sexualidad» de una época a otra. Pero cuando, en un segundo momento, la sexualidad-deseo se amplía a los discursos y a las formaciones de poder que se relacionan con ellos, se vuelve menos evidente que una represión recuperadora, cada vez más miniaturizada, cada vez más interiorizada, no sea específica de los métodos de sujeción capitalística.

hecho de que, en este último, los diversos agujeros negros transportados por las componentes de semiotización entren más fácilmente en resonancia con el hecho de este funcionamiento de las máquinas semióticas sobre-desterritorializadas y faciliten de este modo –al precio de una angustia, de una soledad y de una culpabilidad insostenibles– una traducibilización general del conjunto de las componentes. Así se constituye una subjetividad central, un gran hueco fascinante cuyo punto focal, a diferencia del de la rueda del pavo real, se encuentra en todas partes a la vez, como un rayo láser de desterritorialización, para tomar el control, jerarquizar, «gestionar» todas las relaciones inter-agenciamiento, todas las territorialidades residuales, para extinguir y recuperar todos los posibles en estado naciente. El mundo animal, sin duda con menos problemas, eludía los efectos de agujero negro y los disponía en un modo rizomático no arborescente. (Desde este punto de vista, la jerarquía de Tinbergen podría ser considerada como una proyección antropocéntrica.) Desde luego, la semiotización humana, a partir de semejante máquina central de subjetivación concienical, parece haber multiplicado al infinito sus poderes de intervención y haber creado, para el hombre, posibilidades excepcionales de supervivencia a través de una suerte de fuga hacia delante fuera de los marcos «habituales» de la evolución. Pero también puede cerrarse sobre sistemas totalitarios de toda naturaleza que tenderían a aproximar, si nada llegara a contrariarlos, el destino de las sociedades industriales al de las sociedades de las hormigas –producción por la producción, gulags generalizados, etc.

De una forma general, se sabe que los agenciamientos colectivos de territorialización, en el mundo animal, ponen en juego «técnicas» de marcación muy diferentes entre sí –marcaciones olorosas mediante los excrementos o por secreciones especiales, puesta a distancia mediante «cantos territoriales», exhibiciones sexuales intimidatorias, etc. Estas diversas componentes intra-agenciamiento, consideradas de manera separada, solo parecen señalar codificaciones innatas, que funcionan a la manera de reflejos o de taxias. Así, para anticipar un ejemplo sobre el cual volveremos largamente, la función del adorno muy coloreado de los diamantes moteados –aves passeriformes australianas estudiadas por K. Immelmann⁴– parece poder reducirse a la inhibición de las relaciones

⁴ Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 151.

de vecindad y a la regulación de la repartición de los individuos en un espacio dado. (En el caso en que tratamos con sujetos blancuzcos de la misma especie, se asiste en efecto a una suerte de decaimiento de esta distancia crítica y a un estrechamiento de los grupos.) Pero examinemos ahora cierto número de «métodos» de desterritorialización de las relaciones inter-agenciamiento que nos dejan entrever el «juego» posible, la apertura, la línea de fuga sobre la cual «apostará» la presión selectiva (sin que esté asociada de ningún modo, repitámoslo, una idea de progreso de esta evolución que puede perfectamente conducir a una especialización totalitaria de los roles, de los sexos, de las especies...).

Volvamos a un ejemplo de simbiosis que fue popularizado por Rémy Chauvin, aquella que se establece entre ciertas especies de avispa y de orquídeas⁵. Se sabe que la avispa, efectuando un simulacro de acto sexual con un señuelo morfológico y olfativo constituido por el rostelo de la orquídea, libera y aferra polinias que transporta luego sobre otras plantas, asegurando así la reproducción cruzada de esta especie. El conjunto de los sistemas de transcodificación que autorizan estas idas y vueltas entre el reino vegetal y el reino animal parece completamente cerrado a toda experimentación individual, a todo aprendizaje, a toda innovación, no habiendo retenido aquí la presión selectiva de los encuentros, que quizá solo fueron en su origen accidentales e improvisados, más que secuencias que ella logró sistematizar, controlar, a partir de un maquinismo abstracto cerrado sobre sí mismo, estratificado en el genoma de la especie y que la ontogénesis solo tendrá que descifrar y calcar mecánicamente. Pero uno se equivocaría, a nuestro parecer, en reducir dichos sistemas de inter-agenciamiento a una simple «puesta en común» de cierta cantidad de información transportada por los genes respectivos de cada especie. ¿Cómo aprehender, desde entonces, las vías de pasaje entre lo innato, lo adquirido y lo experimentado, entre la codificación biológica, la adaptación ecológica y la semiotización colectiva? De hecho, como nos esforzamos en mostrar a partir de los ejemplos que siguen, aun (y quizá sobre todo) cuando las relaciones inter-agenciamiento hacen intervenir dichas componentes de codificación «mecanizadas», ellas dan «juego» a las relaciones intra-agenciamiento, favorecen la entrada en escena de nuevas dimensiones del

⁵ Rémy Chauvin, *Entretiens sur la sexualité*, obra colectiva, Paris, Plon, 1965. Cf. las referencias reunidas por Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 158-159.

entorno, desencadenan procesos de especialización, de «contracción» de ciertos sistemas de codificación o de semiotización, crean las condiciones de una aceleración de las desterritorializaciones innovadoras, en resumen, abren nuevos posibles. Sin duda no ganaríamos nada en reducir una simbiosis como la de la avispa y de la orquídea a un simple «enganche» entre dos mundos heterogéneos. Este encuentro es ciertamente productor de lo que hemos llamado en otra parte una «plusvalía de código», es decir de un resultado que excede la simple totalización de las codificaciones en presencia (la finalidad sexual de la orquídea + la finalidad nutricional de la avispa). El nuevo agenciamiento simbiótico funciona como una especie mutante avispa-orquídea, que evoluciona por su propia cuenta y que redistribuye, según sus propias normas, componentes genéticas y semióticas tomadas en una y otra especie de origen (componentes morfológicas, fisiológicas, etológicas, semiotización de señuelos visuales, olfativos, sexuales, etc.). Una nueva línea de fuga evolutiva es así creada sobre el rizoma bio-ecológico, que resulta por otra parte muy pronto tapada, cuadriculada por las codificaciones genéticas que delimitan su afección por especies y por secuencias filogenéticamente circunscritas.

Solo una micropolítica constructiva —uno estaría tentado de decir: constructivista— de los agenciamientos de deseo y de los agenciamientos sociales que se proponga discernabilizar las componentes desterritorializantes «de pasaje» entre los agenciamientos o las componentes «predispuestas» a tal función de transversalidad estará en condiciones, en el dominio que sea, de deshacer las oposiciones demasiado masivas entre lo adquirido y lo innato, lo bio-químico y lo «adaptativo», lo individual y lo social, lo económico y lo cultural, etc. Desde luego dicha transversalidad desestratificante entre los agenciamientos comportamentales se vuelve a encontrar siempre, en un grado o en otro, en todos los niveles del filum animal, pero es evidentemente más fácil localizarlo en los animales más «evolucionados». Consideremos, por ejemplo, tres tipos de agenciamientos sociales en los babuinos y en los vervet, simios que ponen en posición dominante principalmente componentes sexuales y componentes de territorialización:

a) un agenciamiento particular que concierne a las *relaciones jerárquicas* internas a un grupo y que fija el lugar y los derechos de los machos dominantes y de los machos marginales, de las hembras, de los jóvenes, etc.: los etólogos subrayan el hecho de que las querellas internas que el funcionamiento de este agenciamiento es capaz de provocar deben ser distinguidas

de las querellas territoriales externas. Como lo escribe Eibl-Eibesfeldt, de quien tomamos prestado este ejemplo⁶, las «querellas de orden jerárquico no están ligadas a la posesión territorial, rivales de niveles jerárquicos diferentes se unen en una acción común contra los invasores extranjeros»;

b) un *agenciamiento de defensa colectiva del territorio*: algunos babuinos machos se apuestan como centinela en la periferia del grupo al cual dan la espalda, mientras exhiben de manera muy ostensible sus órganos sexuales muy coloreados (a veces, ante la aproximación de un intruso, su pene entra en erección y se ve animado rítmicamente). Pero se ha observado que este agenciamiento solo funciona frente a tropas próximas de la *misma especie*.

c) un *agenciamiento individuado de fuga*: en el caso en que surgen predadores, «cada quien retoma su libertad y se escabulle lo más discretamente posible».

La semiotización colectiva de defensa del territorio está conectada por tanto a componentes sexuales «de origen» intra-agenciamiento y componentes de rostridad-corporeidad «de origen» inter-agenciamiento (se conoce en particular el rol decisivo de disparador de agresión o de sumisión que juega, en los monos, el hecho de mirar o de mirar a los ojos). Otras «fórmulas», en otras especies animales, nos mostraran una inversión de este vector sexo-agresión, donde será la agresión simulada la que devendrá una componente de rituales de seducción. Sea lo que sea, se puede admitir ya, contra el buen sentido de aquellos que solo toleran clasificaciones rigurosas, que el miembro del animal, aquí, no se relaciona únicamente con un estrato del organismo y con una función de reproducción, ni la mueca hostil con cierto estado de tensión social y con una función de comunicación. Uno y otro funcionan como componentes de pasaje entre agenciamientos particulares –el sexo, en realidad la *imagen* del sexo, que solo interviene como arma de intimidación en los agenciamientos de delimitación espacial interna a la especie y que constituyen, en cierto modo, un «espacio social», y la rostridad diferencial predador/especie propia que solo interviene al nivel de agenciamientos individuados, como una suerte de «discriminación de supervivencia». El sexo y la rostridad no deben por tanto ser considerados como objetos parciales, en el sentido kleiniano, o como objetos *a* en el sentido lacaniano, sino como operadores, como las

⁶ Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 323 y 450.

máquinas concretas de la semiotización colectiva e individual *de cierto exterior*. Se han vuelto puentes, túneles de desterritorialización que articulan los agenciamientos de jerarquía interna, los agenciamientos de defensa colectiva (la delimitación externa de un territorio, el límite, el borde más allá del cual hay cesación de la semiotización colectiva y efecto de agujero negro) y diversos agenciamientos individuados como los de la fuga.

La huella a través de la imagen de un congénere (o la huella accidental a través de una rostridad intrusiva) durante un período sensible solo puede ser disociada y opuesta a los diversos modos de aprendizaje que la acompañan en el marco de protocolos experimentales que desarman el enredo de las componentes comportamentales⁷. Un estudio que se esforzara por no aplastar el rizoma de los agenciamientos socio-biológicos de los animales conduciría a hablar, a nuestro modo de ver, de «selección de huella» la cual coexiste con «selecciones genéticas», «selecciones de aprendizaje» y «selecciones mediante experimentación». Pero felizmente, los etólogos no han caído aún en el defecto, por ejemplo, de la mayoría de los etnólogos, quienes recortan su «terreno» en rebanadas estancas (las relaciones de parentesco, el análisis de los mitos, lo político, lo económico, etc.). Y cualesquiera sean las tentaciones psicoanalíticas de algunos de entre ellos —en especial en el dominio de la huella, que comparan a menudo con las «fijaciones infantiles» de la psicogénesis freudiana—, la idea de un estructuralismo significativo que tendría que dar cuenta del conjunto de los comportamientos, no ha llegado nunca a ver el día. (Se puede imaginar muy bien, sin embargo, la «interpretación» de los comportamientos llamados de «copulación rabiosa»

⁷ «Todo un estudio del comportamiento animal (se podría decir otro tanto del comportamiento humano) implica en primer lugar la determinación de las normas para la especie considerada, que vive en su medio natural, o en las condiciones que las reproducen tan fielmente como es posible... Mientras que los conejos criados a la intemperie viven en sociedad y manifiestan costumbres sexuales complejas, los conejos de conejera se limitan a una actividad vegetativa. Ninguna comparación es posible entre el comportamiento de una rata salvaje libre y el de una rata blanca que vive confinada en una jaula estrecha. El hombre ha seleccionado los individuos más mansos, los menos «roedores» y ha creado un ser cuyo nivel psíquico es, comparado al de la rata salvaje, el de un idiota mongoloide por relación al hombre normal. Cuando se piensa que la inmensa obra realizada por los zooticólogos americanos, con la ayuda de los laberintos y otros tests, se funda *exclusivamente* en las reacciones de este embrutecido que es la rata blanca de la raza Winston o de cualquier otra, uno queda cuanto menos estupefacto...» Pierre-Paul Grassé, «Zoologie», *Encyclopédie de la Pléiade*, París, Gallimard, 1963, t. I, p. 251.

en los monos en términos de pulsiones homosexuales más o menos reprimidas). Pero los hechos, en este dominio, aún no fueron sumergidos por las teorías, y es sobre el rizoma de lo innato, de huella, de aprendizaje y de iniciativas individuales que hay que inscribir comportamientos complejos como los rituales de sumisión y los desfiles nupciales. Aquí, la guerra y el sexo participan todavía demasiado de una economía común de deseo para poder ser separados en pulsiones antagonistas⁸.

¿Es tan paradójico que se pretenda inscribir sobre el mismo «rizoma de las selecciones» componentes que dependen de dominios en apariencia tan heterogéneos como:

- el del individuo, con sus ritmos biológicos, sus reflejos, sus condicionamientos, sus improvisaciones, sus disfuncionamientos;

- el del grupo, con sus rituales, sus movimientos colectivos, sus regulaciones ecológicas, sus modos de aprendizaje, de iniciación;

- el de la especie, con sus mutaciones y sus curvas genéticas, sus técnicas de delimitación⁹, sus opciones simbióticas, etc.? ¿Es tan paradójico afirmar que una finalidad, que un maquinismo abstracto, que un «pensamiento», si se quiere, presidan la evolución de cada una de las ramas del filum animal? Desde luego, no un pensamiento agenciado individualmente, sino un pensamiento a *n* dimensiones donde todo piensa a la vez, tanto los individuos como los grupos, tanto lo «químico» como lo «cromosómico» y la biósfera. Muy a pesar de las repugnancias metodológicas, el enfrentamiento con el rizoma viviente del comportamiento animal conduce actualmente a cierto número de primatólogos a «revisiones desgarradoras». De este modo son llevados, para dar cuenta de hechos de observación, a producir la hipótesis

⁸ Los primeros estudios «cuantitativos» de los primatólogos (Washburn, DeVore) partían de la hipótesis de una relación directa entre el rigor de la dominancia jerárquica en los monos y el grado de adaptación a la vida en sabana, y han debido ser reorientados. Lo que es puesto en primer lugar, ya no es simplemente la cantidad de relación social (despiojado, etc.), sino la cualidad de sus diversos agenciamientos y su orden de aparición. Ejemplo, el gráfico del encadenamiento de cuatro agenciamientos entre dos babuinos (un dominante y un dominado): 1) el combate, 2) la presentación del trasero, 3) el apareamiento de carácter sexual, 4) el despiojado social. Hans Kummer, «Le comportement social des singes», *La Recherche*, nº 75, diciembre 1976, p. 10-12.

⁹ Volveremos más adelante, a este propósito, sobre la utilización, por ejemplo, en las aves, de los ritornelos específicos para «vallar» sexualmente una especie (Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 24, p. 104) y sobre las relaciones más fundamentales que existen entre las semiotizaciones de ritmo y las semiotizaciones de territorio.

a propósito de los falsos dilemas entre el centralismo y el espontaneísmo, la superestructura y la infraestructura, la vía pública y la vía doméstica, el pensamiento consciente para otro y el inconsciente privado. Pues en efecto, ninguna lucha de liberación es ya concebible hoy que no comprometa a la vez el socius y lo privado, el cuerpo y lo «mental», lo económico y el deseo no monetizable, el inconsciente y la programación deliberada...

La semiótica de la brizna de hierba

En cierto número de especies de aves (paseriformes, palmípedas, zancudas, etc.), la presentación a la hembra por el macho, luego del desfile nupcial, de una brizna de hierba (o de paja, o de alga) a título de homenaje, parece jugar un rol específico en el encadenamiento de las secuencias comportamentales. Ejemplo, en el diamante moteado: primer momento, el macho canta y danza para atraer la atención de la hembra, se erige sobre una rama y, balanceándose, blande una brizna de hierba en su pico. Segundo momento, imita la posición característica de los jóvenes de dicha especie en busca de alimento, inclina la cabeza de lado, pareciendo que ofrece su brizna de hierba, sin no obstante soltarla¹. Esta utilización del índice brizna de hierba, que parece escapar a toda improvisación, nos interesa de manera especial en la medida en que podría ser puesta en relación con el funcionamiento de rasgos de rostridad humanos tales como aquellos que los etólogos han descrito a propósito de los «comportamientos de coqueteo» y de los «comportamientos de acogida». Se trata de mímicas muy

¹ Jürgen Nicolai, *Vogelhaltung und Vogelpflege, Das Vivarium*, Stuttgart, Franckh-Kosmos Verlag, 1965. Citado por Eibl-Eibesfeldt.

rápidas, cuya codificación es probablemente hereditaria y cuyos detalles solo pueden ser detectados mediante una técnica de ralentizado fílmico. Comportan en particular fases imperceptibles de alzamiento de las cejas y de ensanchamiento de la ranura de los ojos, que no duran más de 2 a 3 décimas de segundo². El ritual de la brizna de hierba en las aves, evidentemente no pone en juego las mismas componentes de expresión que los rituales de coqueteo y de acogida en el hombre, y se debería hablar más bien, a propósito de él, de rasgos de silueta más que de rasgos de rostridad. La diferencia es importante puesto que, a diferencia de lo que sucedió para el hombre, no hubo, en las aves, desterritorialización de una cara por relación a las bocas animales, es decir de una superficie de inscripción en la que, por el rodeo de un desprendimiento anatómico de los labios, mediante un desarrollo particular de las articulaciones musculares del rostro, correlativo de aquel del aparato fonatorio, llegarán a reflejarse, y en cierto modo a concentrarse, articularse y jerarquizarse el conjunto de los rasgos de expresión gestuales, posturales, sonoros, etc. La «comparación» no debe hacerse aquí en detrimento del análisis de los rasgos específicos de cada agenciamiento. ¿Sería tan fácil interpretar la brizna de hierba del ave y los rasgos de rostridad en el hombre a partir de los mismos algoritmos psicoanalíticos: falo, rasgo urinario, raya de castración (sin hablar de los objetos parciales y de los objetos transicionales que están un poco pasados de moda en estos días!).

Es «ahondando» en sus diferencias, es decir haciendo realmente su análisis, que al contrario de lo que pretenden hacer los psicoanalistas con sus interpretaciones estereotipadas, se logrará tal vez hacer aparecer la existencia de maquinismos abstractos no comunes —puesto que, a diferencia de los «complejos», no podrían pertenecer a nadie—, pero que participan en los mismos procesos de desterritorialización, en las mismas fugas adaptativas hacia delante, en los mismos tipos de soluciones semióticas... Partiendo de algunos puntos de referencia filogenéticos, intentaremos entonces captar el «sentido maquínico³» de la evolución funcional de este ritual de la brizna de hierba. Los etólogos nos explican que se trata de

² Estas expresiones, filmadas a 48 imágenes por segundo y descompuestas imagen por imagen, se encuentran tanto en las islas Salomón, en Papúa, en Francia, en Japón, en África, como en indios del Orínoco-Amazonas, etc. Cf. Eibl-Eibesfeldt, p. 436-442.

³ Que opondremos aquí a la interpretación simbólica.

un «residuo» arcaico que se relaciona con una actividad de nidificación. Esto no implica que se reduzca a una simple función de representación, de estímulo, de disparador reflejo. Antes que de signo, aquí querríamos hablar de máquina concreta (índice maquínico u operador diagramático) que participa de agenciamientos maquínicos sin remitir necesariamente a sistemas jerarquizados de arco reflejo, a una estructura signifiante, ni siquiera a un agenciamiento de enunciación manifiesto. Aquello de lo que hay que dar cuenta, no es por tanto de la aplicación de una tópica universal que tendría que «localizar» singularidades contingentes, sino de una «maquínica» que pone en juego componentes muy diferentes entre sí (hereditarias, adquiridas, improvisadas...) y que ha cristalizado en un modo irreducible a toda fórmula general. Tal vez se nos objetará que desplazamos el problema de los «universales», postulando nosotros mismos, en lugar de un orden o de un progreso racional, una desterritorialización universal. Pero la diferencia reside en el hecho de que dicha desterritorialización no posee orden «en general» y no participa de un progreso inscrito en el orden de las cosas⁴. La semiótica de la brizna de hierba resulta de una «depuración» de una desterritorialización, de un comportamiento territorializado de nidificación. Veremos que esta desterritorialización local ha tenido por «consecuencia» un cambio en la fórmula abstracta que articula la semiotización de territorio y la de la sexualidad. Pero esta mutación no implica, como tal, un progreso «político» de la especie o una liberación de deseo del individuo. La abstracción y la determinación dialéctica, por su parte, permanecen siempre acopladas a las asperezas semióticas, a los arcaísmos, a las estratificaciones que resultan de las interacciones entre la

⁴ A propósito de la crítica de las filogenias mecánicamente «progresistas», solo podemos retomar aquí aquello que escribe François Dagognet y transponerlo de las taxonomías botánicas a la zoología: «... La simplicidad no puede valer como índice de la primitividad o de la ancestralidad. No es imposible, en efecto, que la flor fuese en primer lugar policárpica y multipetaleada (teoría cycadeoideal) como tienden a sugerirlo los más antiguos documentos del Cretácico inferior (los Bennettitales). Paralelamente, las monocotiledóneas derivarían también de las dicotiledóneas y no a la inversa, como lo hubiera deseado una teoría aditiva de la evolución, *con pasaje regular de uno a dos*. Es cierto que algunos paleobotánicos se contentan con admitir líneas frondosas y ramificadas, a partir de un complejo único, pero es todavía una forma de refutar la concepción de una evolución rectilínea o progresiva. Y estas observaciones muestran lo suficiente *las trampas de una filogenia comprendida en demasía como transición de lo simple a lo complejo*, cuando las formas espiraladas, abundantes (...) pueden traducir una situación anterior.» *Encyclopaedia Universalis*, vol. 15, p. 764.

filogenia y la ontogenia, a los «accidentes» ecológicos e históricos que las *especifican*, sin no obstante atarlas de manera irreversible a un contexto o a una evolución fijadas de una vez y para siempre.

Es en particular el caso de aquello que podríamos llamar la «máquina abstracta» ir-hacia-más-sociabilidad. Para cierto número de especies, el hecho de que ella parece comprometer la desterritorialización de una serie de componentes –como lo sugerirán los siguientes ejemplos para los fringilos– no implica de manera automática que esté ligada a una idea de «progreso». No es que haya que renunciar a una estimación, a nuestra cuenta y riesgo, del progreso de las transformaciones inter-agenciamiento. Pero el progreso no mantiene relación unívoca con una fórmula antes que con otra. Si existe, es al nivel del conjunto de un proceso rizomático. Es político y no normativo: dicho de otro modo, no depende de caracteres trascendentales (ejemplo: la libertad individual que falta de modo manifiesto en las hormigas), sino que debe ser apreciado en función de las expansiones del rizoma de los agenciamientos, de sus líneas de fuga, de sus líneas de creación, de la elegancia de su solución –para hablar como los matemáticos– y puesto que hemos renunciado a eludir los procesos que nos conducirán a ser acusados de idealismo irresponsable, por qué no añadir también en función de una gracia y de una belleza a las cuales no son únicamente sensibles los ojos humanos.

La semiótica de la brizna de hierba en el ave, como la de la rostridad en el hombre, no tiene únicamente una función de representación, de activación o de inhibición. Junto a otras componentes menos «espectaculares» del rizoma de los agenciamientos (investimentos hormonales –volveremos a ellos a propósito del ritornelo–, emotivos, perceptivos, y también «políticos» al nivel del territorio y de la especie), ella trabaja directamente en la producción de un estilo de vida, en la semiotización de un mundo. Para intentar ilustrar el carácter no representativo a-significante, diagramático, de este tipo particular de componente semiótica, vamos a pasar en revista, ahora, dos series de ejemplos: la primera tomada en especies muy diferentes de aves, la segunda entre las variedades de una especie arcaica de pinzones. Sea cual sea el carácter superficial de nuestro inventario, debería permitirnos despejar algunas hipótesis concernientes al «sentido maquínico» de esta semiótica de la brizna de hierba, a saber que la desterritorialización del comportamiento de nidificación en ritual simbólico parece correlativa de otras dos series de desterritorialización que conciernen:

– al modo de semiotización del territorio en las especies más «evolucionadas», que tiende a abrirse hacia un desarrollo de la gregariedad y hacia una intensificación de la vida social;

– a la función del ritornelo específico que tiende a devenir, él también, menos «territorial» y a ponerse al servicio de agenciamientos más «intimistas», como aquellos de los rituales de cortejo, o incluso a dar lugar a improvisaciones solitarias «por placer». De un lado, entonces, apertura sobre el socius, y, del otro, sobre el individuo.

Primera serie

En los achichiliques, palmípedos que viven en pequeña sociedad pero que tienen no obstante una concepción muy estricta de la defensa territorial, el macho, en la estación de celo, construye un nido flotante con la colaboración de una hembra. El ceremonial de cortejo, durante toda esta actividad, se ve acentuado por careos de intimidación a los cuales suceden simulacros de aseo y ofrendas de restos de vegetales. El hecho de que este último comportamiento no esté «todavía» muy ritualizado podría ser puesto en relación con la sociabilidad relativamente poco desarrollada de esta especie⁵.

En las garzas cenicientas, zancudas que viven en pequeñas colonias (aunque algunas cuenten hasta con cien nidos) y que coexisten sin problema tanto con gorriones como con halcones y milanos, encontramos un ritual de ofrenda ya más complicado. Escogido un apilamiento de nidificación –ya construido o por acondicionar– cuando una hembra comenzó a interesarse en los gritos, las reverencias, los balanceos del cuello, en los movimientos del pico elevado hacia el cielo, en los erizamientos de plumas de un macho, este detiene sus empresas de seducción para invitar a su partenaire a participar efectivamente en la confección del nido. Para esto, le tiende ramas que ella irá a depositar sobre la labor en curso: pero un gesto precipitado o una torpeza cualquiera puede poner en entredicho todo, y desencadenar una verdadera batalla a picotazos⁶. Permanecemos aquí, por tanto, más cerca de la realidad que del símbolo y el agenciamiento conyugal, notémoslo al pasar, para ilustrar nuestras anteriores observaciones al respecto, no está todavía completamente montado sobre

⁵ Paul Géroutet, *Les Palmipèdes*, Neuchatel, Delachaux et Niestlé, 1959, p. 20-40.

⁶ Paul Géroutet, *Les Échassiers*, Neuchatel, Delachaux et Niestlé, 1967, p. 31-40.

«raíles genéticos»: a las codificaciones innatas y a los aprendizajes en las condiciones de la huella pueden en efecto encontrarse asociadas tácticas coyunturales, improvisaciones incesantes.

Estos dos últimos ejemplos parecen ya indicarnos ciertas correlaciones entre, de una parte:

- los agenciamientos de apertura del *Umwelt* del macho hacia la hembra (ritual de cortejo);

- los agenciamientos de delimitación de un territorio para una pareja y de acondicionamiento de un espacio protegido para su prole;

y, de otra parte:

- la desterritorialización de los índices maquínicos de la ofrenda;

- y cierta «disposición» a la gregariedad.

En las aves trogloditas, que constituyen una de las familias menos sociables de los passeriformes (aunque ocurra que se reúnan de a una docena, en tiempos de gran frío, para darse calor), la actividad de delimitación territorial pone en juego aquello que Paul Géroutet llama «un ritornelo de caja musical», es decir un canto muy estereotipado, dirigido como una constante advertencia a los posibles intrusos. El macho, luego de haber tomado posesión de su territorio, acondiciona en él nidos –algunas veces hasta una docena. Cuando una hembra llega a los parajes, baja la intensidad de su canto que ya solo se reduce entonces a un mero trino. «Se coloca sobre un punto elevado, frente a uno de sus nidos, canta y se despereza, deja colgar sus alas extendidas y agita la cola desplegada, luego entra en el nido, canta mirando hacia afuera, sale y entra varias veces seguidas. La invitación es clara: si la hembra está de acuerdo, responde mediante un pequeño grito, reverencias discontinuas, y *termina por inspeccionar el nido*. Sin embargo, la hembra no siempre se decide, el nido puede parecerle mal situado o mal hecho; continuando entonces su camino, penetra en el hogar de otro macho; este a su vez, se empeña en consagrarle las mismas atenciones, mientras que el vecino contrariado es detenido por el límite que respeta⁷.» Era necesario citar integralmente esta descripción de Paul Géroutet para mostrar la riqueza de las interacciones semióticas de este agenciamiento de cortejo que, se lo habrá notado, no incluye secuencia de ofrenda. No estamos «todavía» en la mímica de la construcción de un nido, sino solamente en la presentación de un nido ya construido. El

⁷ Paul Géroutet, *Les Passereaux*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, t II, p. 88-94.

agenciamiento de cortejo y el de territorialización permanecen autónomos uno por relación al otro. Pero lo que nos parece que debe ser retenido sobre todo, en este ejemplo, es el rol de *componente de pasaje* del ritornelo. Y esto bajo un doble aspecto pues, en efecto, vemos que él participa aquí de dos funciones sucesivas y que, haciendo esto, «anuncia» quizá un grado suplementario de desterritorialización que conduce a una autonomización más pronunciada de la semiótica vocal y a su interiorización subjetiva sobre un modo más individuado.

Segunda serie: los pinzones de Australia

De una manera general, se considera que los pinzones ocupan un sitio aparte en la familia de los fringilos. Reúnen en efecto especies que son relativamente las más «territoriales» de esta familia. A diferencia de los otros fringilos –canarios, pardillos, etc.–, los pinzones solo viven en bandada una parte del año: durante el período de reproducción, la componente de territorialización se autonomiza y se impone a la componente de sociabilidad. Curiosamente, parece que el pinzón macho defiende entonces su «cantón» tanto más ferozmente cuanto que afuera de este agenciamiento de territorialización sexual se abandona a un gregarismo sin medida. Los pinzones de Australia, estudiados por K. Immelmann y M. F. Hall, permiten seguir la evolución del ritual de la brizna de hierba a través de los vestigios comportamentales que están fijados sobre toda una gama de especies y que constituyen, en cierto modo, una serie de «fósiles vivientes»:

- en los géneros *Bathilda* y *Aejintha*, los machos no pueden cortejar una hembra sin tener efectivamente una brizna de paja en el pico. Pero a cambio no hacen más que imitar la construcción del nido;
- en el género *Aidemosyne*, el macho solo utiliza una brizna de hierba en las fases iniciales del cortejo;
- en el género *Lonchura*, es solo antes de decidirse a hacer su cortejo que transporta por algún tiempo una brizna de hierba;
- en el género *Emblema*, el macho picotea briznas de hierba, pero no se sirve de ellas;
- en el género *Poephila*, el cortejo con brizna de hierba ya solo aparece ocasionalmente y sobre todo en los machos jóvenes.

Lo que nos interesa, además, de manera especial, en esta evolución de los pinzones de Australia, es que paralelamente a una desterritorialización que vuelve la ofrenda cada vez más simbólica, y que acaba incluso por

hacerla desaparecer, se asiste a la emergencia de un nuevo tipo de ritornelo. De este modo resulta señalada la articulación filogenética de la semiótica visual de la brizna de hierba con la semiotización sonora del ritornelo de cortejo. Eibl-Eibesfeldt escribe al respecto que «a partir del transporte de material para la construcción del nido, en el comportamiento de cortejo del macho se han desarrollado acciones que emplean briznas de hierba; en ciertas especies, estas se han vuelto cada vez más rudimentarias; al mismo tiempo, el canto de estas aves, que primitivamente servía para delimitar el territorio, sufre un cambio de función cuando estas aves devienen muy sociables. En reemplazo del cortejo con ofrenda de hierba los machos cantan dulcemente bien cerca de la hembra⁸.»

En el capítulo precedente, hemos insistido sobre el hecho de que las «materias de expresión» empleadas por los agenciamientos no jugaban únicamente un rol de «relleno» de las formas semióticas o de «canal» de transmisión, en el sentido de la teoría de la información. Ellas participan activamente, según toda suerte de modalidades, en modelados, catálisis, «elecciones de ritmos», estratificaciones, líneas de fuga... Están «habitadas» por máquinas abstractas que «optan» por una conexión antes que por otra. En resumen, cuando hablamos de componentes de un agenciamiento, lo que está en juego, no son solamente formas y cantidades de informaciones o de diferenciaciones, sino también rasgos materiales irreductibles tales como la «viscosidad» de un canal de transmisión, los ritmos, las inercias, los agujeros negros propios a un estrato biológico, social, maquínico, etc. Desde el instante en que uno intente situarse desde el punto de vista de los agenciamientos maquínicos, de los agenciamientos formadores, la oposición masiva forma-materia amorfa deberá ser abandonada en provecho de una desterritorialización que trabaja tanto las formas como las materias, en provecho por tanto de formas desterritorializantes y de materias deformantes. Desde luego, siempre se puede dar cuenta, a partir de coordenadas espacio-temporales «depuradas», de cantidad de movimiento y de traslación de formas. Pero la toma en consideración de la intensidad, de las mutaciones, de los regímenes de desterritorialización, implica la intervención de otras coordenadas «de existencia» que se podrían llamar coordenadas de sustancia. Aquello que caracteriza a componentes de pasaje como la rostridad y los ritornelos, es que trabajan a la vez en la

⁸ Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*

norma y en la desterritorialización: es por eso que permiten pasar de un agenciamiento a otro. No pertenecen al espacio y al tiempo «en general», sino que efectúan espacios y tiempos particulares. Retomemos nuestros últimos ejemplos concernientes a los rasgos de silueta y a los ritornelos en las aves: en razón de características «materiales» que les son propias, se puede ver que estas componentes, las cuales, no obstante, tienen a veces el mismo tipo de función –por ejemplo en los rituales de cortejo–, no mantienen el mismo tipo de relación con la desterritorialización que las atraviesa a ambas. Los rasgos de silueta son, en cierto modo, «arrastrados» por una desterritorialización filogenética que refiere a los comportamientos de nidificación y a rituales de ofrenda y tienden, por ello, a borrarse ellos mismos en provecho de una semiotización indicial que se integra a otras componentes semióticas (danza, posturas, etc.). La desterritorialización ha tenido por efecto, en suma, disolverlos en tanto que agenciamiento autónomo, agenciamiento que, al comienzo, era más bien plástico, «adhiiriéndose» a las territorialidades de las especies que involucra, poniendo por tanto en juego componentes muy heterogéneas (morfológicas, icónicas, miméticas, posturales, etc.), procedimientos e «instrumentos» de una gran variedad (brizna de hierba, rama, algas, ofrenda de pez, etc.)⁹. La situación es muy diferente con la componente del canto en las aves. Ella también es, en su «origen», es territorial, pero a medida que se desterritorializa, se afina, se especifica y se autonomiza. Acaba por jugar un rol completamente especial en los procesos de selección evolutiva, puesto que se puede considerar que, por ejemplo, en ciertas aves paseriformes, la existencia de «dialectos» diferentes ha tenido por consecuencia un «aislamiento etológico» de diferentes poblaciones y la división de ciertas especies¹⁰. La función «catalítica» comportamental del canto de ave, además

⁹ Bajo formas cercanas, encontramos un ritual de cortejo que refiere a la «nidificación», incluso en los peces. Por ejemplo, el macho *Tilapia* adorna su desovadero con ramitas de manera de producir un efecto de estrella que atraerá a las hembras. Citado por Eibl-Eibesfeldt, *op. cit.*, p. 126.

¹⁰ Eibl-Eibesfeldt, quien evoca de igual modo los trabajos de I. Nicolai que conciernen a la evolución conjunta de las aves viudas (*Viduinæ*) y de las aves que ellas parasitan (diferentes tipos de bengalis, de astrilds, etc.) a partir del hecho de que imitan el canto de su anfitrión «... es muy probable que los tradicionales lazos de las viudas con sus especies-anfitriones, que son mantenidos a través de la imitación del canto de estas, hayan conducido a la evolución de diferentes razas de este grupo» Eibl-Eibesfeldt, p. 162 y 194.

de que articula ritornelos intra-específicos—centrados sobre el territorio o el cortejo—, puede también retornar a un sistema de gritos de alarma mucho menos específico. Algunos pinzones, por ejemplo, sobrevolados por aves rapaces, se pondrán a dar gritos que se asemejan exactamente a los de aves de otras especies, que, por otra parte, si se encuentran efectivamente en las inmediaciones, no dejarán de aprovechar la información.

El desencadenamiento de estos gritos poco diferenciados es muy progresivo, y parece «concebido» de manera de no permitir al rapaz establecer comparaciones binaurales que lo ayuden a localizar las aves emisoras; mientras que los cantos territoriales o de cortejo de estas últimas, diferentes para cada especie, son en cambio fáciles de localizar, por el hecho de las variaciones tajantes de las frecuencias que ponen en juego. El canto de los pinzones puede entonces jugar sobre un doble registro: de alarma y de interferencia territorial o de especificación y de localización. Pero permite también combinaciones que producen una suerte de lenguaje a-significante. Las componentes de canto pueden entrar a su vez en combinaciones rizomáticas mucho más elaboradas que tienden a funcionar como una suerte de lenguaje comportamental significativo. Hemos visto que el troglodita, pasando de un comportamiento territorial a un comportamiento de cortejo, podía desviar su ritornelo —disminución de intensidad, reducción a un trino—, constituyendo ese cambio de rumbo un sistema de señalización y de activación en el seno de una misma componente. Vimos igualmente, esta vez en el orden filogenético, que el ritornelo sustituía, en los pinzones de Australia, al sistema de las ofrendas. Parece entonces que la componente más desterritorializada —aquí la del canto— tiende a imponerse en el seno del rizoma de los agenciamientos. Es lo que parece confirmarnos la descripción, por Tinbergen, del comportamiento de cortejo en los albatros, cuyo guión muy complejo está como «coronado» por una componente de canto¹¹, o aquella, por Lorenz, de las ocas cenicientas, donde encontramos también, como conclusión del ritual de cortejo, esta misma suerte de «grito triunfal» que señala la neutralización de los agenciamientos agresivos y el establecimiento de una «comunidad de defensa» al nivel de la pareja¹².

¹¹ Eibl-Eibesfeldt, *op.cit.*, p. 130 y 136.

¹² Este ritual está compuesto de agenciamientos:

— de danza: el cuello tirado hacia atrás, los partenaires girando el pico alternativamente, la cabeza de lado, de manera que el pico toca el hombro proyectado a lo alto;

La ritualización de un agenciamiento comportamental no es sinónimo de automatización. Una semiotización puede devenir maquinal sin ser no obstante mecánica. Y todo tipo de aproximaciones, de variantes, de líneas de fuga, de agujeros negros, siguen siendo todavía posibles. Hemos evocado aquí las pruebas fracasadas en las trogloditas o las escenas de pareja en las cigüeñas, pero habría que inventariar también «actos gratuitos» como esa imitación por el ave paro del canto del cernícalo¹³ o el cacareo inverosímil de un estornino en el colmo de la excitación, caricaturizando a la vez, a falta de un real talento de imitación, al mirlo, al oropéndola e incluso a aves de corral¹⁴. Sin hablar del muy conocido exhibicionismo del ruiseñor, que lo conduce a tomar el riesgo de exponerse a 5 o 6 metros del suelo para asegurar un alcance máximo a su extraordinaria performance vocal¹⁵.

Pero esta ritualización tampoco es sinónimo de una liberación, de un corte respecto a componentes más «deterministas», y esto es así incluso en el caso en que pone en primer plano componentes sobre-desterritorializadas como la del canto en el ave (y, para el hombre, como las del habla y de las ritualizaciones religiosas). Tomemos todavía algunos ejemplos de la etología para ilustrar esta dependencia, o más bien este sistema rizomático de interrelaciones entre las componentes. Volvamos a nuestro primer ejemplo del ave diamante moteado que combinaba, lo recordamos, dentro de su ritual de cortejo, una componente «brizna de hierba» y una componente de «retorno a la infancia». Utiliza de igual modo, para agenciar su territorio, para tener a distancia a los otros machos, otras dos componentes

- de esgrima de los picos, que «imita» la búsqueda de alimento de las crías;
- de choque de pico, que evoca una amenaza;
- de grito hacia el cielo, que evoca más bien un sosiego;
- de alisamiento de las plumas de la espalda del partenaire (siempre puntuada de choques de pico).

Y al final de cada secuencia, cuyo orden no es muy riguroso, las dos aves se inclinan mutuamente hacia el suelo y emiten «dos sílabas sonoras» para sellar una especie de «contrato de nidificación».

¹³ Paul Géroudet, *Les Passerreaux*, op. cit., t. II, p. 10.

¹⁴ *Idem*, t. III, p. 10.

¹⁵ Toda una rúbrica del juego animal debería ser también explorada. Eibl-Eibesfeldt describe por ejemplo una extraordinaria partida de croquet entre dos pinzones de las Galápagos, que se devuelven alternativamente un pequeño gusano de harina a través de la ranura de una rama dentro de la cual lo habían insertado previamente. Eibl-Eibesfeldt, op. cit., p. 252.

semióticas: una visual –un plumaje muy coloreado¹⁶– y una sonora– un ritornelo estereotipado. La adquisición de este ritornelo, en los jóvenes diamantes, se realiza por aprendizaje cerca de los congéneres. Pero si uno de ellos es criado en una familia de munias striatas (que los pajareros llaman capuccino), aquello que aprenderá es entonces el canto de su padre adoptivo¹⁷. Notemos que este aprendizaje se efectúa durante un período llamado «sensible», mucho tiempo antes de que el joven esté en condiciones de cantar efectivamente. Se debe distinguir entonces entre una fase de semiotización puramente auditiva (por «huella») y una fase de semiotización fónica activa. Y, además, «detrás» de estas dos componentes, se perfilan componentes biológicas de una naturaleza completamente distinta, como lo muestra el hecho de que una hembra de diamante que, «normalmente» no tiene canto territorial, adquiere uno desde el momento en que se le administra hormonas sexuales macho. Evidentemente solo reproduce el canto de la especie a la cual fue impregnada durante el «período sensible» de los primeros treinta y cinco días de su vida¹⁸.

El hecho de que una componente, como el ritornelo, esté más des-territorializada que las otras no implica por tanto en absoluto que haya tomado sus distancias con componentes más «deterministas» como las de los aprendizajes, de las huellas, o de las transformaciones endócrinas. Y tal vez incluso estemos en derecho de esperarnos que a medida que una componente se desterritorializa, esté más «en contacto» con niveles más moleculares del comportamiento y de la vida misma. No cabe duda, por ejemplo en el hombre, que las semióticas lingüísticas, paralelamente a su función de conjuración mágica y de sujeción social, han agenciado en su provecho una «omnipotencia» de nuevo tipo sobre su propio comporta-

¹⁶ K. Immelmann mostró que los diamantes moteados, que tienen un plumaje de adorno muy coloreado, se mantienen a cierta distancia mutua, mientras que los sujetos blancuzcos de la misma especie se acucillan más cerca unos de otros. Citado por Eibl-Eibesfeldt, p. 151.

¹⁷ Incluso a este nivel de fascinación biológica que constituye la huella, continuarán existiendo especies de grados de libertad o de materias opcionales, como tiende a indicarlo el hecho de que los diamantes que fueron criados con hembras de munias solo harán la corte a estas, una vez vueltos adultos, *si se les da la oportunidad*. Si se les impone, por el contrario, cohabitar con una hembra de su especie, se volverán, en apariencia, «normales»: les harán la corte y se aparearán con ella como si no hubiera habido huella. Esta última, en suma, parece imponer sus efectos sobre todo en el orden del deseo.

¹⁸ Trabajos de K. Immelmann citados por Eibl-Eibesfeldt, p. 241.

miento, sobre su entorno y sobre numerosas especies vivientes. Y los grados suplementarios de desterritorialización que representan las sucesivas fases de desprendimiento de una «mecnósfera» sobre los órdenes biológicos, lingüísticos y sociales, han tomado una importancia tal que, sin ellos, la supervivencia del hombre sería hoy inconcebible. (En particular, sobre un plano biológico, el hombre de las sociedades industriales no «resiste» más que por su capacidad de discernabilizar, de semiotizar, de diagramatizar artificialmente los agentes patógenos que lo agreden). ¿Pero qué sucede al nivel relativamente elemental en el que nos hemos situado, con una componente semiótica como la de los ritornelos en las aves? No podríamos insistir lo suficiente sobre el hecho de que, aun en semejante dominio, las relaciones que se establecen entre las componentes biológicas y las componentes semióticas no funcionan en sentido único. Se comprenderá mejor la complejidad de este tipo de relación examinando un gráfico como el que propone R. Hinde¹⁹ para describir las interacciones entre los diferentes factores que intervienen solamente en el ciclo reproductor del canario y que pone en juego:

- componentes físicas como la amplitud del día y el grado de luminosidad;
- componentes biológicas y morfológicas, producción de hormonas, crecimiento de las gónadas, de las placas incubadoras, del oviducto, etc.;
- componentes perceptivas, *estímulos* icónicos emitidos por la imagen del macho y sus cambios de actitud;
- agenciamientos comportamentales individuados, tales como los del desove; sociales como los del cortejo, de la nidificación, etc.;

Este autor explicita así en cuatro puntos los «principios» que rigen las relaciones indiscutiblemente rizomáticas:

- 1) las causas y las consecuencias del comportamiento sexual están estrechamente ligadas a las de la construcción del nido y *no se las puede considerar separadamente*;
- 2) los estímulos externos (macho, nido) crean modificaciones endócrinas cuyos efectos *se adicionan* a los de dichos factores;
- 3) la producción de hormonas está sometida a *controles diversos*;
- 4) las hormonas tienen *efectos múltiples*.

¹⁹ Citado por Eibl-Eibesfeldt, p. 53-54.

Los rasgos de materia de expresión

Las distinciones que fuimos llevados a establecer, en el seno de los rizomas comportamentales, entre los agenciamientos de semiotización y las componentes semióticas o de codificación, son todas relativas y no implican prioridad alguna de una instancia sobre otra, ninguna jerarquía *a priori*. Ciertos agenciamientos pueden estratificarse, automatizarse y «ordenarse» a título de componentes en otro agenciamiento, mientras que ciertas componentes pueden ponerse a «brotar» y a producir nuevos agenciamientos. Además, ciertas hiper-estratificaciones pueden acarrear zonas de desmoronamiento semiótico, agujeros negros, que, a su vez, serán generadores de líneas de fuga hiper-desterritorializadas (ejemplo: la explosión de la «Rusia eterna» en 1905 y en 1917).

Las conexiones entre los agenciamientos y las componentes de un rizoma no respetan entonces necesariamente la existencia de peldaños que estarían escalonados según un orden pre-establecido —por ejemplo el orden de las desterritorializaciones entre lo «físico», lo «químico», lo «biológico», lo «semiótico»... Ciertas «transversales» conectan así, en el orden animal, «lo más social» con «lo más biológico» o con «lo más ecológico». Pero esta organización en rizoma, ¿no estaría «duplicada» por una jerarquía menos visible, la cual ya no concierne, esta vez, a los agenciamientos y a las componentes, sino a la textura misma de estas últimas, aquello que, siguiendo a los glosemáticos, hemos llamado: los rasgos de materia de expresión y de codificación? Respecto a esto, se podría considerar que la rostridad social, que habíamos clasificado entre los micro-Equipamientos colectivos y a la cual corresponde manifestar las delimitaciones de poder entre lo «aceptable» y lo «lícito» y que está encargada de memorizar globalmente los «gráficos» de elección binarios transportados por las significaciones dominantes²⁰, descansa de hecho sobre los rasgos de rostridad innatos que los etólogos estudian en la actualidad²¹. En otro orden de idea, se podría considerar que los dos tipos de memoria que han sido puestos al

²⁰ Es de notar que las técnicas de análisis matemático de los datos recurren, desde hace algunos años, a métodos de transcripción que apelan precisamente a rasgos elementales de rostridad. Así, en el método de Chernoff, los parámetros son representados por la boca, la nariz, etc., y se compara las fisonomías para comparar los objetos estudiados. Cf. Edwin Diday et Ludovic Lebart, «L'analyse des données», *La Recherche*, n° 74, enero 1977.

²¹ Según ellos, todo o parte de los comportamientos de negación, de aprobación, de acogida, de galanteo, de arrogancia, de intimidación, de triunfo, de sumisión, de rabia,

día por los psico-fisiólogos –la memoria de corto plazo, que capitaliza la información durante algunas decenas de segundos, y la memoria de largo plazo– son enteramente tributarias de la memoria sensorial que solo retiene la información durante 2 o 3 décimas de segundo. ¿Pero hasta qué punto esta memoria molecular no depende, ella también, de las memorias más molares que parecen apoyarse sobre ella? El rechazo cientista a admitir que las existencias más desterritorializadas, tales como la rostridad, los ritornelos, los procesos ideativos, las máquinas abstractas, son tan reales y están tan «en contacto» con la realidad como los procesos *visiblemente* materiales conduce a sobreestimar *a priori* sistemas de causalidad lineales y dualismos que van de lo químico *hacia* la vida, de la materia *hacia* el espíritu, etc. Si las componentes de rostridad y de ritornelo tienen una realidad cualquiera, no se puede ciertamente dudar de que tengan algo que ver con el cerebro. Incluso se las podría «localizar» de manera aproximativa, en compañía de otras componentes de memoria globalmente visuales y táctiles, hacia la izquierda de la parte anterior del lóbulo temporal, en «oposición» con las componentes de memoria discursiva que intervienen en el lenguaje, «localizadas» hacia la derecha de ese mismo lóbulo²². Pero parecería muy poco científico, en cambio, emitir la hipótesis de que a la inversa, componentes de rostridad, la música, etc., puedan, ellas también, intervenir sobre el cuerpo, modificar el cerebro, transformar metabolismos. Y sin embargo, es probablemente en esta vía que las investigaciones etológicas se dirigirán cuando hayan terminado con sus enfermedades infantiles (taxonomismo, reflexologismo, conductismo, vitalismo, etc.). Volvemos siempre a esta misma interrogación: ¿qué hace que se mantengan juntos los agenciamientos y sus componentes heterogéneas, una jerarquía trascendente de formas espacio-temporales, un apuntalamiento de efectos físico-químicos, o bien

etc., dependerían de codificaciones transmitidas hereditariamente. Cf. Eibl-Eibesfeldt, p. 440 y sig.

²² Subrayemos que no son «centros» que localizan los neuro-cirujanos, sino solamente puntos de resección que tienen por consecuencia la de desorganizar las componentes en cuestión. Todo conduce a pensar, en efecto, que cada acto real de memorización –en particular para aquello que concierne a la memoria de largo plazo– pone en juego los potenciales eléctricos de toda una *población* de neuronas en absoluto «localizable», pero que es «seleccionada» en el conjunto del cerebro. Wilder Penfield, Brenda Milner, «Memory Deficit Produced by Bilateral Lesions in the Hippocampal Zone», *Archiv. Of Neurology and Psychiatry*, 1958; E. Roy John, *Mechanisms of Memory*, New York, Academic Press, 1967.

el montaje contingente de ciertas componentes que «asumen» funciones especializadas de transcodificación y de desterritorialización (a las que hemos llamado «componentes de pasaje» o «componentes diagramáticas»)?

En el fondo último de nuestro problema de ritornelos, se plantea aquel de la sincronización de los ritmos biológicos que, antes de desembocar en la constitución de una nueva ciencia –la cronobiología–, dio lugar a innumerables desarrollos metafísicos. Ludwig Klages, uno de los fundadores de la grafología, fue llevado, por ejemplo, a oponer un ritmo vital a cadencias más culturales. Consideraba que el hombre era el único capaz de ensamblar ritmos elementales en libres cadencias espaciales y temporales. «La Vida, escribía, se expresa en el ritmo: el Espíritu, en cambio, por medio de la cadencia métrica, fuerza al impulso rítmico de la vida a plegarse a la ley que le es propia²³.» Pero la cronobiología, antes que buscar «engancha» la trans-ritmicidad sobre el espíritu y la cultura, se esfuerza, por el contrario, en hacerla derivar de una composición rítmica de base molecular. Es así que considera actualmente que los ritmos circadianos²⁴ resultarían del acoplamiento generalizado –con efecto inhibitor– de aquello que A. Reinberg llama *una población de osciladores moleculares*²⁵. Es interesante recobrar aquí este mismo método de investigación de las «mutas moleculares» que habíamos señalado a propósito de la memoria.

Esta «lógica de las mutas» debería ciertamente ayudarnos a salir de las categorías formales como la Vida, el Espíritu, la Materia, ¿pero nos permitirá avanzar otro tanto sobre un problema como el que planteaba Klages a propósito de la articulación entre ritmos vitales y «cadencias» más

²³ El ritmo está en el aleteo de las aves migratorias, en el trote de los caballos salvajes, en el deslizamiento ondulado de los peces; pero es tan imposible para los animales trotar, volar o nadar a intervalos regulares como al hombre respirar al compás del metrónomo. Ludwig Klages, *Expression du caractère dans l'écriture*, Neuchatel, Delachaux-Niestlé, 1947, p. 41.

²⁴ Ritmo de un período de veinticuatro horas, que juega un rol que se revela cada vez más importante a medida que se los estudia, tanto al nivel de la biología celular, de la farmacología, de la fisiología de los tejidos, de los órganos y de las funciones como de la etología. La mayor parte de los ritmos de período superior –como los de las migraciones– resultarían de una composición que parte de los ritmos circadianos y por tanto, en el fondo, de estos ritmos moleculares.

²⁵ Alain Reinberg, «La chronobiologie. Une nouvelle étape de l'étude des rythmes biologiques», *Sciences*, vol. 1, 1970; «Rythmes biologiques», *Encyclopaedia Universalis*, vol. 14, p. 568; Julian de Ajuriaguerra, *Cycles biologiques et psychiatrie*, Genève, éditions Georg et Cie, 1968.

complejas? El hecho de que sistemas heterogéneos estén «atravesados» por el mismo tipo de elemento molecular –por ejemplo ritmos moleculares infra-biológicos– nos indica que existe entre ellos sistemas de articulación «por adentro», si se puede decir, pero no consigue esclarecernos sobre aquello que hace cristalizar, en un nivel molar, diferencias cualitativas, y sobre aquello que caracteriza el funcionamiento de lo que hemos llamado: las componentes de pasaje. Tomemos, para ilustrar este tipo de dificultad, un último ejemplo de la etología de las aves. W. H. Thorpe fue llevado, en el curso de su estudio sobre el ritornelo de los pinzones, a distinguir en su organización interna dos tipos de niveles rítmicos y melódicos: aquel que concierne a cierto «acabado» de su estructura que permite diferenciar el canto en tres estrofas y articularlas en un orden determinado (*true song*)²⁶. Pero esta distinción, como vamos a verlo, está lejos de coincidir con la de Klages entre ritmos vitales elementales y cadencias socializadas. En efecto, el material de base ya está aquí muy elaborado sobre el plano «musical» y es imposible, además, discernir nítidamente entre aquello que dependería de una programación hereditaria y aquello que dependería de una programación social. Criados en aislamiento, los jóvenes pinzones reconocen de manera espontánea el número y la longitud de las sílabas de las estrofas de base, pero disponen de igual modo de una suerte de «receta» para aprender, o más exactamente, como lo subraya Thorpe, para *seleccionar* las melodías que tienen que imitar. (Si se les da a escoger varios registros de cantos en el transcurso de su período sensible, retendrán «aquellos que más se parecen al canto típico de su especie, por la cualidad del tono y la forma de las estrofas».) En cambio, ciertos elementos de organización, como el orden de presentación de las tres estrofas básicas, solo dependen de un aprendizaje social. Señalemos además que una parte es también reservada a la improvisación y a la competición puesto que, como lo remarca W. H. Thorpe, los detalles de la frase terminal, con sus florituras, no son aparentemente aprendidos, sino «trabajados» con los demás miembros del grupo (*worked out by competitive singing*). El diagramatismo de las codificaciones se manifiesta aquí por este enredo constante entre la herencia, el aprendizaje, la experimentación y la improvisación. Y uno puede darse cuenta, a través de este ejemplo, que aquello que «pasa» de un dominio a otro, no son so-

²⁶ William H. Thorpe, *Learning and Instinct in Animals*, Londres, Methuen, 1969, p. 421-426.

lamente materiales de base o esquemas universales, sino formas altamente diferenciadas, especies de llaves singulares que abren y cierran un territorio o una especie y que hemos propuesto llamar máquinas abstractas.

Este ejemplo nos muestra que a la etapa de un estudio analítico, cuantitativo y estadístico de los elementos de base –por ejemplo del ritmo o de la rostridad– debería seguir necesariamente una etapa más cualitativa de especificación de los agenciamientos, y, correlativamente, de definición de los «procedimientos» maquínicos que desembocan en cambios de forma y en mutaciones de estructura. Habiendo puesto al día el análisis molecular el cruce de las mutas de moléculas y de las mutas de signos que anudan, sobre el mismo filum maquínico, un conjunto de componentes químicas, biológicas, ecológicas, técnicas, económicas, etc., le quedaría determinar las vías a través de las cuales una cosa viviente y social selecciona, agencia y normaliza los circuitos y los ritmos de dichas mutas. Pero si es verdad que lo viviente «atrapa» su esencia a la vez del lado de la «materia» y del lado de lo «semiótico», será entonces necesariamente desde el primer momento de la homogeneización de los campos moleculares intensivos que se planteará la cuestión de la «restitución» de las localizaciones, de las totalizaciones y de las estratificaciones espacio-temporales. La «máquina molecular», si no quiere aplastar y reducir todas las asperezas materiales y semióticas en un continuum indiferenciado (la *res extensa* cartesiana²⁷) deberá, en efecto, en paralelo a las conexiones rizomáticas de los flujos y al entrecruzamiento generalizado de los agenciamientos, echar luz al tipo de interacción que hará que «haya» agenciamiento. Volvemos a encontrar aquí un problema similar a aquel que evocábamos en la segunda parte de este libro, cuando fuimos llevados a relativizar la distinción, en el dominio semiótico, entre las «generaciones» y las «transformaciones» puesto que, mirándolo bien, se trata de la misma «materia opcional» micropolítica. Se puede considerar incluso que la relación transformación/generación semiótica es solo un caso particular de la relación molecular/molar que se establece al nivel del conjunto de lo que hemos llamado las «proposiciones maquínicas». Las interacciones entre lo molar y lo molecular son constantes, pero resultan de agenciamientos que,

²⁷ «Por cuerpo entiendo todo lo que puede ser terminado por alguna figura, que puede ser comprendido en algún lugar y llenar un espacio de tal modo que cualquier otro cuerpo esté excluido de él» (Descartes, *Segunda meditación*).

en ciertos casos, sobreestiman el «poder» de componentes de pasaje «visibles» en estado molar, y, en otros casos, de procesos moleculares «invisibles».

Sean cuales fueran, las tentativas estructuralistas para superar la antigua separación entre lo psíquico y lo somático (desde la «estructura del organismo» de Goldstein, la «estructura del comportamiento» de Merleau-Ponty hasta la «estructura simbólica» de Lacan...) y para articular aquello que von Weizsaecker llamaba lo «óntico» y lo «pático» de la vida, han estado «lastradas» por los modelos epistemológicos de la física clásica²⁸. Ellas consideraron como obvio el mantenimiento, e incluso la acentuación, de una oposición entre, de una parte, las leyes de la materia y, de otra, las de la vida, del espíritu y del socius. Constituyendo los agenciamientos materiales, los agenciamientos de codificación biológica, los agenciamientos de enunciación, los agenciamientos proposicionales, etc., mundos fenoménicamente distintos, rechazaron aventurarse en lo que, según ellos, hubiese sido solo un retorno a una metafísica superada, a saber la exploración de la «maquinica» que atraviesa todas estas «regiones» de la experiencia. Todo sistema de clausura, de acordonamiento sobre sí mismas de las leyes y de las causalidades físico-químicas prohíbe, paralelamente, toda apertura verdadera del organismo, del socius o del significante sobre la realidad. Aquí reside, a nuestro modo de ver, la impotencia fundamental de las teorías estructuralistas, y también su responsabilidad política: toman su partido, con demasiada comodidad, por las estratificaciones con las cuales tropiezan en el orden de las componentes de codificación materiales, biológicas y sociales. Con ellas, no se sale del primado de una subjetivización y de un agenciamiento de enunciación fundado sobre un cogito trascendental.

Pero *desde que* fue concedido a este tipo de subjetividad el principio de un estatus existencial excepcional, no hay que sorprenderse de que a continuación no pueda establecerse ninguna conexión diagramática inter-componente sin que dicha subjetividad la acose de una forma o de otra. El Sujeto, la Forma, la Estructura, el Significante se hacen relevo, en el pensamiento contemporáneo, para resistir a una materia inanimada que, por otro lado, devino imaginaria a los ojos de las investigaciones científicas efectivas. La hegemonía del significante lacaniano, en razón

²⁸ «En el caso de la física, escribe por ejemplo von Weizsaecker, la ley reside en la acción de las fuerzas, en el caso del movimiento orgánico proviene de la forma.» *Le Cycle de la structure*, traducción de Michel Foucault y Daniel Rocher, Paris, Desclée de Brouwer, 1958.

de la célebre fórmula «Un significante representa el sujeto para otro significante», tiende a hacer proliferar universalmente la subjetividad. Pero no cualquier subjetividad, sino únicamente la de la enunciación individuada, la del centrado significante, la del *poder* sobre sí mismo —el mito del control mediante la castración simbólica—, de hecho, aquella que sirve de relevo a las formaciones de poder capitalísticas y a su red tentacular de equipamientos colectivos. Ahora bien, lo repetimos, el sujeto, no es evidentemente algo que existe únicamente allí donde hay individuos autónomos, lenguaje consciente, una discursividad responsable... Se objetará que, precisamente, el psicoanálisis vio bien que el sujeto no coincidía con la conciencia y con el ejercicio de una discursividad responsable. Pero es realmente mutilar la subjetividad inconsciente, a la que por otra parte se pretende liberar, hacerla depender esencialmente de las funciones del habla y del campo del lenguaje²⁹. Existe también sujeto de grupo —territorializado o no—, existe también sujeto en la economía, por ejemplo en la Bolsa, en la política, en las fábricas, existen también funciones de subjetivación que se despliegan en la materia viviente y en las máquinas con o sin la mano del hombre, con o sin cogito. Y, claro está, no se trata cada vez del mismo sujeto que, milagrosamente, haría pasar los mensajes, las decisiones y las leyes de una componente a otra. ¡Un pequeño sujeto en mi cabeza, como un *manager* minúsculo, en lo alto de un rascacielos! Los procesos de subjetivación corresponden a agenciamientos complejos, a nudos de desterritorialización que asocian componentes heterogéneas —y por tanto jamás una pura y universal sustancia significante, opuesta a una no menos pura y universal materia del contenido. La producción en serie y la exportación masiva del sujeto, blanco, consciente, macho, adulto, amo de sí mismo y del universo, tuvo siempre por correlato la puesta en vereda de multiplicidades intensivas que escapan, por esencia, a todo centrado, a toda arborescencia. Pero desde el momento en que se ha tomado partido por abandonar el modelo del cogito —o sus derivados— como referencia implícita de los agenciamientos de semiotización, se vuelve posible discernir el juego real de los índices maquínicos, de las líneas de desterritorialización, de las máquinas abstractas, la diversidad infinita de los modos de subjetivación,

²⁹ Y también, de manera indirecta, de los especialistas en las «contraseñas» psicoanalíticas.

de reflexividad y de discursividad³⁰, y ya no resulta en nada sorprendente el hecho de que mutas y poblaciones moleculares «pretendan» maquinari, en sus propios niveles, un orden creador.

Constantemente debemos tener cuidado de que nuestros instrumentos conceptuales no se pongan a funcionar como simples cuchillas que binarizarían los objetos y «arborificarían» los problemas; insistimos nuevamente sobre el hecho de que lo «molar» aquí no debe ser opuesto a lo «molecular» como lo más grande y lo más pasivo serían opuestos a lo más pequeño y a lo más activo. Existe una rostridad molar pasiva –la de la Imago y la identificación psicoanalítica– y una rostridad molar activa –la de los rasgos de rostridad esquizo-analítica. Existe una rostridad molecular «mecánica» –la de la etología– y una rostridad molecular que transmuta las coordenadas de la percepción y del deseo –aquella que, por ejemplo, nos describe Proust con los diez rostros de Albertine que se aproximan de manera sucesiva al narrador, en el instante de su primer beso. Pero se puede también pasar de una componente a otra para salvaguardar un agenciamiento –examinaremos más adelante, por ejemplo, los vaivenes de Swann desde un ritornelo a una rostridad. Además, existen interacciones directas –«más acá» de los agenciamientos firmes y de las componentes sustancializadas– al nivel de las materias de expresión. Así, mientras se tiene la impresión de «permanecer en el mismo lugar», de estar instalado en una significación, en un sólido sistema de redundancia, uno puede debatirse entre componentes que se hacen la guerra.

Es lo que nos muestra de manera evidente el resultado de los trabajos de investigadores ingleses sobre las interferencias, en el lenguaje hablado, entre las componentes auditivas y las componentes de rostridad, y que ellos ponen al día modificando el texto del mensaje leído en los labios por relación a aquel que es dado a escuchar mediante la voz³¹. Deberían ser efectuados entonces dos análisis de manera simultánea: el de las poblaciones moleculares (las materias intensivas) y el de los agenciamientos (forma y sustancia). Las componentes de codificación o las componentes

³⁰ Ejemplo de un sistema de «reflexividad» no significativo y no individuado que opera un trabajo discursivo muy complejo: la duplicación de los sistemas en doble hélice de ADN que corresponden, en el nivel molecular, a la duplicación de los cromosomas.

³¹ Cf. «L'œil écoute. BABA + GAGA – DADA». Informe brindado en *Le Monde*, 26 de enero de 1977, de los trabajos de Harry McGurk y John MacDonald, «Hearing Lips and Seeing Voices», *Nature*, nº 26, diciembre 1976.

semióticas no pertenecen, en efecto, de manera privativa a uno de estos dos niveles de análisis. En *ciertas condiciones*, en función de *ciertas fórmulas maquínicas* (máquinas abstractas), algunas de ellas pueden jugar un rol esencial en agenciamientos. Algunas componentes de pasaje, que dependen de la rostridad o de los ritornelos, podrán desencadenar por ejemplo nuevos agenciamientos pasionales, hacer proliferar nuevas componentes, bloquear otras, poner en resonancia y focalizar efectos de agujeros negros... En otras circunstancias, estas mismas componentes, retornarán al rango de componente intra-agenciamiento, de componente sujeta, estratificada. Al igual que los agenciamientos naturales territorializados o que los agenciamientos técnicos artificiales, los agenciamientos de semiotización, los agenciamientos de subjetivación, los agenciamientos de conciencialización, los agenciamientos de «alterización», etc., resultan de montajes maquínicos localizados sobre el conjunto del filum de las desterritorializaciones (semióticas y materiales) y territorializados sobre el rizoma de las estratificaciones –teniendo que «mantener en conjunto» el plano de consistencia de las máquinas abstractas esta diacronía de las estratificaciones y esta sincronía de las desterritorializaciones. Así, no se puede plantear el problema del sujeto en general, o del Otro, o de la conciencia, etc. Tal tipo de agenciamiento producirá un efecto de agujero negro, un efecto de sujeto territorializado colectivo o individual, un efecto de sujeción, etc. El cogito como subjetivación conciencial vacía corresponde a un agenciamiento de agujero negro, a una puesta al desnudo semiótica, correlativos al ascenso de los flujos capitalísticos, mientras que el sujeto del inconsciente freudo-lacaniano señala un grado suplementario de desterritorialización semiótica –cediendo de manera progresiva los monemas el lugar a los fonemas, a los grafemas y a los «matemas». Pero otras políticas, otras sociedades, otros montajes agenciarán otras subjetivaciones, otras semiotizaciones, más sociales o más moleculares, o ambas a la vez, más etológicas o más revolucionarias, etc.

Un flujo hormonal, lo hemos visto, puede «desencadenar» una competencia imprevista en materia de ritornelo, o bien un flujo de ADN puede transformar un proceso de memorización o ensanchar ritmos circadianos; los cruces, los matrimonios en apariencia más imprevistos, más «contranatura», parecen siempre posibles; pero a condición de ser compatibles con un conjunto de proposiciones maquínicas cuyo montaje, sin ser propiamente hablando universal, puesto que está «fechado», puesto que

señala elecciones irreversibles sobre el filum de las desterritorializaciones, no les impone menos por ello una suerte de «umbral de realidad»³². Un corolario de esta contingencia de las máquinas abstractas, es que ninguna población molecular de cierto tipo, ninguna rítmica universal, ninguna ecuación energética, podría dar cuenta, de una vez y para siempre, de la infinita variedad de aquello que podría llamarse los «convertidores de agenciamiento». Algunos de ellos parecerán de una simplicidad elemental –como por ejemplo los «efectos magnéticos» de ritmos que describe E. von Holst y que tienen por efecto imponer un ritmo sobre los demás³³–, otros de una gran complejidad –como el cerebro humano que no solamente selecciona esquemas y ritmos para «paradigmatizarlos» sobre representaciones mentales desterritorializadas y sobre sistemas inductores de «pasaje al acto», sino que, además, los vuelve aptos para entrar en una combinatoria de una riqueza ilimitada. ¿Quiere decir que la escala de la complejidad de estos convertidores sería paralela a la evolución filo-genética? En absoluto. Se sabe, en efecto, que en el nivel menos diferenciado en apariencia, el menos «evolucionado», pueden existir sistemas extremadamente sofisticados de interacción de componentes heterogéneas³⁴, mientras que inversamente, en el nivel más diferenciado, más «evolucionado», pueden aparecer mecanismos de una pobreza desoladora –ejemplo el gregarismo fascista. Lo elemental, lo binario, el feedback, la abolición-agujero negro, no son lo propio de un estadio evolutivo. La elaboración de codificaciones complejas puede tomar otras vías que la de la enunciación individuada y consciente. ¿Por qué no admitir que existe una conciencia maquínica –por ejemplo en el caso del sometimiento del conductor a su máquina? Las briznas de hierba, los ritornelos, los rostros para las aves y para nuestras pasiones –pero también

³² ¿Por qué, por ejemplo, la vida se ha «montado» a partir de cadenas de carbono antes que de cadenas de silicio?

³³ Por ejemplo, Holst estableció que los ritmos de las aletas pectorales de un pez eran siempre dominantes sobre los ritmos de las aletas dorsales y caudales. Citado por Eibl-Eibesfeldt, p. 41.

³⁴ Un ejemplo humorístico de conjura animal de una «política de agujero negro», mediante la puesta en juego de interacciones semióticas altamente sofisticadas: el de los insectos que, amenazados de ser devorados por su hembra durante el apareamiento, para retrasar el plazo, al menos el tiempo de la cópula, le ofrecen pequeños regalos alimentarios. Los de la especie *Hilaria* llevan la misma gracia hasta proponerle un objeto cualquiera no consumible, pero que han rodeado de un capullo especialmente difícil de deshacer... Citado por Eibl-Eibesfeldt, p. 127.

para nuestra inteligencia— son instrumentos de conocimiento, operadores pragmáticos, de la misma manera que pueden serlo, en una fábrica, algunas palabras dichas, palabras escritas, cifras, gráficos, planos, ecuaciones, o memorias informáticas. La significación del mundo, el sentido del deseo, desde el momento en que se lo quiere captar fuera de las redundancias dominantes, exigen que se ensanche la gama de nuestros recursos semióticos. Mil proposiciones maquínicas trabajan de manera constante a cada individuo, por encima y por debajo de su cabeza parlante³⁵. Si ponemos el acento sobre la rostridad y el ritornelo en las componentes de pasaje del deseo humano, es porque una de sus principales especificidades es, en cierto modo, «tomar a contrapelo» las demás componentes cortocircuitando sus conexiones rizomáticas, recentrándolas sobre efectos de agujero negro, poniéndolas en eco unas por relación a las otras.

Componentes esenciales de la subjetivación capitalística, por el hecho de que cierta percepción abstracta del tiempo y del espacio —y en consecuencia del trabajo y del socius— descansa sobre la instauración de esas dos componentes, ellas dependen del hecho de que las intensidades de deseo (los valores de deseo) hayan sido previamente vaciadas de su sustancia y de que las asperezas hayan sido reducidas, cuadrículadas, en función de las redundancias y de las normas dominantes (acoplamiento: valor de uso-valor de cambio). Hemos intentado mostrar en otra parte cómo un autor como Kafka, para explorar las coordenadas deseantes de un nuevo tipo de capitalismo burocrático, había sido llevado a recurrir a devenires-animales, a desterritorializaciones musicales, perceptivas, etc. Nos proponemos, ahora, a partir de algunas páginas del prodigioso trabajo analítico que constituye la obra de Proust, examinar las incidencias de ciertas mutaciones capitalísticas del comienzo del siglo XX sobre una pasión amorosa: la de Charles Swann por Odette de Crécy.

³⁵ Kenneth W. Braly mostró, por ejemplo, que la percepción inmediata, «natural» de las formas complejas, estaba considerablemente influenciada por un aprendizaje que procede de una memoria perceptiva inconsciente. Kenneth W. Braly, «The Influence of Past Experience in Visual Perception». Citado por Robert Francès, *La Perception de la musique*, Paris, Vrin, 1972, p. 52.

La pequeña frase de la sonata de Vinteuil

Desarrollándose principalmente en la prolongación de la etología animal, la etología humana está sobre todo ligada, hasta hoy, al estudio de las componentes más visibles, más territorializadas, de los comportamientos humanos¹. Pero no es inconcebible una inversión de esta relación de dependencia y todas las esperanzas son posibles cuando un etólogo como W. H. Thorpe acaba de declarar que características tan fundamentales del comportamiento humano como el lenguaje articulado, el manejo de los conceptos numéricos, el uso de símbolos, estimaciones y creaciones artísticas, no están en absoluto ausentes del mundo animal². La prodigiosa expansión de la biología durante los últimos decenios ha concernido de manera principal a sus fundamentos químicos y celulares, pero tal vez estemos en la víspera de un cambio de situación que la conduciría a po-

¹ Por ejemplo, los rasgos de rostridad desencadenan comportamientos de cuidado en los jóvenes, las reacciones ante el esquema «bebé» (Lorenz, Spindler...) o los efectos de sugestión como los que fueron destacados por Milgram con las experiencias de tortura, graduadas, simuladas, ordenadas por una autoridad jerárquica. Cf. Eibl-Eibesfeldt, p. 453 y 468.

² William H. Thorpe, *Learning and Instinct in Animals*, op. cit., p. 469.

ner en primer plano el estudio de los comportamientos y de los modos de socialidad más complejos, como lo testimonia su unión actual con la etología, la socio-ecología, la socio-biología, etc. Dicha reorientación la pondría, de hecho, en posición de «ciencia piloto» frente al conjunto de las ciencias humanas, expropiando así a la lingüística de dicho rol que habían pretendido atribuirle los estructuralistas. Las aproximaciones mecanicistas del comportamiento basadas por ejemplo en pares estímulo-respuesta, o las incisivas explicaciones psicogenéticas, deben dejar el lugar a estudios *in vivo*, a descripciones monográficas que se propongan realmente enriquecer la información antes que reducirla simplificándola. Y es preciso reconocer que un considerable retardo se ha insumido en la observación, el inventario y la clasificación de los datos básicos de la etología humana (en particular en el dominio de las componentes más desterritorializadas del comportamiento). La etología humana está lejos de disponer del capital de conocimientos que los grandes naturalistas habían dejado como herencia a las ciencias biológicas modernas a la salida de la Edad Media, y con lo que han representado la psicología y el psicoanálisis de los «universales», es casi de cero que hay que retomar la cuestión de los sentimientos y de los pensamientos. Por eso es sin demasiados escrúpulos epistemológicos que, por nuestra parte, nos dirigiremos a Proust —el especialista, si hubiese uno, de los objetos mentales más desterritorializados— para comenzar a reflexionar sobre la articulación y la imbricación de las componentes de rostridad y de ritornelo en materia de pasiones humanas. La escritura de los novelistas y de los poetas, antes de devenir un asunto de palabras y de ideas, se ve quizá concernida en primer lugar por la posición singular del agenciamiento de enunciación al cual pertenecen, por el hecho de la desterritorialización excepcionalmente marcada de una o de varias de sus componentes históricas, económicas, sexuales, sensoriales, etc. Nos vemos implacablemente reducidos a la pobreza de los medios reales de análisis que son puestos a nuestra disposición por las ciencias del hombre en su estado actual.

Un solo ejemplo para ilustrar el retraso acumulado en la recolección de hechos esenciales: pronto hará medio siglo desde que von Weizsaecker recomendaba que sea puesto en marcha el estudio sistemático de las «imbricaciones perceptivas» —hiperestesias sensoriales, sinestesias, sinopsias, metamorfosis, etc. Pero en nuestro conocimiento, aparte de algunos trabajos neurológicos y psico-patológicos sobre las intoxicaciones por aluci-

nógenos –por otra parte de la mayor sequedad–, es todavía a los «trabajos» de Henri Michaux y a los de los escritores americanos de la *Beat Generation* que es preferible remitirse hoy para disponer aunque más no sea de un mínimo de información sobre estas cuestiones, las que sin embargo sería primordial explorar para ensanchar nuestro horizonte sobre la diversidad de los modos de subjetivación y de semiotización. A título de indicación, pero muy sumariamente, muy esquemáticamente, y apoyándose, a falta de algo mejor, sobre la vieja clasificación de Sherrington, uno podría «situar» dos autores como Kafka y Proust por relación a la posición particular de ciertas de sus componentes perceptivas «mutantes». Todo un trabajo de distorsión, de agrandamiento, de desplazamiento, de superposición, etc., de las coordenadas sensoriales, parece, en efecto, referir más específicamente:

- en Kafka, a componentes propioceptivas, tales como las de la postura, del equilibrio, del tono muscular, de la tensión arterial, etc., que acarrear dilataciones y contracciones del tiempo y del espacio (habida cuenta de la forma muy singular que tenía de «drogarse» con la fatiga y la anorexia);

- en Proust, sobre componentes exteroceptivas (tango-receptor, termo-receptor, algo-receptor, foto-receptor, estibio-receptor, gusto-receptor y fono-receptor) y secundariamente interioceptivas, en particular respiratorias³.

Swann no «construyó» su amor por Odette de Crécý a partir de entidades intra-psíquicas que dependen de la psicología general o del psicoanálisis. Es toda su existencia, en sus aspectos más espirituales pero también más sociales e incluso más materiales, la que es «apostada», en una de esas especies

³ «Como esta taza de té, otras tantas sensaciones de luz, los rumores claros, los colores ardientes que Vinteuil nos envió del mundo donde él componía se paseaban delante de mi imaginación con insistencia, pero demasiado rápido para que ella pudiera aprehender cualquier cosa que yo pudiese comparar a la seda fragante de geranio. Sólo cuando esta vaguedad en el recuerdo puede ser profundizada, al menos precisada gracias a un punto de localización de circunstancias que explican por qué cierto sabor nos puede recordar sensaciones luminosas, las sensaciones vagas proporcionadas por Vinteuil, sacadas no de un recuerdo sino de una impresión (como la de los campanarios de Martinville), habría sido necesario encontrar, de la fragancia de geranio, de su música, no una explicación material, sino el equivalente profundo, la fiesta desconocida y coloreada (cuyas obras parecían los fragmentos separados, las astillas de roturas escarlatas), modo según el cual él «escuchaba» y proyectaba fuera de sí el universo.» Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, op. cit., t. III, p. 375. Para todas las citas posteriores, ya solo mencionaremos en cifras romanas el tomo y en cifras árabes la página.

de escaladas que los jugadores de casino llaman una «racha ascendente»⁴ y que le hará exclamar, en el colmo del desasosiego: «Siento que me vuelvo neurópata...» (I, 317.)

Dos componentes no lingüísticas (y bajo diversos aspectos a-significantes) tendrán un rol de primer plano en este agenciamiento pasional: una corta secuencia de música contemporánea —«la pequeña frase de Vinteuil»— y un retrato de mujer reproducido a partir de un fresco de Botticelli. La primera, en razón de una materia de expresión desterritorializante, hará función de componente de pasaje que abre nuevas conexiones, transformando las coordenadas del mundo cotidiano de Swann; la segunda, a la inversa, tenderá a cerrar, a reterritorializar el agenciamiento pasional sobre iconos y territorios afectivos que se encierran en sí mismos. Se objetará ¿amor de esteta? ¿Mecanismo de sublimación? Intentaremos mostrar, por el contrario, que este amor de Swann antes de «humanizarse» reagenciándose sobre el rostro de una mujer, dependía completamente, al inicio, de una sexualidad no humana. Su objeto no era un complejo parental, ni un objeto parcial pre-genital, sino una fórmula maquina musical revolucionaria para su época. La música no ha sido aquí un «último recurso» sublimatorio, una vía de derivación simbólica de la libido, o un manierismo de esteta, sino el instrumento de producción de otra realidad, una máquina catalizante de nuevas componentes semióticas y que permite entregar a pleno sus potencialidades de desterritorialización, mientras desencadena, a cambio, crispaciones del yo, rituales neuróticos que harán el juego a ciertas «inercias» sociológicas.

Sin emprender explícitamente una teoría de los incorporales y de las máquinas abstractas, Proust no dejará de insistir sobre el hecho de que el «efecto musical», y más generalmente el de las obras de arte, no depende de lo imaginario sino de la realidad: «Esta música me parecía cosa más verdadera que todos los libros conocidos. A veces pensaba que esto se debía a que, como lo que sentimos de la vida no lo sentimos en forma de ideas, su traducción literaria, es decir, intelectual, lo expresa, lo explica, lo analiza, pero no lo recompone como la música, en la que los sonidos parecen tomar la inflexión del ser, reproducir esa punta interior y extrema de las sensaciones que es la parte que nos da esa embriaguez específica que

⁴ El propio Proust fue un jugador apasionado y, en varios períodos de su vida, perdió sumas de dinero importantes en el baccarat.

encontramos de vez en cuando, y que cuando decimos: «¡Qué tiempo más hermoso!, ¡qué hermoso sol!», no la comunicamos en absoluto al prójimo, en el que el mismo sol y el mismo tiempo suscitan vibraciones muy diferentes» (III, 374). Toda la «búsqueda» se chocará con este tipo de realidad inclasificable. Algunas veces, Proust la asimilará a una entidad material, y comparará la obra de un músico como Vinteuil a la de un Lavoissier o de un Ampère (I, 373). Otras veces, se inclinará hacia un realismo de las ideas: «... Swann tenía los motivos musicales por verdaderas ideas, de otro mundo, de otro orden, ideas veladas de tinieblas, desconocidas, impenetrables a la inteligencia, pero que no por ello son menos distintas entre sí, desiguales en valor y en significación» (I, 349). Pero, en ciertos momentos, estará tentado de analizar la materia de expresión de la «pequeña frase de Vinteuil» en términos que evocarán aquello que, veinte años más tarde, serán las oposiciones distintivas de los fonólogos del Círculo de Praga: «se dio cuenta de que la poca distancia entre las cinco notas que la componían y la vuelta constante de dos de ellas estaban en el origen de aquella impresión de dulzura encogida y temblorosa...» Pero, como era consciente de los abusos «reduccionistas» a los cuales darían lugar las interpretaciones estructuralistas por venir, pronto recomienza y añade que «en realidad, sabía que estaba razonando, no sobre la frase misma, sino sobre simples valores, que, para mayor comodidad de la inteligencia, ponía en lugar de aquella entidad misteriosa que había percibido» (I, 349).

Sin atenerse realmente a una teoría antes que a otra, Proust gira en torno de la misma dificultad: no puede aceptar el carácter evanescente, lo difuso, lo vago de las sensaciones que lo asaltan. El acontecimiento inaugural de su obra, lo recordamos, fue ese paseo en coche, en Combray, durante el cual, por primera vez, consiguió ir «al final de su impresión» (se trataba entonces de hacer pasar con palabras ese «algo análogo a una bonita frase» que encerraban los desplazamientos relativos de los campanarios de Martinville y de Vieuxvicq (I, 180-181). De esta realidad en estado nascente, puede al menos afirmar una cosa, que no depende únicamente de un análisis discursivo tal como puede sostenerlo el lenguaje humano. Es incluso a ella que uno deberá dirigirse, por el contrario, para enriquecer el lenguaje, para fecundarlo y engendrar una nueva discursividad en contacto directo con aquello que, por nuestra parte, llamamos la economía del deseo. La supresión de las palabras humanas, escribe, siempre a propósito de la «pequeña frase de Vinteuil», lejos de dejar reinar allí la fantasía, como se

habría podido creer, la había eliminado: «Jamás el lenguaje hablado fue tan inflexiblemente necesario, ni conoció hasta ese punto la pertinencia de las preguntas, la evidencia de las respuestas» (I, 351). Y algunos años después de la redacción de *Un amor de Swann*, Proust volverá, en *La Prisionera*, sobre esta cuestión que, parece, no había dejado de perseguirlo: «Los musicógrafos podrían muy bien encontrar su parentesco a aquellas frases, su genealogía, en las obras de otros grandes músicos, pero sólo por razones accesorias, semejanzas exteriores, analogías ingeniosamente halladas por el razonamiento más bien que sentidas por impresión directa. La que daban estas frases de Vinteuil era diferente de cualquier otra, como si, pese a las conclusiones que parecen desprenderse de la ciencia, existiera lo individual.» (III, 255-256). Una ciencia individual, he aquí aquello con lo que tropieza el pensamiento de Proust, influenciado como estaba, probablemente, por el pensamiento cientista de la materia, que por otra parte reinaba más en los medios filosóficos y literarios que en los medios científicos involucrados. Sea lo que sea, su religión está hecha, al menos sobre un punto: no se puede considerar la subjetividad humana como algo indiferenciado y vacío que sería llenado y animado desde el exterior⁵. Todo su análisis lo conduce hacia la captación de maquinismos abstractos trans-subjetivos y trans-objetivos, de los que nos proporciona una descripción rigurosa, y, ni hay que decirlo, de una suprema elegancia: «Hasta cuando no pensaba en la pequeña frase seguía latente en su ánimo, lo mismo que esas otras nociones sin equivalente, como la noción de luz, de sonido, de relieve, de voluptuosidad física, etc., que son los ricos dominios en los que se diversifica y se exalta nuestro reino interior» (I, 350), y nos conduce al borde de lo que hemos llamado agenciamientos colectivos de enunciación, puesto que llega a hacer hablar esa misma pequeña frase en tercera persona, en reemplazo.

¿No es igualmente un agenciamiento colectivo de enunciación el que se constituye bajo nuestra mirada, cuando la «pequeña frase de Vinteuil» se pone a hablar en tercera persona, imponiendo su ritornelo a los polos del triángulo subjetivo a partir del cual *En busca...* despliega entonces las

⁵ El campo abierto por la música no se reduce a un teclado de siete notas, sino a un teclado incommensurable, todavía casi enteramente desconocido... Los grandes artistas descubren nuevos universos y nos muestran «qué riqueza, qué variedad, oculta sin que lo sepamos esa gran noche impenetrada y desalentadora de nuestra alma que tomamos por vacío y nada» (I, 350).

multiplicidades intensivas del amor de Swann, del narrador y de Proust mismo, pluma en mano, y, más allá, del proceso abierto por la obra sobre nuestro propio deseo? (I, 348-349.)

Nada predisponía a Swann a caer locamente enamorado de una mujer como Odette. Habitué de los salones principescos, para cuidarse de ataduras demasiado exclusivas había adquirido por principio equilibrar sus contactos con mujeres de la alta sociedad cortejando a sirvientes «de carnes sanas, generosas y rosadas» (I, 195) Que Odette haya sido, en el momento de su encuentro, una semi-mundana –lo que él ignoraba o más bien rechazaba saber de manera inconsciente– no constituía por tanto, *a priori*, un obstáculo al hecho de que tuviera una «aventura» con ella: lo que la alejaba de ella, era su tipo de belleza física que, literalmente, no le «caía bien»: «Para gustarle, [Odette] tenía un perfil demasiado marcado, la piel demasiado frágil, los pómulos muy salientes, los rasgos demasiado estirados. Los ojos eran hermosos, pero grandísimos, tanto, que dejándose vencer por su propia masa, cansaban al resto de la fisonomía y parecía que tenía siempre mal humor o mala cara.» (I, 196.) Como ella se lo confesará mucho más tarde al narrador, es Odette quien primero cayó apasionadamente enamorada de él. Y todos los pretextos serán bueno, entonces, para visitarlo o para atraerlo hacia ella. ¡Y eso durante mucho tiempo, sin ningún resultado! Su primer éxito ante Swann será hacerle aceptar una invitación a verse en casa de M^{me} Verdurin, su protectora y su único verdadero sostén en el «mundo». Los salones funcionaban entonces, parece, un poco como los «campos de iniciación» de las diversas tribus que constituyen las clases dirigentes, y Swann visitó la de M^{me} Verdurin un poco como un etnólogo hubiera visitado una etnia desconocida, pues las personas que la frecuentaban estaban completamente por debajo de su condición. Pero es sin embargo este salón burgués, un poco vulgar y en ocasiones francamente ridículo, el que iba a ser el «convertidor semiótico» e incluso la máquina infernal que alteraría toda su existencia⁶.

Este trabajo de reconversión se referirá a dos puntos: el rostro de Odette y la pequeña frase musical de Vinteuil. ¿Podemos revelar una prioridad de

⁶ Proust ha descrito de manera notable el carácter de agenciamiento colectivo de enunciación de los salones mundanos, en particular en *Sodoma y Gomorra*: «... Los salones no pueden ser retratados en una inmovilidad estática que pudo convenir hasta aquí al estudio de los caracteres, los cuales deberán ser arrastrados también en un movimiento casi histórico» (II, 742).

uno de esos puntos sobre el otro? Ciertamente, el ritornelo ha aparecido con anterioridad al rostro, y se puede considerar incluso que el nuevo tipo de agenciamiento amoroso que cristaliza en Swann se ha fijado ante todo en él, la primera vez que escuchó la música de Vinteuil. Pero este amor por una frase musical –un año antes del encuentro con Odette– no debía ser para Swann, nos explica Proust, más que el inicio de la «posibilidad de una suerte de rejuvenecimiento» (I, 210), inicio o índice maquínico que solo hallará un comienzo de realización con la pasión por Odette⁷. Esta prioridad, ¿deberíamos más bien buscarla del lado de los procesos de desterritorialización? Es cierto que nosotros tenemos tendencia a privilegiar, desde este punto de vista, la componente de ritornelo sobre la de la rostridad. Nos parece, en efecto, al menos en el caso de Swann –y evidentemente no se trata de hacer de él un «caso» general– que es esta componente la que trabaja el conjunto de los agenciamientos y la que, en particular, ahueca y descompone la componente de rostridad. Pero ninguna suerte de necesidad esencial preside tal dependencia, y no podría tratarse de indexar mecánicamente cada ritornelo a una función de desterritorialización –por otra parte jugará aquí un rol muy importante en la estratificación posterior de los agenciamientos– y cada rostridad a una función de reterritorialización. La rostridad de Odette conoce también sus propias líneas de desterritorialización. En el período de gestación de la pasión de Swann, se verá así el rostro de Odette sufrir un lento proceso de transformación: una Odette ideal se decantará, se autonomizará y acabará incluso por expropiar a la Odette de los encuentros reales para «instalarse» en las ensoñaciones solitarias⁸.

De modo manifiesto, Swann se ve tomado de improviso por la mutación maquínica de la que es portadora la pequeña frase de Vinteuil. No

⁷ «... La plenitud de impresiones que tenía desde hace un tiempo, aunque hubiese llegado más temprano con el amor por la música, había acrecentado incluso su gusto por la pintura...» (I, 223). Pero ese interés renovado por la pintura será de corta duración; decaerá, él también, dentro del proceso en agujero negro de desmoronamiento semiótico que caracterizará su pasión por Odette.

⁸ Cada una de las visitas de Odette «renovaba para Swann la decepción que sufría al ver de nuevo aquel rostro, cuyas particularidades se le habían olvidado un poco desde la última vez, y que en el recuerdo no era ni tan expresivo, ni tan ajado, a pesar de su juventud; y mientras estaba hablando con ella, lamentaba que su gran hermosura no fuera de aquellas que a él le gustaban espontáneamente» (I, 197)

siendo él mismo músico, aunque no ignore las profundas alteraciones que conoce entonces la música europea, no las vive verdaderamente desde «el interior». Su situación es bien diferente respecto de las componentes icónicas, puesto que es uno de los críticos de arte más escuchados de los salones que frecuenta y sigue con atención la evolución del naciente arte moderno. Un rostro nuevo no podría desconcertarlo entonces por mucho tiempo; incluso ha adoptado un procedimiento bastante particular para «fijarlo» o para darle un atractivo suplementario consistente en asociarlo a una tela que conoce. Es su forma, nos explica Proust, de conjurar «su remordimiento por haber reducido su vida a las relaciones mundanas» (I, 223). Haciendo entrar el mundo frívolo en el arte, le parece a él que lo exorciza. Pero uno puede pensar que dicho procedimiento tiene igualmente por objetivo protegerlo contra arrebatos pasionales que lo conducirían a salir *efectivamente* de su mundo, y no solamente como etnólogo del salón Verdurin o como mujeriego de las pequeñas sirvientas. «Estetizando» sus encuentros, recupera y neutraliza todas las asperezas semióticas, todos los índices maquínicos; todas las líneas de fuga y las cargas de deseo de orden icónico. Es lo que intenta hacer con Odette de Crécy que se convertirá en Céfora, hija de Jetro, cuyo retrato extrae de un fresco de la capilla Sixtina que Botticelli consagró a la ilustración de siete episodios de la juventud de Moisés. Swann puso a punto incluso, en dicha ocasión, una suerte de ritual privado: contempla una reproducción de la hija de Jetro, que colocó sobre la mesa de trabajo, imaginando que se trata de una fotografía de Odette (I, 225), pronuncia un especie de fórmula mágica: «obra florentina», y logra así, nos dice Proust, hacer «penetrar la imagen de Odette en un mundo de sueños donde hasta aquí ella no había accedido» (I, 224). Pero en lugar de que su pasión sea exorcizada por este ritual, canalizada por el vaivén entre el tiempo del sueño y el tiempo de la realidad, por el contrario, no hace más que tomar cuerpo. Como el bajo relieve de *Gradiva* de Jensen⁹, el rostro-icón de Odette-Céfora va a vivir y a evolucionar por su propia cuenta, a despegarse de los carriles que se suponía controlaban su trayectoria y a desorganizar todo el sistema de los agenciamientos existentes. La oscilación entre, de una parte, las reterritorializaciones sobre el rostro de la Odette real, sobre su reproducción-icón en la mesa de despacho, sobre las

⁹ Sigmund Freud, *Délire et rêve dans la Gradiva de Jensen*, traducción Marie Bonaparte, Paris, Gallimard, 1931.

pequeñas veladas muy tranquilas en casa de los Verdurin y, de otra parte, las desterritorializaciones de deseo hacia otro posible, otra música, otra relación de clase, otro estilo de vida que, por ejemplo, apartaría a Swann de su rol de fetiche judío de la alta aristocracia racista, no logrará hallar un punto de equilibrio. Bajo el aguijón de los celos, va por el contrario a acelerarse, y la ambivalencia sentimental sabiamente mantenida al comienzo de la relación se desplomará por el contrario en un agujero negro pasional que conducirá a Swann al borde de la locura.

¿Pero cuál es la naturaleza de esta transferencia de imagen? ¿Se trata, de parte de Swann, de una identificación regresiva a un personaje maternal? ¿De la consecuencia de una carencia, en él, de un polo simbólico paterno que le impediría «asumir» convenientemente su castración? ¿Basta elevar el dedo meñique para que se dispare el delirio psicoanalítico! Después de todo, esta Céfora, ¿no fue dada a Moisés por su padre, el presbítero Jetro, en pago de su retorno al Dios de Abraham? ¿Y no fue concebido este fresco de la capilla Sixtina como un contrapunto entre la vida de Jesús y la vida de Moisés? No cabe ninguna duda: Swann se fija sobre un equivalente de la mala madre puta porque busca y no encuentra su padre original, el único que habría podido imponer la ley y restablecer el orden. ¿No es, en efecto, como resultado de su matrimonio con Odette, es decir de un procedimiento de sublimación de su pasión incestuosa, que en ocasión del affaire Dreyfus logra asumir su condición judía? ¿Para qué interrogarse más adelante sobre la singularidad de ese rostro, la materia de expresión de esa frase musical, el agenciamiento de ese salón, las circunstancias de esta conversión política... Con un poco de autoridad y mucho de bluff, se podrá siempre hacer entrar todos los detalles en el marco de las interpretaciones de base. ¿Para qué poner en duda estas explicaciones, buenas para todo, que ya no parecen traer problema a nadie? No se trata, para nosotros, de pretender mejorarlas o de sustituir una grilla por otra, lo cual garantizaría, esta vez, que se encuentre, en toda ocasión, la buena «solución». Lo que esperamos poner en entredicho es el principio mismo de la interpretación. Nos parece esencial afirmar que el análisis del inconsciente, consiste en seguir —a su cuenta y riesgo— todas las líneas del rizoma que constituye un agenciamiento, sea cual fuera, las materias de expresión de sus componentes, los efectos de agujero negro que desencadenan. Y esto sin prejuicios, y cualesquiera sean las acusaciones, incluso las reacciones en cadena, que tal proceso puede implicar. Por ejemplo en el caso de Swann, nosotros no

decimos que la identificación no es nada. Pero la consideramos solamente como un procedimiento particular que funciona en el marco de agenciamientos particulares y a partir de componentes y de materias particulares¹⁰. Considerada de forma aislada, la identificación no presenta ningún interés, no da lugar a ninguna interpretación *a priori*, y no remite a ninguna Imago universal. ¿Tal componente precisa de identificación icónica juega un rol diagramático, un rol de componente de pasaje? ¿Dónde, cuándo, cómo, en qué contexto? ¿Qué tipo de componente tomará el relevo de su intervención? Ese es nuestro problema.

La «pequeña frase de Vinteuil» jalona los agenciamientos sucesivos que constituyen el amor de Swann. Índice maquínico a-significante, ella lo anuncia, un año antes del encuentro con Odette; componente esencial de su activación, va a degenerar, con el curso del tiempo, en «indicativo» de la entrada de Swann en el territorio Verdurin; terminará por ser su canto del cisne, el día en que retorne, quebrantado por el desaliento, en el salón de Mme de Saint-Euverte. Y, mucho tiempo después de la desaparición de Swann, el narrador continuará interrogándose sobre la naturaleza de su potencia: «Cuando la visión del universo se modifica, se depura, deviene más adecuada al recuerdo de la patria interior, es muy natural que eso se traduzca en una alteración de las sonoridades en el músico, como del color en el pintor» (III, 257) ¿Pero no sería más bien el propio mundo y esta «patria desconocida» cuyo «ciudadano» es el artista las que se encuentran transformadas por las obras de arte? Lo que está en juego en esta elección es decisivo. En efecto, según que se haga de las mutaciones artísticas un resultado de los cambios del mundo y de instancias intra-psíquicas, o según que se admita que ellas pueden, por entero, participar en su transformación, uno se inclinará hacia una interpretación analítica globalista, cerrada sobre sí misma, o hacia una visión «rizomática» y constructivista de dichos cambios. De un lado, uno se da estructuras totalmente constituidas, que esperan ser «llenadas», del otro, uno acepta la idea de que los agenciamientos segregan y deshacen, sin recurso trascendente, los sistemas que los totalizan y los estratifican. Ejemplo de problema esquizo-analítico: ¿debemos considerar el salón Verdurin como solo un marco vacío sobre el cual se enganchan

¹⁰ Un análisis diferencial conduciría tal vez a mostrar que las fotos, en Proust, no tienen la misma función que en Kafka (en Proust la foto se refiere al cuadro, mientras que en Kafka el cuadro se refiere a la foto).

personajes y problemas? ¿No es más bien un agenciamiento molar activo, una suerte de ciclitrón semiótico, que acelera o neutraliza, en diferentes fases del amor de Swann, las interacciones de componentes moleculares de rostridad y de ritornelo? ¿Cuál es, en cambio, la composición particular del salón Saint-Euverte que le permite desanudar, como lo veremos, el enquistamiento de esas dos componentes, que había conducido a su satelización alrededor de un efecto de agujero negro? ¿Sobre qué tipo de trayectoria va a evolucionar el salón Verdurin, de su lado, para ser llevado a jugar un rol importante en el affaire Dreyfus? ¿Existiría una conexión entre personajes como Diaghilev, Nijinski, el ascenso político de la burguesía radical, la exacerbación del racismo del ejército y la aristocracia, etc., y el jardín secreto de los deseos de Swann? ¿Un psicoanalista acabará de todas maneras por darse aquí por vencido!

¿Qué tipos de mutaciones maquínicas abstractas trabajan las líneas heterogéneas del rizoma de la preguerra de 1914 que explora el análisis proustiano? Es verdad que alguna vez ha intentado recurrir a interpretaciones mecanicistas lineales y que conoce, en consecuencia, ciertas dificultades en elucidar las articulaciones entre el arte y la sociedad, pero la marcha efectiva de *En busca...* no continúa menos por ello sus incesantes idas y vueltas entre los niveles molares y moleculares. En sus descripciones tiende incluso a privilegiar de manera implícita, según nuestro parecer, el hecho de que en períodos de crisis, son las componentes más desterritorializadas (como aquí la pequeña frase de Vinteuil o, en Combray, el trozo de magdalena de la tía Leonia) las que «pilotean» las transformaciones de agenciamientos más territorializados. Lo más frágil, lo más inmaterial, lo más artificial, no depende pues necesariamente de determinaciones exteriores o de mecanismos psicológicos, e incluso se puede concebir, a la inversa, que pueda jugar un rol esencial de «pasaje», de diagramatismo semiótico, entre formaciones más pesadas, más redundantes —rostros que atraviesan la infancia, poderes que se relevan y se hacen eco, «fijaciones» racistas, sexistas, etc.— y en transformaciones y creaciones de agenciamientos que cambian la vida, despistan los sexos y hacen mutar la percepción del mundo.

Ahora debemos emprender una serie de rodeos para intentar ampliar nuestra comprensión del funcionamiento de la pequeña frase de Vinteuil. El primero nos llevará de nuevo a la cuestión del pasaje diagramático entre las materias de expresión, en lo que poseen de más material, y las materias opcionales, en lo que poseen de más político. ¿Cuál es la naturaleza de lo

que pasa en una frase musical, un movimiento pasional, un problema social, etc.? ¿Se trata de un estilo, de una forma, de una estructura, o bien, como lo pensamos nosotros, de un cristal de código, de una diástasis semiótica, de una máquina abstracta contingente? Pero nuestras expresiones, lo sentimos bien, permanecen todavía demasiado prisioneras de las coordenadas generales de tiempo, de espacio y de sustancia. En ciertas circunstancias, las cosas y los signos adquieren el mismo pliegue, el mismo giro; un rechazo de su parte a traspasar el rumbo diagramático conduce entonces a un impasse, sea por efecto de agujero negro –suerte de colapso semiótico–, sea por efecto de sobre-estratificación. El agenciamiento, tomado por una especie de vértigo de abolición, selecciona, sobre un modo totalizante-totalitario, las únicas dimensiones de lo posible que cuadran con las estratificaciones y las redundancias dominantes.

Las revoluciones sociales, las revoluciones estéticas no alteran solamente las ideas y las cosas dadas a ver y a oír, trabajan también, como se sabe, los cuerpos, los metabolismos orgánicos más subterráneos, las percepciones del mundo, las fórmulas de intersubjetividad e incluso cierto presentimiento del porvenir. Vimos que, en el caso de Swann, la máquina abstracta que atraviesa todos estos registros se manifestó, en un primer momento, bajo la especie de una pequeña frase musical. ¡Pero para algún otro, habría podido «elegir» cristalizar en una fórmula matemática, un rostro, o un hallazgo en el escaparate de un anticuario! ¿Por qué Swann escuchó esa pequeña frase? ¿Por qué no se tapó las orejas y el entendimiento y no alineó su juicio a aquel de la mayoría de sus contemporáneos que encontraban malsanas estas especies de innovaciones musicales? «No es así como se hace música... No es así como se hace matemáticas¹¹.»

La frase-acontecimiento a-significante no es portadora de ningún mensaje, de ninguna información discernibilizable. Percute los agenciamientos de semiotización y de subjetivación que «constituyen» a Swann. Superado el desconcierto de este primer encuentro, ella contamina sus diferentes componentes esenciales. Para que semejante mutación abstracta haya podido así ganar terreno, ¿no hacía falta que ella, de la forma que fuese, se prestara a ello? La máquina concreta musical revela, manifiesta, vuelve operatoria una máquina abstracta de transversalidad. La máquina concreta literaria

¹¹ Objeción que se le hacía, en la misma época, a los partidarios de un matemático como Henri-Léon Lebesgue.

proustiana toma, por sí misma, el relevo de esta revolución maquínica. Algo esencial a nuestra época y que va mucho más allá de un estilo o de un modelo, es así transmitido de un agenciamiento a otro, de un agenciamiento narrativo de contenido a un agenciamiento de expresión, de un agenciamiento de enunciación a otro... La paradoja, es que al retener solo las significaciones que vehicula, la obra de Proust aparece más bien como conservadora, incluso reaccionaria. Pero la máquina literaria proustiana, considerada como tal, es, sin discusión, innovadora y aun revolucionaria. Y esto quizá de manera esencial por el hecho de su extraordinario poder de engrosamiento semiótico que nos muestra ciertos aspectos entre los más desterritorializados del deseo, ciertas de sus dimensiones transversales más inquietantes y más virulentas, y con una agudeza, con un «grano» sin precedente.

Revolucionario entonces, en el sentido en que se dirá del telescopio del monte Palomar que habrá jugado un rol decisivo en el dispositivo técnico-semiótico que trastornó la astronomía moderna. Y antes que pretender leer y releer, interpretar y juzgar una obra como la de Proust tomando los lentes de Freud o de Marx (o del jefe de filas de cualquier otra escuela literaria), sería quizá oportuno, a la inversa, aprovechar el descubrimiento de tal especie de poder engrosante y de esclarecimiento de líneas de transversalidad para buscar detectar, en las obras de estos revolucionarios oficiales, las imprecisiones y los esquives sobre cierto número de cuestiones esenciales de micropolítica del deseo y que hoy sirven de justificación, en aquellos que los reivindicán, para bloquearlas, de hecho, en la Historia. Nos hemos esforzado por mostrar en otra parte que el maquinismo abstracto al que apuntaba y que era apuntado por Kafka era el de la burocracia bajo sus formas más modernas –se trate de aquel que trabaja las cimas de los grandes aparatos de poder o de aquel que acartona la nuca del funcionario del ante-último escalón, cuando convoca a su subordinado. El asunto de Proust, todo el mundo lo sabe, es el tiempo. El tiempo de la infancia, sin duda, el tiempo arcaico y reaccionario de las genealogías caras al duque de Guermantes, pero también, y quizá ante todo, el tiempo capitalístico que no cesa de corroer todos los otros modos de temporalización. Es de este lado que nos hace falta emprender ahora un segundo rodeo para delimitar mejor el sentido maquínico, la potencia secreta de la pequeña frase de Vinteuil.

El tiempo no es padecido por el hombre como algo que le advendría desde el exterior. No se trata del tiempo en general y del hombre en general.

Así como el espacio es rostrificado según las normas y los rituales sociales dominantes, el tiempo es «acuñado» por agenciamientos concretos de semiotización (colectivos o individuados; territorializados o desterritorializados; maquínicos o estratificados). Un niño que canturrea en la noche porque tiene miedo de la oscuridad busca retomar el control de acontecimientos que se desterritorializan demasiado velozmente para su gusto y que se ponen a proliferar del lado del cosmos y de lo imaginario. Cada individuo, cada grupo, cada nación se «equipa» así de una gama básica de ritornelos de conjura. Los oficios y las corporaciones, en la Grecia antigua, por ejemplo, poseían como propio una especie de sello sonoro, una corta fórmula melódica llamada «*nomos*¹²». Se servían de él para afirmar su identidad frente al exterior, para delimitarse espacial y socialmente y también, podemos imaginarlo, como medio de cohesión interna; sabiéndose partícipe cada miembro del grupo del mismo *shifter* sonoro y adquiriendo el ritornelo función de sujeto colectivo y a-significante de la enunciación. Pero todo lo que se puede conocer de las sociedades más antiguas nos muestra que ellas no separaban, como lo harán las sociedades capitalísticas, las componentes de canto, de danza, de habla, de ritual, de producción, etc. (por ejemplo, en las lenguas africanas, llamadas «tonales», una palabra cambiará de sentido según que algunos de sus fonemas sean producidos en un tono agudo o en un tono grave). De hecho, estas sociedades rechazaban una división del trabajo y una especialización demasiado pronunciada de componentes aisladas. Confiaban a agenciamientos heterogéneos, que asocian el ritual a lo productivo, lo sexual a lo lúdico, a lo político, etc., el cuidado de efectuar los pasajes diagramáticos entre los agenciamientos –al menos aquellos que tenían una importancia colectiva marcada. El diagramatismo aquí no implicará por tanto necesariamente el recurso a una máquina significativa autónoma y a formaciones de poder jerarquizadas que lo mantendrán bajo su férula para capitalizar en su provecho todos los «beneficios» de la división social-semiótica del trabajo. Señalemos, además, que la automatización capitalística de las lenguas significantes, en particular debido a la importancia primordial que tomará su componente escritural sobre todas las demás componentes de expresión, será correlativa, para estas últimas, de un proceso de simplificación, incluso en ciertos casos de degeneración. Es así que en Occidente, el corte entre el habla, el canto,

¹² Cf. «Histoire de la musique», *Encyclopédie de la Pléiade*, t. I, p. 1168.

la mímica, la danza, etc., tendrá por consecuencia cierto abandono de las tradiciones prosódicas y una binarización y una territorialización de los ritmos musicales, una purificación —que se puede considerar también como un empobrecimiento— de las líneas y de los timbres.

Esta simplificación de los ritornelos capitalísticos, su reducción, en el extremo, a un simple ritmo binario o ternario, lejos de reducir su importancia, los conducirá, por el contrario, a adquirir un lugar esencial entre las componentes de sujeción semiótica. En lugar de ser agenciada a partir de sistemas territoriales tales como la tribu, la etnia, la corporación, su subjetivación será interiorizada e individuada sobre los territorios desterritorializados que constituyen el yo, el rol, la persona, el amor, el sentimiento de «pertenecer a». En estas condiciones, la iniciación a las semióticas del tiempo social ya no dependerá de ceremonias colectivas sino de procesos de codificación, centrados sobre el individuo, y que tenderán a dar un mayor lugar a la televisión y al disco. Así, en lugar de las nanas y las canciones infantiles de antaño, corresponde hoy a un osito de peluche televisivo —contrastado según los últimos métodos de marketing— inducir los sueños de nuestros niños, mientras que son administradas cancioncillas neurolépticas, en altas dosis, a nuestros muchachitos y muchachitas con mal de amor... Estas cancioncillas, estos ritmos, estas sintonías invaden todos nuestros modos de semiotización del tiempo; constituyen ese «espíritu de la época» que nos conduce a sentirnos «como todo el mundo» y a aceptar «el mundo tal como va...».

Cuando Pierre Clastres evoca el canto solitario de un indio de cara a la noche, lo describe como «una tentativa de salida de los procesos de sujeción del hombre a la red general de los signos¹³», como una suerte de agresión contra las palabras en tanto que medio de comunicación. Hablar, según él, no es siempre «poner en juego al otro». Pero semejante escapada fuera de las redundancias sociales, semejante «desprendimiento» del otro de los ritornelos y de las rostridades dominantes, se ha vuelto sin duda mucho más difícil, incluso excepcional, en nuestras sociedades que viven bajo un régimen general de papilla inter-subjetiva, amasando esos universos cósmicos y los investimentos de deseo en la cotidianidad más irrisoria, más limitada, más utilitaria. ¿Podemos siquiera concebir un tipo de vida social, tal como la de los indios del Amazonas, que jamás excluiría,

¹³ Pierre Clastres, *La Société contre l'État*, op.cit., p. 107 y sig.

cualquiera fuera su intensidad, un cara a cara solitario con la noche y con la finitud de la condición humana? ¡No es en vano que los psicoanalistas estructuralistas estimen hoy tener que fundar el Sujeto y el Otro sobre una relación exclusiva con el significante lingüístico! ¡Es en efecto en esta vía que nos conduce la evolución de las sociedades «desarrolladas»!

Los ritornelos capitalísticos, al igual que los rasgos de rostridad, deberían ser clasificados entre los micro-Equipamientos colectivos tales como los definimos precedentemente. Unos trabajan y cuadrículan nuestra temporalización más íntima, mientras que los otros modelizan nuestra relación con el paisaje y con el mundo viviente. Por otra parte no se los puede separar. Un rostro está siempre asociado a un ritornelo; una redundancia significativa está siempre asociada a un rostro, al timbre de una voz... «Yo te amo, no me abandones, tú eres mi tierra, mi madre, mi padre, mi raza, la piedra angular de mis órganos, mi droga, no puedo hacer nada sin ti... Lo que tú eres realmente—hombre, mujer, objeto, ideal de vida— poco importa, de hecho. Lo que cuenta, es que tú me permites funcionar en esta sociedad, es que tú neutralizas, por anticipado, todas las solicitudes, todas las componentes de pasaje que amenazarían con extraviarme fuera de los carriles del sistema dominante. Ya nada podrá pasarme que no pase por ti...» ¿Cómo captar esta contradicción? Es siempre la misma canción, la misma miseria secreta y, sin embargo, las notas que nos la aportan parecen siempre nuevas, siempre prestas a abrirse sobre nuevas esperanzas. Desde la época barroca, la música occidental ha tenido la pretensión de devenir un modelo universal, absorbiendo ocasionalmente y con condescendencia algunos temas «folklóricos». Las músicas ya no están ligadas a territorios y a seducciones exóticas. Existe de ahora en más la música. Las músicas que se tocarán en las cortes y las capitales europeas impondrán su ley, cierto tipo de gamas, sus ritmos, su concepción de la armonía y de la polifonía, sus procedimientos de escritura, sus instrumentos... Vista desde el «exterior», esta música pura—desterritorializada— parece más rica, más abierta, más creadora que las otras. ¿Pero qué sucede exactamente al nivel de los agenciamientos «consumidores» individuados o colectivos? Los ritornelos capitalísticos de consumo corriente, aquellos que nos dan vuelta en la cabeza a la mañana al tomar el metro, ¿no son, por el contrario, empobrecidos, a medida que se encogen sobre un individuo solitario y a medida que su producción se «mass-mediatiza»?

Se podría llamar «ilusión binarista» a todo lo que nos conduce a estimar nuestra relación con la vida, con el tiempo, con el pensamiento, con las artes como superior a la de las sociedades antiguas o arcaicas por el mero hecho de que está «armada» maquinicamente, es decir que pone en juego innumerables relevos instrumentales y semióticos. Kafka, del que con frecuencia se cree que sus héroes se chocan con su propia soledad bajo la especie de un insoportable silbido y del que se cree que él mismo sufría cruelmente del menor ruido, ha descrito perfectamente esa inanidad del correlato sonoro de nuestra relación con el tiempo. («... El canto ha existido en nosotros en el tiempo antiguo, nuestras leyendas hacen mención de ello: nos quedan incluso textos de esas canciones de antaño, aunque ya nadie pueda cantarlas. Nos damos pues una idea de lo que puede ser el canto, y el arte de Joséphine no corresponde precisamente a esa idea. ¿Es canto? ¿No es más bien un silbido¹⁴?») ¡El desmoronamiento de los ritornelos territorializados amenaza entonces con hacernos bascular en un silbido agujero-negro. Música binaria si la hay!

Toda la música occidental podría ser considerada como el resultado de una suerte de inmensa fuga construida a partir de esta única nota vacía. Tapar el agujero negro de su locura a través de ritornelos de infancia cada

¹⁴ Franz Kafka, *Joséphine la cantatrice ou le peuple des souris*, Œuvres complètes, Paris, Cercle du livre précieux, 1963-1965, t. IV, p. 235. Señalemos igualmente en esta perspectiva que, para John Cage, una política del sonido no debería obstaculizar el silencio, y que el silencio ya no debería ser una pantalla respecto del sonido. Contempla una suerte de «recuperación» de la nada, como lo muestra el siguiente extracto de una de sus conversaciones con Daniel Charles: John Cage, *Pour les oiseaux*, Paris, Belfond, 1976:

John Cage: – Esa nada es aún solo una palabra.

D. C.: – Como el silencio, debe suprimirse a sí misma...

J. C.: – Y por eso uno vuelve a lo que es, es decir a los sonidos.

D. C.: – ¿Pero no pierdes algo?

J. C.: – ¿Qué?

D. C.: – El silencio, la nada...

J. C.: – ¡Ves bien que no pierdo *nada*! ¡En todo esto, no es cuestión de *perder* sino de *ganar*!

D. C.: Volver a los sonidos, es por tanto volver, *más acá de toda estructura*, a los sonidos «acompañados» de nada... (p. 32)

Cf. de igual modo la comparación que John Cage establece entre el rebasamiento de lo que se llama la música y de lo que se llama la política: «La política es la misma cosa. Y bien puedo hablar entonces de “no-política” como se habla a propósito de mí de “no-música”» (p. 54).

vez más huidizos, cada vez más desterritorializados, huir siempre más adelante a través de incesantes creaciones melódicas, armónicas, polifónicas e instrumentales, ¿no fue ese, por otra parte, el destino de un Robert Schumann quien hubo de encarnar, incluso hasta su desmoronamiento final, uno de los giros más decisivos de la música de nuestro tiempo¹⁵? Cuando hoy en día algunos musicólogos transcriben en notaciones occidentales las músicas llamadas «primitivas», no miden quizá hasta qué punto pierden la singularidad de su objeto. Algunas relaciones secretas pueden existir entre ellas y ciertos rituales de conjura, ciertos sistemas prosódicos ligados a frases «mágicas»¹⁶. Un especialista que estableciera, por ejemplo, la lectura de los ritmos complejos que caracterizan algunas de estas músicas traduciría una ruptura rítmica en términos de síncope o de contratiempo. Para él, la base, la referencia universal, será la isoritmia. ¡Pero tal vez los primitivos no funcionen en absoluto a partir de la misma máquina abstracta de ritmo! ¡Tal vez la norma, para ellos, es un tiempo sincopado! Y tal vez su vida se agencia según ritmos de gran amplitud de los cuales nosotros hemos perdido toda capacidad de localización, acosados como estamos por nuestros propios ritornelos uniformemente isorítmicos. Sin duda podríamos situar relativamente mejor este problema transportándonos al tiempo de nuestra infancia, a las incesantes rupturas de temporalización que la caracterizaban y cuya nostalgia conservamos... Con la escuela, el servicio militar y «el ingreso a la vida» capitalística por grandes corredores pavimentados que chorrean agua de Javel, nuestros ritmos y nuestros ritornelos han sido purificados, aseptizados. ¡Y un estudio atento de este fenómeno conduciría ciertamente a despejar cierta sincronía entre el ascenso de lo que aquí llamamos la ilusión binarista y los progresos de la higiene pública!

Nosotros no promovemos aquí un retorno cualquiera al primitivismo de la infancia, de la locura o de las sociedades arcaicas. Lo que buscamos delimitar, en una perspectiva esquizo-analítica, no son regresiones, fijaciones infantiles, sino el funcionamiento de bloques de infancia, de ritornelos, de rasgos de rostridad en el mundo adulto, tal como lo organizan los sistemas

¹⁵ Cf. el muy bello homenaje del músico Jacques Besse; «Robert Schumann est interné», *La Grande pâque*, Paris, Belfond, 1969.

¹⁶ En ciertas músicas africanas, por ejemplo, se tamborilea una frase sin articularla verbalmente.

capitalísticos. ¡De hecho, todo es infantil en nuestras sociedades, salvo quizá la realidad misma de la infancia!

A medida que las territorialidades de «origen» como la de la familia ampliada, las comunidades rurales, las castas, las corporaciones, etc., fueron barridas por flujos desterritorializados, los modos de subjetivación se han enganchado y aferrado a objetos residuales o a *ersatz* semióticos. (De este modo, todo un juego de afinidades electivas, o incluso de filiación directa, podría quizá ser puesto al día entre la Dama del amor cortés, el puerilismo del sentimiento romántico, la fascinación nazi con la sangre aria y el ideal de vida que reina en las sociedades desarrolladas). La desterritorialización capitalística de los agenciamientos ha acarreado profundas modificaciones en los modos de semiotización del tiempo. Nuevos ritornelos y nuevas músicas fueron emplazados cuyas materias de expresión han sido seleccionadas de forma de prestarse al juego de lo que se podría llamar el reforzamiento de la política de los extremos. Los nuevos agenciamientos de temporalización van, en efecto, en tres direcciones simultáneas:

1) hacia una subjetivación hiper-territorializada, en particular en el ámbito de la economía doméstica, abriendo un camino casi ilimitado a operaciones de poder que se apoyan sobre el control de los ritmos del cuerpo, de los movimientos más imperceptibles del cónyuge y de los niños – «Qué tienes, no estás como siempre, cuáles son tus pensamientos secretos, de qué está hecho tu goce (o tu rechazo de goce)...»;

2) hacia un diagramatismo siempre más «rentable» para el sistema, mediante el desarrollo de nuevas tecnologías de sometimiento cronográfico de los individuos. Es la ritornelización de la fuerza de trabajo que ya no depende de iniciaciones corporativas, sino de la interiorización de bloques de código, de bloques de devenir profesionales standard –en todas partes el mismo tipo de cuadro, de supervisor, de burócrata, de técnico diplomado, etc.–, que delimitan medios, castas, formaciones de poder desterritorializadas¹⁷;

3) hacia una apertura rizomática, que desterritorializa los ritmos tradicionales (biológicos y arcaicos) y crea condiciones que permiten considerar una relación enteramente renovada con el cosmos y con el deseo.

¹⁷ De hecho, esta nueva relación desterritorializada entre la fuerza de trabajo y las formaciones de poder no solo concierne a los sectores económicos de punta, repercute de igual modo sobre los sectores antiguos, sobre la función pública, atraviesa los medios sindicales, políticos, universitarios, judiciales, etc.

La desterritorialización de su escritura, de su ejecución y de su escucha condujo a la música occidental a despegar sus ritmos y sus canciones de sus «tierras natales». Y, desde este punto de vista, no parece que haya que mantener una diferencia entre su música seria y su música popular. Una y la otra tienden a colmar aquello que llamamos de manera aproximativa la misma falta de correlato sonoro territorializado. Son músicas de expectativa, músicas de respuesta, músicas tapa-agujeros que remiten al sujeto a una individuación exacerbada, que tienden a desconectarlo de todos los sistemas de intensidad que escapan a las normas y a cortarlo del *socius* o, al menos, a integrarlo solamente a un *socius* purificado, desterritorializado. La riqueza de expresión de las músicas de cámara, de las músicas sinfónicas o de las músicas de ópera no debe ilusionarnos respecto a esto. Desde el punto de vista de los agenciamientos de consumo, ponen en juego *ersatz* subjetivos en todo punto similares a los de la música de ascensor. Pero requiriendo las músicas de masa cierta participación de los usuarios –del baile de campo al mega show del gran espectáculo– participan, cada una a su manera, de esta tecnología del repliegue sobre sí. El racionalismo barroco intentó reemplazar antiguas regiones y antiguas liturgias por una territorialidad lógica. Pero su expansión incesante la condujo a su propia negación y, en última instancia, a su propia abolición. Desde este punto de vista, se puede considerar que el *lied* schumanniano habrá marcado un último desesperado punto de resistencia. Después de él, ya jamás será posible cierta relación de «naturaleza» entre el canto y los sentimientos. A menos de «cargar las tintas» sobre ello o de pasar por los infinitos rodeos, los artificios, incluso las contorsiones del simbolismo o del neo-clasicismo. El bloque de infancia, en Schumann, permanece siempre «en el límite»: reterritorialización melódica intensamente expresiva, amenaza constantemente con estallar y disolverse en tanto que célula básica de construcciones armónicas y polifónicas altamente elaboradas. Sin duda Schumann estaba demasiado dotado, y también demasiado arrastrado él mismo en una locura desterritorializante, para aceptar que sus ritornelos permaneciesen pasivamente prisioneros de un marco cualquiera –como fue el caso, por ejemplo, de un Chopin, que nunca saldrá de cierto trazado melódico ligado a una nostalgia de la infancia y a un lamento por la patria perdida¹⁸.

¹⁸ Otros creadores, como Berlioz, utilizaron también su propia insuficiencia para no franquear cierto umbral de desterritorialización.

Con el nacimiento de la nueva escuela francesa, en particular con la música de Gabriel Fauré, volveremos a encontrar, pero bajo una forma muy sofisticada, esta misma «retención» sobre el *lied* y la música de cámara. Se trataba entonces de hacer frente a las provocaciones wagnerianas que consistían en disolver el principio mismo de los ritornelos clásicos, que ya no tenderán a depender, desde entonces, de esta lógica de las células de base, sino a trabajar, sobre el fondo de un sistema melódico estallado —el arioso wagneriano—, a título de bloque intensivo de devenir.

Ciertamente todavía se tratará en gran medida de infancia y de nostalgia por el pasado en la música francesa, pero de una forma diferente, menos «basal», más al nivel de la forma del contenido que de la forma de expresión¹⁹. Como sea, la tormenta desterritorializante hará eludir velozmente el fenómeno francés: los vieneses, en nombre de una nueva axiomática, trastornan definitivamente la credibilidad no solamente de los códigos clásicos sino también de toda forma fija de código (incluso de retorno a códigos antiguos como las gamas pentatónicas caras a los franceses), los rusos liberan los ritmos y las sonoridades para producir agenciamientos hasta entonces verdaderamente inauditos, esperando que todos los ruidos del mundo encuentren por fin su derecho de ciudadanía en el marco de la música generalizada hacia la cual tiende, a nuestro parecer, toda la evolución contemporánea.

Stravinsky, los ballets rusos..., henos aquí vueltos al salón de M^{me} Verdurin de la que Proust hará, en *La Prisionera*, la representante oficial de los artistas rusos de París, su omnipotente «hada Carabosse» (III, 236). Lo que querríamos, ahora, delimitar de más cerca, es la naturaleza de esta relación que presentamos entre el rol jugado por la pequeña frase de Vinteuil en *Un amor de Swann* y la nueva revolución del arte musical. Nuestra hipótesis de partida, a saber que el mismo maquinismo abstracto atraviesa las pasiones individuales, los problemas sociales, las cuestiones de

¹⁹ Piénsese simplemente en Debussy de *Children's Corner*, a *La Boîte à joujoux*, en el rol de la infancia en *Pélleas et Mélisande* o en Ravel de *L'Enfant et les Sortilèges*. Pero aquello que, según nuestro parecer, especifica la posición de la infancia, en estas obras, es que ya no funciona como ritornelo de base, como bloque generativo, como bloque de devenir; sino que ya solo aparece, al término de un proceso generativo de otra naturaleza, como un tema redundante. Muy a menudo, por otra parte, Claude Debussy solo caracterizaba *a posteriori* el contenido de sus obras dándoles un título expresivo (ejemplo: el poema sinfónico *La Mer*).

arte, etc., apenas tendría interés si nos contentáramos con extraer de allí la idea de que solo tratamos con una simple transferencia de forma o con una transcodificación. Las máquinas abstractas no existen solamente del lado de las formas y de los códigos moleculares, sino también del lado de las materias de expresión y de producción moleculares. Y transportando nuestro análisis hacia estas últimas, estaremos quizá en mejores condiciones de contactar con la realidad de estos pasajes diagramáticos. Volvamos nuevamente sobre el hecho de que la pasión de Swann se declaró en primer lugar para la pequeña frase musical antes de referirse a Odette. Desde los primeros instantes de este encuentro, él tuvo la intuición de que tal vez tendría las mayores consecuencias sobre su vida²⁰. ¿Cómo pasó eso? No como resultado de un razonamiento o de una evocación del pasado, sino más bien a consecuencia del descubrimiento que hizo entonces de una nueva relación con la música y, más generalmente, de un nuevo modo de semiotización de la materia sonora. Durante esta primera escucha, en efecto, la pequeña frase de Vinteuil no se dio a escuchar completamente constituida –*ready made*–, como hubiese sido el caso si se hubiese tratado de un tema anunciador de variaciones o destinado a fugarse. Swann, nos explica Proust, solo había abordado en primer lugar la cualidad material de los sonidos secretados por los instrumentos. Y él añade: «Le gustó ya mucho ver cómo de pronto, por debajo de la línea del violín, delgada, resistente, densa y directriz, se elevaba, como en chapoteo líquido, la masa de la parte de piano, multiforme, indivisa, plana y entrecortada, igual que la parda agitación de las olas, hechizada y bemolada por el claro de luna» (I, 208). Es solo entonces al término de esta fase previa de semiotización que comenzará a «aferrar» algo un poco más consistente, sin estar sin embargo todavía en condiciones de distinguir si eso que había retenido era una frase melódica o simplemente un nuevo tipo de armonía. Notemos que Proust no atribuye únicamente a su amateurismo la extrema dificultad para Swann de despejar su primera impresión musical de todo un complejo sinestésico que asocia chasquidos líquidos, olores de rosa y

²⁰ «Cuando volvió a casa sintió que la necesitaba, como un hombre que, al ver pasar una mujer entrevista un momento en la calle, siente que ella deja entrar en la vida la imagen de una nueva belleza, que da a su sensibilidad un valor aun más grande, sin siquiera saber cómo se llama la desconocida ni si la volverá a ver alguna vez. Pero aquel amor por la frase musical pareció por un instante que debía iniciar en Swann la posibilidad de una especie de rejuvenecimiento...» (I, 210).

arabescos a sensaciones de amplitud, de tenuidad y de capricho (I, 209). Quizá es porque no sabía de música que había podido experimentar una impresión tan confusa, una de esas impresiones que sin embargo son tal vez las únicas puramente musicales, inesperadas, enteramente originales, irreducibles a cualquier otro orden de impresión. Una impresión de este tipo, durante un instante, es por así decir *sine materia* (I, 209). Por nuestra parte, es no obstante de materia que quisiéramos hablar a propósito de ello. Pero de materia de la forma de expresión y eso con el cuidado de no quedar en la idea simplista de que la materia solo sería, en este dominio, un asunto de instrumentos y de ondas sonoras. La materia abstracta de la frase de Vinteuil no tiene la misma consistencia, las mismas características maquinicas que las de las músicas a las cuales estaba habituado Swann. Es eso lo que lo desorienta, lo conmociona y, quizá, lo que contribuirá a arrastrarlo hacia otro destino. No constituye un bloque semiótico fuertemente cristalizado. Se ofrece, en cierto modo, a la iniciativa del sujeto que la escucha. O más bien, va a injertarse sobre el agenciamiento que constituye el nuevo tipo de maquinismo del que es portadora. Y sin duda este efecto de semiotización abierta –en referencia a aquello que mucho más tarde se llamará una «obra abierta»– no debe ser asimilado a una simple «técnica proyectiva» como aquella que los psicólogos introducen, por ejemplo, con las manchas del test de Rorschach, para entrampar el imaginario de un sujeto. Lo que interesa fundamentalmente a Proust, no es el resultado, sino el maquinismo creador que es puesto en juego en dicha ocasión. Ciertamente, Swann acabará por estabilizar una representación de la frase musical captando su extensión, los agrupamientos simétricos, la grafía, el valor expresivo (I, 209).

FÉLIX GUATTARI

LÍNEAS DE FUGA

POR OTRO MUNDO DE POSIBLES

Cual un tesoro escondido, desenterrado, este libro redactado por Guattari en 1979, en paralelo a la escritura de *Mil mesetas* junto a Deleuze, se mantuvo inédito hasta hoy.

Sin el *riktus* sistemático del intelectual universalista, que halla totalidades como caídas del cielo, y así erige sus objetos, aquí se nos advierte que solo se buscan direcciones para una investigación en curso, en pos de alumbrar un agenciamiento colectivo de enunciación, capaz de hacer entrar en su dinamismo a individuos y grupos que quieran huir de las redundancias dominantes, pues *solo el deseo puede leer el deseo*.

En la primera parte, se constata que toda sujeción social está basada en modos de semiotización que “equipan” a individuos y grupos para “protegerlos” de su propio deseo, de sus agenciamientos creadores, de sus líneas de fuga potenciales, de sus devenires. Se trata de plasmar la ficción de que existe “un mundo”, conjurando la “evidencia” de los diferentes -y coexistentes- mundos posibles. La pregunta de Guattari es precisa: *¿es compatible la expresión individual y colectiva del deseo con una coordinación social eficaz a gran escala?*

La segunda parte denuncia el rol de las teorías lingüísticas como otros tantos frenos a los agenciamientos liberadores, y perfila una pragmática que conjura los universales de la lengua, y reemplaza sus *árboles* por *rizomas* de conexiones polívocas en un plano de inmanencia.

El final presenta semióticas infra-individuales cuya sola evocación da prueba del método guattariano, y donde deslumbra su fuerza de creación desmesurada; rostridades, ritornelos, briznas de hierba, frases musicales, componentes en las que el elemento más frágil, inmaterial y artificial juega un rol de “pasaje” que nos hará oscilar desde formaciones pesadas, redundantes, hacia mundos de gracia y belleza.

Cactus OCCURSUS

Buenos Aires - Argentina - 2013

